

Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala 10
Estante 57
Tabla
Número 80

BIBLIOTECA REAL
C. REAL

Sala: B
Estante: 20
Número: 117

R 1888

SERMONES, PLANES Y APUNTES

PARA LAS
PRINCIPALES DOMINICAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO,
POR EL

DR. D. JUAN MUÑOZ HERRERA,

Prelado Doméstico de Su Santidad,
Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de Granada,
Profesor de su Pontificio y Real Seminario, &c.

TOMO I.



GRANADA
—
IMPRESA DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA
1890



LIBRO... 7
TABLA... 4
Volumen... 49.

SERMONES, PLANES Y APUNTES

2
37-1

SERMONES,
PLANES Y APUNTES

PARA LAS
PRINCIPALES DOMÍNICAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO,

POR EL

DR. D. JUAN MUÑOZ HERRERA,

Prelado Doméstico de Su Santidad,
Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana de Granada,
Profesor de su Pontificio y Real Seminario, &

TOMO I.



GRANADA

—
IMPRESA DE DON JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1890

10995

ES PROPIEDAD

A mis queridos Discípulos,

en testimonio de los más gratos recuerdos y
del afecto más sincero de su Catedrático y
antiguo Rector

Juan Muñoz Herrera.

HE examinado con toda atención la presente obra de *Sermones, planes y apuntes*, y no sólo la encuentro ajustada á los principios luminosos de la Fe Católica y de la Moral del Evangelio, sino que además considero su impresión y publicación de gran utilidad y provecho para los que se dedican al alto ministerio de la predicación. Este es mi parecer, salvo otro mejor y más ilustrado.

Granada 29 de Mayo de 1890.

Dr. Emilio de la Rosa.

DECRETO.

Granada 2 de Junio de 1890.

Vista la anterior censura, concedemos nuestra licencia y beneplácito para la impresión y publicación de la obra que se menciona en este escrito. Lo mando y firma S. E. I. el Arzobispo mi Señor, de que certifico.—EL ARZOBISPO.—Por mandado de S. E. I., DR. LEOPOLDO GRANADINO, Deán Secretario.

PRÓLOGO.



L que sean convenientes las producciones y » observaciones de muchos para el oficio de » predicar, lo declara la excelencia del mismo oficio.» Esto decía el gran Maestro de la Oratoria Cristiana, el inmortal Fr. Luis de Granada, al terminar sus seis libros de oro de la Retórica Eclesiástica, y tales palabras y otras de personas doctas y de respetable criterio, vinieron por fin á vencer los temores y vacilaciones que de dar á luz la presente obra, yo abrigaba desde el punto mismo en que concebí su idea.

Habiéndola comunicado primeramente, cual era debido, al Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, S. E. I. se dignó acogerla con benevolencia, y aun con aplauso, alentándome á su realización, bendiciendo paternalmente mi empresa y ofreciéndome bondadoso su más decidido apoyo. Estos alicientes exteriores robustecieron no poco las dos íntimas y principales razones que desde el principio venían inclinando mi ánimo y alentando mis esfuerzos.

Es la primera el ser hoy necesario, á lo que yo alcanzo,

que se unan todos los que se dedican á la santa obra de la predicación, para cooperar cada cual en la medida de sus fuerzas en devolver á la Oratoria Eclesiástica en nuestra patria el carácter que la distinguió en el merecidamente llamado *Siglo de Oro* de nuestra Teología y de nuestra Literatura, y restituirla al elevado rango que disfrutó por entonces. De todos son conocidas las vicisitudes que después ha venido atravesando: adulterada y corrompida en el siglo XVII y parte del XVIII, porque se introducían en los sermones discursos inútiles y vanos conceptos que llamaban *predicables*, en el lugar que debía ocupar la sana doctrina de la Escritura Sagrada y de los Santos Padres, viene haciendo constante y no débil esfuerzo de restauración en nuestra época (1). Hoy no podría ciertamente repetir un Prelado lo que el Ilmo. Clement, Obispo de Barcelona, mandaba á su Clero (2): «Que » no leáis, decía, los sermones que en España y Portugal se han publicado de un siglo á esta parte.» Pero falta todavía camino que recorrer: hay que demostrar prácticamente que aun la doctrina que ha de predicarse en nuestros días, con ser la reclamada por el rumbo de

(1) He de cumplir en este lugar el Sagrado deber de la gratitud, haciendo mención cariñosa de dos sabios Maestros á quienes debo principalmente mis conocimientos y afición en los estudios de Sagrada Escritura y Oratoria: los Muy Ilustres Sres. D. José Fontana y Boscasa, Lectoral de la Catedral de Málaga, y Don Juan Nepomuceno López, Magistral de la misma Santa Iglesia: el primero pereció en la flor de su carrera, el día 29 de Marzo de 1856, siendo una de las victimas del terrible naufragio del Vapor «Miño», sepultándose con él en las profundidades del Estrecho de Gibraltar sus «Lecciones de Hermenéutica» y sus Homilias de filigrana. Del segundo, dignísimo Deán hoy de la mencionada Santa Iglesia, nada diré, porque mejor que cuanto yo pudiera elogiarlo, lo elogian los tres tomos de hermosas Homilias que tiene publicados.

(2) Carta Pastoral sobre la predicación, 12 de Mayo de 1770.

las modernas ideas y por los errores de la época actual, cabe sin embargo perfectamente en los sublimes moldes de la Homilía y de la Exégesis: de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. «Bastante abundancia hay » para todo en la Escritura, » decía San Francisco de Sales, escribiendo al obispo de Belley (1); y no era por cierto menor que la nuestra la necesidad en que se encontraba el sabio Obispo de Ginebra de predicar en contra de los extravíos filosóficos y de los erróneos sistemas de su tiempo.

En este sentido publicó no há mucho en Francia un importante libro el R. P. Longhaye (2); y es á la verdad digna de leerse la reseña crítica que de él hace una célebre revista religiosa que en Paris publican los PP. de la Compañía de Jesús (3). Con noble y cristiano afán defiende el P. Longhaye la predicación basada en la Escritura, en los Padres, en la Liturgia de la Iglesia: hace atinadas reflexiones sobre el tenaz empeño de *racionalizar* la fe, sobre el exagerado *oportunismo* de aquella predicación, que para obtener triunfos de los extravíos de las modernas inteligencias, reputa necesaria la disminución de las verdades antiguas: cita aquellas célebres palabras de Fenelón: *Après l'Écriture, voila les sources pures de bons Sermons: Les Peres et les Docteurs*; y desarrollando su hermosa idea con abundante copia de autoridades y sosteniéndola con vigoroso y sólido razonamiento, la deja impresa en el ánimo de sus lectores, concluyendo con que la verdadera elocuencia del Predicador

(1) Carta XXXI.

(2) «*La Predicación, grands maîtres et grands lois.*»

(3) «*Études religienses, philosophiques, historiques et littéraires.*»

ha de prepararse por una inteligencia nutrida por la Escritura y los Padres.

Por esta razón acudo yo con mi pobre esfuerzo en favor de este género y manera de predicación; he procurado sostenerla en el desempeño de mi honrosa prebenda en esta Santa Iglesia Metropolitana; he procurado inculcarla á mis queridos alumnos en la Cátedra y en el Rectorado de este Pontificio y Real Seminario, y ahora ofrezco, principalmente á ellos, en esta humilde colección de mis trabajos, no ciertamente un modelo, pero sí un estímulo para que la continúen y la generalizen; sea este débil, dado el escaso mérito de aquéllos, me basta haber depositado mi óbolo en el *gazofilacio* de nuestra Oratoria.

La segunda razón que me animaba, es la de facilitar á los Párrocos y al Clero joven el precepto y ejercicio de la predicación; y á este propósito presento mi obra dividida en dos partes. La primera se compone de un crecido número de Sermónes concluidos, de Adviento, Cuaresma y otras varias festividades y asuntos. La segunda contiene una colección numerosa de «Planes y Apuntes» para todas las Dominicas del año, principales Ferias, Misterios y festividades de Jesucristo y de la Virgen, Panegíricos de Santos y asuntos varios. Estos Planes, que á la vez que indican las materias señalan las fuentes más adecuadas para explanarlas, facilitarán notablemente la predicación: son líneas con las que cada uno puede trazar á su gusto el edificio, y levantarlo con propios materiales: son bocetos de calculada imprimación que pueden recibir el colorido á placer del artista: anchuroso estadio que cada cual puede recorrer según sus fuerzas y género de conocimientos.

No se me oculta que hay grande abundancia de ser-

monarios: que hay escritas, y de todos conocidas, obras magistrales sobre esta materia: que las hay publicadas en España, con colecciones de planes y apuntes; la mía, inferior ciertamente á todas en mérito y en acierto, tiene una circunstancia que entiendo no hace ociosa su publicación, porque no siendo tan voluminosa como aquéllas, está más al alcance de los escasos recursos con que hoy cuenta el Clero, dada la precaria situación á que actualmente ha quedado reducido.

¡Ojalá alcance mi trabajo los fines que me propongo en su publicación!

Juan Muñoz Herrera.

Granada 31 de Mayo de 1890.



J. M. J.

PARTE PRIMERA.



HOMILÍA PARA LA PRIMERA DOMÍNICA DE ADVIENTO. (1)

**Regem venturum Dominum,
venite adoremus.**

Ex offic. liturg. huj. dominicæ.



AL ES, Excmo. é Ilmo. Sr., la invitación amorosa que hoy nos dirige la Iglesia; á este fin nos congregamos bajo la bóveda sacrosanta del templo de nuestra religión, para adorar al Dios que viene á redimirnos, para preparar nuestras almas á esa venida de amor y de gracia, para presentar los homenajes de nuestros respetos y veneración ante la majestad del Dios que no se rebaja en llegar hasta sus criaturas: *Regem...*

Pero, ¿quién es, Señores, ese Dios, que tamaño portento realiza?; ¿qué señales tenemos para conocer esas pasmosas aproximaciones?; ¿qué caracteres rodean á esos estupendos portentos?; ¿cuándo y cómo se verifica esa venida de nuestro Señor?; Ah, cristianos!, yo no puedo explicar de una sola palabra esa serie de misterios, ese vistoso florón de celestial maravilla que se ofrece á mi consideración, cuando escucho extasiado el convite cariñoso de la Iglesia: *Regem...*

Yo he fijado mi atención en el pasaje evangélico que acaba de recitarnos el Ministro del Santuario, y paréceme ya ver á Jesucristo viniendo á poner límite á la sucesión de los tiempos; á tomar cuenta al mundo de sus extravíos,

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en el Adviento de 1875.

á dar principio por el juicio á ese período inefable, á esa época sin fin de la eternidad. Esta es la venida de la majestad divina: *Regem...*

Pero, Señores, esa venida no es la única realizada por nuestro Dios; esa venida será cabalmente consecuencia de otra venida no menos rica en portentos de majestad y grandeza: Él viene á levantar al hombre caído por el pecado, viene á comunicarle los torrentes de su luz y de sus amores, establece su Iglesia como foco de divina claridad, como resorte prodigioso de sobrehumana elevación; y el que amenaza á la humanidad con la terrible venida al Juicio, la solicita antes con la amorosa venida á la Iglesia. Esta es la venida de la verdad divina: *Regem...*

Y como no sea luz solamente lo que el hombre necesita para marchar por la escala ascendente de su elevación; como su caída deja tras sí, no tanto los opacos vestigios de las tinieblas de su mente, cuanto los fatales documentos de la perversión de su amor, he aquí que Jesucristo desciende hasta nuestras almas, en la más íntima comunicación de la caridad; viene á unirse estrechamente con nosotros por el Sacramento de la Eucaristía, vínculo de amorosa deificación, fecundo germen de vida para el corazón humano. Y el que solicita á la humanidad con la amorosa venida á la Iglesia, la convida también con la espléndida venida al banquete del Altar. Esta es la venida de la caridad divina: *Regem...*

Pero estas tres venidas, Señores, tienen su principio en el gran misterio á que sirve de especial preparación este tiempo santo del Adviento, en ese misterio del Dios que se oculta en Belén, que brilla después en la Iglesia, que vuelve á ocultarse en el altar, para brillar de nuevo y con resplandor indeficiente en el valle de Josafat. ¡Ah, cristianos!, ¿queréis comprender las bellas armonías de estas misteriosas venidas de nuestro Dios?; pues mirad: el Dios que amenaza á la humanidad con la terrible venida al Juicio, que la solicita con la amorosa venida á la Iglesia, que la convida con la espléndida venida al altar, la redime ante todo con la tierna venida á Belén. Esta es la venida de la gracia divina: *Regem...*

He aquí el plan de mi predicación durante este santo tiempo; he aquí la doctrina que desarrollaré ante vosotros en estas cuatro dominicas; he aquí los pensamientos que pondré á vuestra consideración en estas cuatro homilías. Señores, dispongámonos para recibir á ese Dios que viene á nosotros: porque Él viene, 1.º, como Rey, en la venida al juicio, venida de la Majestad Divina, objeto de la homilía de la primera dominica. Porque Él viene, 2.º, como Maestro en la venida de la Iglesia, venida de la verdad divina, objeto de la homilía de la segunda dominica. Porque Él viene, 3.º, como Sacerdote á la venida del Altar, venida del amor divino, objeto de la homilía de la tercera dominica. Porque Él viene, por último, como Mesías á la venida de Belén, venida de la gracia divina, objeto de la homilía de la cuarta dominica.

Mis amados hermanos, hoy principio á ejercer ante vosotros la honrosa misión para que he sido elegido; por primera vez subo á este púlpito, investido con el noble carácter de predicador oficial de esta Santa Iglesia; séame lícito, pues, ante todo, consignar el testimonio más marcado de mi agradecimiento hacia nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, hacia el Ilmo. Cabildo Metropolitano, que con tanta bondad me han elevado al distinguido puesto que ocupo, y que en este instante desempeño en medio de vosotros.

Y para que hoy y siempre lo desempeñe dignamente, solicito con afán vuestras oraciones en demanda de iluminación y gracia ante el trono del Altísimo; encaminémoslas amparados por María Santísima, nuestra dulce Madre, á la que saludaremos reverentes. *Ave Maria.*

NARRACIÓN Y DIVISIÓN.

Mil veces habéis oído, desde esta Cátedra Sagrada, la narración profética que hace el Evangelio sobre la gran venida que ha de verificar Jesucristo en el postrero día de los siglos; escuchadla una vez más:

«Habrà señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas:
»y en la tierra consternación de las gentes por la confusión

» que causará el ruido del mar y de sus hondas. Quedando
» los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas, que
» sobrevendrán al Universo, porque las virtudes de los cielos
» serán conmovidas. Y entonces verán al Hijo del hombre
» venir sobre una nube con grande poder y majestad. Cuando
» empezaren, pues, á cumplirse estas cosas, mirad, y levantad
» vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Y les
» dijo una semejanza, mirad la higuera y todos los árboles.
» Cuando ya producen de sí el fruto, entendedís que cerca
» está el estío. Así también vosotros cuando viereis hacerse
» estas cosas sabed que cerca está el reino de Dios. En ver-
» dad os digo que no pasará esta generación hasta que todas
» estas cosas sean hechas.»

Así describe el Evangelio (1) esa venida en la que Jesu-
cristo ha de aparecer como Rey: venida al juicio, venida de
la Majestad divina: Señores, adoremos á ese Rey en esta su
imponente venida: *Regem...*

El pecado no es otra cosa, en su noción más íntima, que
la perversión del orden establecido por la ley eterna; es, se-
gún la enérgica expresión del Angélico Maestro, *el desorden
del acto* (2); es, en una palabra, la revolución en el orden
moral. Este orden se asienta maravillosamente en el reinado
prepotente del Altísimo; y el pecado, siendo la revolución
en este orden, tiende de sí á trastornar este reinado, á echar
por tierra ese trono, á tronchar, si posible fuera, el cetro que
sostiene esa armonía maravillosa.

Como toda revolución, produce de sí tres lamentables
confusiones: confusión de ideas; confusión de personas; con-
fusión de leyes. En este triple trastorno, vemos, Señores, re-
flejarse los tristes desórdenes de esta revolución desquicia-
dora. Por fortuna, su imperio será pasajero, como suelen
serlo también las del orden político de nuestras naciones;
las turbas, es decir, las pasiones, ondearán furiosas sus es-
tandartes salpicados en lodo y en sangre, en ignorancia y

(1) Luc., c. XXI, v. 25.

(2) 1-2=q. 71. a. 4-5.

corrupción; circuirán el mundo con sus voces aterradoras; pero, ¡ah! vendrá el día de las expiaciones, llegará el momento de la restauración. Ese trono echado por tierra volverá á levantarse, ese reinado puesto al parecer en conmoción, volverá á asentarse tranquilo, haciendo ostentación de su vanamente disputada majestad; llegará el día del Juicio, y esas confusiones serán hundidas perpetuamente por las más gloriosas y fecundas restauraciones.

Á la confusión de ideas sucederá la restauración de la verdad; esta es la preparación del juicio, primera parte. Á la confusión de personas sucederá la restauración de las mismas; este es el procedimiento del juicio, segunda parte. Á la confusión de leyes sucederá la restauración de los premios ó castigos; esta es la sentencia del juicio, tercera parte. ¡Oh!, para esto vendrá Cristo Rey, acercaos y adorémoslo en esta venida de su Majestad: *Regem...*

PRIMERA PARTE.

Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; he aquí la restauración de la verdad, la restauración que se seguirá á la confusión de ideas; esta es la preparación del Juicio. *Erunt signa.* La confusión de ideas es la primera que se nota en toda revolución; la anarquía del pensamiento es el primer síntoma de todos los trastornos.

Si quisierais pruebas de esta verdad, yo os abriría los Libros Santos y vierais las grandes perturbaciones en las ideas del pueblo escogido, poco antes de sus cautividades, de sus lamentables catástrofes, de su postrera destrucción: consultad, si queréis, á Isaías, á Jeremías; leed, sobre todo, los libros de los Macabeos. Yo os hablaría de las perturbaciones intelectuales de la culta Roma, cuando una nube de retóricos burlones y de cínicos filósofos daban testimonio de la próxima decadencia de aquel gran pueblo.

Pero, Señores, no tenemos que apelar á la Historia, porque el examen de las abyecciones de la inteligencia, que hemos visto y vemos preceder á las revoluciones contemporáneas,

demostraciones son harto evidentes de que las ruinas morales y materiales de las sociedades, de ordinario se preparan por los desquiciamientos de las ideas.

Pero esa anarquía del pensamiento, esa confusión de las ideas, tiene tres períodos en su desarrollo, presenta tres fases á nuestra consideración: el período de la *duda*, el período de la *negación*, el período de la *disipación*; es decir, que la confusión de ideas se prepara por la duda, se completa por la negación, se manifiesta por la disipación de costumbres. Tales son las señales precursoras de esta revolución del orden moral.

Pues, Señores, las señales precursoras de la restauración de este mismo orden, han de ser diametralmente opuestas á las de la revolución; y si la confusión de ideas se prepara por la duda, la restauración de la verdad se prepara por las pruebas. *Erunt signa*. Si la confusión de ideas se completa por las negaciones, la restauración de la verdad se perfecciona también por las afirmaciones. *Erunt signa in sole, et luna, et stellis*. Si, por último, la confusión de ideas se manifiesta por la disipación de las costumbres, la restauración de la verdad se manifiesta por la represión de las mismas costumbres: *et in terris pressura gentium*. Tales son las señales precursoras de esta restauración del orden moral.

I. La primera conquista de la impiedad es el planteamiento de la duda: miradla, señores, rodeando al mundo, enseñoreándose en el mundo de las inteligencias. Venid conmigo á los alcázares de los Príncipes, á los palacios de los legisladores; allí veréis la duda infiltrando su mortífero veneno en los códigos y en las legislaciones: pues habrá señales, *Erunt signa*, y vendrá un día en que Jesucristo, ostentándose único Rey de la verdad, repetirá, brotando de sus labios destellos de divina luz, aquellas palabras de un Profeta: «Y ahora, Reyes, entended, instruíos, vosotros los que juzgáis la tierra» (1). Venid conmigo á los ateneos de la ciencia, á las escuelas del saber; ¡oh!, vinieron momentos,

(1) Ps. II, 10.

registra la historia de la filosofía épocas en las que la duda ha llegado á erigirse en método y en sistema; pues habrá señales: *Erunť signa*. Jesucristo, la sabiduría increada, el Verbo del Padre, aparecerá publicando de la manera más solemne que ha llegado la hora de las grandes afirmaciones: venid conmigo al círculo, al taller, al casino... ¡ay, señores!; en todas partes encontraréis la duda haciendo vergonzosas conquistas en la esfera de las inteligencias: pues habrá señales, *Erunť signa*. Y Cristo abrirá por fin el período inefable de las sublimes afirmaciones, y el mundo entero, inclinándose ante las iluminaciones de su verdad, vendrá á combatir contra los secuaces de la duda, contra los refractarios á la luz del Evangelio. Sí, escrito está; por Cristo peleará el mundo contra los insensatos (1).

II. Pero si la confusión de ideas se prepara por la duda, también se completa por las negaciones: mirad, señores, el espectáculo que ofrecemos; contemplémonos como verdaderos revolucionarios en el campo de las ideas: marchamos por él demoliendo con afán todas las doctrinas; el carácter propio de la filosofía de nuestra época, es la negación; se niega la existencia de Dios, la Trinidad, la creación, la revelación, el pecado original, la simplicidad, libertad é inmortalidad del alma, la existencia del mundo... Esta filosofía anticristiana, no enseña otro dogma que la duda, otra moral que el crimen, otro deber que la insurrección, otro orden social que la anarquía, otra religión que el ateísmo: y habiéndolo negado todo, y no teniendo ya cosa alguna que negar, la hemos visto en un día nefasto llegar hasta negarse y destruirse á sí misma; porque la apoteosis de una prostituta bajo el título de *Diosa de la razón*; la personificación de la razón en la voluptuosidad, fué la confesión solemne de que en lugar de Dios, se reconoce la materia; el placer, en lugar de la ley; el instinto, en lugar de la razón; y que así como ya no había ni Dios ni ley, así tampoco existía ya la razón. ¿La negación, ha llegado hasta formar corazones ateos?;

(1) Sap. c. V, v. 21.

pues *erunt signa in sole*. Jesucristo, sol de justicia, aparecerá con sus radiosos fulgores de divinidad. ¿La negación, ha llegado hasta formar corazones cismáticos?; pues *erunt signa in sole et luna*. La Iglesia aparecerá con todos sus resplandores. ¿La negación, ha llegado hasta formar corazones incrédulos?; pues *erunt signa in sole et luna in stellis*; los dogmas se presentarán como una cadena imposible de cortar... Y ante estos testimonios de mayor excepción, no podrán menos de exclamar: *Ergo erravimus* (1).

Pues, Señores, estas negaciones, que completan la confusión de ideas, serán destruidas en el terrible día de la restauración de la verdad; el sol, la luna y las estrellas se encargarán de acreditar al mundo que se ha restablecido el trono de la verdad; que ha llegado el momento de las más grandes afirmaciones. *Erunt...*

El sol se oscurecerá, la luna no dará su luz, las estrellas caerán, porque la luz espiritual sucederá á la material. Porque Cristo, la Iglesia y los dogmas, vienen á sustituir á los anteriores luminares. *Erunt...*

Así es como la restauración de la verdad se perfecciona y completa por las grandes afirmaciones del último día de los siglos.

III. Pero esa confusión de ideas que se completa en el funesto sistema de las negaciones, se objetiva y patentiza por la disipación de las costumbres: ella es la que promueve esas vergonzosas amplitudes del orden moral, contra las que se levantará la restauración de la verdad, estrechando y angustiendo á la humanidad; según la terrible palabra del Evangelio, *et in terris pressura gentium*.

Señores: el libre pensamiento de nuestro siglo quiere resolver el gran problema del destino, conforme á los devaneos de su concupiscencia, y removiendo de sus seculares ataúdes á las momias filosóficas de la antigüedad, trata de reanimarlas con el galvanismo de sus sistemas, para forjarse un porvenir de ultratumba, que no sirva de freno á sus extravíos.

(1) Sap. V. 6.

Porque á la verdad, si no somos otra cosa que un conjunto maravilloso de átomos, como pretende la ciencia materialista, más allá del sepulcro no hay más que una noche perpetua; detrás de un cadáver sólo existe una quimera. Si no somos otra cosa que una objetividad de lo infinito, como quiere la ciencia panteísta, la muerte no es otra cosa que desvanecerse esa objetividad, volver á caer en ese infinito. Señores, no tenemos tiempo para descender al examen de esos cómodos apocalipsis, que ha visto el ojo corrompido de la ciencia contemporánea.

Ellos dan margen á los desórdenes que vemos producidos por esas funestas teorías del corazón extraviado. Preséntase, en efecto, la concupiscencia le habla y le dice: entre el bien y el mal sólo hay diferencia en el nombre; séate lícito obrar lo que más te agrade; las pasiones son santas, los instintos son legítimos; Dios los ha sancionado colocándolos en tu naturaleza; la gloria es una fábula, el infierno un espantajo, porque el paraíso son los goces de este mundo y el infierno la miseria del pueblo sobre la tierra. Señores, y á esta terrible escuela de la moralidad de nuestro siglo, acuden los discípulos de filosofías descreídas, cuyos adelantos describió S. Judas (1) en los arrebatos de su inspiración divina: hombres que blasfeman del orden sobrenatural de virtud que desconocen y que como bestias irracionales hacen servir á sus pasiones la propia energía de su naturaleza: *quæcumque ignorant blasphemant; quæcumque naturaliter norunt in his corrumpuntur*. Que niegan que Jesucristo sea el Rey de nuestros amores para emplear sus dones y gracias en las obras de su perversión y de su lujuria: *Jesum-Christum negantes. Dei gratiam in luxuriam transferentes*: Que manchan su carne con los extravíos de su deshonestidad, que desprecian la dominación divina con los extravíos de su soberbia, que blasfeman de la Su Majestad con los extravíos de su maledicencia: *et hi quidem carnem maculant, dominationem spernunt, majestatem blasphemant*. Que desoyen

(1) Epist. c. únic., v. 4.

tranquilos la voz de su conciencia, y sin temor se alimentan de goces, arrostrando por todo, con tal de satisfacer sus pasiones: *convivantes sine timore, semetipsos pascentes*. Que el viento de la avaricia les hace correr tras el oro y sus ambiciones; el viento de la soberbia tras el lujo y sus devaneos; el viento de la envidia tras la murmuración y la venganza; y es que su corazón ardiente no se refrigera con las aguas de la caridad, y son como nubes que el viento agita, árboles sin jugo, que ni mantienen los frutos de la esperanza, ni ostentan la fecundidad del amor, ni sustentan vivas las raíces de la fe. «*Arbores autumnales, nubes sine aqua, quæ à ventis circumferuntur: arbores... infructuosæ... eradicatæ.*

Pero, ¡ah!, no ha de marchar siempre la humanidad por ese ancho sendero de sus pasiones; llegará el día de las grandes opresiones; ese mar y esa oleada de la corrupción, serán los mismos que amarguen, los que estrechen entonces á los hombres afligidos y consternados: *Et in terris pressura gentium.*

¡Ay, Señores!; no es posible detenernos más en la preparación del más terrible de los juicios; vengamos á su procedimiento, y si á la confusión de ideas hemos visto suceder la restauración de la verdad, á la confusión de personas veremos sucederse su más ordenada restauración.

SEGUNDA PARTE.

«Quedarán los hombres yertos por el temor y el recelo de »lo que sucederá en el universo, y hasta las virtudes del cielo »serán conmovidas;» así continúa el Evangelio describiéndonos las gloriosas, al par que terribles restauraciones del último día del tiempo: así nos manifiesta el procedimiento de este juicio: Señores, la segunda confusión que observamos en todas las revoluciones, y por consiguiente, en la revolución moral, producida por el pecado, es la confusión de personas: hay días nefastos para los pueblos, en que vemos á la escena personajes extraños, rostros desconocidos, héroes de la anarquía que se proclaman á sí mismos,

y que ponen en conturbación y en confusión horrenda al ciudadano pacífico que descansaba tranquilo en la observancia de las leyes y el cumplimiento de sus deberes; triste es en demasía la situación de las personas honradas que rehusan afiliarse al orden de cosas establecido por la licencia; sus méritos se desconocen, sus servicios no son atendidos, y hasta son despojados de sus puestos, que ocupan otros más indignos: es decir, que sufren dos confusiones; la confusión del desconocimiento, la confusión de la mezcla y desprecio.

Tales son las que sufre el justo ordinariamente en esta vida: el justo ignorado, el pecador aplaudido: *Vidi impium...* (1) pero llegará el día del juicio, la restauración por el orden, y los hombres se secarán de espanto, y hasta las virtudes del cielo se conmoverán, esto es, las almas justas, según la interpretación de algunos Padres, serán movidas para ser debidamente colocadas. *Arescentibus...*

Pero si la revolución del pecado ha establecido durante el mundo esa confusión de personas que traía consigo el desconocimiento y la mezcla ó desprecio, la reacción del orden traerá consigo el conocimiento de cada uno y la atención debida á cada cual; el conocimiento por la manifestación de las conciencias; la atención por la separación de los buenos y los malos. Esto es lo que hará secar de temor á los pecadores, lo que hasta conmoverá á los mismos justos: *Arescentibus...* Este es el procedimiento que se observará en nuestro juicio.

La manifestación de las conciencias. Sí, llegará un día en que el pecador escuchará aquella terrible palabra que el rey David oyó de labios de un Profeta (2): *Tu fecisti adscónditè, ego autem faciam verbum istud in conspectu solis*. Allí aparecerán las historias más íntimas de nuestro corazón, de ese corazón que aun pretendía ocultarse á sí mismo; ¡deseos punibles!; ¡intentos criminales, astutamente disimulados!; ¡corrupciones vergonzosas, favorecidas por la oscuridad! ¡Oh!,

(1) Ps. XXXVI. 35.

(2) 2 Reg. c. XII. v. 12.

veremos salir, — dice San Bernardo, — como de una emboscada, crímenes sin número que pasaron siempre desapercibidos para el mundo. *Tu fecisti absconditè...*

Pero si la manifestación de las conciencias es la reacción del orden por el conocimiento de cada cual, la separación de buenos y malos lo es asimismo por la atención debida á cada uno: *nam et virtutes cælorum movebuntur*, ¡separación del todo nueva! Para determinar el rango que habéis de ocupar en aquella escena terrible, no se os preguntará vuestro nombre, ni vuestro nacimiento, ni vuestros títulos, ni vuestras dignidades; todo esto no era más que humo, y sólo el error público lo calificaba de realidad; se os examinará únicamente de vuestras obras, y ellas serán las que digan si sois animal inmundo ú oveja inocente. El príncipe no será separado del vasallo, ni el noble del plebeyo, ni el pobre del poderoso, ni el conquistador del vencido, sino el justo del pecador; esto es, se apartará la paja del buen grano; se separarán los vasos de honor de los de ignominia; los machos cabríos, propios de Satanás, de las ovejas, tiernos objetos del amor de Cristo.

¡Separación cruel! El padre será separado de su hijo; el amigo, de su amigo; el hermano, de su hermano: el uno será elegido; el otro desechado. La muerte, que nos arrebató las personas que amamos, que nos hace arrojar tantos suspiros, derramar tantas lágrimas, nos deja á lo menos un consuelo en la esperanza de ser algún día reunidos á ellas; pero aquí la separación será eterna, entonces no habrá esperanza de reunión, entonces no tendremos parientes, padres, hijos ni amigos; entonces no tendrán los pecadores más lazos que las llamas eternas, que los unirán para siempre en el más horrendo consorcio.

¡Separación ignominiosa! El Rico orgulloso se verá postergado al Lázaro humilde y paciente. La Jezabel impía será desechada, y escogida en cambio la pobre viúda de Sarepta. ¡Qué cambio de escenas en el universo, hermanos míos! Y en medio de aquella terrible espectación en que todos estarán respecto á su suerte, veréis al Hijo del hombre adelan-

tarse en los aires, con coronas en la una mano y con el azote de su furor en la otra, y realizar esa tremenda separación, que completa el jamás visto procedimiento del juicio de toda la humanidad.

Señores, pero si en el procedimiento de este juicio vemos el orden restaurando la confusión de personas, escuchad un momento más, y veréis en su sentencia á la justicia restaurando la confusión de las leyes.

TERCERA PARTE.

«Entonces verán, — continúa el Evangelio, — al Hijo del » Hombre, que viene con potestad grande y majestad.»

Señores; la tercera confusión, que observamos en todas las revoluciones y, por consiguiente, en la moral, producida por la culpa, es la confusión de leyes; la acepción de personas, los privilegios odiosos en favor de los fomentadores de señalados sistemas, son causa en esos períodos revolucionarios de que las leyes sean aplicadas con irritantes privilegios y ejecutadas con criterios apasionados: es decir, que se observan dos confusiones; la arbitrariedad y la injusticia: la arbitrariedad, en la aplicación de las leyes; la injusticia, en su ejecución.

Tales son las que ordinariamente vemos en este mundo, bajo el trastorno de las pasiones: el justo suele ser víctima de trabajos y aflicciones, en tanto que el pecador goza y triunfa recorriendo senderos sembrados de rosas; pero llegará el día de la restauración de la justicia, todos compareceremos ante el tribunal del eterno Juez, todos veremos al Hijo del Hombre, *Tunc videbunt*; y lo veremos pronunciando justísimos fallos, fallos que acreditarán á los pecadores los rigores de su potestad: que acreditarán á los justos las dulzuras de su majestad: *Tunc videbunt Filium hominis cum potestate magna et majestate*. Porque si la revolución del pecado ha establecido durante el mundo la confusión de leyes, por la arbitrariedad en su aplicación y por la injusticia en su ejecución, la restauración traerá consigo: la *igual-*

dad en sus fallos, la *equidad* en su ejecución: esta es la sentencia que se dará en el gran Juicio de Dios. *Tunc videbunt.*

I. *Tunc.* Cuando todo se haya terminado: las señales, los preceptos, los signos en la tierra, en el sol, en la luna, en las estrellas: *Tunc, videbunt...* entonces será la vista de ese gran proceso, *videbunt...* pero, ¿quiénes verán, y á quién verán? Señores, todos, y al Hijo del hombre: escuchad sobre esto un hermosísimo pensamiento del Ángel de las Escuelas (1): tiene Jesucristo, nuestro Juez, dice Santo Tomás, naturaleza divina y naturaleza humana: según la divina, solamente será visto por los limpios de corazón, siendo ellos bienaventurados porque verán á Dios; mas, según la humana, será también visto por los malos; ésta es aquella universalidad de visión de que habla San Lucas (2): «Toda carne verá al Salvador:» *Videbunt Filium hominis*: lo verán viniendo en nube; en la nube centro de la lluvia y de la tempestad, siéndolo, por lo tanto, del consuelo que traerá para los justos, y de la aflicción y horrores para el pecador. *Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube.*

II. Pero esta restauración de la justicia no trae solamente consigo la igualdad en sus fallos, trae además la equidad en su ejecución. *Tunc videbunt... et majestate.* Flaqueza é ignominia rodean á Jesucristo en la primera venida; potestad y majestad deben rodearle en la segunda. Flaqueza en Belén, ignominia en el Gólgota, por eso le corresponden la potestad y la majestad en el último día de los tiempos, potestad que ejercerá diciendo á los réprobos: *Discedite*; majestad que ejercerá diciendo á los predestinados: *Venite.* *Tunc videbunt venientem, cum potestate magna et majestate.*

Excmo. é Ilmo. Sr.: ha terminado el Evangelio la descripción de los grandes caracteres del Juicio: nos lo ha presentado en su preparación, en su procedimiento, en su sentencia; nos lo ha presentado como restaurador del trono del Altísimo, como restaurador de la verdad, del orden, de la

(1) 3 p. Sup. q. X c. a. 2.

(2) c. III. 6.

justicia, y termina excitando los sentimientos del hombre para obtener los debidos frutos de esta predicación aterradora: intentemos nosotros otro tanto, y concluyamos la homilía con las últimas palabras del Evangelio: « *Mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención: Mirad la higuera y todos los árboles: cuando ya producen el fruto, entendéis que cerca está el estío; así también vosotros cuando viereis hacerse estas cosas, sabed que cerca está el reino de Dios: en verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sean hechas; el cielo y la tierra pasarán, mas mi palabra no pasará.* »

Mueve aquí Jesucristo á sus discípulos, dice el Ángel de las Escuelas (1), de tres admirables maneras: con semejanza, con aseveración, con razón. Con semejanza, « mirad; » con aseveración, « en verdad, en verdad os digo; » con razón, « porque el cielo y la tierra pasarán, y mi palabra no pasará. »

Mirad la higuera: Señores, la higuera es figura de los tiempos de la Sinagoga y de los tiempos de la Iglesia: los unos son aquellos en que su Señor buscaba en ella los frutos y no los encontraba; los segundos son estos en que ya sus ramos se han enternecido, sus hojas ya han nacido... *Jam* (2) *hyems transiit... Surge: amica mea et veni*; ya Cristo hace participante á su Amada de los frutos de su caridad.

No temamos, Señores, no desconfiemos por nuestra flaqueza. Cristo nos ayudará; jamás cesará de auxiliarnos: Él lo dijo: *non preteribit generatio*: esta generación de los que le buscan, siempre encontrará en Él sus dones y sus gracias, hasta la consumación de los siglos, *donec omnia fiant*.

Anímenos el pensamiento del cielo, de los premios; aterrorícenos el pensamiento del infierno, de los castigos; anímenos la sentencia del justo; aterrorícenos la del pecador, porque el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pasarán, Señores, los cielos y la tierra, es decir, se mudarán, variarán de estado, se verá un cielo nuevo y una

(1) « In Ev. Math. et Joann. » cap. XXIV.

(2) Cant. Cant. II. 11.

tierra nueva; pero las sentencias de Cristo no se mudarán ni tendrán jamás variación, *caelum et terra transibunt; verba autem mea non transibunt.*

Hermanos míos, no dejemos de oír la voz del Señor; mirad que nos habla con toda claridad: *En clara vox redarguit.* Sí, adaptemos á la conclusión de nuestras homilias las inspiradas estrofas de este hermosísimo himno que la Iglesia canta en el Adviento: Cristianos, que hoy, Jesús, arguye al pecador con la voz clara, pero secreta del amor: *En clara vox redarguit*, mas en el día terrible le argüirá poniendo patentes sus hoy ocultos extravíos, á la vista de todo el mundo: *En clara vox redarguit = Obscura quæque personam.*

Pues entonces, mis amados hermanos, ahuyentemos con la penitencia los falaces ensueños del pecado, y rindamos los tributos de nuestra fe, de nuestra adoración á este Dios que brilla entre los resplandores de los Santos: *procul fugentur somnia, = ab alto Jesus promicat.* ¡Ah!, que, así vi- viendo, muramos santamente, y al entrar en el templo de la gloria, repitamos gozosos, viendo los inefables fulgores del Dios tres veces Santo: *procul fugentur somnia, = ab alto Jesus promicat.* Así os lo deseo. Amén.

HOMILÍA PARA LA SEGUNDA DOMÍNICA DE ADVIENTO. (1)

**Regem venturum Dominum,
venite adoremus.**

Ex offic. liturg. huj. Dominicæ.

EXCMO. É ILMO. SR.:



CUATRO célebres venidas de Jesucristo forman, en el tiempo Santo que atravesamos, el objeto de mi predicación y de vuestra atención piadosa. Al ocuparnos en la anterior Domínica de la primera, que es cabalmente la última en el orden cronológico, podíamos decir lo que, con otro motivo, dijo el P. S. Jerónimo: *ordo proposterus, sed necessario conmutatus*; en efecto, la conveniencia de amoldarnos al texto de nuestros Evangelios, nos imponía este procedimiento.

Examinando, pues, la venida del Señor, que hemos puesto en el primer lugar, observamos en la homilía precedente que era la venida de la justicia divina; vimos á Cristo aparecer como Rey, como Rey cuyo trono es restaurado en el Juicio final, después de los trastornos y revoluciones del pecado. Su gloriosa restauración, brillando en la preparación, en el procedimiento y en la sentencia del Juicio, echa por tierra las abominables confusiones de la culpa: la confusión de las ideas, destruída por la restauración de la verdad; la confusión de las personas, destruída por la ordenada restauración de las mismas; la confusión de leyes, destruída por la restauración de la justicia.

Hoy, Señores, es preciso que nos traslademos á las en otro

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en el Adviento de 1875.

tiempo afortunadas ciudades de Judea, y presenciemos la hermosa escena que nos refiere San Mateo (1). Como Juan el Bautista, aherrojado por efecto de las pasiones de Herodes, oyese las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos para decirle: «¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?—Id,—responde Jesucristo,—manifestad á Juan lo que habéis oído y lo que habéis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados y los pobres evangelizados.» Y habiéndose retirado los discípulos, dijo el Señor á las turbas: ¿Quién pensáis que es ese á quien habéis salido á ver al desierto?; no es una caña agitada por el viento; no un hombre muellemente vestido; no es tampoco un profeta, es más que profeta; éste es aquel de quien fué escrito: «Enviaré mi Ángel, y preparará tus caminos.»

Sabido es, cristianos, que el Bautista no se proponía otro objeto en enviar su embajada, que convencer á sus discípulos de la Divina Misión del Salvador; pero, considerando este pasaje en un sentido alegórico (2), ¿quién no ve aquí á Jesucristo representando y publicando su gran institución, la Iglesia Católica? ¿Quién no ve aquí á los discípulos de la herejía, representados en los de la Sinagoga, residenciando la Iglesia y poniendo en tela de juicio los hermosos títulos de su divina grandeza? Por eso os decía, cristianos, que la segunda venida que habíamos de considerar, era esa hermosa venida, esa dichosísima unión de Cristo con la humanidad, por el estrecho vínculo de la institución de la Iglesia.

Venid, venid y consideremos las glorias de esta venida, las delicias de esta unión, y clamemos segunda vez con la misma Iglesia: *Regem venturum Dominum, venite adoremus.*

Entre las diversas formas con que en nuestros días se ha presentado la herejía, á examinar y residenciar el catolicismo, hay una que parece estar más en boga, y que llama más la atención de los ánimos; hija del moderno raciona-

(1) Cap. XI, v. 2.

(2) Barradas, «*In Concord. quat. Ev.*» T. 2, lib. VIII, c. X. = *A Lapide*, in cap. XI Matth. H.

lismo, nacida y educada entre sus nieblas filosóficas, toma asiento en medio de nosotros, con actitud de profetisa, y levantándose con orgullo, clama ante este siglo hambriento de novedades, y tan propenso á dejarse engañar con palabras: «Escuchadme: yo soy la verdadera filosofía, yo soy la *Crítica*.» Ella ostenta la ambición más altanera, pues quiere anonadar á lo divino en lo humano, y relegar el orden sobrenatural á la región de las quimeras.

Pues bien, ante ese enemigo, que parecido, aunque con bien distintas intenciones, á los discípulos del Jordán, se presenta ante la Iglesia como aquéllos ante Jesucristo, para inquirir de su doctrina y de su misión, comparece ésta presentando los grandes títulos de su secular posesión: responde ésta, como entonces respondió Jesucristo, exhibiendo los testimonios de su divina grandeza y excelencia. Es decir, que cuanto tenemos que considerar en esta homilía se encierra en esta sencillísima palabra: La Iglesia en sus relaciones con la Crítica moderna. Y si queréis dividir el pensamiento para abarcarlo con más facilidad, yo os diré: 1.º La Crítica examinando á la Iglesia. 2.º La Iglesia respondiendo á la Crítica. En la pregunta de los discípulos del Bautista, veremos á la Crítica examinando á la Iglesia. En la respuesta del Salvador, veremos á la Iglesia respondiendo á la Crítica. Por eso os decía, Señores, que en la segunda venida habría de aparecer Jesucristo bajo el hermoso título de *Maestro*. ¡Oh!, venid y adorémosle en esta su venida á la Iglesia, venida de la verdad divina. *Regem venturum Dominum, venite adoremus.*

Pidamos la gracia por mediación de María Inmaculada.
Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

Cuando el Bautista tenía marcados testimonios de la grandeza y misión de Jesucristo, cuando lo había saludado como Mesías, desde el útero maternal, parece, Señores, inconveniente la pregunta que hoy le dirige por dos de sus discípulos

los. ¿Á qué inquirir si Jesús era el Mesías, cuando el mismo Dios lo había iluminado en el día solemne del Bautismo del Jordán? Parece, pues, imprudente la legación del encarcelado de Herodes, que dice: *¿Tu es qui venturus es?* Y en medio del desorden que se notaba en la Sinagoga, cuando en la esterilidad de sus recursos ella manifestaba su impotencia para continuar gobernando el mundo de los corazones, ¿á quién si no á Jesús buscaría para lograr la restauración apetecida? Parece, pues, inútil la legación del encarcelado de Herodes, que dice: *¿Tu es qui venturus es; an alium exspectamus?*

Pero, ¡ah!, exclama aquí San Basilio: *Non tam miramur. Joannem exsultantem in utero; quam interrogantem in vinculis.* Igual es en ambas ocasiones la energía de su apostolado: allí, en el seno materno, predica con saltos; aquí, en prisiones, predica con palabras. Allí insinúa á su Madre la presencia de Cristo; aquí da ocasión á sus discípulos de conocer al Mesías. No, no es la legación del Bautista ni imprudente, ni inútil: *Non tam miramur...*

Mas, prescindamos de estas consideraciones del orden literal de nuestro Evangelio, y elevándonos al alegórico, veamos en las preguntas de los discípulos del Bautista los caracteres de la Crítica, interrogando y residenciando á la Iglesia: aquélla aparece, pues, en primer lugar, con un carácter de imprudencia; en segundo lugar, con un carácter de insuficiencia.

I. *Cum audisset Joannes in vinculis:* También, Señores, se hallan en prisiones esas inteligencias orgullosas que se levantan á pedir cuentas á la Iglesia de su indisputable reinado; y ¿cuáles son las cadenas que miserablemente aherrajan á esos espíritus ingratos y turbulentos? ¡Ay!, ellos se presentan resistiendo los caracteres divinos de la Iglesia, porque semejantes á los judíos, que la contradecían en los primeros siglos, son de dura cerviz y de corazón incircunciso: los extravíos de la razón orgullosa, los extravíos del corazón corrompido, son los funestos lazos que los detienen en la sombría cárcel de su levantado orgullo y de sus extravagadas pasiones.

Han oído las obras de Cristo, tienen á su vista los maravillosos documentos de la divinidad de la Iglesia, y sin embargo, sujetan de nuevo á examen á la Esposa inmaculada del Cordero. ¡Oyen sus obras!; sí, la obra de su estupenda difusión, hecha por doce pobres pescadores: la obra de sus mártires, que luchan contra la prepotencia de los tiranos por espacio de cuatro siglos; de los mártires, cuyo heroísmo, manifestado en todas edades, en todas las condiciones y á pesar de todas las clases de tormentos, indica claramente la virtud divina que lo constituye y vivifica: ¡oyen sus obras!; ven á la Iglesia atravesando el mundo, rodeada de las sublimes aureolas de su vida sobrehumana, iluminando con su doctrina, salvando con sus instituciones, triunfando en sus combates... y sin embargo, envían sus apasionados discípulos á inquirir y averiguar lo que aparece fuera de toda duda. Envían dos discípulos para enjuiciar á la Iglesia: la libertad de la razón, la autonomía del corazón, y preguntan con enfática imprudencia: *¿Tu es qui venturus es?*; ¿eres tú la Iglesia de Cristo, la salvadora del mundo, la verdadera Maestra de las Naciones?

Que en los primeros momentos de la vida de la Iglesia se hiciera esta pregunta, podría no parecer tan extraño; pero en nuestros días, cuando esta institución celestial aparece ornada con la brillante diadema de sus pruebas inequívocas; cuando se ostenta como la realización de insignes vaticinios, y es sostenida por indestructibles fundamentos, es de todo punto imprudente la inquisición de la crítica contemporánea. ¿Eres tú, —dice ésta á la Hija del Altísimo,—eres tú, ó esperamos á otra? ¡Insensata!; ¿á quién puedes esperar?; ¿qué ofrece, Señores, la Crítica en sustitución de las doctrinas y misión de la Iglesia?; ¿á dónde pretende ir á buscar lo que afecta no encontrar en la Esposa del Cordero?; ¿á quién otro espera que sea el llamado á ejercer el Magisterio de las Naciones? *¡alium exspectamus!* Señores, escuchad algo más y veréis que, si la Crítica, residenciando á la Iglesia, aparece con un carácter de imprudencia, también aparecerá con un carácter de insuficiencia.

II. Todos los esfuerzos que la Crítica haga para sustituir al Catolicismo, son inútiles: la Historia ha demostrado que las religiones puramente humanas son de todo punto insuficientes para encaminar al hombre en dirección hacia Dios.

«Todas las religiones de invención humana—ha dicho un célebre escritor de nuestra época (1)—se resumen en estas » dos categorías: las religiones sensuales y las religiones del » orgullo: las religiones sensuales, Idolatría, Paganismo, Materialismo: las religiones del orgullo, Heregía, Protestantismo, Racionalismo. El principio fundamental de las primeras, es: todo á la autoridad, nada á la razón. El principio fundamental de las segundas, es: todo á la razón, nada á la autoridad.»

No es de presumir que la Crítica quiera echarse hoy en brazos de las instituciones religiosas de la antigua India; y sin que intentemos apreciar la riqueza de esos productos de ciencia especulativa y de metafísica trascendental que se ocultan en aquellos símbolos misteriosos, es de todo punto probado que las muchedumbres que existieron bajo la dominación de su Sacerdocio omnipotente, permanecieron inmobilizadas y en cierto modo petrificadas: podríamos decir que ellas no fueron en la historia del mundo sino una grandeza inútil.

Tampoco hemos de hacer á nuestros flamantes adversarios la ofensa de creer que intenten confiar la bandera en la marcha progresiva de la humanidad á esa religión, que un día estuvo á punto de someter á la Europa entera á su brutal dominación, llevada en la punta de la espada por hordas fanáticas que iban gritando: « Dios es Dios, y Mahoma su Profeta. » Señores, yo os inferiría injuria si intentara demostrar que el porvenir del mundo y el progreso de la humanidad nada tienen que esperar de esa religión del fanatismo, del sensualismo, del asesinato: aun como poder político, no veis en él más que una momia envuelta en los pro-

(1) P. Félix, Conferencias de 1868, conferencia 4.^a

tocolos de la diplomacia europea, y embalsamada con los aromas del periodismo corrompido.

¿Pero buscará quizá la Crítica anticatólica la salvación de las sociedades en las influencias del Protestantismo? ¡Ah!, Señores, lo haría en vano. El Protestantismo, dígame lo que se quiera, es un cadáver. Sus movimientos y sus obras son el resultado de la acción de los gobiernos y de las influencias de la política ó de las sectas: le falta la vida, lo que se llama vida religiosa, esa vida que camina por sí misma y por su propio impulso, porque es el movimiento que imprimen sus creencias y sus instituciones. Ni puede conducir á la humanidad, porque no puede mover los resortes poderosos de la unidad intelectual ni de la unidad moral: está falto de un símbolo de fe y de un centro de organismo religioso.

Cristianos: ¿perseguirá quizá la Crítica, á quien combatimos, el ideal de que la humanidad sea conducida por la Religión puramente natural? Ciertamente que ella es la base de toda religión positiva; mas no es por sí sola suficiente para resolver los grandes problemas del orden religioso; no tiene bastante poder para reinar sobre las inteligencias y crear en las muchedumbres la vida intelectual, el símbolo de las verdades sobrenaturales; ni para crear tampoco el régimen de la vida de las conciencias, esa legislación moral que los pueblos deben aceptar sin discutir; porque, señores, cuando la fe es incierta y cuando el deber se discute, el hombre viene á rechazar el yugo de toda ley. Que no busque, no, la Crítica digna sustitución á la Iglesia de Jesucristo; no la encontrará, porque sus esfuerzos, sobre ser imprudentes, aparecen con el carácter de insuficiencia.

Tal es, Señores, la actitud de la Crítica ante la Iglesia: veamos ahora la de la Iglesia respondiéndole á la Crítica.

SEGUNDA PARTE.

Escuchada por Jesucristo la legación del Bautista, respondió á los embajadores, diciéndoles: «Id y manifestad á vuestro maestro lo que habéis oído y lo que veis.» Jesucristo obra prodigios y habla portentos ante los discípulos de

San Juan, y les ordena le lleven 'estas dos respuestas, respuesta de narración y respuesta de intuición. *Ite et renuntiate Joanni que audistis et vidistis.*

Por semejante manera, la Iglesia responde satisfactoriamente á las exigencias de la Crítica: obra prodigios, predica constantemente doctrina divina, y clama serena y tranquila ante los críticos que indebidamente la enjuician:» Id, anunciad los sólidos fundamentos sobre que descanso, anunciad lo que habéis oído, anunciad lo que habéis visto:» argumento de narración, argumento de intuición: *que audistis et vidistis.* Lo que hemos oído del establecimiento de la Iglesia, prodigios de gracia, argumentos de narración: *Que audistis.* Lo que hemos visto y vemos en el desarrollo de la Iglesia, prodigios de doctrina, argumento de intuición: *Que vidistis.*

I. «Los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los leprosos son limpios, los pobres son evangelizados.» Señores, ¿no son estas palabras de nuestro Evangelio el más brillante compendio de las maravillas realizadas en los primeros días de la Iglesia? ¿Por ventura, estos prodigios, obrados por Jesucristo ante los legados del Bautista, no era presagiada anticipación, hermoso prólogo de las maravillas que en la plenitud de sus días había de obrar el Divino Nazareno? Leed los Evangelios, discurrid por el Libro Santo de los Hechos Apostólicos, y las veréis multiplicadas al eco omnipotente de la palabra del Hijo del Hombre.

Recorred con vuestra mirada el Templo de Jerusalén, las calles y encrucijadas de la Ciudad Santa, las inmediaciones de Jericó, el Castillo de Betania, las avenidas de Cafarnaum, y tantos y tantos lugares santificados con la presencia del Salvador, y ellos os harán evocar los recuerdos de los milagros que obrara su mano poderosa.

¡Milagros cotidianos! ¡Incesantes maravillas! Maravillas que acreditan la verdad y Divinidad de la Iglesia, que descansan en tan sólidos fundamentos, porque es verdad rudimentaria en Teología general, que los milagros son certísimos caracteres de la existencia de una revelación divina; y cuando se obran en confirmación de determinadas institu-

ciones, no pueden menos de acreditarlas origen celestial. Maravillas sobre que se mece la cuna del Catolicismo, y que ya por su número, ya por sus caracteres, ya, en fin, por las circunstancias en que se verificaron, suministran la prueba más segura, ofrecen el argumento más ineludible.

Pero, ¡ah! cristianos, no nos detengamos en un asunto que seguramente no se atreverá á negar la Crítica más impía; venid conmigo á Galilea y escuchad las palabras que el Divino Maestro dirige á las turbas, apenas se han ausentado los discípulos del Precursor, y ellas os demostrarán nuevos prodigios, prodigios de Doctrina; argumento de intuición: *quæ vidistis*.

II. Y luego que ellos se fueron, dice el Evangelio, comenzó Jesús á hablar de Juan á las turbas: «¿Qué salisteis á ver al desierto?, ¿una caña movida por el viento? ¿Mas, ¿qué salisteis á ver?, ¿un hombre vestido de ropas delicadas? ¡Ah!, los que visten ropas delicadas, en casa de reyes están. ¿Mas, ¿qué salisteis á ver?, ¿un profeta?, ciertamente os digo, y aun más que profeta.»

He aquí, cristianos, un símbolo de los prodigios que vemos en el desarrollo de la Iglesia. *Quæ vidistis*. Porque, ¿qué hemos visto en su historia cuando todos los resortes y auxilios humanos la han abandonado, colocándola así en camino desierto?. *¿Quid existis in desertum videre?* ¿La vimos quizá doblegarse como la caña agitada por el viento?; no, que su doctrina es inmutable. ¿Acaso la hemos contemplado favoreciendo la molición de las pasiones?; no, que su doctrina es severa y no formada para halagar á los grandes del siglo. Mas, ¿la hemos escuchado anunciando oscuramente un simbolismo ininteligible, ó una predicación tenebrosa y enigmática?; no, que su doctrina es clara más que la de los profetas. Es decir, amados hermanos míos, que en estas tres preguntas del Salvador, encontramos diseñados tres hermosos caracteres de la doctrina católica, que la Iglesia ha desarrollado en su historia: la *inmutabilidad*, la *severidad*, la *claridad*.

¡Y pasmaos del argumento que nos dirigen los adoradores

del mundo moderno: el argumento contra la inmutabilidad de nuestros dogmas! «¿Qué es eso?»,—exclaman,—¿vuestros dogmas son inmutables?» ¡Ah! son el eterno granito que sostiene los cimientos del edificio de la verdad; son las columnas de Hércules, barreras eternas que en su inmovilidad parecen decir á las generaciones: deteneos, no se puede ir más allá, somos el confín de las verdades religiosas, más allá no hay sino errores. «Luego destruí, —añaden,—la ley del progreso humano.» ¡Oh, no y mil veces no! Lo que constituye esencialmente la marcha y progreso del espíritu humano, no son las transformaciones de la verdad, sino el movimiento del entendimiento en la esfera de la misma verdad inmutable; porque la verdad es siempre una, la misma, encerrada en líneas eternas que demarcan á las inteligencias el derrotero que han de seguir sus desenvolvimientos en busca de los verdaderos adelantos. ¡Ah!, no pidáis al Catolicismo que tienda á engrandecer la razón, adaptando á ella la verdad; pedidle, sí, los elementos de adaptarse ella á la verdad; tal es su primer carácter: no es la caña que se doblega, es la vara recta que nos indica el verdadero progreso de la mente; aquella *Vara Vigilante* que vió un día el Profeta (1) de los Trenos.

La severidad y firmeza de la Iglesia de Cristo en su doctrina, es una verdad que brilla como encarnada en toda su historia, formando contraste, para ella glorioso, con las serviles transigencias de las Sectas. Sí, católicos, la Iglesia Romana jamás ha transigido en punto á doctrina, aunque las exigencias partieran de un poder tan grande como el de Enrique VIII, de una espada tan victoriosa como la del *Capitán del Siglo*; por cierto que no fué imitada en esta parte por los corifeos del Protestantismo, Bucero, Melachnton y el mismo Lutero, quienes vergonzosa y tímidamente se inclinaron ante la caprichosa concupiscencia de Felipe Landgrave.

Concluyamos, Señores: la doctrina de la Iglesia ostenta, por último, como uno de sus más hermosos caracteres, la claridad. La doctrina católica es cierto no os da la compren-

(1) Jerem., cap. I, vers. 11.

sión, pero os da un conocimiento real de los seres y de sus relaciones en la palabra de Dios, porque la palabra de Dios es un espejo inteligible. Hoy, pues, terminaré con estas grandes palabras del célebre Lacordaire (1):

« Hay, dice, claridad en la doctrina católica, una inmensa
» claridad, porque responde con la autoridad soberana de
» Dios á todas las cuestiones, las resuelve, las define y hasta
» les quita su cualidad de cuestiones, atendido á que nada
» hay que investigar donde existe una respuesta soberana y
» absoluta. Ya no tenemos ni aun que raciocinar, y este es
» un grande beneficio, porque nosotros no estamos aquí para
» raciocinar, sino para obrar, para edificar en el tiempo una
» obra eterna.»

Y sean, cristianos, como en la Domínica anterior la conclusión de nuestras consideraciones, las hermosas palabras del Himno que la Iglesia canta en estas solemnes Domínicas: *Meus jam resurgat torpida=non amplius jacens humi= Sidus refulget jam novum=ut tollat omne noxium.*

Sí, que cuando hemos visto los diversos caracteres de la Crítica impía y de la Iglesia Santa, en la lucha suscitada por aquélla, ha de levantarse nuestra mente del lecho fatal en que postrada y entorpecida la tienen nuestras pasiones: *Meus jam resurgat torpida*: no ha de permanecer por más tiempo fijando su abatida mirada en la vileza y vanidad de este mundo: *Nom amplius jacens humi.*

Levantémonos, cristianos; la Iglesia nos llama con los acentos de su verdad infalible; levantemos nuestros ojos hacia esa refulgente estrella que aparece con señales de nueva y celeste claridad: *Sidus refulget jam novum.*

¡Oh!, que esa estrella nos alumbré siempre con su brillante fulgor; que aparte de nosotros las dañadas influencias de la impiedad: *Ut tollat omne noxium*, y nos sirva de guía para contemplar por siglos sin fin los eternos resplandores del Sol de justicia que os deseo. Amén.

(1) Sermones, T. 1.º, núm. 19, edic. Madrid, 1845.

HOMILÍA PARA LA TERCERA DOMÍNICA DE ADVIENTO. (1)

Los Sacramentos de la Iglesia, y los de las Sectas.

Prope est jam Dominus,
venite adoremus.
Ex offic. Eccles.

EXCMO. É ILMO. SR.:



XAMINAMOS en la Domínica precedente una segunda venida de Jesucristo, y la saludamos como la venida de la verdad divina; y lo vimos aparecer como Maestro celestial que en su Iglesia enseña la verdad á las naciones. Contemplamos á la Crítica moderna exhibiendo su imprudencia y la insuficiencia de sus recursos, en el proceso judicial que entablaba contra la Iglesia Católica; y á la vez observamos á la Iglesia confundiendo victoriosamente á la Crítica con un doble argumento, argumento de narración, argumento de intuición.

Un hecho extraordinario excita hoy nuestra atención piadosa; nuestra festividad en este día va directamente hacia el gran Misterio de nuestros altares. Hubo un período en España, que los católicos no pueden recordar sin horror: á la muerte de Carlos II, los austriacos vinieron á nuestro suelo para tomar parte en la guerra de sucesión, en favor de un Príncipe de su Casa, y contra las pretensiones del 5.º Felipe; en todas partes, la vil soldadesca trataba á nuestra hermosa patria cual tratarse suele á un país conquistado; y lo peor es que no se vieron libres de los atropellos de esta

(1) Predicada en la Metropolitana de Granada, en el Adviento de 1875.

plebe indecorosa ni aun los objetos más santos de nuestra Religión; sería prolijo referir las profanaciones de Templos, de Imágenes, hasta del mismo Augustísimo Sacramento, que registra nuestra historia en ese período. Para desagaviar al Señor, objeto entonces de tantos ultrajes, celebramos la presente solemnidad.

Pues bien, cristianos, este hecho, que hoy se ofrece indeclinablemente á nuestra consideración, lejos de entorpecer la marcha de nuestra predicación de Adviento, nos conduce á ella derechamente. Debemos ocuparnos hoy de una tercera venida del Señor, de la venida á nuestro corazón por medio de los Sacramentos; de esa venida en que lo observamos como Sacerdote, según el orden de Melquisedec; como Sacerdote que se inmola á sí mismo sobre los Altares. ¿Queréis, cristianos, como es debido, desagaviar á este Dios, ultrajado un día en los Templos de nuestra Católica España?; pues enardecamos ante todo la fe sobre los Sacramentos, y en especial sobre el de la Eucaristía. «Cerca está de nosotros, en nuestros Templos habita; venid, adorémosle.» *Prope est Dominus, venite adoremus*. Vengamos á la consideración de esta tercera venida de nuestro Dios, de esta venida de la Caridad; mirad que se realiza cada día y á cada momento, mirad que por ella se une estrechamente con nosotros. ¡Oh!, clamemos con la Iglesia en este día: Cerca está el Señor, venid y adorémosle: *Prope est Dominus, venite adoremus*.

Si en la Domínica precedente nuestro entendimiento, pasado ante la insolencia de la Crítica impía que ataca á la Iglesia, y ante la firmeza de la Iglesia que de sus ataques se defiende, sintió las iluminaciones del celestial Maestro, sienta hoy nuestro corazón las infusiones de la Caridad del Sacerdote eterno, pasándonos ante la visible insuficiencia de los Sacramentos de las Sectas, y ante las bendiciones de celestial dulzura que sobre nosotros derraman los Sacramentos de la Iglesia Católica.

He aquí los dos polos sobre que ha de girar nuestra homilía: 1.º Caracteres de los Sacramentos de las Sectas anticatólicas. 2.º Caracteres de los Sacramentos de la Iglesia Católica.

Y si venimos á adorar al Señor de la Caridad, detengámonos antes para alabar á la Señora del Amor Divino. *Ave María.*

NARRACIÓN.

El Evangelio de la presente dominica refiere la legación que los Sacerdotes y Levitas enviaron al Bautista: «¿Tú quién eres?—le decían.—No soy Cristo,—respondió.—¿Eres Elías? ¿Eres Profeta?—Tampoco.—Pues entonces, ¿cómo es que te atreves á bautizar?—¡Ah! Yo bautizo en agua, pero hay uno en medio de vosotros á quien no conocéis; Él es el que ha de venir después de mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su calzado » (1).

Señores, si yo tratara de buscar exclusivamente en esta homilía el rigor exegético, os presentaría en las dos fases que ofrece nuestro Evangelio, el Ministerio de la Sinagoga y el Ministerio de la Iglesia; el primero, representado en el Bautista; el segundo, testimoniado y preconizado por el Bautista. Vierais entonces á la Sinagoga en toda su desnudez espiritual; aparecerían á vuestra vista sus Sacramentos, según la expresión de San Pablo (2), como elementos vacíos y estériles; nuestra homilía sería, en verdad, más correctamente ajustada á la exégesis, pero no nos conduciría tan fácilmente al objeto que hoy nos proponemos.

Autorizados por las reglas de interpretación (3) para tomar otro rumbo, dirijamos nuestra mirada hacia las Sectas anticatólicas del período contemporáneo; preguntémosles, como preguntaban los enviados al Bautista: *¿Tu quis es?* ¿Quién sois vosotros? ¿Cuáles son vuestros símbolos? ¿Cuáles son los caracteres de esos signos estériles, de esos vuestros malamente llamados Sacramentos, que ni afianzan entre vosotros el orden religioso, ni sostienen los fundamentos del orden moral? ¡Ah!, no son, en primer lugar, la fuente de la gracia,

(1) Joann. I, 19.

(2) Gal. IV, 9.

(3) Vid. Schonppe "*cursus Scripturæ Sacræ.*" Pars prima, cap. I, art. III, q. 4, 5 et 6.

ni son tampoco el principio de la caridad; no están, por último, en el centro de la Autoridad. Es decir, católicos, que á los Sacramentos de las Sectas les falta la *eficacia*, les falta la *ferundidad*, les falta la *institución* (1).

PRIMERA PARTE.

Vengamos, hermanos míos, hoy á ese desierto del protestantismo, desierto de ideas y de emociones religiosas, y preguntémosle: ¿quién eres? ¿*Tu quis es?* ¿Cuáles son tus Sacramentos? ¿Qué resortes ofrece á la humanidad para levantarla hasta su Dios? ¿Qué elementos para fomentar las virtudes? ¿*Tu quis es?* No tienen otro remedio que confesar su impotencia, á semejanza del Bautista, que la confesó en orden á los Sacramentos de la Sinagoga: *Et confessus est, et non negavit, et confessus est*. Confesiones á que las Sectas se ven obligadas, y que indican los defectos de que adolecen sus vanos símbolos.

I. Fáltales en primer término la eficacia; no son la fuente de la gracia: *Non sum ego Christus*. Desde los primeros pasos de su fatal carrera, los protestantes colocaron bien lejos, en última línea, la comunicación de la gracia por los Sacramentos; avanzaron hasta ponerla en duda; nunca pudieron ver en estos Ritos divinos más que el testimonio de las promesas evangélicas. Los doctores Witenburgenses aseguraron que los Sacramentos no llevan frutos sino en cuanto van acompañados de la fe en el perdón de los pecados. Y como sostuvieron que la sola fe nos obtiene la amistad de Dios, rechazaron la distinción de los Sacramentos de la Ley Antigua y de la Ley Nueva, en orden á su eficacia, hasta el punto de que Melancthon no dudó escribir estas palabras: «La circuncisión no es nada, el bautismo no es nada, la participación de la mesa del Señor no es nada, todos estos ritos no son más que el sello de las voluntades de Dios

(1) Vid. «L'Evangile espliquè...» par l'Albe De Haut. p. I, Sect. 2.

» sobre el hombre, unos medios propios á producir la con-
» fianza.»

Cristianos: mirad los Sacramentos que ofrece ese Protes-
tantismo, esas Sectas con que se nos brinda en esta tierra
clásica del Catolicismo; de ellos puede decirse, en cierta
manera, lo que del antiguo altar de los holocaustos se dice
en el sagrado libro del Éxodo: *non erat solidum, sed intus
vacuum* (1). Así son, Señores, los Sacramentos de las Iglesias
reformadas; no tienen la solidez de la gracia y de la miseri-
cordia divina; por eso sólo pueden ofrecer al corazón el va-
cío y la esterilidad de la indiferencia: *non erat solidum,
sed intus vacuum*. ¡Ah!, no, no nos ofrecen ellos las dulzuras
y suavidades del amor de Jesucristo: *non sum ego Christus*.
Mas, no solamente les falta la eficacia; tampoco tienen la
fecundidad.

II. Dirijamos de nuevo nuestra inquisición á las Sectas:
«¿Sois Elías?, — preguntémosle. — ¿Vuestros Sacramentos
sostienen la caridad, animan el fervor? ¿*Elias es tu?* ¡Ah,
Señores!, que ellas, muy á su pesar, tendrán que darnos esta
respuesta desconsoladora: *No*; que no tenemos el celo y fer-
vor de Elías, que no suministran nuestros ritos la vida de la
caridad, que no hermocean nuestro culto con sus ceremo-
nias, que no sostienen los vínculos de la mutua unión del
pueblo creyente: *Non sum Elias*.

En efecto; su culto frío como la razón, estéril como la
duda y vacío como la nada, recuerda más bien el Sinaí que
el Calvario; más bien la Circuncisión que el Bautismo; más
bien la ley de Agar que el Evangelio de Sara; y mientras
que todo entre nosotros, aun las ceremonias mortuorias,
anuncian en voz alta las alegrías de la resurrección y de la
vida, todo entre ellos, aun los ritos religiosos que se refieren
á la vida, hablan el lenguaje fúnebre de la tristeza y de la
desesperación, de la tumba y de la muerte: de ahí nace ese
aspecto serio y sombrío del culto protestante. ¡Ah!, no, no
producen esos signos vacíos los encantos del amor; no pue-

(1) XXXVIII, 7.

den hablar al espíritu el lenguaje de la caridad; no tocan en nuestra alma las dulces fibras del sentimiento. *¿Elias es tu?, et respondit: non.* Pero, escuchad más todavía: que á los Sacramentos de las Sectas fáltales también la sanción de la autoridad.

III. «Pues si no eres Cristo, ni Elías, ¿serás al menos algún Profeta?,—continúan los discípulos de la Sinagoga preguntando al héroe del desierto.» *¿Propheta es tu?* El Bautista entonces da un nuevo testimonio de su voluntaria humildad: «No,—responde,—tampoco soy Profeta;» y podía decirlo en verdad, añaden los Padres, porque no ve de lejos el objeto de su profecía, sino que lo señala con su dedo. *¿Propheta es tu?; et respondit: non.* Señores, dirijamos semejante interrogación á esas religiones acatólicas que pretenden venir á esta tierra de bendición, á nuestra Católica España; ¡no lo conseguirán! Digámosles, pues: en el supuesto que habéis secado en vuestros estériles ritos las corrientes de la gracia divina; que extinguís, por lo tanto, el sentimiento religioso, la llama purísima del amor en el corazón de los que han tenido la desgracia (¡inmensa desgracia!) de afiliarse en vuestras sectas, decidnos: *¿Quién os envía? ¿Quién os autoriza? ¿Dónde están las credenciales de vuestro funesto Ministerio? ¿Sois Profeta? ¿Propheta es tu?* Indudablemente no lo son; les falta ese *quid divinum* de la misión, de la autoridad, de la institución; de aquí que, no por humildad voluntaria como el Bautista, sino por convicción necesaria, tendrán que exclamar ante nosotros: *Non sum Propheta.*

Sí, cristianos; al Protestantismo le falta la debida institución en el dogmatismo Sacramental: *¿quién ha autorizado á las Sectas para marchar por ese hermoso campo de las comunicaciones divinas, demoliendo á su placer los fecundos canales del amor eterno? ¿Por qué esa arbitrariedad en la designación de esos medios que dependen exclusivamente de la libérrima volutad del Omnipotente? Lutero se fija primero en los dos Sacramentos *Bautismo* y *Cena*; Melachnton añade á ellos el *Símbolo de la absolución penitencial*; Zuin-glio concede al Matrimonio los honores Sacramentales; Cal-*

vino llama á la Ordenaci6n Sacramento en un sentido lato. Sería prolijo referir las variaciones que sobre este punto han tenido las Iglesias Protestantes (1). Por otra parte, instruido el fiel interiormente por solo Dios, según la teoría protestante; no siendo los Sacramentos más que desnudos símbolos para excitar la fe, es preciso borrar del catálogo de las verdades la ordenación divina de los Ministros sagrados: todo fiel está elevado á la dignidad sacerdotal, con derecho á enseñar y administrar, resultando de ello que el Sacerdote no es el *Enviado* de Dios, sino el *Ministro* de los fieles.

Y aquí podríamos hacer una fuerte increpación al Protestantismo con las mismas palabras de nuestro Evangelio, dejando á salvo en el símil, como venimos haciendo, la sublime santidad y misión del gran Bautista, y la divina institución de los símbolos mosaicos: podríamos, repito, dirigirnos á las Sectas diciéndoles: *¿Quare ergo baptizas?* ¿Por qué manejas esos símbolos inútiles y seduces al pueblo con esos estériles ritos? Si no tienes misión de Dios, si á esos que llamas Sacramentos les falta la eficacia, la fecundidad y la autoridad, ¿por qué los administras? *¿Quares ergo baptizas, si tu non es Christus, neque Elias, neque Propheta?*

Pero, cristianos, meditemos en la segunda parte de nuestro Evangelio y veremos los hermosos caracteres de nuestros Sacramentos, especialmente de este Augusto Misterio de la Sagrada Eucaristía, por el que Dios está tan cerca de nosotros, y á quien procuramos hoy desagraviar con nuestra adoración: *Prope est Dominus, venite adoremus.*

SEGUNDA PARTE.

Á la increpación que los Sacerdotes y Levitas de Jerusalén dirigen al Bautista, éste respondió diciéndoles: «Yo bautizo en agua; pero hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conocéis: este es el que debe venir después de mí, que es antes que yo, y del que yo no soy digno de

(1) Bossuet, «Historia de las Variaciones,» Lib. 2.º, 3.º y 7.º

» desatar la correa de su calzado: él bautizará en Espíritu Santo y fuego.»

Evidentemente el Precursor nos prelude en este pasaje los hermosos caracteres de los Sacramentos de Jesucristo; establece las radicales diferencias de los antiguos símbolos y de las grandiosas manifestaciones de la Ley de Gracia. «Yo bautizo en agua solamente, pero el que vendrá tras de mí, os bautizará en Espíritu Santo y fuego: á eso ha venido, á encender la purísima llama del amor en el corazón de la humanidad; en medio de vosotros está, ha tomado asiento entre vosotros, y el mundo, sin embargo, no le conoce. Él es el que aparece con todos los caracteres del Mesías: vendrá como perfecta realidad, después de mí, que soy la última de las figuras: ostentará en sus instituciones todas, su grandeza, la grandeza que le comunicó el Padre cuando lo engendró; pero aunque vendrá después de mí, existe antes que yo, y sus manifestaciones serán tales, que ante ellas quedarán completamente nublados mis resplandores: yo no seré digno ni aun de desatar las correas de su calzado.» Ya lo veis, mis amados hermanos; en estas palabras encontramos los hermosos caracteres de las instituciones amorosas de Jesucristo, de los Sacramentos de la Ley Nueva: Sacramentos que son, en primer lugar, la fuente de la gracia. *Ego baptizo in aqua, Ipso autem baptizabit in Spiritu Sancto et igne*. Sacramentos que son, además, el principio de la caridad: *medius vestrum stetit*. Sacramentos que son, por último, el centro de la autoridad divina: *Ipse est qui post me venturus est.....*

I. El Ángel de las Escuelas (1) nos describe con su inspirada profundidad los maravillosos efectos de los Sacramentos de la Ley de Gracia, y expone de la manera más brillante, cómo ellos conducen el alma hasta la cumbre de la más acabada perfección. Estableciendo una bella analogía entre la vida corporal y la espiritual, dice que «en ésta (como en aquélla) el hombre se perfecciona, ya en cuanto á su

(1) Summ. Theolog. 3 p. q. 65, art. 1.º

» propia persona, ya respecto á la comunidad de la sociedad
» en que vive; porque el hombre, añade, es un animal na-
» turalmente sociable. En cuanto á su propia persona, el
» hombre se perfecciona, ya adquiriendo alguna perfección
» de vida, ya removiendo impedimentos á la misma;» y sen-
tada esta hermosa doctrina, discurre el Angélico sobre las
divinas influencias y maravillosos efectos de nuestros Sacra-
mentos, y añade: «El Bautismo es la primera condición
» para esa vida de perfección sobrenatural, la Confirmación
» la corrobora, la Eucaristía la mantiene, la Penitencia y la
» Extremaunción la sanan y vivifican; y como complemento
» de esa perfección de vida personal, el Orden y el Matrimo-
» nio producen divinas eficacias para el perfeccionamiento
» de la vida social; el uno santificando su formación, el otro
» sancionando la autoridad y estableciendo los elementos de
» espiritual sociabilidad, condiciones precisas para el con-
» cierto de toda bien organizada comunidad.»

Cristianos: cuando meditamos esta importante doctrina de nuestra Teología, y recorremos con nuestra imaginación aquellas maravillas del primer Testamento, el paso del Mar Rojo, los torrentes de la peña de Horeb, el Maná y los Panes de la proposición, la Serpiente de metal; cuando acude á nuestro recuerdo la interesante figura de Aarón, los misteriosos ungüentos de su consagración, sus significativas vestiduras y el Mar de bronce y los Altares de oro del Templo de Jerusalén, y toda aquella serie de brillantes figuras de nuestros Sacramentos, el alma se extasía al considerar la abundancia de gracias y favor divino que ha querido el Señor depositar en los ritos de nuestros Sacramentos. ¡Ah!, sí, aquéllos eran la figura, éstos son la realidad; aquél era el bautismo en agua, éste es el bautismo en Espíritu Santo y fuego.

II. Y notad también, Señores, la fecundidad prodigiosa de estos mismos Sacramentos: la fecundidad del amor, de esa divina caridad que bajó del seno del Padre á la Cueva de Belén, para nacer con inefable nacimiento y que desciende á los Ritos Sacramentales para reproducir, dice el P. S. Am-

broso, las armonías y misterios de aquel nacimiento portentoso: *Natus mundo, renascitur Sacramentis*. El Profeta Isaías había anunciado (1) que el Mesías se llamaría *Emmanuel*, palabra misteriosa que significa Dios con nosotros; según este magnífico y delicioso vaticinio, es evidente que el Mesías debía permanecer entre los hombres de una manera, no transitoria, sino permanente; no figurada, sino real; no moral, sino corporal; no accidental, sino sustancial; de una manera no genérica con la humanidad, sino individual con cada hombre en particular. Según este magnífico y delicioso vaticinio, el Mesías debía ser Dios con el hombre, Dios siempre presente al hombre, habitando siempre con Él, comunicándose, uniéndose íntimamente al hombre y viviendo en el hombre mismo; por esto el Evangelista San Juan (2), aclarando y completando esta profecía, no se contentó con decir que el Verbo se hizo carne, sino que añadió, y *este Verbo habitó entre nosotros*. Pues, Señores, esta maravillosa habitación de Dios con el hombre se realiza por los Sacramentos, principalmente por la Eucaristía.

Así como el pecado es el aborto monstruoso de la obcecación unida á la flaqueza, de la misma manera la virtud es la eflorescencia de la verdad; la verdadera luz del espíritu y de la gracia, es la verdadera fuerza del corazón; la gracia nos hace amar la verdad, nos inspira su deseo, nos da la fuerza para consagrarnos á ella, y de este modo nos hace virtuosos, porque la virtud no es otra cosa que la verdad impulsando la práctica del bien con el auxilio de la gracia. ¡Oh, si pudiéramos comprender los prodigios de virtud divina, de caridad inefable que se obran en el hombre, cuando Dios viene á él por medio de los Sacramentos, cuando Dios habita en él por medio de la Eucaristía! Aquí se cumple á la letra la palabra del Bautista: *medius vestrum stetit*. ¡Ah! el hombre carnal ha desaparecido, ya no existe más que el hombre espiritual, el hombre celestial, el hombre elevado

(1) Cap. VII.

(2) Cap. I.

sobre sí mismo, el hombre que no ama más que el bien; lo dijo San Pablo (1) en frase que no es preciso adornar: «Es » la vida del hombre escondido con Cristo en Dios,» es Cristo viviendo en el hombre.

III. Pero, Señores, tiempo es ya de terminar nuestra homilía. Los Sacramentos de la Ley Nueva son, por último, radiosa manifestación de la autoridad divina, son de Cristo, del que decía el Bautista: «Este es el que viene después de » mí, el que fué hecho antes que yo, y á quien yo no soy » digno de desatar la correa de su calzado...» Hay, Señores, en la Sagrada Historia (2) una tierna y magnífica figura de la autoridad de Dios sobre su pueblo escogido; figura con la que deseo recrear vuestras almas, á la vez que corroboro la verdad que nos ocupa. Apenas Israel había salido de Rameses, en un momento se formó y apareció en el cielo una gran nube, en figura de columna, la cual dilatándose en el día á manera de una vastísima tienda, protegía al pueblo peregrino de la fuerza del sol abrasador del Desierto, y por la noche, convirtiéndose en un foco de luz, servía para iluminar todo el campamento; y tanto de día como de noche precediendo los reales hebreos ó parándose sobre ellos, les indicaba y les regulaba el camino: *Fuit illis (3) in velamento diei, et in luce stellarum nocte*. Los Padres y Expositores, y entre ellos el célebre A. Lápide (4), reconocen en este portento del Desierto una figura de Cristo, de su Iglesia y de sus Sacramentos; sí, estos signos misteriosos de la gracia y de la autoridad divina son las guías que nos conducen por el desierto miserable de esta vida: instituídos fueron por Cristo; el Santo Evangelio, las Escrituras todas del Nuevo Testamento nos señalan el divino origen de estos Ritos sacrosantos, y ellos, semejantes á la nube del Desierto, ya nos cobijan con sus gracias, durante los resplandores del hermoso día de la caridad, ya nos inflaman con sus ardores y nos

(1) Coloss., III. 3.

(2) Exod., cap. XIII.

(3) Sap. c. X, v. 17.

(4) In hunc loc.

guían con sus luces, durante la noche fría del pecado y de la indiferencia: *Fuit illis in velamento...* Sí, que de esos Sacramentos, unos son llamados *de muertos*, que nos devuelven la vida de la gracia: esos son la columna de fuego que brillaba en las tinieblas; otros son llamados *de vivos*, que nos aumentan las claridades y hermosura de la gracia divina; á esos representaba la nube misteriosa que á Israel cobijaba durante el día: *Fuit illis in velamento diei...* ¡Oh Divinos Sacramentos!, cómo ostentáis en vuestras santas influencias la grandeza y autoridad de vuestro Autor; la grandeza y autoridad que preconizaba el Bautista cuando decía á los enviados de la Sinagoga: «Ese, Ese es el que viene» después de mí, el que fué hecho antes que yo, y á quien » yo no soy digno de desatar las correas de su calzado.»
Ipsé es...

Este es el mismo á quien el Bautista saludaba también como al Cordero de Dios. Este, este Dios Sacramentado á cuya presencia estamos; sí, amados hermanos míos, el Cordero de quien nos habla la Iglesia en la tercera estrofa del himno con que hoy hemos de terminar nuestra homilía: *En Agnus ad nos mittitur*; sí, este es Jesucristo nuestro Redentor, á quien el Eteruo Padre envía para relajar nuestros pecados con sus Sacramentos; para pagar con su sangre nuestras deudas: *En Agnus ad nos mittitur=laxare gratis debitum*. ¡Ojalá el Protestantismo y todas las Sectas disidentes hagan algún día la sincera confesión del Bautista y canten con la Iglesia esta estrofa de nuestro himno! *En Agnus.....*

Pues bien, hermanos míos, *omnes simul cum lacrymis precemur indulgentiam*: todos, sí, con las lágrimas de la fe, con las lágrimas del arrepentimiento, con las lágrimas del amor pidamos el perdón de nuestros pecados, ofrezcamos el desagravio de nuestras ofensas: *Omnes simul cum lacrymis precemur indulgentiam*. ¡Oh!, lloremos, clamemos ante este altar, ante este Divino Sacerdote; lloremos, clamemos en el tiempo para que gocemos en la eternidad, y cantemos perpetuas alabanzas ante el Altar de Oro de la Sión Celestial por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PARA LA CUARTA DOMINICA DE ADVIENTO. (1)

Jesucristo, término de las Profecías.

**Prope est jam Dominus,
venite adoremus.**

Ex offic. Eccles.

EXCMO. É ILMO. SR.:



EXAMINANDO la venida de Cristo como Sumo Sacerdote, observamos en la Dominica precedente, que era la venida del amor divino, del amor que se comunica por medio de los Sacramentos. Á este propósito observamos los diversos caracteres de los Sacramentos de las Sectas, que en su ineficacia, en su esterilidad y en su arbitrariedad ponen de relieve las brillantes notas de los Sacramentos de la Iglesia Católica, que son la fuente de la gracia, el principio de la caridad y el centro de la autoridad Divina; y cuando consideramos estas maravillas, no pudimos menos de exclamar: ¡Oh, qué cerca de nosotros está nuestro Dios, venid y adorémosle. *Prope est...*

Tócanos hoy examinar la cuarta venida de nuestro Señor; hemos llegado al término de nuestra predicación en este Adviento, y ese Dios á quien hemos visto plantar su trono, en medio de las naciones, como Rey; levantar su Cátedra, en medio de las inteligencias, como Maestro; erigir su Altar, en medio de los corazones, como Sacerdote, será hoy objeto de nuestra consideración, colocando su Cuna en medio de los tiempos, como Mesías. *Prope est...*

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en el Adviento de 1875.

Á considerar esta verdad nos eleva no solamente el plan á que se ajusta esta predicación, sino también el Evangelio de la presente Domínica (1). En él se nos refiere, que en el año quince del Imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilatos Gobernador de la Judea, bajo el reinado de Herodes, la Tetrarquía de Filipo y de Lisania y el Sacerdocio de Anás y de Caifás, comenzó su predicación en el Desierto, Juan, hijo de Zacarías. «Que él llamaba á las turbas,—añade el Evangelio,—á la penitencia y señalaba los gloriosos frutos de la venida del Mesías, llenándose los valles, allanándose los montes y los collados, suavizándose la aspereza de los caminos, y facilitándose á toda carne la visión de la salud del Señor.»

Dos puntos de vista nos ofrece la narración Evangélica que acabo de compendiar: el uno, si nos dirigimos hacia la Sinagoga; el otro, si nos dirigimos hacia la Iglesia; y en el punto céntrico de esas dos grandes miradas aparece la Cuna de Jesucristo, enlazando esos dos grandes períodos de la humanidad; aparece Jesucristo como el verdadero Mesías, como Mesías que termina la Ley Antigua y que principia la Ley Nueva; como Mesías que con la una mano pone punto de término á las figuras de lo pasado, y con la otra coloca el punto de partida á las realidades del porvenir. Examinemos, Señores, estos portentos en la homilía de nuestro Evangelio; en él vemos una parte histórica y otra dogmática. En la parte histórica veremos el primer carácter de nuestro Mesías ser el término de la Ley Antigua. En la parte dogmática veremos el segundo carácter de nuestro Mesías ser el principio de la Ley Nueva. *Prope est...*

Mas, para adorar al Mesías en su Cuna, saludemos antes á su bendita Madre, que en ella le colocará, y digámosle: *Ave María.*

(2) Luc. III, 1, 9.

PRIMERA PARTE.

Tres clases de profecías nos refiere el Evangelio, terminadas á la época de la predicación del Bautista y de la aparición, por consiguiente, de Cristo, Mesías prometido al humano linaje. Nos dice que esto sucedía en el año décimoquinto del Imperio de Tiberio César; que Poncio Pilatos era el Gobernador de la Judea; que Herodes imperaba como Tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo y Lisania como Tetrarcas asimismo de la Iturea y de la Abilina; y que Anás y Caifás eran, por último, los Príncipes de los Sacerdotes. Señores, si queremos reducir con algún método estas múltiples profecías que aparece llenando y terminando el Mesías, podemos decir que Él es verdaderamente el término de la Ley Antigua, porque pone límite: (a) á las Profecías en el orden cronológico: *anno quintodecimo imperii Tiberii Cesaris.* (b) Á las profecías en el orden político: *procurante Pontio Pilato Judeam; Tetrarcha autem Galilea Herode.* (c) Á las profecías en el orden religioso: *sub principibus Sacerdotum Anna et Caipha.*

(a) El año décimo quinto del Imperio de Tiberio César indica el cumplimiento de dos grandes profecías de Daniel, la profecía de las setenta semanas (1), la maravillosa visión de la estatua de Nabucodonosor (2). Un día oraba Daniel en medio de las amarguras de la cautividad del pueblo escogido; de repente siéntese conmovido por visión celestial, aparecele Gabriel Arcángel á la hora del sacrificio matutino, y, levantándole el velo del porvenir, le descubre el tiempo en que el Señor había de apiadarse de su pueblo: « Para poner » término,—le dice,—á las prevaricaciones, redimir los pecados y establecer la justicia sempiterna; para sellar las » visiones y las profecías, y que sea ungido el Santo de los » Santos, sabe que saldrá palabra bondadosa del Señor, se

(1) Dan., cap. I, v. 24.

(2) Dan., cap. II, v. 31.

» mandará reedificar á Jerusalén, y desde este mandato hasta » el Mesías, transcurrirán siete semanas y sesenta y dos.» Y este glorioso vaticinio aparece cumplido á la letra en el Evangelio de este día, porque el año quince de Tiberio, que es el primero de la predicación del Bautista, y el trigésimo de la vida de Jesús, es cabalmente en el que corría el año cuatrocientos cuarenta y ocho de la profecía de Daniel, la que tiene su perfecto cumplimiento en el día de la total ruina del Templo de Jerusalén por Tito y Vespasiano.

Con no menos precisión tuvo su cumplimiento la visión misteriosa de Nabucodonosor, que también Daniel descifró con celestial inspiración. Anunció el Vidente el éxito de cuatro grandes monarquías, que eran figuradas por cuatro metales diferentes de que se componía la estatua de la regia visión. «Tu monarquía,—dijo el Profeta al Príncipe de Babilonia,—está representada en la cabeza de oro;» éste fué el Imperio de los Asirios. «Después de tí,—añade,—se le » vantará otro reino de menor pujanza,» y es el que figuran el pecho y brazos de plata de la estatua; tal fué el Imperio de los Medos y Persas. «Otro reino vendrá después;» fué sin duda el de los griegos, simbolizado en el vientre y muslos de cobre de la estatua. Y el cuarto Imperio, en el que todos reconocen al gran Imperio Romano, figurado estaba en los pies de la estatua, parte de hierro y parte de barro. «Entonces,—dijo Daniel con acento profético,—entonces nacerá » *un reino que jamás será destruído*; de un alto monte se » desprenderá una pequeña piedra, que tocando en los pies » de la grande estatua la reducirá á polvo, y ella se hará » gigantesca montaña que llenará toda la tierra;» éste es, Señores, el reinado del Mesías. Pero pasemos á las profecias en el orden político.

(b) ¿Manda en la Judea Poncio Pilatos?; pues entonces, cristianos, ya se ha cumplido una de las más insignes profecías en el orden político de la Casa de Israel: la profecía de Jacob (1); ya los judíos no tienen más Rey que al César;

(1) Genes., XLIX, 8.

ya el cetro salió de la Casa de Judá; ya vino, pues, el que había de ser enviado. La tribu de Judá subsiste aún en las desgracias del cautiverio; vuelve á la Ciudad Santa con sus Príncipes y sus grandes, con sus ancianos y sus Magistrados: conserva su mando y sus genealogías, sus posesiones y su preeminencia sobre las demás tribus, hasta la destrucción de la nacionalidad judaica en tiempo de los Romanos. ¿Y qué significan esas Tetrarquías de Herodes, de Filipo y de Lisania?; ¡ah!, son el indicio, dice el P. San Gregorio (1), de que van á tener su cumplimiento los deliciosos vaticinios de Isaías y de Ezequiel, la dispersión del pueblo judío, la vocación del pueblo gentil: cumplimiento que anunció solemnemente Jesucristo llorando sobre las ruinas de la Ciudad Santa, que realizaron los Apóstoles anunciando el Reino de Dios á los hijos de la gentilidad.

(c) «Bajo los Príncipes de los Sacerdotes Anás y Caifás» —continúa el Santo Evangelio.—¿Qué es esto, Señores? ¿No había de ser uno según los mandatos del Levítico, el Pontífice de las doce Tribus? ¿Qué significa esa multiplicación de Sumos Sacerdotes? ¿Qué significan esos Pontífices introducidos en el Santuario, no por la voz de Dios, sino por el favor ó la fuerza? ¿Qué significan esos Pontífices *anuales* á que alude la historia Evangélica de la Pasión de Jesucristo? (2) ¡Ah! significa la próxima ruina de aquel pueblo y de aquel Templo, de su Sacerdocio y de sus Sacrificios; significa que se acerca la gloria, que según el vaticinio de Ageo (3), había de llenar el Templo; significa que se aproxima la oblación purísima que vió Malaquías (4), la cual había de inmolarse desde el Oriente al Occidente. Cristianos, es que se han cumplido las profecías en todos los órdenes: es que está muy cerca el Señor, que aparece el Mesías poniendo el límite á la Ley Antigua. *Prope est jam Dominus, venite adoremus.*

(1) Hom. XX, in Ev.

(2) Joan., II, 49.

(3) Agg., cap. II, v. 8.

(4) Malac., I, 11.

SEGUNDA PARTE.

El Santo Evangelio, después que ha fijado las épocas de la aparición del Bautista, y, por consiguiente, de Jesús, nos dice: «Que fué hecha palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el Desierto y vino á toda la región del Jordán predicando el bautismo para la remisión de los pecados. Haced frutos dignos de penitencia,—decía,—y no os glorieis de tener por vuestro padre á Abraham; preparad los caminos del Señor, como dijo el Profeta, y haced rectos sus senderos. Todo valle se llenará y todo monte y collado será abatido, lo torcido será enderezado, y los caminos ásperos serán allanados.»

Evidentemente nuestro Evangelio indica, en esta segunda parte, los caracteres de la Ley Nueva, que, comenzando en el Bautista, debía completar y predicar el Mesías. Nos manifiesta, pues, el tiempo oportuno en que comienza esta publicación, tiempo designado por el Profeta Isaías (1); los maravillosos efectos de esta publicación, porque á los ecos de esta ley, los montes serían humillados, los caminos torcidos enderezados y los ásperos serían allanados; indica, por último, la prodigiosa extensión de la publicación de esta Ley, porque toda carne había de ver la salud de Dios. La Ley Nueva aparece, pues: (a) con un carácter de oportunidad: *Et venit..... sicut scriptum est*; (b) con un carácter de eficacia: *omnis vallis implébitur....*; (c) con un carácter de fecunda dilatación: *Et videbit omnis caro salutare Dei*.

(a) Había llegado el tiempo de hablar á la humanidad exigiéndole la purificación de sus costumbres: El paganismo, carnal y grosero, no había podido llenar esta misión; la voz atronadora del Sinaí, á pesar de su aterradora resonancia, no había sido oída con perfección ni aun en el reducido recinto de la Sinagoga; la que además confundía sus puros preceptos, con la inmundicia de viciadas tradiciones. Estaba, pues, reservado al Mesías el desempeño de tan noble misión,

(1) Cap. XL, v. 3.

que aparece comenzando á cumplir el Bautista, en conformidad con los anuncios del Profeta Isaías. Por eso principia Juan su predicación diciendo: *pœnitentiam agite* (1), y estas mismas fueron, según San Mateo (2), las palabras con las que también el Salvador empezó su divina misión. Conocía bien el Precursor el espíritu de aquellas turbas y les hablaba con dureza diciéndoles: «Semilla de víboras, haced frutos dignos » de penitencia, y no os glorieis de tener por vuestro padre » á Abraham; mirad que ha llegado el tiempo de las grandes » manifestaciones de Dios, el que es poderoso para suscitar » de estas piedras hijos de Abraham.» Con razón saluda el Precursor á la Sinagoga con frase tan dura, porque la malicia pervirtió y había convertido en víboras á los que Dios había criado hombres rectos y hecho hijos de Abraham.

Ha llegado, pues, la hora de que el Bautista haga resonar la voz de Dios en este desierto de las inteligencias y de los corazones: «Extinguida,—dice el Crisólogo explicando este » lugar,—extinguida la lozanía del árbol judaico, vuela el » Bautista al desierto de las gentes, incendia las malezas de » la iniquidad con el fuego del espíritu, tala ese árbol es- » téril con la segur de la Nueva Ley, allana los ásperos co- » llados del orgullo y levanta los hermosos y dilatados valles » de la humildad;» sí, que la Ley que anuncia el Bautista no sólo tiene un carácter de oportunidad, sino también de eficacia en su predicación.

(b) Los valles llenos, los montes aplanados indican la eficacia de la Ley Nueva en el orden intelectual; los senderos rectificadlos y sus asperezas allanadas expresan las influencias de la misma Ley en el orden moral.

¡Ah, Señores! ¿Quién podrá diseñar el espantoso cuadro que á nuestra vista ofrece la inteligencia de más allá del Calvario? Las escuelas filosóficas, estéril gimnasio de una razón extraviada, no lograron llenar los dilatados valles criados para la verdad eterna; las más sabias la defendieron de una manera indecisa ó problemática, cuando no la detu-

(1) Cap. IV, v. 17.

(2) Matth., c. V, 1.

vieron cautiva en injusticia, como enérgicamente se les echó después en cara el Apóstol San Pablo (1). Y, caminando sin sostén la inteligencia, la corrupción de costumbres corre parejas con las pretensiones sofisticas; no inclinándose á la verdad el orgulloso monte de la inteligencia extraviada, imposible fué llenar el anchuroso valle de la razón humana; y trastornado el corazón por amores que le depravan, por ilusiones que al fin le acongojan, no encontraba rectitud ni dulzura en sus caminos; estaba reservado este prodigio para la venida del Mesías; estaba reservado para la caridad que predica, la que derramándose en ese pobre y agitado corazón, había de vivificarlo con la interior animación de una vida divina.

(c) Pero escuchemos, Señores, llenos de santa alegría, el último carácter que, según la predicación del Bautista, había de distinguir á la Ley de que era Precursor. «Toda carne,— exclama,— verá la salud de Dios.» ¡Oh, dichosa fecundidad, hermosa dilatación de esta Ley!; ¡paloma benéfica que volará por el ámbito todo del mundo, depositando en todas partes los gérmenes fecundos de la paz y de la dicha! ¿Y quién puede negar á nuestra Religión Santa este hermoso carácter? ¿Quién puede desconocer las maravillas de esa suave dilatación? En toda la tierra ha resonado el armonioso sonido de su voz, y hasta los confines del mundo se ha extendido su salvador ministerio. Se ha cumplido á la letra la profecía del Precursor; la palabra de Dios, derramándose por todo el mundo, es la medicina que eficazmente cura las llagas del espíritu, que alumbrá las inteligencias, que mueve los corazones, que hace, en fin, que toda carne vea la salud del Señor.

¡Gracias, Dios mío!, gracias, pues nos habéis dado ver las glorias y excelencias de nuestro Mesías; pues nos habéis dado admirar los radiosos caracteres que le distinguen, siendo el fin de la Ley Antigua y el principio de la Nueva. Cristianos, ¡cuán cerca estamos de nuestro Dios! Y concluyamos como

(1) Ad Rom. 1.

en las pasadas Domínicas, con la correspondiente estrofa de uno de los himnos de este Santo tiempo: *Ut cum secundo fúlserit=Metu que mundum cinxerit=Non pro reatu puniat=Sed nos pius tunc protegat.* La Iglesia nos exhorta á aprovechar los beneficios de la venida del Mesías, para que no tengamos que sentir los rigores de la verdad del Juez: *ut cum secundo...* Aprovechad los favores de la primera venida, para que no tengamos que sentir los rigores de la segunda. ¿Habéis visto al Mesías como fin de la Ley Antigua?; pues pongamos término á la ley de nuestra carne y de nuestras pasiones. ¿Lo habéis contemplado como principio, como fundamento de la Ley Nueva?; pues pongamos principio al imperio de la ley del espíritu: *ut cum secundo fúlserit... non pro reatu puniat=sed nos pius tunc protegat.*

Y sea nuestra última palabra la conclusión de este hermosísimo himno: *Virtus*, dice la Iglesia, *honor, laus, gloria=Deo Patri, cum Filio=Sancto simul Paraclito=In sæculorum sæcula... Amén.*

Sí, demos fortaleza, honor, alabanza, gloria á nuestro Dios, al Padre, Hijo y Espíritu-Santo. Tales han sido nuestros afanes en estas cuatro Domínicas. Hemos visto la virtud y fortaleza que se debe al Rey, *Virtus*. El honor que se debe al Maestro, *Honor*. La alabanza que se debe al Sacerdote, *Laus*. La gloria que se debe al Mesías, *Gloria*. Virtud, pues, á ese Rey que triunfa de la revolución de la culpa en su primera venida. Honor á ese Maestro, que ilumina entre las tinieblas de la crítica contemporánea, en su segunda venida. Alabanza á ese Sacerdote, que se inmola sobre nuestros Altares, en su tercera venida. Gloria á ese Mesías, que se humilla en la Cuna de Belén, en su cuarta venida. *Virtus...* Virtud á la venida de la Majestad; honor á la venida de la verdad; alabanza á la venida de la caridad; gloria, por último, á la venida de la gracia. Sea esta la voz de nuestra fe en la presente vida, para que después sea el himno de nuestra felicidad en la eterna. *Virtus, honor, laus, gloria=Deo Patri cum Filio=Sancto simul Paraclito, in sæculorum sæcula. Amén.*

SERMÓN PARA LA PRIMERA DOMÍNICA DE ADVIENTO. (1)

Sobre la purificación de nuestras costumbres.

*In adventu Summi Regis munden-
dentur corda hominum ut digne
ambulemus in occursum illius.*

Ex offic. Eccles.

EXCMO. É ILMO. SR.:



AL es la invitación amorosa que hoy nos dirige la Iglesia nuestra Madre; á este fin nos congregamos hoy bajo las bóvedas del Santuario, para adorar al Dios que humanado viene á redimirnos, para preparar nuestras almas á esa venida de amor y de gracia, para presentar nuestro respeto y veneración ante la Majestad del Rey que no se rebaja en venir hasta sus criaturas: *In adventu Summi Regis...*

Hace un año cabalmente, Señores, que subiendo á este púlpito para comenzar á ejercer mi honroso cargo, me esforzaba en presentar á vuestra consideración los hermosos caracteres de que aparecía revestido ese Divino Mesías, cuya venida aguarda ansiosa la Iglesia en este tiempo santo, y á cuya expectación nos mueve y nos estimula; y bien presente tengo que en esta primera Dominica os decía, con todo el afán de mi corazón: mirad que viene nuestro Rey, venid y adorémosle; mirad que esta portentosa venida de caridad, para la que nos preparamos, no es otra cosa que un amoroso preámbulo para otra venida no menos rica en portentos, pero en portentos terribles de equidad y de justicia;

(1) Predicado en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en el Adviento de 1876.

abrid el Evangelio, venid al vallé de Josafat, y veréis á Cristo como Rey, como Rey que sentado en trono de nube viene á residenciar al mundo por sus obras. *Regem venturum Dominum, venite adoremus.*

Pues bien, hoy, sacando una consecuencia práctica del pensamiento entonces esplanado, os digo con no menos ahinco de mi alma: «En la venida del Sumo Rey, límpiense » los corazones de los hombres para que dignamente podamos marchar á su encuentro.» *In adventu...*

¡Ah, cristianos!, el mejoramiento de las condiciones morales de nuestra vida, la reforma de nuestras costumbres, debe aparecer ante la idea pavorosa del Juicio, tan indeclinablemente como aparece ante el matemático el resultado de una ecuación algebraica; ese proceso de la humanidad que ha de presenciar atónito el último día de los siglos, esa solemne sanción que ha de ejecutoriarse por toda la eternidad, es el más poderoso resorte para levantar nuestro corazón de la inmundicia de las pasiones. Sí; Cristo aparecerá para tomar cuenta al mundo de sus obras; salgámosle al encuentro con la purificación de esas mismas obras; salgámosle al encuentro como fieles súbditos de tan excelso Rey: *Regem venturum, venite adoremus. In adventu Summi Regis mundentur corda hominum.*

Y observad, mis amados hermanos, cómo parece que estas ideas están encarnadas en la liturgia de la presente festividad; paralelos á la voz del Evangelio que procuré homiliar el año pasado, llegan á nuestros oídos los ecos de la Epístola que acaba de cantarse, y que procuraré exponeros en este día: «¡Oh, hermanos!,—exclama el Apóstol San Pablo (1),— » Mirad que ha llegado ya la hora de despertarnos del letargo » de nuestras pasiones; mirad que estamos cerca de nuestra » salud; ya pasó la noche, se acercó el día, desechemos, pues, » las obras de las tinieblas y aparezcamos revestidos con las » armas de la luz; marchemos, no por los caminos de la gula » y de la embriaguez; no por los caminos de la lujuria y de

(1) Ad Rom. c. XIX, v. 11.

» la impureza; no por los caminos de la ira y de la envidia,
» sino por los gloriosos senderos en que andan los que están
» revestidos de Jesucristo.» Tal es la purificación con que
debemos salir al encuentro del Rey de la Santidad. *In ad-*
ventu... Meditemos, Señores, estas palabras, y ellas, que
sobre ser palabras de Dios se han hecho célebres en la his-
toria de la Iglesia, porque obraron la conversión del gran
Agustín, adquieran hoy nueva celebridad, obrando en nos-
otros la conversión y purificación de nuestras costumbres.

Yo encuentro en ellas dos verdades importantes que han
de formar el objeto de vuestra atención y de mi discurso:
1.^a Oportunidad de esta purificación de nuestras vidas.
2.^a Fecundidad de esta purificación de nuestras costumbres.
Oportunidad de esta purificación, *Hora est jam...* Fecundi-
dad de esta purificación, *Abjiciamus...* Venid, Señores, y
con la limpieza de nuestros corazones salgamos al encuentro
de este Rey, cuya venida se nos anuncia. *In adventu summi*
Regis...

Pidamos la gracia por mediación de María Inmaculada.
Ave María.

PRIMERA PARTE.

« Hora es ya, — así comienza nuestra Epístola á enseñarnos
los caracteres de la purificación de nuestras costumbres (1), —
» hora es ya de levantarnos del sueño, porque ahora más
» cerca está nuestra salud que cuando creímos; la noche
» ya pasó, se ha acercado el día.» Hermosa palabra es esta,
para ser dirigida á presencia de este siglo sensualista, que
para nada se cuida de los verdaderos intereses del corazón.
¡Ah! Señores, cuando vemos á nuestra empobrecida socie-
dad, teatro de un fausto que los Reyes de Persia hubieran
quizá admirado; afanada tras codicias que Esparta hubiera
reputado por ambición; víctima de soberbias que la antigua
Grecia reputaría sin duda por orgullo, vergonzosa apoteosis

(1) Ad Rom. XIII.



de placeres que la impúdica Roma es dudoso mirase sin rubor, es del caso que se levante una voz amiga que cual dique poderoso ataje las inundaciones de ese diluvio devastador; esta es la voz de la divina inspiración: «Hora es ya,—nos » dice,—de que despertéis de ese sueño profundo de las pa- » siones; mirad que se acercan los días de la salud, de la pu- » reza, de la justicia.» *Hora est....*

¿No veis al hombre que abre su corazón á todas las simpatías que le prometan, siquiera por una hora, la embriaguez del placer?; que abre sus sentidos á todo contacto que le brinde con el deleite de la sensación?; que abre su imaginación á todo ensueño que le presente más allá de las realidades que toca, delicias y goces con que puebla, para alimentarse con ellos, todo un mundo ideal? Y para encontrar á la vez todos esos goces, todas esas imágenes y esas conmociones todas, tras las cuales corre su pasión de sentir, ¿no veis cuál vuela, cuál se precipita de festín en festín, de espectáculo en espectáculo, de deleite en deleite?

¡Ah, pues escucha, oh corazón trastornado! *Hora est jam...* escucha los divinos latidos que ya sentimos salir del corazón de un Dios humanado. De ese corazón que nace en Belén para inspirarnos el amor, que vendrá al valle de Josafat para acreditarnos su justicia: *Hora est jam...* Mirad, ¡oh sentidos embriagados!, mirad ese espectáculo que os ofrece la cuna del Mesías, que os brinda con su misericordia; el trono del Juez que os amenaza con sus rigores. *Hora est jam...* ¡Oh! detente imaginación alucinada, y espaciate ante el amoroso ideal que desenvuelven los tiernos suspiros del Niño Dios, que nace en un portal, ante las terribles emociones que excitan los rigores del Dios Hombre que sentencia en su tribunal. *Hora...*

«Pasó la noche,—continúa nuestra Epístola,—y he aquí » que se aproxima el día de eterna claridad.» *Nox præcessit, dies appropinquavit.* Señores, que las sociedades paganas marcharán por entre las fatídicas tinieblas de su corrupción, es cosa fácil de explicar; pero que los hijos de la luz se sepul- ten voluntariamente en las oscuridades de sus concupiscen-

cias, hecho es este verdaderamente incomprensible; y aquí tenéis nuevas armonías de oportunidad para la purificación que se nos exige. *Nox præcessit...*

Sí, ya pasó aquel lúgubre período en que la preponderancia de los sentidos sobre el espíritu era universal, permanentemente, autorizada. ¡Terrible época! El cuerpo reinaba como soberano, su imperio era una tiranía contra la cual ni aun se pensaba protestar; y penetrando ese sensualismo en lo más íntimo de la civilización pagana, había producido aquellas grandes defecciones, que afligido describe un Profeta (1) con inspirada lamentación: Dijo el necio al sentirse dominado por la voluptuosidad del corazón: No hay Dios, *dixit insipiens in corde suo: non est Deus*; y de esta negación horrorosamente fecunda, brotan costumbres que sólo podemos caracterizar llamándolas con la Escritura Santa *abominables: corrupti sunt et abominabile facti sunt in iniquitatibus*. Abominación que invade todos los órdenes, que inunda todas las esferas, *non est qui faciat bonum*. Cierto que Dios desde su excelso Trono llamó á los Patriarcas, envió á los Profetas, miró por su pueblo: *Deus de caelo prospexit super filios hominum ut videat si est intelligens...* ¡Ah, mirada desgraciadamente estéril!; la caída del género humano en el oprobio de los sentidos, había sido profunda, universal: *Omnes declinaverunt... non est qui faciat bonum*.

Pero ese período cuyos horrores endecha el Profeta con los tristes ecos de su afligido salterio, pasó ya, por ventura: *Nox præcessit, dies autem appropinquavit*; pasó la noche, hase aproximado el día.

Este día, cristianos, es la plenitud de los tiempos que felizmente atravesamos, el día de la Fe, el día de los Sacramentos, el día de la oración, el día de las purísimas ascensiones del hombre hacia Dios; este es el día que otro Profeta (2) contemplaba lleno de entusiasmo; día en que las reacciones contra el sensualismo deben levantarnos sobre nosotros mismos, y hacer que nuestras almas brillen con los resplandores de la gloria del Señor, que es la gracia y san-

(1) Psalm. XIII.

(2) Isaias, c. LX.

tividad que deben adornar al cristiano: *Surge illuminare Jerusalem, quia gloria Domini super te orta est*: día en que, después de esas espesas tinieblas de corrupción que en un tiempo cubrieron la tierra; después de esas oscuridades funestas que cobijaron todos los pueblos, hace que nuestra alma nazca y brille esplendorosa con los fulgores del Sol de la justicia. *Quia ecce tenebrae operient terram... Super te autem orietur Dominus*; Sol que nos alumbrá, que nos vivifica, que por medio de la reacción contra la concupiscencia, penetra con sus rayos en lo más íntimo del corazón, y lo eleva cual vaporoso incienso que glorifica á Dios, dando después su fragancia á los hombres: *Orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur*: Sol á cuyos resplandores é influencias podremos nosotros marchar por los senderos de esa dichosa senda que nos lleva á Dios, ostentando los trofeos de nuestros espirituales triunfos, y apareciendo cual reyes que han sabido vencer y dominar á sus contrarios. *Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui*. Tal es el hermoso día que brilla sobre nosotros, y que nos enseña y exige la purificación de nuestras costumbres: así nos indica el Apóstol la gran oportunidad de esta restauración moral de nuestra vida. *Nox...* Pero, cristianos, si vimos las armonías de la oportunidad, veamos las de la fecundidad de esta espiritual purificación.

SEGUNDA PARTE.

Después que el Apóstol ha indicado la oportunidad de nuestra purificación, saca por lógica y brillante consecuencia el modo y fecundidad de esa misma purificación. *Ergo abjiciamus opera tenebrarum*, dice; luego es preciso aspirar á esa purificación; luego es preciso fecundarla y consumarla. Y si atentamente consideramos las palabras que nos restan de nuestra Epístola, veremos los medios por donde hemos de consumarla, los frutos que obtendremos de fecundarla. Hemos ante todo de arrojar de nosotros las obras de corrupción de esa carne pervertida: *abjiciamus ergo opera tenebrarum*; y como el Príncipe de las tinieblas, según la expresión del

Evangelio (1), al ver que esta Casa, que había hecho suya por las concupiscencias, comienza á ser barrida y purificada, toma otros siete espíritus peores que él, y comienza de nuevo la batalla, es indispensable que nos aprestemos al combate, revistiéndonos de las armas de la luz: *et induamur arma lucis*. Y vencidos nuestros enemigos, hemos de marchar con pasos de gigante por esa luminosa senda de perfección á que nos anima el ejemplo y la gracia del Redentor. *Sicut in die honestè ambulemus*. Es decir, que los medios y frutos de nuestra purificación serán: 1.º Fruto de mortificación. 2.º Fruto de fortificación. 3.º Fruto de perfección.

I. Cuando el mundo de nuestra época oye hablar de mortificación, reputa vanamente que se trata sólo de un acto de perfección evangélica; piensa que aquélla debe sólo exigirse á las almas privilegiadas. Ante la concupiscencia de la carne, ha dicho un sabio de nuestros días (2): *los unos están inciertos, los otros tímidos, todos cobardes*. ¡Vana suposición! ¡Insensata cobardía! Supuestas las corrupciones del corazón, la mortificación cristiana es condicion esencial para su vida; el hombre se deja morir, se mortifica, pero es para vivir más; pues hace vivir en sí al hombre espiritual en proporción á la muerte que da al hombre carnal; es decir, que hace morir en él al hombre de la decadencia, para hacer vivir al hombre de la elevación. ¡Tal es la hermosa y filosófica antítesis del Cristianismo!: *mortificarse para vivir*. Ante esta sólida é ineludible afirmación, calculad, Señores, qué hemos de decir de esas corruptoras pretensiones de nuestro siglo; de nuestro siglo que, fascinado por ciertas palabras que han obtenido el privilegio de la singularidad, y sintiendo arder en su pecho extraviado el fuego de la lascivia, no se avergüenza de autorizar y sostener estas tesis imprudentes: «Emancipación de la carne, derechos, dignidad, rehabilitación de la carne.» ¡Ah!, si queremos, como es debido, formar parte en la gloriosa cruzada del espíritu, es preciso grabar en nuestra bandera la imagen del Cristo dolorido, inscribiendo bajo sus

(1) Luc., XI.

(2) P. Félix, Conferencias de 1858, Conferencia 4.ª

llagadas plantas esta palabra elevadora: ¡la austeridad!; si queréis fecundar la purificación de vuestros corazones, es preciso que, oyendo al Apóstol, abdiquemos las obras de las tinieblas y ofrezcamos el fruto de la mortificación: *Abjiciamur ergo opera tænebrarum.*

II. No temamos, ¡oh cristianos!, la guerra de Titanes que ha de suscitar el Averno; ahí tenemos los elementos de fortificación, ahí tenemos las armas de la luz, de la luz que se enciende por la fe, que se reanima por los Sacramentos, que se ostenta gloriosa por la caridad, que maravillosamente se fecunda por la piedad y el amor. ¡Oh!, ya estamos en el comedio de aquel día feliz que extasiado vislumbró un Profeta (1); ya podemos, habitando tranquilos esta hermosa tierra de Judá, la Iglesia Católica, entonar el cántico de los vencedores: *In die ella cantabitur canticum istud in terra Juda.* Sí, que el Salvador Jesús, con los dones de su redención, es para nosotros la verdadera Sión, la ciudad de las gracias y de la fortaleza: *Urbs fortitudinis nostræ Sion.*

Que el Salvador está con nosotros, y la firmeza de su fe nos sirve de muro, y los vistosos parapetos de su caridad son nuestros baluartes: *Salvator ponetur in ea, murus et antemurale.*

Cristianos, abrid las puertas de vuestro corazón, y entren por ellas los robustos del Señor, las mociones de su gracia, las comunicaciones de su amor: *Aperite portas et ingredietur gens justa;* prestaos á fecundar la purificación del espíritu, ostentando en vosotros los frutos de fortificación; escuchemos una vez más al Apóstol y vistámonos con las armas de la luz: *Abjiciamus... et induamur arma lucis.*

III. Pero no basta mortificarse y fortificarse, es preciso perfeccionarse; no basta vivir en la mortificación y crecer en la fortificación, es preciso consolidarse en la perfección. Tal es la índole del hombre, tal es su ideal: la perfectibilidad; y ciertamente que á presencia de este siglo que se envanece de altamente progresivo, que pone en tela de acción recur-

(1) Is., cap. 26.

sos verdaderamente maravillosos para lograr sus pretensiones de subir y engrandecerse, no es menester mucho para inculcar la idea del perfeccionamiento; mas necesario es encaminar derechamente esta tendencia. Sí, que en medio de ese diluvio de libros que la ciencia contemporánea saluda como el progreso de la inteligencia; en medio de esos milagros de la industria contemporánea que se admiran como el progreso del arte; en medio de esa superfetación de sistemas y constituciones populares que se plantean como el emporio del progreso social, falta que el espíritu marche al consejo del Apóstol, honesta y compuestamente, como se marcha cuando es de día: *Sicut in die honestè ambulemus.*

Tres tropiezos podemos encontrar en el camino que hemos de recorrer para llegar á Dios, y San Pablo nos avisa para que Huyamos de ellos, porque andando de día, vergonzoso es tropezar. El tropiezo de los bienes exteriores, el tropiezo de los bienes corporales, el tropiezo de los bienes espirituales. No han de ser, no, nuestros afanes en los desórdenes de la embriaguez, ni en los festines de la glotonería: *non in commensationibus et ebrietatibus*; no tampoco en las liviandades y en la lascivia: *non in cubilibus et impudicitis*; no, por último, en la soberbia y en las emulaciones: *non in contentione et emulatione*. El predominio de la gula hará que el Rey de la Creación aparezca esclavo de las mismas cosas sobre las que debe acreditar su Señorío; será la desviación ocasionada por los bienes exteriores. El predominio de la lujuria hará que el espíritu, príncipe legítimo de la materia, vaya uncido á la carroza de sus devaneos, será la desviación ocasionada por los bienes corporales. El predominio de la soberbia trastornará esa debida dependencia del espíritu creado hacia el Espíritu Creador, será la desviación ocasionada por los bienes espirituales.

¡Oh, cristianos!, abracemos los caminos de la austeridad y de la mortificación, cuya oportunidad y fecundidad nos ha enseñado la Epístola de este día. ¡Oh, cristianos!, que esos caminos nos conduzcan bajo la bandera de la Cruz á las suaves y eternas delicias de la gloria que os deseo. Amén.

HOMILIA PARA LA PRIMERA DOMINICA DE CUARESMA. (1)

Sobre la virilidad de la vida de la Iglesia.

Et vita manifestata est... et vidimus et annuntiamus vobis...
Joann. I, 2.

EXCMO. É ILMO. SR.:



LA vida de Dios, escondida en sí misma desde toda la eternidad, vino á manifestarse en el tiempo, brillando en las más vistosas irradiaciones: algo de ellas nos hizo contemplar el Evangelista de los éxtasis en la primera de sus Epístolas, y como prelu-diando los portentos con que iba á excitar nuestra admiración, comienza arrebatado con estas palabras: «Se ha ma-nifestado entre nosotros la vida de Dios, la hemos visto» con nuestros ojos, escuchado con nuestros oídos, tocado» con nuestras manos, y os la anunciamos con nuestro Apos-tolado.»—*Et vita...*

Semejante misión he de cumplir en medio de vosotros durante estos cuatro Domingos, llamados propiamente de Cuaresma, en que voy á tener la honra de ocupar esta cátedra de la verdad; vengo á presentaros una de las más brillantes fases de esta vida divina, manifestada al mundo: á cantar las glorias de esa institución sobrenatural, en la que plugo al Altísimo depositar y perpetuar las maravillas de su íntima vida, de la Iglesia Católica, que viene atravesando los siglos, habitando en las Naciones, para ser el documento

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en la Cuaresma de 1878.

irrefragable de que en ella vive el Señor en las iluminaciones de su verdad, en las efusiones de su gracia y de su amor, de que en ella y sólo en ella ha de encontrar el mundo los restauradores elementos de la vida de su espíritu, de la verdadera vida de los seres animados é inteligentes (1), de que en ella, en fin, se ha manifestado y brilla ostensiblemente la vida del Altísimo: *Et vita...*

¡Ah, Señores!; ¡qué grandiosa aparece la Iglesia Católica, siendo entre nosotros representante y manifestación de la vida divina! ¡Oh, cómo nos descubre sus hermosos caracteres, sus bellas transformaciones, las saludables restauraciones que en nosotros produce, los admirables sostenes con que entre nosotros se perpetúa! Y si, penetrando por entre el vistoso ramaje de la letra del Santo Evangelio, que se nos recuerda en estas cuatro solemnidades, saboreamos los frutos que ella esconde en los sentidos místicos (2), bajo los que nos es permitido escudriñar las Escrituras Santas. ¡Oh, qué analogías tan sublimes!; ¡oh, qué auxiliares tan poderosos encontraremos, para vislumbrar algo de esas gloriosas manifestaciones! *Et vita...*

¿Queréis cuatro palabras que, á la vez que nos descubran los principales caracteres de esta vida divina de la Iglesia, sirvan como de epígrafes de la predicación que intento anunciaros? Pues escuchadlas: Historia de esta vida. Tránsito de esta vida. Restauración obrada por esta vida. Sostenimiento que perpetúa esta vida. En su historia, contemplaremos una virilidad divina. En su tránsito, una belleza divina. En sus operaciones, una eficacia divina. En su sostenimiento, una perpetuidad divina.

La virilidad en su historia; he aquí el objeto del sermón de esta primera Dominica. *La belleza y fecundidad en su tránsito, en sus manifestaciones*; he aquí el objeto de la segunda Dominica. *La eficacia en sus operaciones*; he aquí

(1) Div. Thom. 1. p. q. 18. a. 3.

(2) «Vid, Schoupe Cursus.» Cursus Scripturæ Sacræ. Pars prima, cap. I, art. 3, q. 4, 5 et 6.

el objeto de la homilía de la tercera Domínica. *La perpetuidad en su sostenimiento*; he aquí el objeto de la homilía de la cuarta Domínica. *Et vita manifestata est... et vidimus et annuntiamus vobis.*

Pidamos la gracia, por la intercesión de María Inmaculada. Ave María.

NARRACIÓN Y DIVISIÓN.

De esa fuerza divina inherente á la vida de la Iglesia es de lo que pretendo hablaros en el presente sermón; hay en el cuerpo viviente de la Iglesia una fuerza de resistencia que no es por cierto del hombre, y que atestigua en ella una savia y una vida enteramente divina. La vida en el compuesto humano y en las instituciones humanas, es la resistencia. Vivir es, en este sentido, resistir; es resistir á las causas que atacan al ser viviente. Lo que es exclusivamente del hombre, ni puede resistir á todo, ni mucho menos resistir siempre; resistir á todo y siempre es un privilegio que Dios ha reservado exclusivamente á su Iglesia. Tal es el primer carácter con que vengo á presentárosla como manifestación de la vida Divina: la virilidad en su historia. *Et vita...*

Sin considerar más que los puntos culminantes y los lados más importantes de este hecho incomparable, no hay para la vida de la Iglesia más que tres situaciones: colocada á presencia del mundo, ó es por él protegida ó perseguida, ó ni una ni otra cosa, es decir, que como Jesús á presencia de Satanás, según aparece en el Evangelio de esta Domínica, es objeto de tres tentaciones: tentación nacida de la persecución, tentación nacida de la protección, tentación nacida de la tolerancia. Si la tentación de persecución es para ella un elemento de vida, la tentación de protección necesariamente deberá serlo de muerte; y si por maravilla estas dos tentaciones han contribuído á vivificarla, la ausencia de ambas deberá naturalmente condenarla á perecer. Si pues ella resiste y vive después de estas tres tentaciones, hemos por fuerza de ver en este prodigio la virilidad, la más radiosa manifestación de una vida Divina. *Et vita...*

PRIMERA PARTE.

¡Qué analogías tan estupendas encontramos entre la situación de Jesucristo, tal cual nos la describe hoy el Evangelio, y la situación de la Iglesia, tal cual nos la describe la historia! Registrad la de sus primeros siglos; miradla, como Jesucristo, llevada al desierto de las catacumbas; como Jesucristo, viviendo á pesar de un ayuno, de una mortificación extraordinaria, esto es, saturada de oprobios, rodeada de privaciones por el espacio de cuatrocientos años; escuchad cómo la tiranía de sus enemigos, arrojando contra ella las piedras de diez violentas persecuciones, repite con sarcasmo lo que Satán dijo á su fundador con crueldad, pidiéndole señales de ser el Hijo de Dios: *Si filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant*; aliméntate de oprobios si eres la Hija escogida del Príncipe, ostenta tu filiación divina en medio de los escarnios de tus perseguidores, manifiesta tu vida sobrenatural en la tentación de persecución: *Si filius Dei, es, dic ut lapides isti panes fiant*.

¡Ah!, el arma de que primeramente se valieron los enemigos de la Iglesia fué la persecución brutal, el hierro y el fuego; fué, Señores, una prueba tremenda, y á la que nada humano resiste mucho tiempo; no hay institución, secta ni religión humana que pueda resistir á semejante prueba cuando es seria y pertinaz. El error puede prolongar y prolonga á veces su resistencia; pero, ¿cuándo?, ¿cómo? Cuando él mismo empuña la espada; cuando es un partido religioso ó político que sostiene su programa al amparo de sus armas; pero que no tenga para defenderse más que su propia energía y la fuerza de su vida íntima, y os aseguro que no resistirá. Buscad una excepción, una sola, de esta ley universal, y no la encontraréis; sólo á través de la historia se nos presenta una vida que la espada no ha podido matar: la vida de la Iglesia, siempre herida y siempre viviente; la vida de la Iglesia, siempre derramando sangre, y sin morir jamás; la vida de la Iglesia, prodigio de energía que renace bajo el golpe de la espada que se multiplica por las mortandades,

burlando así los cálculos de los tiranos y la esperanza de sus verdugos. «Vive, vive,—le decían éstos, como Luzbel en otro tiempo á Jesús,—vive bajo el peso de nuestras opresiones; aliméntate con las piedras de la persecución:» *Dic ut lapides isti panes fiant;* y ella también, como su Maestro, responde á los perseguidores de cuatro centurias: *non in solo pane vivit homo;* no es sostenida mi vida por el aliento humano; no es vivificada mi existencia por un esfuerzo puramente natural; mi vida es la fe, mi sostén la palabra del Señor: *non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

Cuando los Césares vieron que se levantaba en el corazón del Imperio un poder desconocido, y se engrandecía al rededor de su trono, creyeron que bastaría un solo golpe de su mano para destruir toda la raza Cristiana, y dijeron como Faraón: «tiraré de mi espada y mi mano los exterminará:» *Evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea* (1). Y la espada fué desenvainada, no una sola vez, sino diez veces; no en un solo día, sino durante más de tres siglos. ¡Ah! Esa espada romana que había dominado todas las barbaries y todas las civilizaciones; esa espada romana acostumbrada á pasearse en triunfo sobre incomparables ruinas, es mellada sobre la cervíz de los hijos del Crucificado; y la tierra asombrada se empapa durante trescientos y más años en la sangre de quince millones de mártires; y la Iglesia vive, ¿qué digo, vive?: la muerte de los suyos es la multiplicación de su vida; la sangre de nuestros mártires fecundiza la tierra, y la tierra fecundada produce por todas partes cosechas de cristianos, y si de sus venas corre sangre humana, dentro de su alma hay una vida divina, vida prodigiosa que se sostiene sólo por la palabra y el esfuerzo del Señor: *Non in solo pane...*

Pero, Señores, si tan glorioso es el resultado de la tentación de persecución, ¿será enervada la vida de la Iglesia bajo las dulces auras de la protección? Escuchad un poco más y veréis esta segunda manifestación de la vida divina: *Et vita manifestata est...*

(1) Exod., c. XV, v. 9.

SEGUNDA PARTE.

Escuchada por Satán la primera palabra de Jesús en el Desierto, tomólo de nuevo y llevándolo á la ciudad santa de Jerusalén, lo colocó sobre el pináculo del Templo, y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo.» Señores, semejante es la situación de la Iglesia bajo la tentación de la protección; habiendo Dios convertido un día en camino triunfal la senda ensangrentada que por tantos años había recorrido, una nueva era aparece en su historia; es llevada en triunfo por en medio de la Ciudad ilustre de los Césares; es colocada por Constantino en el pináculo de los templos del Paganismo. ¡Nueva y hermosa situación! Conducida hasta el trono de los Césares, es invitada á sentarse en su compañía; nuevas y cordiales relaciones se establecen entre la Iglesia y el Imperio; pero, ¡ah!, que aceptando la Iglesia esta alianza, aceptó una prueba formidable; bajo la protección de los Príncipes de la tierra encontró la tentación más contraria á la nobleza de su vida, la tentación de la servidumbre; «arrójate hacia abajo,»—llegaron á decirle, cual Luzbel á Jesucristo: —«encórvate para que pasemos,»—exclamaban como en otro tiempo los enemigos de la afligida Sión;—si eres esa hija del Príncipe á quien glorificamos y ensalzamos, paga nuestras glorificaciones con la abdicación de tu dignidad: *Incurvare ut transeamus* (1). *Si filius Dei est mitte te deorsum.*

Y en efecto, Señores, vinieron días y hombres que pidieron á la Iglesia esa abdicación; ni tengo tiempo ni necesidad de recordar sus nombres y sus actos; al dispensar á la Iglesia el prestigio de su grandeza y extender sobre ella su púrpura, exigían en pago al beneficio de la protección el sacrificio de su independencia. ¡*Incurvare, incurvare*, le decían, *ut transeamus!* Esta necesidad es de tal modo invencible, que no encontramos Religión ni Secta que haya podido escapar á esta fatal tentación.

(1) Is., LI, vid. Barradas, «*In quat. Evang.*» T. 2, Lib. 2.º, cap. XI.

El Cristianismo, apenas nacido, buscó su apoyo en el trono de Constancio; los obispos hechos esclavos al abrazar la herejía, mendigando favores para ellos y persecuciones imperiales para sus contrarios, rebajando la gloria de la Mitra hasta el oprobio del más degradante servilismo. Esto es cabalmente, Señores, lo que ha hecho producir todos los Cismas, lo que ha hecho nacer todas las herejías, lo que las sostiene y les da la vida; las protecciones seculares exigen siempre el abatimiento y el vilipendio: *Mitte te deorsum*. Dad una ojeada á todas las religiones contemporáneas y mostradme una, fuera de la Iglesia Católica, que no haya hecho el sacrificio de su independencia. Es que toda Religión que no se apoya en Dios, tiene necesidad de apoyarse en los hombres.

Señores, ante todas esas abdicaciones de la vida y de la libertad propia, ¿cuándo la Iglesia Católica ha hecho el sacrificio de la suya? ¡Jamás! ¿Cuándo ha besado la mano á un déspota para alcanzar la facultad de vivir? Cuando el brazo de un hombre, llámese Federico ó Napoleón, pesando sobre ella, ha pretendido sujetarla, por medio de brillantes cadenas, al servicio de las ambiciones humanas, ha sentido palpitar dentro de su seno su vida celestial, y sacudiendo sus manos ha dicho: *Non posumus*. Yo no seré esclava; siendo hija del cielo, no pediré mi vida á los poderosos de la tierra... Pero, Señores, si tan glorioso es el resultado de la tentación de la protección, ¿será enervada la vida de la Iglesia con los vientos glaciales de la mera tolerancia? Escuchad aún más y veréis esta tercera manifestación de la vida Divina. *Et vita...*

TERCERA PARTE.

Habiendo Jesucristo rehusado acceder á las invitaciones de Satanás en la segunda tentación, éste le presenta su tercera y más formidable batalla; lo coloca sobre la cumbre de una altísima montaña, ofrece á su vista la pasmosa perspectiva de todos los reinos del mundo, engalanados con todas sus glorias, revestidos con todos sus resplandores, y le dice estas palabras: «Todo eso te daré si sirves á mis planes, si me

tributas tus adoraciones: » *hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraberis me.*

Semejante situación atraviesa, en el período contemporáneo, la Iglesia de Jesucristo; después que ha sostenido la doble y contradictoria prueba de la persecución y de la protección, manifestando en ambas el divino principio de su vida, abandonada en la montaña de su propia elevación, desde allí divisa todos los reinos del mundo, y el espíritu de la indiferencia dirígale estas palabras: « Mira estas naciones que se ofrecen á tu vista, ¡cuán ricas y hermosas son!; sin embargo, te han abandonado, sólo te es dado contemplarlas de lejos; para ellas eres de todo punto indiferente; mas yo te daré el imperio sobre todas ellas, si te doblegas á sus plantas: *hæc omnia...*; si transiges con la ilustración moderna, tu voz será escuchada en todas partes; si transiges con la flaqueza de los modernos extravíos, tu influencia será sentida en todas partes; si transiges con los progresos, con la civilización, con el liberalismo de las sociedades modernas, tu acción benéfica se extenderá á todas partes: *Hæc omnia...*

¡Terrible tentación para la Iglesia, de todos abandonada ó al menos hipócritamente tolerada!; pero, ¡ay!, que en situación tan crítica, abandonada á sí misma, sin una espada que la hiera, sin un escudo que la proteja, dará nuevas manifestaciones de su vida divina: *Et vita...*

No importa que, á pesar de esas mentidas protestas de tolerancia y neutralidad, caigan sobre ella, á un mismo tiempo, no sólo los rayos de todas las ciencias, el fuego de todas las pasiones, sí que también el choque de todas las revoluciones. Señores, ante esta persecución, velada impudentemente con el nombre de tolerancia, la Iglesia manifiesta los prodigios de su vida divina, y si á la persecución ha opuesto su heroísmo y á la protección su dignidad, á la engañosa tolerancia de nuestra época opone y opondrá su incontrastable firmeza. *Dominum Deum tuum adoravis*; responde como su fundador en el desierto: *non licet!*; sólo á tu Dios adorarás y á Él solo servirás.

¿No la veis? ¡Oh!, colocada sobre la cumbre de todas las grandezas que ha reportado en su triunfal carrera por medio de los siglos; sola, en soledad tan majestuosa en sí como punible por parte de aquellos que la abandonan, no dobla su rodilla ante el triple ídolo de la ilustración, de la concupiscencia y del progreso contemporáneo; ostentando así este triple y maravilloso milagro de su vida; y el libre esplendor de la ciencia manifiesta y manifestará de día en día todo su poder de vida y de fuerza intelectual; y el fuego continuo de las pasiones pondrá de relieve todo el poder de su vida y de su fuerza moral; y el choque perfectamente renovado de las revoluciones manifestará de siglo en siglo su poder de vida y conservación social.

Y entonces, Señores, se verificará lo que un día se verificó en el Desierto de la tentación: *Tunc reliquit eum Diabolus*; se verificará el completo triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos; recibirá nuevos torrentes de gracia y poder que inundarán y ahogarán á sus perseguidores: *Tunc reliquit eum Diabolus, et ecce Angeli accesserunt et ministrabant ei*. Sí, cristianos, lo que los Ángeles hicieron con Jesús, lo harán con su Esposa Inmaculada, se acercarán á Ella y la sostendrán con sus influencias, con sus ministerios y oficios salvadores: *Ecce Angeli...*; y la que apareció heroica en la persecución, imperturbable en la protección, enérgica en la indiferencia, brillará con eterna aureola sostenida por los enviados del Dios de los fuertes: *Ecce Angeli...*

¡Oh, Ángeles del Señor!, venid y fortalecednos en el combate que hoy sufre la Iglesia, perseguida de sus enemigos; Gabriel, Ángel de las grandes revelaciones, sostened nuestra fe; Rafael, Ángel de las curaciones prodigiosas, alentad y purificad nuestro amor; Miguel, Ángel de los más estupendos combates, fortalecednos en la batalla, para que peleando aquí en la Iglesia militante, cantemos la victoria allí, en la Iglesia triunfante, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA. (1)

Bellezas de la vida de la Iglesia.

Et vita manifestata est... et vidimus et annuntiamus vobis...

Joann. I, 2.

EXCMO. É ILMO. SR.:



SISTIMOS en la pasada Dominica á una brillante manifestación de la vida de Dios en su Iglesia, explanando la primera de las cuatro ideas que he de presentaros en estas cuatro Dominicas; examinamos la historia gloriosa de esta vida divina, y colocados en la misteriosa montaña de las tentaciones, divisamos desde allí la marcha gloriosa de esta hija del Rey de la Eternidad, pudiendo haber exclamado llenos de admiración con la Escritura Santa (2): ¡cuán hermosos han sido tus pasos, hija del Príncipe! Sí, que su heroísmo ha brillado en el período de la tentación de persecución. Su dignidad en el de la tentación de protección. Su firmeza en el de la tentación de tolerancia. Así hemos visto manifestarse la vida divina. *Et vita...*

Pero esa vida, cuya virilidad, cuya firmeza, cuya perfecta y robusta constitución hemos observado con las ineludibles enseñanzas de la historia, debe ser hoy asimismo objeto de nuestra cristiana consideración y de nuestro examen imparcial; siguiendo un orden lógico tras el examen de la constitución de una vida, viene derechamente el examen de su

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en la Cuaresma de 1878.

(2) Cant. Cant., VII, v. 1.

trasfusión, de su generación, de sus manifestaciones; sí, que una vida estéril en sus obras, menguada en sus producciones, por fuerte y viril que aparezca en su constitución, no excita bastantemente la admiración de nuestro espíritu investigador. Demos, pues, una segunda pincelada en este hermoso cuadro de su vida divina, y si la vimos manifestarse viril en su constitución, veámosla ostentarse fecunda y bella en su transfusión. *Et vita manifestata est...*

Y de esa generación fecunda y bella, de esa manifestación gloriosa, tenemos acabado modelo en el radiante prodigio de que nos habla el Evangelio de esta Dominica, en el prodigio de la transfiguración. ¡Qué contraste, Señores, entre estos dos montes!; entre el monte de la tentación de que se nos habla en la pasada Dominica, y el monte de la glorificación de que se nos habla en la presente; allí el espíritu de las tinieblas y del error, aquí el espíritu de las luces y de la verdad; allí Cristo tentado, aquí Cristo glorificado. Pero, ¡ah!, que si Cristo tentado nos manifiesta la virilidad de la vida divina ostentada en la Iglesia, Cristo glorificado nos manifiesta la fecundidad y belleza de esta misma vida: *Et vita manifestata est...*

Señores, ¿queréis que estudiemos, siquiera sea rápidamente, la transfusión hecha por la Iglesia de su vida divina en la humanidad? Pues entonces, preciso es que vengáis conmigo al tálamo purísimo donde se engendra; que contempléis igualmente los caracteres de hermosa transfiguración con que aparece, y que la observéis, por último, en todos los portentos de su acción y de su fecundidad verdaderamente divina; ideas todas que podemos encontrar en los sentidos místicos del Evangelio de la presente Dominica. Y si os place que encerremos estas ideas en tres palabras, ahí las tenéis: 1.^a Principio y origen de la transfusión de esta vida divina. 2.^a Caracteres. 3.^a Frutos. *Et vita manifestata est...*

Pidamos gracia por intercesión de María. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

«Tomó Jesús á Pedro, Santiago y Juan,—dice el Santo Evangelio (1),—y los condujo á un monte alto y apartado y se transfiguró ante ellos.» He aquí el tálamo prodigioso donde esta Esposa celestial conduce á su Iglesia para engendrar en ella la nueva vida con que ha de reanimarla.

Semejante es, Señores, el génesis divino que opera esa portentosa trasfusión, que la Iglesia hace en la humanidad, de su vida celestial. Y hoy también nos es preciso dar una ojeada por los anales de su historia. En ella veremos que Jesús, por medio de su Iglesia, tomó de nuevo á la humanidad, la condujo á un monte alto y apartado y se transfiguró ante ella: *Assumpsit Jesus, Petrum, Jacobum et Joannem...*

Pasados los tres siglos de tormentos, cuando la victoria se iba declarando en favor del Cristianismo, cuando los templos de las falsas divinidades se iban quedando desiertos, y los ídolos que no habían venido al suelo temblaban ya sobre sus pedestales; cuando la enseña del Calvario flotaba ya en el Lábaro de los Césares, y las religiones del Imperio se inclinaban ante la Cruz, entonces debió el Cristianismo realizar en instituciones permanentes los consejos de vida celestial que tres siglos antes oyó asombrada la Palestina de labios de su Divino Fundador. Este alto objeto quería alcanzarlo la Providencia por medios singulares y extraordinarios; al efecto, el espíritu de Dios sopló sobre la tierra, y aparecieron de repente los hombres que debían dar principio á la grande obra. En los espantosos desiertos de la Tebaida, en las abrasadas soledades de la Arabia, de la Palestina y de la Siria, preséntanse unos hombres cubiertos de tosco y áspero vestido; un manto de pelo de cabra sobre sus espaldas y una grosera capucha sobre su cabeza, es todo el vestido con que responden al lujo desenfrenado de la orgullosa Persia y de la impúdica Roma. La yerba de los campos es su alimento;

(1) Matth., XVIII.

el cuidado de las riquezas no los inquieta; las Escrituras Santas son la meditación de su alma. ¿Quiénes son esos espíritus de gigante; quién los anima; á dónde se encaminan? ¡Ah! Son los discípulos de Jesús que, cual Pedro, Santiago y Juan, se dirigen á las montañas más altas y apartadas para contemplar la transfiguración del Celestial Maestro: *In montem excelsum et seorsum*. Son, la Iglesia que, llamada por su Esposo, acude al prodigioso tálamo donde ha de verificarse la trasfusión de la vida Divina: *In montem... et transfiguratus est...* ¡Hermoso Génesis de tan hermosa vida! ¿Quién es ésta?, exclama su Esposo al divisarla; y nosotros podemos repetir al contemplarla en tan magnífica situación: ¿Quién es esta que sube por el desierto como varita de humo formada de los aromas de la mirra, del incienso y de todo polvo de perfumero. *¿Quæ est ista?...* (1). ¡Ah!, es la Iglesia que sube con Jesús al monte de la transfiguración: *in montem...*; sube, porque aspira á la vida del cielo que nó puede encontrar aquí en la tierra: *¿Quæ est ista quæ ascendit?* Sube por el desierto, porque no puede respirar en la densa atmósfera de las grandes ciudades de Roma, Atenas y Babilonia. *¿Quæ est ista quæ ascendit per desertum?* Sube como varita de humo formada de los aromas de la mirra, porque el sensualismo la ahoga, y desea aspirar la mortificación: *ex aromatibus myrræ*; porque la impiedad la abate, y desea levantarse por la oración: *ex aromatibus thuris*; porque la indiferencia la mata, y desea vivir la vida de todas las virtudes: *et universi pulveris pigmentarii*.

Sube, porque el Esposo la llama y la dice como á la del Cantar de los Cantares (2): «Aquí está nuestro lecho, aquí » hemos de engendrar la nueva vida de la humanidad:» *En lectulus Salomonis*. ¡Qué lecho, Señores!; cincuenta son los fuertes que le rodean, todos tienen sus espadas, con ellas derriban los altares de Venus la impúdica y de Júpiter adúltero; contempladlos, son diestrísimos para la guerra; mirad esas legiones de cristianos que armados contra sí mis-

(1) Cant. Cant., c. III, v. 6.

(2) C. III.

mos, con el látigo de la flagelación y con la espada de la mortificación, castigan los cuerpos para engrandecer las almas; de ese crisol de dolor sale un hombre nuevo, más grande que el hombre antiguo; de esa tierra fecundada por los padecimientos y regada por las aguas del Sacrificio, brotan mil flores que aparecen más lozanas bajo el aliento y el rostro del Crucificado; de esa vida mortificada sale la vida transfigurada por Jesús en el monte de la mirra, en el Desierto del amor. *Assumpsit...*

Pero si tan gloriosa aparece en su principio la trasfusión de esa vida celestial, ¿será menos admirable por sus caracteres? Oíd una palabra más y veréis esta segunda manifestación de la belleza y fecundidad divina en la vida de la Iglesia.

SEGUNDA PARTE.

Escuchad cómo refiere el Santo Evangelio los caracteres que distinguieron la Transfiguración de Jesús: «Su rostro,— dice,—resplandeció como el sol, sus vestiduras brillaron blancas como la nieve; Moisés y Elías aparecieron hablando con Él.» Es decir, que los caracteres de la Transfiguración de Jesucristo son: un *esplendor*, una *pureza*, un *testimonio*: *Resplenduit facies ejus...*

Semejantes son, Señores, los caracteres con que aparece la humanidad por efecto de la trasfusión obrada en ella, por la Iglesia, de su vida divina. Ella brilla con las radiosas iluminaciones de la fe, es lavada y purificada en las corrientes de la gracia y de los Sacramentos; ella aparece testificada por la ley Santa del Señor y por los ímpetus del amor divino, por Moisés y Elías. De modo que, como la transfiguración del Tabor, esta trasfusión de la vida divina de la Iglesia está asimismo caracterizada por un esplendor, por una pureza, por un testimonio: *Resplenduit...*

I. Cristianos, ¿vísteis á una Esposa que, conducida por su Amado al Desierto, nos sirvió de guía para admirar los prodigios del Génesis de la trasfusión de la vida divina en nuestras almas?; pues contemplad sus caracteres en figura

de otra Esposa con que el mismo Amado obre portentos en las profundas interioridades de otro Desierto. Aludo, cristianos, al Pueblo de Dios y al Desierto de la Arabia.

Apenas salido este pueblo de Ramessés, Faraón armó sus carros y ejército para perseguirle; esto es imagen del espíritu de la herejía, que apenas ha visto salir la vida de los desiertos é introducirse en el corazón de la humanidad, clama como Faraón: «Perseguiré y lo alcanzaré, se hartará mi alma con sus despojos:» *persequar et comprehendam, dividam spolia implebitur anima mea* (1). Esto vino diciendo el espíritu de la herejía en los primeros siglos; aquella herejía que, comenzando en Simón Mago, se afaná durante seis centurias en discurrir por los campos del dogma católico, demoliendo el edificio de nuestras creencias sobre Dios, sobre la Trinidad, sobre la Encarnación, sobre la Gracia; «perseguiré,—exclamaba,—y destrozaré los artículos todos de la fe:» *persequar et comprehendam...*

Eso dijo más tarde el espíritu de la herejía, intentando echar por tierra las instituciones y prácticas de la Iglesia Católica, su culto y las bondadosas influencias de su amor; sí, esa fué la palabra asoladora de los Iconoclastas, de los Waldenses, de los Albigenses, de la herejía de todo ese período que vino á preparar los desastres del Protestantismo; «perseguiré,—decían,—las imagenes sagradas, los ritos sacrosantos, las prácticas de la piedad, el orden y concierto de la disciplina: *persequar et comprehendam...*

Eso han dicho en época más reciente esos dos grandes cismas que han desgarrado la túnica inconsútil de Jesucristo, el cisma ortodoxo, el cisma protestante; el Moscowismo y el Anglicanismo; perseguiremos, han dicho y continúan diciendo, perseguiremos é intentaremos derrocar la base de la unidad; disolveremos el vínculo de la obediencia, modelaremos á nuestro arbitrio el edificio de las creencias religiosas, señalaremos á nuestro capricho los Sacramentos y sus ceremonias: *persequar et comprehendam...*

(1) Exod., XV, 9.

Y entre tanto, Señores, la Iglesia Católica, combatida desde su cuna hasta el presente momento, viene sobrenadando majestuosamente por entre el oleaje de los mares embravecidos de la herejía; y si ha oído la voz de sus perseguidores, clamando cual Faraón cuando marchaba en seguimiento del pueblo de Israel: «perseguiré y la alcanzaré, dividiré los despojos y se saciará mi alma;» siempre cantó y hoy continúa cantando como Moisés y los suyos vencedores del lado allá del Mar Rojo: «Sopló, Señor, tu espíritu (1) y cubriólos la mar; fueron sumergidos como plomo en aguas impetuosas.»

II. ¿Habéis visto el rostro de Cristo, esto es, la fe de la Iglesia, resplandeciendo como el sol á semejanza de la visión del Tabor? ¿Habéis visto el esplendor?; pues observad la pureza de sus vestiduras: *vestimenta autem ejus, sicut nix.*

Sí, ved en aquellas vestiduras de nitidez celestial con que aparece Jesús en la montaña, hermoso presagio de las dulces influencias que doctrina tan celestial había de producir en las costumbres.

Y no olvidemos, Señores, el bello símbolo que nos viene sirviendo de guía en nuestras agradables excursiones; la primera Esposa; el pueblo de Israel protegido por su Dios. Mirad en aquel *Pan* que baja del cielo cada día y que blanquea el campamento de los hijos de Jacob, la figura de la pureza celestial que produce en el corazón la doctrina moral del Evangelio; ella vivifica y sostiene los más nobles sentimientos del alma; ella emblanquece y hermosea los vistosos pabellones en que habitan los hijos del Crucificado. Recordad aquel manantial que brota de una peña al contacto de la vara de Moisés. ¡Ah!, es símbolo de las dulces emociones que el alma cristiana experimenta cuando bebe amor y lava sus manchas en el pecho abierto del Crucificado. Traed á vuestra memoria el Tabernáculo con sus cortinas de color de jacinto y de grana, dos veces teñida; el Arca cubierta de oro purísimo; los Altares; la Mesa de los panes; el Mar de las

(1) Exod., XV, 10.

abluciones; Señores, todo esto significaba los prodigios de la gracia que habían de verificarse en la plenitud de los tiempos; la santidad que habían de producir los Sacramentos; las maravillas de purificación que daría por resultado la doctrina de la fe; en una palabra, que la Iglesia de Cristo había de ser acreditada por una pureza, semejante á la que hermo seab a las vestiduras de su Autor en el Tabor: *Vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.*

III. Pero esa vida, caracterizada por un esplendor y por una pureza, debe serlo también, como el prodigio del Tabor, por un testimonio Aparezcan, pues, Moisés y Elías, es decir, la ley y el celo para defender esta vida. ¿No veis, cristianos, cómo el virus funesto de las pasiones viene á inocularse en lo más íntimo de nuestras ideas? No es posible ocultarlo; aunque la ciencia contemporánea pretenda engañarnos con aparatos espiritualistas, ella ha abierto, sin embargo, la nueva era de la filosofía sensual. Mirad cómo de las profundidades oscuras de esos sistemas se ha ostentado por medio de fórmulas ambiciosas un vil materialismo, han salido enjambres de filosofías sensuales. Tal es, cristianos, la muerte de las inteligencias; acudamos á vivificarlas con la ciencia verdaderamente cristiana; ella aparezca testimoniada por la pureza de la Ley y el fervor de la santidad, por Moisés y Elías: *Et ecce apparuerunt Moyses et Elias.*

¿No veis la muerte de las pasiones que del dominio de las ideas pasa al de la literatura? Hoy se busca ante todo en el estilo el reflejo de la imagen y el estremecimiento de la emoción; las obras de fantasía, y sobre todo la novela, son las que obtienen un éxito más fácil é infalible. ¡Ah!, la novela, de la que no há mucho decía un profundo escritor (1): «Su ideal no es más que una carne poetizada, sus pretendidas elevaciones sólo son juegos poéticos que hacen recaer más profundamente en las ignominias de la carne, sus angélicas contemplaciones y platónicos amores.» ¡Ah!, ésta es la muerte del sentimiento; acudamos á vivificarlo con la lite-

(1) P. Félix. Conferencias de 1857, Conferencia 3.ª, II.

ratura verdaderamente cristiana; ella aparezca testimoniada por la pureza de la ley y el fervor de la santidad, por Moisés y Elías. *Et ecce apparuerunt Moyses et Elias.*

Y no nos es posible, cristianos, detenernos más en estos éxtasis del Tabor; si tan gloriosos son los caracteres de esta trasfusión de nuestra vida, ¿será ella menos admirable por sus resultados? Una última palabra y observaréis los ópimos frutos de esta divina vida de la Iglesia. *Et vita...*

TERCERA PARTE.

Escuchad cómo refiere el Santo Evangelio los resultados de la transfiguración del Tabor: «Tomando Pedro la palabra, »dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si »queréis, hagamos tres tiendas; una para Tí, una para Moisés y otra para Elías. Aún estaba hablando y una nube »resplandeciente los cubre con su sombra, y de ella sale »una voz que dice: Este es mi Hijo muy amado, oidle.» ¡Ah!, cristianos, estas palabras deben elevarnos á considerar el complemento, los frutos de esa vida que ostensiblemente se nos manifiesta por el reinado de la caridad. *Et vita...*

Dios apareció y habló en una nube en el Testamento: en el Testamento primero, á Moisés en el Tabernáculo, á Salomón en el Templo; pero siempre en nube tenebrosa y oscura, *de medio caliginis*; mas en el Tabor aparece en una nube clarísima para designarnos la economía diversa de los dos Testamentos; el uno era de sombras y de figuras, el otro de verdad y de realidades. Cuando habla el Padre, desaparecen Moisés y Elías, porque viniendo la verdad, cesa la figura. Sí, cesó ya el período del temor, va á establecerse el reinado de la caridad. «Oidle,—dice la voz misteriosa;—Éste es á quien »deben todos los hombres levantar un Tabernáculo en su »corazón:» *Ipsum audite*. Por la voz del Padre constitúyese hoy sobre la montaña de Sión la Nueva Ley del amor y de la clemencia; aparece el nuevo Legislador, que graba sus preceptos, no en piedra, sino en los corazones. Llamando el Padre á Jesucristo su Hijo querido, nos declara también,

dice el P. San Hilario, por sus hijos predilectos, predestinados á ser conformes con su Unigénito por las maravillosas trasfusiones de su amor.

Pero, Señores, ¿qué medios, qué resortes sostienen en nosotros la caridad, postrera señal de la trasfusión de esta vida divina? ¡Ah!, escuchad el Evangelio: «Los Apóstoles, al oír »la voz del Padre, caen postrados sobre la cumbre del Tabor: *ceciderunt in facies suas et timnerunt valde*. Cristianos: el temor santo, el temor filial es el más fiel custodio de la caridad; y si con temblor y temor obramos nuestra salud, hallaremos una mano benéfica que nos levante de la tierra, como á los discípulos en el monte Santo, y nos haga dirigir nuestras miradas al cielo. «Aquéllos levantaron sus ojos,— »continúa el Evangelio,—y no vieron más que á Jesús.» ¡Qué dicha la nuestra si levantamos nuestros ojos de las miserias terrenales y los fijamos solamente en Jesucristo!; entonces ya, ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la sed, ni la persecución, ni la muerte misma, podrá separarnos de la caridad de Nuestro Señor Jesucristo.

Y si queremos custodiar completamente esta virtud que perfecciona nuestra vida, grabemos en nuestra alma la postrera palabra del Evangelio, que nos dice que el reinado de la más profunda humildad es la corona de la más encendida caridad: «No digáis á persona alguna lo que habéis visto, »hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los »muertos;» así concluye el Evangelio, y estas son las palabras que Jesús dirigía á los Apóstoles al bajar de la montaña. Á nadie hablaréis de la Majestad del Tabor, mientras no hayan pasado las tribulaciones del Gólgota. ¡Oh humildad inexplicable de un Dios hombre! Á todos, y en todas partes anuncia y habla de sus tormentos y humillaciones; y cuando de su divinidad y de su gloria se desprende algún destello, al punto su humildad tiende un denso velo para encubrirla: *nemini dixeritis visionem...*

¡Oh, vida divina de la Iglesia! ¡Cuántas maravillas nos extasian en tu trasfusión y desenvolvimiento! Dulcísimo tálamo donde eres engendrada; brillantes caracteres que te

distinguen; gloriosos resultados que te hacen gloriosamente fecunda. Hay que confesarlo; la vida de Dios se ha manifestado, la hemos visto y os la anunciamos: *Et vita manifestata est...*

¡Iglesia Santa!, habita en nosotros; he aquí que te consagramos y dedicamos nuestras almas por tabernáculo de tu habitación: *Tibi unum*. Consagramos nuestra mente para tabernáculo de tu fe. Consagramos nuestro corazón para tabernáculo de tu amor. *Tibi unum*.

¡Oh Señor! Después de este tabernáculo del Desierto, concedednos habitar, por siglos sin fin, en el eterno tabernáculo de la gloria. Amén.

HOMILIA PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA. (1)

Fecundidad de la vida de la Iglesia.

Et vita manifestata est... et vidimus et annuntiamus vobis...
Joann. I, 2.

EXCMO. É ILMO. SR.:



SISTIMOS en la pasada Dominica á una brillante manifestación de la vida de Dios en su Iglesia; explanando la segunda de las cuatro ideas que he venido presentándoos en estas cuatro Dominicas, examinamos la maravillosa trasfusión de esta vida divina, por la que descendiendo de su centro, que es el Corazón amante de nuestro Dios, ostenta su belleza y fecundidad, y deposita en el corazón del hombre gérmenes fecundos de luz y de gracia; vimos, pues, el principio, los caracteres, los resultados de esta trasfusión maravillosa, y exclamamos: *Et vita manifestata est...*

Pero esa vida, cuya belleza, cuya fecundidad observamos, ha de ser hoy también objeto de nuestra atención piadosa y de nuestro examen imparcial. Siguiendo un orden lógico, tras el examen de la trasfusión de una vida, sigue derechamente el examen de sus operaciones. Sí, que una vida ociosa é impotente, por bella que haya sido en su concepción, no excita bastante la atención de nuestro espíritu investigador. Demos, pues, una tercera pincelada en nuestro cuadro, y si observamos la vida de la Iglesia bella y fecunda en

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en la Cuaresma de 1878.

su trasfusión, observémosla hoy potente y eficaz en sus manifestaciones: *Et vita...*

Señores, ¿queréis estudiar, siquiera sea rápidamente, las maravillas de esa operación, de esas manifestaciones?; pues entonces, preciso es que veáis cómo irradia en nuestros entendimientos por medio de la palabra que lo ilumina, por medio de la fe que lo sostiene; cómo purifica nuestros corazones con la santidad de la gracia y los inflama con el fuego santo del amor; ideas todas enunciadas en el Evangelio de la presente Dominica, que nos refiere una gloriosa manifestación de la vida y poder de Jesucristo en la curación del endemoniado de Cafarnaum; ese milagro, pues, nos lleva á considerar cómo Cristo continúa obrando en su Iglesia con divina eficacia, y ese endemoniado ciego, según San Mateo, mudo también, según nuestro Evangelio (1), á quien el Salvador da vista y palabra en el orden natural, figura es de la humanidad, desgraciadamente obsesa, que ciega en las tinieblas de la incredulidad, y muda, esto es, estéril en las producciones del bien por los extravíos de la concupiscencia, recibe de la Iglesia, en el orden sobrenatural, la luz esplendorosa de la doctrina, la abundante fecundidad de la justicia.

Y hoy, Sr. Excmo., en vez de la homilía del Evangelio, propóngome demostrar mi aserto con la exposición de un hermosísimo Salmo del Rey Profeta, del Salmo segundo que David entonara á raíz de la muerte del Rey Saúl, para manifestarse como Rey á presencia aun de sus mismos enemigos (2); del Salmo segundo que los Intérpretes (3) y hasta las Escrituras del Nuevo Testamento (4) entienden del Reinado de Cristo, de las manifestaciones de este Reinado en el de la Iglesia. Á los acordes, pues, del Salterio de David, consideraremos estas dos importantes verdades: 1.^a Manifestaciones de la vida divina de la Iglesia en la inteligencia

(1) Lu., XI, 14.

(2) Vid., Commentar, in Psalm. «Incogniti.» T. I, pag. 5.

(3) Belarmino. «Esplanat in Psalm.»

(4) Act., IX, Ad Hæb., I.

humana. 2.ª Manifestaciones de la vida divina de la Iglesia en el corazón humano. *Et vita...*

Imploremos antes los auxilios del Señor por mediación de María Inmaculada. Ave María.

PRIMERA PARTE.

Comienza el Real Profeta su cántico increpando á los enemigos que se oponen á su reinado, y se congregan y se afanan en su destrucción: «¿Por qué braman las gentes,—ex—» clama,—y los pueblos meditan cosas vanas? Los Reyes y » los Príncipes se han congregado contra el Señor y contra » su Cristo.» Pero otras gentes y otros pueblos, otros Reyes y otros Príncipes, se ofrecían á la profética mirada del Rey Vidente; los que habían de oponerse al Reinado de Cristo; los que se afanarían en esterilizar las saludables influencias de la vida divina de la Iglesia. Mirad hoy mismo, Señores, á esas gentes bramando, á esos pueblos meditando la vanidad, á esos flamantes Reyes del pensamiento, egregios Príncipes de la idea, promulgando combinado decreto de guerra á muerte contra la verdad del Evangelio: *Astiterunt Reges...* ¿Qué hacemos?, han dicho, como los Jueces de Israel (1) decían de Jesucristo. ¿Qué hacemos? La verdad del Evangelio sujeta los progresos de nuestras inteligencias, la doctrina católica es una traba á nuestros adelantos, y ella, cual otro José, sueña su elevación y preponderancia. *Venite occidamus.*

Desenvainemos la espada de la discusión, desechemos las radiantes iluminaciones de la fe, modelemos á nuestro arbitrio el grandioso edificio de la verdad, fuera ese oscurantismo teocrático que se alimenta con suposiciones quiméricas, con hipótesis gratuitas; entonces veremos de qué les sirven sus creídas maravillas. *Venite occidamus, et tunc apparebit quid illi prosint somnia sua* (2).

Y congregados en el nuevo Olimpo del saber, eliminan de

(1) Joann., c. II, v. 47.

(2) Genes., c. 37, v. 20.

la Teología la ciencia de San Anselmo, Santo Tomás y San Buenaventura, y la ciencia de Dios se ve reducida á un naturalismo vergonzoso, que siendo impotente á penetrar en los misterios de la vida y los atributos del Ser Supremo, si no termina en el ateísmo, sólo nos ofrece un Dios al arbitrio de las ideas de cada hombre, un Dios mutilado, un Dios prostrado ante la razón humana, cual amanecía el ídolo Dagón (1) ante el Arca de la alianza. Suprimen las verdades fundamentales de la creación del hombre y de su elevación al orden sobrenatural, y rechazándose el pecado de origen y su trasmisión á la progenie de Adam, ábrese anchuroso camino de duda al examen del hombre físico, del hombre moral, del hombre social. De la ciencia del mundo eliminan la idea de la suprema dirección de la Providencia, y la nada y el acaso logran obtener una influencia tan directa en los destinos de la creación, como risible ante los fallos de una razón despreocupada. Señores, la Serpiente continúa sus insidiosas ofertas de ciencia ilimitada, y el hombre sigue consumando su desvío de la razón eterna; parecele que el progreso de su mente está en razón encontrada con su aproximación á la luz de la eternidad, y ahí tenéis legiones inmensas de llamados sabios, que llevando en una mano la antorcha de su ciencia y en la otra la espada de la discusión, se congregan de todas partes, para disolver y declarar en desuso la fe de nuestros Padres, y de sus restos purificados y rejuvenecidos formar para el porvenir la nueva religión de las inteligencias emancipadas. *Astiterunt reges terræ...*

«Rompamos sus vínculos,—exclaman como los enemigos del Profeta;—arrojemos de nosotros el yugo de su autoridad.» Señores, esa fiebre trastornadora, esa universal defección de la ciencia, había de ostentarse en ruidosas manifestaciones de su apostasía

Sí, hermanos míos, indecibles son los esfuerzos que hace esa palabra venal, esa literatura hambrienta de pasión, en su jurada guerra contra la verdad de Jesucristo. ¿Qué signi-

(1) I Reg., c. 5.

fica sinó ese diluvio de libros, ese funesto aluvión de producciones científicas que desgraciadamente inundan el mundo de las inteligencias? ¡Ah!, son una reunión de instrumentos músicos, pulsados en diversos tonos, pero que de consuno producen la triste armonía de una orquesta funesta. Obras de ciencias, insignes muestras del error; obras de literatura, insignes monumentos de la perversión del gusto y del sacrificio del pudor; obras de recreo que entre el vistoso ramaje de su belleza esconden los amargos frutos de su perversidad. Nada se cree, pero de todo se disputa, se resucitan argumentos pulverizados mil veces por los Apologistas de siglos anteriores, y con sólo estudios de diccionario ó superficiales enciclopedias, se pretende la discusión, hasta de los principios más fundamentales de la ciencia; y esta discusión se entabla sin aplomo ni espíritu investigador, lo mismo en la exaltación de una partida de juego ó de recreo, que en el ocio placentero de los entreactos de una comedia. Se quiere que la teología sea la ciencia del naturalismo, la filosofía la ciencia del sofisma, el derecho la ciencia de la injusticia... Y los espíritus incautos han tomado en serio esos conatos de ilustración, han reputado sinceros esos esfuerzos de adelanto científico, no viniendo á ser otra cosa en su fondo que las palabras de la incredulidad orgullosa, desechando de sí los dulces vínculos de la fe, sacudiendo de su razón el suave jugo de la verdad: *Dirumpamus vincula eorum...*

«Pero el que habita en los cielos se burlará de ellos, y el Señor los escarnecerá.» Esta promesa va obteniendo de día en día su más exacto cumplimiento, porque el Padre de las luces, sentado en su solio de esplendor y de fuego, deja escapar fulgurantes destellos de sobrenatural iluminación, y á la luz esplendorosa de estos rayos, aparecen visibles los devaneos de la ciencia extraviada, dignos de befa y de escarnio esos nuevos educadores de la inteligencia.

Natural parecía, Señores, que cuando la negación racionalista marcha por el campo de las inteligencias, demoliendo con afán los edificios antiguos del saber humano, nos presentase la autorización en virtud de la cual, semejante al

Ángel exterminador, emprendía esa marcha de derrumbamiento y de trastorno. Pero, ¡ah, hermanos míos!, que no la documentan credenciales bastantes para acreditar su espantoso ministerio, porque los adelantos de la observación y el desarrollo de la razón individual, aparecen harto pequeños ante las afirmaciones de millares de entendimientos, ante las convicciones de numerosos pueblos, de diversas épocas. Desechar lo sobrenatural porque no cabe en lo natural, desechar lo divino porque no cabe en lo humano, desechar experiencias de siglos porque no se comprueban con observaciones de una hora, y confiar el cetro, en el imperio de las verdades, á una razón degradada y sujeta á las apasionadas influencias del corazón, es, Señores, haber llegado al colmo del delirio, al culmen supremo de la insensatez. ¡Oh!, escuchad, escuchad cómo el Profeta nos descubre los triunfos de la Divina Sabiduría, de esa Sabiduría que vemos manifestarse en las ilustradoras influencias de la Iglesia.

«Entonces les hablará en su ira y los conturbará en su furor.» Señores, no han parado en eso los testimonios de la verdad eterna; no ha querido el Señor ostentar su sabiduría, poniendo sólo de realce la insensatez de la ciencia extraviada; dirige al mundo palabra de vida eterna, palabra sustancial, esplendorosa, su mismo Verbo, y el Verbo habla lleno de majestad, expone el grandioso sistema de su doctrina, y pone en conturbación los ejércitos de la impiedad: *Tunc loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos.*

Se derrama por todas las naciones, é imposible es decir de una vez cómo limpia la repugnante lepra que había inficionado al mundo entero; se derrama sobre las inteligencias, presenta la idea de Dios en toda su pureza y la religión y la ciencia han logrado una basa indestructible donde cimentar sus trabajos, un feliz término á donde encaminar sus progresos. Los derechos divinos se ven vindicados bajo el examen de la discusión teológica; los derechos de la razón se ven vindicados bajo el examen de la discusión filosófica, y la Historia arroja nueva luz sobre la marcha del Cristia-

nismo, y la Geología y todas las ciencias naturales confirman y allegan nuevas pruebas á las narraciones bíblicas.

¡Oh!, Señores, bajo el choque de la libre discusión y de la libre difusión de la ciencia, la verdad católica aparece más fuerte, y descubre nuevos quilates en el crisol científico del progreso contemporáneo. Se ha visto á todas las ciencias, que llamadas por el libre pensamiento con el objeto de maldecir é insultar como Balaam (1), no ha podido menos que volverse de improviso, para bendecir el vistoso campamento de la verdad de Jesucristo. Cuando pues la impiedad se creía hacer de la ignorancia un sepulcro vergonzoso para la Doctrina Católica; cuando se esfuerza en condenarla al silencio de la muerte, en ese mismo momento presencia el mundo una explosión milagrosa de la verdad del Evangelio. La impiedad se había armado para vencernos con todas las espadas de su elocuencia, y ha sido vencida con la espada del Evangelio; y todos esos rayos del saber humano, sólo sirven para hacer resaltar más la verdad Divina. ¡Ah!, cristianos, Dios, para destruir el error, ha enviado su palabra, su Verbo, y su Verbo habla á la Iglesia, y la Iglesia habla al mundo entero, y ya veis que á los vigorosos ecos de la palabra de la Iglesia, son conturbados y puestos en fuga esos numerosos ejércitos de la idea, esos valientes soldados de la negación impía: *Tunc loquetur ad eos in ira sua...*

¡Iglesia Santa! Tú eres la Madre de la verdad, tú el asiento de la sabiduría. ¡Oh!, cuán esplendorosas son las influencias de tu vida divina, en este pobre y oscurecido entendimiento del hombre... Mas continuemos escuchando las dulces armonías del Real Salterio, y veremos también las manifestaciones de la vida divina de la Iglesia en el corazón humano: *Et vita...*

(1) Numer. c. 22.

SEGUNDA PARTE.

«Mas yo he sido constituido Rey por el Señor, sobre Sión
» su monte santo, para predicar los mandatos de su Ley. El
» Señor me dijo: tú eres mi hijo, hoy te he engendrado.»
Los Judíos pusieron á Jesucristo á la vergüenza pública, é
hiciéronle objeto de la befa y escarnio de sus inmortificadas
pasiones; lo crucificaron en la cumbre del Calvario; sobre
su cabeza escribieron estas palabras, objeto de alarmas y de
protestas: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*. Semejantes
escarnios han venido dirigiéndole las pasiones de todos los
siglos, pretendiendo ser hasta nuestros días nuevas y ani-
madas protestas contra el Reinado del Salvador. Pero así
como lo hemos contemplado, con la predicación de su doc-
trina, atraerse las inteligencias que buscan los engrandeci-
mientos de la verdad, así lo veremos con la predicación de
sus preceptos atraerse á los corazones que buscan en Sión
los engrandecimientos del amor divino.

La concupiscencia, que ya desde el Paraíso comenzó á ser
la madre fecunda de las desgracias de la humanidad, viene
siendo la gran fábrica de todas las maldades, una máquina
infernál que sin descanso conspira hasta sumergir á la hu-
manidad en el lodazal inmundo de todos los vicios. En el
fondo más céntrico del ser humano, hay una cosa que con
su movimiento prodigioso da la impulsión á toda la vida,
consigo arrastra los pensamientos y las ideas; lleva tras sí
las aspiraciones y los deseos; con la misma intensidad pro-
duce las virtudes más heroicas ó los más degradantes vicios:
es, diciéndolo de una vez, el amor, resorte prodigioso de la
fisiología práctica del corazón. Como centro directivo de las
operaciones de nuestro espíritu, tiene á sus órdenes las facul-
tades todas del alma á quienes atrae con su prestigio, como
las fibras del organismo animal, á quienes domina con sus
encantos. Por desgracia esa poderosa palanca se halla viciada
en nuestro corazón, y convertido ese amor en inmunda con-
cupiscencia, da rienda suelta á todas las pasiones, y el es-

píritu humillado ve inundarse su entender y su querer, con ideas que lo deprimen, con voluntades que lo rebajan.

Preséntasele la concupiscencia y le dice: «entre el bien »y el mal sólo hay diferencia en el nombre; séate lícito »obrar lo que más te agrada; las pasiones son santas, los »instintos son legítimos; Dios lo ha sancionado, colocán- »dolos en tu naturaleza; la gloria es una fábula, el infierno »un espantajo, porque el paraíso son los goces de este mun- »do, el infierno la miseria del pueblo sobre la tierra.» Señores, á esta terrible escuela de la moralidad de nuestro siglo, acuden los discípulos de las filosofías descreídas, cuyos adelantos son las conquistas de todas las concupiscencias. Pero ¡ah!, señores, que entre las inundaciones de ese diluvio nefando, que entre los horrores de ese Pentápolis de nuestra degradación, Cristo descuella sobre la cumbre de Sión, como supremo Rey de la pureza; el Señor le habló *ab eterno*, y Él, participando á la Iglesia de aquella ciencia fecunda, fecundiza también los corazones de los hombres mudos para el bien, torpemente esterilizados por la ignorancia que produjo la comida del árbol memorable de la ciencia: *Ego autem constitutus sum Rex... Dominus dixit ad me: Filius meus es tú...*

«Pídeme y te daré por herencia todas las gentes, y serán tu posesión todos los límites de la tierra.» Señores, al eco de la palabra de este Verbo, bajo las dulces influencias de este Rey, hemos visto que la concupiscencia es la gran fuerza retrógrada, la desviación del corazón, la fuerza centrífuga del amor; pues bien, Jesucristo, con su religión y la moral de su Evangelio, realiza segundo prodigio, encamina el amor á su fin, dirígelo hacia su centro y hedlo aquí recibiendo en herencia los corazones de todas las gentes, porque su moral es el gran manantial de todas las virtudes; extendiendo su posesión hasta los confines de la tierra, porque su caridad es el gran regazo de todos los corazones. La virtud, según la luminosa frase de San Agustín, no es otra cosa que la ordenación del amor; Jesucristo, pues, para movernos á perfección cumplida, se atrae hacia sí los afectos de nuestro co-

razón. « Permaneced en mi amor, » decía (1), dándonos como el compendio de toda su moral, como el resorte de todos nuestros progresos; y esa divina acción de la caridad ha dado siempre de resultados el enaltecimiento de la dignidad del hombre; ella infunde en nuestro espíritu aspiraciones y deseos que la impulsan hacia el lugar mismo donde habita ese amor; divina caridad que bajó con Cristo al corazón del hombre para hacerlo subir con su propia elevación, semejante á esas aguas que se hacen bajar de un lugar elevado, no con otro fin que el de hacerlas después subir con propio peso á la altura de donde habían descendido; ella separa del espíritu el vacío de la tibia negligencia y le ofrece amables é inmensas realidades, por donde derramar sin límites de extensión, sin términos de profundidad, la acción simpática de sus amores, le hace fuerte para vencer los obstáculos, determina todos sus pensamientos, mueve todos sus deseos, anima todas sus fuerzas, encamina todas sus ambiciones, y cuando el corazón se encuentra trastornado por la soberbia, viciado por la concupiscencia, pervertido por las pasiones todas del mundo, el amor de Cristo aparece como un principio de reacción saludable, y en los senos cariñosos del Corazón de Jesús encontramos todos los atributos que elevan, que fortalecen, que transfiguran la vida del espíritu; es la manifestación en nosotros de la vida de nuestro Jesús.

Ut et vita Christi manifestetur in vobis (2).

Este es el gran sistema moral que armoniza todos los intereses de la humanidad; que hace feliz al hombre en todos sus estados, en todas sus relaciones; en sus goces y en sus sufrimientos; en su opulencia y en su miseria; en su salud y en su enfermedad. Bajo este gran manto se cobija la sociedad doméstica, y el padre encuentra sus dichas, y la esposa sus placeres, y el hijo su educación y su porvenir; aquí se refugian las sociedades y encuentran la paz, el orden y la estabilidad. Y la Iglesia de Cristo, cubriendo con las

(1) Joann., c. XV, 17.

(2) 2 ad Cor., c. 4.

alas de su amor á todos los corazones, atraviesa los siglos ostentando en su moral el cumplimiento de esta insigne profecía: *Postula á me et dabo tibi gentes in hæreditatem tuam: et possessionem tuam terminos terre.*

«Los gobernarás con varas de hierro, los quebrantarás y destrozaráis como vasos de barro.» He aquí el punto de término de toda la moral cristiana; la sanción de la ley, la realidad del destino. Ella nos impulsa hacia el bien, ella pretende separarnos del mal, y era consiguiente el dogma que coronara este grandioso sistema de moralidad; los premios señalados al justo, los castigos decretados al pecador; en aquéllos brilla la equidad de la justicia divina que con vara inflexible, como de hierro, mide la remuneración de los justos; en éstos aparece el rigor del divino juicio que condena al impío á perdición eterna, como el alfarero condena á su vaso roto, que para nada jamás servirá: *Reges eos in virga ferrea, et tamquam vas figuli confringes eos.*

Señores, el libre pensamiento de nuestro siglo quiere resolver el gran problema del destino, conforme á los devaneos de su concupiscencia, y removiendo de sus seculares ataúdes á las momias filosóficas de la antigüedad, trata de reanimarlas con el galvanismo de sus sistemas, para forjarse un porvenir de ultratumba que no sirva de freno á sus extravíos. Porque á la verdad, si no somos otra cosa que un conjunto maravilloso de átomos, como pretende la ciencia materialista, más allá del sepulcro no hay más que una noche perpetua; detrás de un cadáver sólo existe una quimera. Si no somos otra cosa que una objetividad de lo infinito, como quiere la ciencia panteísta, la muerte no es otra cosa que desvanecerse esa objetividad, volver á caer en ese infinito... Señores, no tenemos tiempo para descender al examen de esos cómodos apocalipsis que ha visto el ojo corrompido de la ciencia contemporánea.

No há mucho resonaban en este gran Templo los ecos del Santo Obispo de Alejandría: *Inde, venturus est judicare vivos et mortuos; et qui bona egerunt ibunt in vitam æternam: qui vero mala, in ignem æternum.* Esta es la afirmación del Ca-

tolicismo: la resurrección de la carne, el juicio universal, los goces de la gloria, las penas del infierno; así resuelve la Iglesia el problema del destino. De otro modo, ¿cómo explicar esa persuasión de todos los hombres y de todos los países sobre la inmortalidad del alma? Si nada esperamos en otra vida, ¿por qué en ésta no somos venturosos? ¿Por qué sus placeres no nos satisfacen? ¡Qué!, ¿permanecerán sin premio las lágrimas de la virtud, los tormentos de la mortificación, las privaciones del pobre, los desprecios recibidos por el humilde? ¿Para qué entonces esa sed insaciable de conocer y de amar, que Dios ha colocado en nuestro espíritu? El hombre aspira á conocimientos y goces no terminados en su duración, no limitados en su intensidad, y el Cristianismo le ofrece para saciar esa aspiración, un Dios sumo, un Dios eterno; un Dios sumo en perfección, es la garantía de un goce sin medida; un Dios, eterno en duración, es la garantía de un goce sin fin: *Ego ero merces tua*, dijo Dios al Padre Abraham (1).

Y si hallamos muy puesto en razón, decía un sabio católico, el Padre Mallebranch, que una recompensa eterna sea muy digna de Dios, aprobad igualmente en Dios los rigores eternos; no hay modo de extender su bondad hasta lo infinito, si se señalan límites á la justicia. ¿Qué son la impunidad del crimen, la prosperidad del malvado, el desorden moral del universo, la desproporción de los castigos humanos con la intensidad de los crímenes, sino presagios ciertos de un castigo sin límite de rigor, sin término de duración? Así, cristianos, dirige la moral católica al corazón del hombre; al ordenarle el bien, le ofrece un Dios que perpetuará su pena con castigo y contrición sempiterna. *Reges eos in virga ferrea; et tamquam vas figuli, confringes eos.*

«Ahora bien, entendid, Reyes, aprended, los que juzgáis la tierra.» Señores, el Profeta ha concluído de exponer las grandezas del Reino del Mesías, y comienza á deducir las consecuencias prácticas de esta verdad. Alumbrados también

(1) Genes., c. XV.

nosotros con la antorcha de sus iluminaciones, hemos observado algunos de los insignes triunfos del Redentor; en su Iglesia, hemos visto que continúa arrojando al demonio de la humanidad posesa. Los influjos de este Ángel de las tinieblas, mueven á la ciencia extraviada á dirigir sus tiros hacia la verdad eterna, á desechar de sí las luces de la ciencia divina; pero el que dió vista al ciego endemoniado, ha puesto asimismo de relieve los extravíos de nuestra razón orgullosa, ha dado con su Verbo á nuestra mente el gran resorte de sus intelectuales progresos.

Reyes del pensamiento, príncipes y jueces inexorables, que desde la tierra fulmináis decretos contra la verdad del cielo; que os habéis congregado contra el Señor y Cristo su palabra; venid y entended, acudid y seréis instruídos. *Et nunc Reges, intelligite, erudimini, qui judicatis terram.*

«Servid al Señor con temor, y regocijaos en Él con tem-
»blor.» Señores, también hemos visto los influjos de este Ángel de la concupiscencia; ellos inclinan al corazón extraviado hacia las inmundicias de las pasiones, lo mueven á desechar de sí el suave yugo de la santidad, pero el que desató la lengua del mudo endemoniado, ha puesto asimismo de relieve los extravíos de nuestro corazón corrompido, ha dado con sus preceptos á nuestra alma el gran resorte de sus morales progresos.

¡Oh! Él es el Rey de Sión, el que nos ha predicado los preceptos del Altísimo; postraos con reverencia ante su trono y llenaos de gozo al contemplar su ley. *Servite Domino in timore, et exsultate ei cum tremore.*

«Abrazad la enseñanza, no sea que el Señor, lleno de ira,
»se irrite contra vosotros, y os desviéis del camino recto.» No hay remedio, hermanos míos; un abismo traerá consigo otro abismo, y si el entendimiento se alienta con las vanas utopias del sofisma y la incredulidad, la corrupción de nuestras pasiones nos precipitará con paso de gigante hacia decadencias las más profundas y trascendentales. Abramos, pues, nuestro entendimiento á las radiosas iluminaciones de la fe; que el Padre de las luces ponga su trono en nues-

tras inteligencias, no sea que el espíritu del amor retire su habitación de nuestros corazones. *Prehendite disciplinam nequando irascatur Dominus et pereatis de via justa.*

Y así, cristianos, cuando arda su ira, cuando se verifique la explosión de su furor, seremos contados en el número de los felices que confían en Él: *Cum exarserit in brebi ira ejus beati omnes qui confidunt in eo.* No lo olvidéis, este día está cercano, esta manifestación se verificará en breve: es el día de nuestra muerte. ¡Oh! Dios nos conceda que ella sea la de los Santos y nos otorgue después los premios de la gloria. Amén.

HOMILIA PARA LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA. (1)

Sostenes de la vida de la Iglesia.

Et vita manifestata est... et vidimus et annuntiamus vobis...

Joann. I, 2.

EXCMO. É ILMO. SR.:



SISTIMOS en la pasada Dominica á una brillante manifestación de la vida divina en la Iglesia. Colocados en las llanuras de Cafarnaum, presenciemos la milagrosa curación de un obseso, obrada por Jesucristo; ella nos levantó á la consideración de la sanidad que en la inteligencia obra la luz de la fe, y en el corazón las influencias de la moral cristiana; y á los acordes del inspirado Salterio de David, consideramos con la exposición del segundo de sus Salmos estas estupendas manifestaciones de la vida divina en su Iglesia, y por tercera vez exclamamos con estas hermosas palabras de San Juan: *Et vita...*

Pero esa vida, cuya virilidad, cuya trasfusión, cuyas operaciones han formado el objeto de nuestras meditaciones anteriores, ha de tener para su subsistencia y perpetuidad sostenes poderosos que la mantengan y alienten en su gloriosa carrera. Sí, que por relevantes que sean los caracteres que hemos considerado en esa vida, si ella fuere efímera y transitoria, no cautivarían bastantemente la consideración de nuestro espíritu; siguiendo, pues, un orden lógico, examinaremos hoy los sostenes prodigiosos de esta vida, último

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en la Cuaresma de 1878.

carácter que nos manifestará que es aquella de que nos habla el Apóstol del amor cuando dijo: *Et vita...*

Hay, Señores, en nuestro individuo tres géneros de vida: la social, la física, la espiritual; la primera se sostiene principalmente por medio de la autoridad, la segunda por medio del alimento, la tercera por medio del amor. Á este modo, y siendo la vida de la Iglesia una vida excelentísima, tiene á su vez esos tres maravillosos sostenes: el regimen y gobierno de su autoridad, la gracia y operaciones de sus Sacramentos, la unión y el amor producido por la piedad. Y si queréis tres palabras que sinteticen todo mi pensamiento, ahí las tenéis: La Iglesia se sostiene: 1.º Por una autoridad. 2.º Por un alimento. 3.º Por un vínculo. La autoridad es el sostén en su regimen. El alimento es el sostén por la gracia de sus Sacramentos. El vínculo es el sostén por el amor y la piedad.

Verdades todas que veremos con la homilía del Evangelio de la presente Domínica. Mas, para hacerlo todo con el debido acierto, imploremos antes la gracia del Señor por mediación de María Inmaculada. Ave María.

NARRACIÓN.

El Evangelio de la presente Domínica (1), uno ciertamente de los más conocidos del pueblo cristiano, nos refiere el prodigio obrado por el Salvador, cuando traspasando el mar de Galilea y siguiéndole hasta el Desierto las turbas, las alimentó obrando el prodigio de multiplicar cinco panes y dos peces. El Angélico Maestro Santo Tomás (2), al exponer este Evangelio, nos dice que son de considerar en él: 1.º Las circunstancias del milagro. 2.º La realización del milagro. 3.º Los resultados del milagro. Siguiendo, pues, nosotros este orden lógico, y valiéndonos de esta división para nuestra homilía, sobre los sostenes de la vida de la Iglesia, veremos: en las circunstancias del milagro, el sostén de la auto-

(1) Joan., cap. VI., v. 1.

(2) Exp. in Math. et Joan. in hunc loc.

ridad; en la realización del milagro, el sostén de los Sacramentos; en los resultados del milagro, el sostén del amor y de la piedad.

PRIMERA PARTE.

«Traspasó Jesús el mar de Galilea y le seguía una gran muchedumbre, porque veían las señales y prodigios que obraba; al tercero día subió Jesús á un monte y allí se sentaba con sus discípulos, y cuando al levantar los ojos vió la muchedumbre, dijo á sus discípulos: ¿Dónde compraremos pan para que estos coman?» Señores, meditemos sobre estos primeros versos de nuestro Evangelio, que ellos nos levantan á considerar las principales notas que realzan y distinguen la autoridad de la Iglesia.

Pasa Jesús el mar de Galilea, esto es, abandona al judaísmo y se dirige hacia la gentilidad. Sobre la autoridad extinguida de la Sinagoga, se establece y erige la divina autoridad de la Iglesia. Pasó el Judaísmo con sus símbolos y sus emblemas; y sobre la base sólida que nos ofrece con sus profecías y vaticinios, se asienta el grandioso edificio de la Iglesia Católica. Esto significaba, cristianos, aquel hermoso pasaje del libro del Génesis (1), en que se nos refiere que al bendecir Isaac á su primogénito, fué preterido Esaú y preferido Jacob; estos dos personajes fueron símbolo de los dos pueblos. Esaú del pueblo judaico y Jacob del pueblo cristiano. Notad, notad, señores, las circunstancias de esta bellísima figura. Isaac en su vejez engendró á Jacob; Cristo al terminar su carrera instituye el Pontificado. Esaú y Jacob estuvieron juntos en las entrañas de Rebeca; la Sinagoga y la Iglesia estuvieron unidas en los destinos de la Providencia; nació primero la Sinagoga, Esaú; pero el Pontificado, nuevo Jacob, salió á luz sujetándole el pie, deteniendo su marcha, anulando su autoridad; Jacob compró la primogenitura que Esaú vendió por dar satisfacción á un apetito

(1) Genes., XXVII.

sensual; la Sinagoga, carnal é incircuncisa, despreció los derechos espirituales que había recibido y los traspasó y legó al Pontificado. ¡Ah!, Señores, esta reyección de la Sinagoga, esta erección de la Iglesia, las encuentran simbolizadas los intérpretes en las primeras palabras de nuestro Evangelio: *abiit Jesus trans mare Galileæ*.

«Y le seguía—añade el Evangelio—grande muchedumbre.» Cristianos, la autoridad de la Iglesia no es sólo robusta en su cimiento, es también universal en su acatamiento. *Sequebatur eum maxima multitudo*. Sí, muchedumbre, millones de mártires que la han acatado en la acerbidad de sus tormentos; muchedumbre de anacoretas que la han acatado en los rigores de sus penitencias; muchedumbre de doctores que la han acatado en las grandiosas lucubraciones de sus ciencias. Y ¡cosa admirable!, Señores: el siglo presente, que tanto gusta de ese falaz principio de la aceptación del pueblo, no quiere considerar una prueba de la divina autoridad de la Iglesia en esa universal aclamación que recibe en todas las épocas, que recibe de todas las naciones.

Y hay que notar que esta aclamación no es la aclamación insensata de masas inconscientes; añade nuestro Evangelio que la muchedumbre seguía al Redentor, *quía videbant signa*, porque veían las señales y portentos que obraba; por eso el mundo vino siempre aclamando y respetando á la Iglesia, porque ha visto sus prodigios, porque ha sido espectador de las maravillas que ha obrado en todos los períodos de su historia. Sí, ha visto los milagros, ha comprobado las profecías, ha presenciado la pasmosa propagación del Evangelio, y ve y no puede negar la conservación de esta autoridad, á pesar de los embates de las sectas y de las olas que contra ella levantan las pasiones populares.

¡Ah, cristianos!, ¿cómo ha de zozobrar la nave de Pedro si es sostenida por la voz omnipotente del Divino Piloto? Esto significa lo que añade el Santo Evangelio: *Subiit ergo in montem Jesus, et ibi sedebat cum discipulis suis*. Sí, es Cristo el que está constantemente en su Iglesia sostenién-

dola y perpetuándola; es Cristo el que está con el Papa, con los Obispos, con la Iglesia toda; como estaba sentado en la montaña del Evangelio, rodeado de sus discípulos, porque si no fuera Cristo, ¿qué elemento humano podría sostener esta obra, dado el número de sus enemigos y la fiereza de sus perseguidores?; y á este propósito podremos aducir las palabras con que termina la primera de las partes en que hemos dividido nuestro Evangelio. Cuando Cristo levantó sus ojos y vió aquella inmensa muchedumbre que le había seguido, se dirigió á Felipe, diciéndole: «¿Dónde compraremos panes para que coman todos estos?» Á lo que respondió el discípulo: «Señor, aunque empleáramos doscientos» denarios en pan, no podríamos dar á cada uno un pequeño» fragmento.»

Cristianos, ¡qué palabras para expresar la inutilidad de los recursos humanos en el sostenimiento de la Iglesia y de su autoridad! ¿Dónde, dónde que no sea en Dios puede arraigarse una autoridad tan robusta, tan acatada, tan universal y racionalmente aclamada? *¿Unde ememus panes ut manducant hi?* Señores, los elementos puramente humanos serían tan insuficientes y aun más para el sostenimiento de la Iglesia, como los doscientos denarios de pan del Evangelio para mantener las turbas del desierto; y lo que aquéllos valgan, por poderosos y viriles que aparezcan, bien lo manifiesta la historia de las religiones que se han levantado contra la Iglesia Católica en las diversas épocas de su historia. ¿Qué fué del arrianismo, á pesar de los esfuerzos de Constancio? ¿Qué del mahometismo, á pesar del apoyo prestado por los antiguos Emperadores? ¿Qué del protestantismo, á pesar de las apasionadas protecciones de los Enriques y de los Felipes?...

Señores, no es posible detenernos más en la primera parte de nuestra homilía; solicito de nuevo vuestra atención, y si en las circunstancias del milagro de hoy habéis visto á la Iglesia sostenida por la Autoridad, en la realización del mismo la veréis sostenida por la gracia de los Sacramentos.

SEGUNDA PARTE.

Prosigue nuestro Evangelio refiriéndonos la realización del milagro, y añade: «que Andrés, hermano de Simón » Pedro, se acercó á Jesús, diciéndole: Aquí hay un joven » que trae consigo cinco panes de cebada y dos peces; pero » esto ¿qué es para tanta gente? Á lo que el Señor respon- » dió: Haced que los hombres se sienten; y en efecto, se » sentaron en el heno de la tierra como unos cinco mil, y » tomando Jesús los panes y los peces, y dando gracias, los » distribuyó; y cuando todos se hubieron alimentado, dijo » Jesús: Recoged los fragmentos para que no perezcan; y en » efecto, de ellos llenaron los Apóstoles doce canastos.»

¿No podían haberse contentando los Evangelistas, observa en este lugar San Cirilo de Alejandría (1), con decir que el Salvador con unos pocos panes sació á una gran multitud? ¿Á qué expresar tan prolijamente la cantidad y calidad de los panes, y las demás circunstancias que se enumeran? Todo ello contiene grandes misterios dignos de nuestra meditación. Los panes de cebada significan, dice el venerable Beda, el espíritu y los Sacramentos de la Ley Antigua, sacramentos de siervos, alimento de esclavos; ellos vienen en poder de un muchacho, que es, dice San Agustín, el pueblo de Israel, *qui ea portabat, nec manducabat*; el pueblo de Israel que entendía la Ley Divina en un sentido pueril, y la profesaba sin sacar provecho de ella.

En manos del muchacho hubieran permanecido los panes, si Cristo, tomándolos en las suyas, no los hubiese abierto, bendecido y repartido á las turbas; en tan triste condición habrían permanecido los símbolos y sacramentos de la Ley Antigua, si Cristo no los hubiese mudado, instituyendo la realización verdadera de aquellos emblemas; los antiguos ritos habrían continuado sin virtud alguna para alimentar al pueblo, si Cristo no hubiese fecundado con su bendición

(1) Raulica, «Escuela de los Milagros,» homilía 22.

omnipotente los nuevos Sacramentos, para con ellos engendrar, sostener y vivificar á su Iglesia. Y ese pez que se une á los panes para hacerlos sabrosos y ayudar al alimento del pueblo, figura era, dice San Agustín, de la Pasión de Cristo, de la que los panes de cebada, ó sea los ritos de la Ley Moisaica, recibieron su término, y los panes de trigo, ó sea los Sacramentos de la Ley Evangélica, su virtud y eficacia para alimentar á las almas.

Este es el sostén misterioso que alienta y mantiene la vida de la Iglesia; y la maravilla obrada hoy por Jesucristo en la montaña del Desierto, presagiaba el cúmulo de celestes arcanos que más tarde se encerrarían en los Sacramentos con que había de enriquecer á su Iglesia. Merced á éstos, reengendra á sus fieles, elevándolos á una nueva vida, y les consuela en sus enfermedades, y los sacia en su hambre, y les ayuda y ordena en todas las situaciones por que atraviesa su existencia. Cristianos, cuando pienso en estas maravillas de la divina caridad, en este eficaz sostén de vida espiritual, veo pasar á mi vista aquellos antiguos emblemas que prefiguraron estas tiernas realidades: el Árbol de la vida del Paraíso terrenal; el convite de Abraham en su tienda de Mambré; los cabritos aderezados por Rebeca y presentados á Isaac por su hijo Jacob; el Maná del Desierto; los panes de la Mesa de oro; el pan subcinericio de Elías...; todo aquello pasó, no eran sino figuras de los magníficos Sacramentos de la ley de amor, de estos Sacramentos donde se encuentra el secreto de todo lo perfecto, de todo lo heroico, de todo lo grande.

Y observad, Señores, la trabazón y enlace de estos sostenes misteriosos de la vida de la Iglesia; observad los vínculos entre la autoridad de que há poco hablábamos, y los Sacramentos de que nos ocupamos. Cristo no dispensó por sí mismo el pan milagroso al pueblo, sino que lo entregó á los Apóstoles, y quiso que la muchedumbre lo recibiese de sus manos. Los Apóstoles fueron los que hicieron sentar á las turbas; los Apóstoles fueron los que distribuyeron el pan al pueblo; los Apóstoles fueron los que recogieron los restos del

alimento prodigioso. Sí, que no están nuestros Sacramentos, como pretenden los protestantes, á merced y á voluntad del pueblo; que no obran nuestros Sacerdotes por esa mera delegación de la muchedumbre, que es todo lo que ellos conceden á sus *Ministros*. Es la Iglesia la que recibe del mismo Cristo la autoridad y el ministerio de los Sacramentos; es la Iglesia la que recibe, por orden expresa del Divino Maestro, esos doce canastos que contienen los restos de la obra de su omnipotencia; es la Iglesia á quien ha confiado su doctrina y sus enseñanzas, su predicación y sus instituciones, sus sacramentos y la santificación que por ellos se derrama en el corazón de los fieles. Pero tiempo es ya, cristianos, de que demos la última pincelada en nuestro cuadro, y si la realización del prodigio obrado por Jesús en las cercanías del Tiberiades nos ha llevado á considerar el segundo sostén de la vida de la Iglesia, el de la gracia de sus Sacramentos, al considerar, por último, los resultados del prodigio, veremos el tercer sostén de esa misma vida, sostén producido por el vínculo del amor y de la piedad.

TERCERA PARTE.

Cuando las turbas se saturaron de aquel manjar, multiplicado por las manos del Señor, viendo el portento que Jesús había obrado, exclamaron llenos de santo estupor: «En verdad que este es el Profeta que ha de venir al mundo; y concibieron la idea de proclamarlo por su Rey, y de rendirle el homenaje debido á su Soberanía. Jesús, conociendo esto, se ocultó de ellos.»

Ahí tenéis, cristianos, los frutos santos que en el alma produce la gracia de los Sacramentos; ahí tenéis el efecto de esas grandes reacciones de la caridad. El alma, cuando ha sentido en sí esa divina eficacia, ve renacer en su espíritu aspiraciones y deseos que la elevan é impulsan hacia el centro mismo de ese divino amor; ella es la que sabe transfigurar al hombre acercándole al ángel; ella fué y será en todo tiempo fecundo germen de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones; ella llenó las cárceles de mártires,

los desiertos de anacoretas, los claustros de vírgenes, el mundo de confesores y esforzados campeones que han proclamado la verdad de Cristo con los acentos de sus palabras y con las notas de su amor; ella, lo diré de una vez, eleva el alma al supremo culmen de la más gloriosa perfección. ¿Queréis, Señores, que termine con una figura bíblica, en la que veamos la expresión más brillante del rango subido á que es elevada el alma por esa eficacia prodigiosa?; pues abrid la profecía de Isaías y observad la majestuosa visión que nos refiere en el capítulo VI. Observad aquellos serafines misteriosos que rodeaban el solio del Altísimo; seis alas tenía cada uno de ellos: con dos velaban su rostro, con dos cubrían sus pies, con las dos últimas volaban hacia la Majestad del Excelso; ahí tenéis expresada la suma de perfección á que llega el alma, cuando por la obra de la gracia y los ejercicios de la piedad penetra en lo más recóndito del Santuario donde mora el Dios de la caridad. ¡Ah!, entonces ha logrado la perfección de su mente con la perfección de la fe; esas son las dos alas con que los Serafines cubrían su rostro misterioso. Entonces ha logrado la perfección del amor con la perfección de las obras y recta dirección de sus caminos; esas son las dos alas con que los Serafines cubrían sus misteriosos pies. Entonces ha logrado la perfección de su espíritu y vuela hacia su Dios con el ímpetu del sacrificio, con el ímpetu de la oración, con el ímpetu, en fin, de todo ejercicio de piedad; esas son las dos alas con que los Serafines volaban hacia el Trono del Altísimo.

Señores: cuando David terminó la obra del tabernáculo que había construído sobre el Monte de Sión, entonó un magnífico cántico á presencia de Dios y de los hijos de Israel. También nosotros terminamos hoy nuestra obra; hemos visto las glorias de este tabernáculo purísimo, de la Iglesia Santa, donde, más brillante que en Sión, se ostenta la grandeza del Señor y la vida que por ella ha comunicado á las Naciones; justo es, pues, que repitiendo [los inspirados acentos del Rey de los Salmos, entonemos hoy un himno de alegría y santo entusiasmo.

Hijos de Dios, clamaré como el Profeta (1), presentad al Señor vuestros homenajes, ofreced vuestros corazones puros y humildes, que Él los aceptará mejor que los inocentes corderos del primer Testamento: *Afferte Domino filii Dei: afferte Domino filios arietum.*

Hemos contemplado la gloria y honor que resplandece en su Iglesia; la divina vida que se nos comunica por su nombre santo; la felicidad que nos cabe por habitar en los atrios de la casa del Altísimo; pues entonces, tributad al Señor gloria y honor. Hijos de la Iglesia Católica, adoradle rendidos, postrándoos sumisos en los atrios de su Templo Santo: *Afferte Domino gloriam et honorem, afferte Domino gloriam nomini ejus: adorete Dominum in atrio sancto ejus.*

¿Qué hemos visto, cristianos?, ¿qué hemos oído? ¡Ah!, la voz del Señor sobre muchas aguas; colocados en la montaña de la tentación, escuchamos la voz de Dios sosteniendo á su Iglesia por entre el oleaje de un triple combate; es que resonaba la voz de Dios en la virilidad de su Iglesia, en las aguas de sus tribulaciones: *Vox Domini super aquas, Deus majestatis intonuit. Dominus super aquas multas.*

¿Qué hemos visto, cristianos?, ¿qué hemos oído? ¡Ah!, la voz de Dios en virtud, la voz de Dios en magnificencia; colocados en la montaña de la glorificación, observamos la hermosura de la Iglesia que resonaba en su generación, en sus caracteres, en sus resultados; es la voz del Señor en la belleza y fecundidad de la vida de la Iglesia, en virtud y en magnificencia: *Vox Domini in virtute: vox Domini in magnificentia.*

¿Qué hemos visto, cristianos?, ¿qué hemos oído? ¡Ah!, colocados ante el endemoniado de Cafarnaum, vimos los espíritus de la impiedad, irguiéndose más orgullosos que los cedros del Líbano; pero escuchamos la voz del Señor, la voz de la fe, voz que troncha los cedros: *Vox Domini confringentis cedros et confringet Dominus cedros Libani:* la voz de la fe, que nos hace saltar sobre la impiedad, más ligeros

(1) Ps., XXVIII.

que los corderillos del Líbano, fuertes más que el rinoceronte hijo del unicornio: *Et comminuet eos tamquam vitulum Libani, et dilectus quemadmodum filius unicornium*: la voz del amor, que cortando la llama de la concupiscencia, completa en nosotros las operaciones de la vida divina, y nos manifiesta su prepotencia y eficacia. *Vox Domini intercidentis flammam ignis.*

¿Qué hemos visto, cristianos?, ¿qué hemos oído? ¡Ah!, colocados hoy en la montaña del desierto, lo hemos visto comoverse ante la voz y los prodigios del Señor: *vox Domini concutientis desertum, et commovebit Dominus desertum Cades.* Ante la voz de su autoridad que prepara y amansa los ciervos; ante la voz que descubre las espesuras de su gracia; ante la voz del amor que abriéndonos las puertas de su templo santo, completa en nosotros los sostenes de la vida divina: *Vox Domini preeparantis cercos, et revelabit condensa et in templo ejus omnes dicent gloriam.*

Esto hemos visto, esto hemos oído. Pues no temáis, Señores, por la Iglesia; los triunfos del pasado, las firmezas del presente, son el más feliz augurio de las victorias del porvenir. ¿Qué importa que, como en los días de Noé, nos amenace un nuevo diluvio? La mano del Señor sujetará, no hay que dudar, sujetará las olas de ese aluvión funesto, y la Iglesia, como reina, se sentará triunfante en Trono sempiterno. *Dominus diluvium inhabitare facit, et sedebit Dominus Rex in æternum.*

Señor, fortaleced á vuestra Iglesia en sus continuos combates, y que nosotros, participantes de su vida divina, recibamos vuestra bendición en paz sempiterna. Así sera, hermanos míos, así será: *Dominus virtuten populo suo dabit: Dominus benedicet populo suo in pace.* Amén.

HOMILÍA PARA LA CUARTA DOMÍNICA DE CUARESMA. (1)

Sobre la vida voluptuosa y la espiritual.

**Scriptum est quoniam Abraham
duos filios habuit, unum de ancilla,
et unum de libera.
Ad Gal., IV, 22.**



í, Excmo. Sr., amados hermanos: por alegoría se explica, según el Apóstol, el hecho histórico de los dos hijos del Patriarca Abraham, Ismael é Isaac; el uno, hijo de la esclava Agar; el otro, hijo de la señora Sara. Estos personajes, del primer Testamento, tuvieron la doble misión de llenar lo que en sus días debieron cumplir, y de prefigurar además los grandes sucesos que habían de realizarse en la deseada plenitud de los tiempos: *Scriptum est quoniam Abraham duos filios habuit, unum de ancilla, et unum de libera.*

La inmediata significación de esta doble progenie del Patriarca de la fe, eran, según la expresión de San Pablo, los dos pueblos llamados á experimentar los favores celestiales, el pueblo de las figuras, el pueblo de las realidades: el pueblo de las promesas, el pueblo de las bendiciones: el pueblo del Sinaí, el pueblo del Calvario. Pero tanto los hijos de Abraham, como los pueblos en ellos simbolizados, según los Intérpretes, son en segunda alegoría y en sentido moral, figura de otro gran misterio, sobre cuya consideración os ruego fijéis hoy vuestra atención piadosa; del grande y trascendental misterio de la vida íntima del corazón humano. Dos elementos pretenden constantemente organizar esta

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en la Cuaresma de 1877.

vida; dos tendencias encontradas solicitan darle su impulso; dos linajes de dichas aparecen siendo su objetivo; dos vidas, por último, solicitan posesionarse del corazón de la humanidad: la vida de la carne, la vida del espíritu, la vida (permitidme la frase) del pecado, la vida de la gracia, que yo encuentro alegorizadas en los dos hijos de Abraham. *Scriptum est...*

Señores: pensando presentar hoy ante vosotros los misterios de estas dos vidas, acabo de escuchar los pasajes bíblicos cuyos ecos resuenan aún, salidos de estos púlpitos: el pasaje de la Epístola, el pasaje del Evangelio; el pasaje de la Epístola, en el que el Apostol, escribiendo á los Gálatas, y recordando las mudas profecías de Isaac y de Ismael, se eleva á maravillosas concepciones sobre la vida á que debe aspirar el cristiano; el pasaje del Evangelio, en el que vemos á Jesucristo multiplicar los panes y peces en el desierto, alimentar á las muchedumbres, prefigurando así también ese alimento de su gracia, esa vida sobrenatural que ha venido á introducir en nuestra alma, haciéndola salir de la vida ficticia con que la brinda el pecado; y como en nuestra hermosa Liturgia todo está dispuesto en maravillosas armonías, paréceme que la exposición de la Epístola conduce directamente á la homilía del Evangelio, y que la homilía del Evangelio confirma evidentemente la exposición de la Epístola; y ambos pasajes concuerdan de la manera más visible para presentar á nuestra vista el cuadro importante de las vidas del corazón, prefiguradas en los dos hijos del antiguo Patriarca: *Scriptum est...*

No perdamos, pues, tiempo, señores, y colocando un oído en la Epístola y otro en el Evangelio, aprendamos la lección saludable que pretende darnos la Iglesia nuestra madre.

Y para que esta lección, dada con método, sea provechosa, yo la dividiré en tres capítulos, que os prometo han de ser breves. 1.º Caracteres de estas vidas. 2.º Sostenes de estas vidas. 3.º Frutos y manifestaciones de estas vidas.

Pidamos la gracia por mediación de María nuestra Madre, á quien saludaremos con el Ángel: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

¿Cuáles son, Señores, los caracteres con que se presentan ante nosotros esas dos vidas: la vida voluptuosa y la vida espiritual? ¿Esas dos vidas que se disputan la posesión y el reinado del corazón humano? Antes de responder á esta pregunta, oigamos lo que nos dice la Epístola y lo que nos enseña el Evangelio. «Escrito está—dice el Apóstol—que Abraham tuvo dos hijos, y la aparición de ellos sobre la tierra simboliza grandes alegorías, porque significa los dos Testamentos;» y describiendo los caracteres de estos dos hijos, y de los pueblos en ellos prefigurados, añade: «El uno nació según la carne, el otro nació según la promesa, por virtud sobrenatural de Dios;» *qui de ancilla secundum carnem, qui autem de libera per repromissionem*. El pueblo prefigurado en el hijo de la carne, nace en el Sinaí, es engendrado en servidumbre, porque representa al que fué hijo de Agar; el pueblo prefigurado en el hijo del espíritu, nace en Sión, es engendrado en libertad, porque esa Jerusalem Santa, esa montaña misteriosa de la gracia, que es libre, es nuestra madre, representa al que fué hijo de Sara. He aquí, cristianos, los distintos caracteres de estas dos vidas; la vida del pecador tiene un carácter de vileza, porque es vida de carne; un caracter de esclavitud, porque es la vida que brota de Agar en Sinaí. Por el contrario, la vida del justo tiene un carácter de nobleza, porque es vida de espíritu; un carácter de libertad, porque es la vida que brota de Sara en Sión.

También el Santo Evangelio, al referirnos el milagro obrado por Jesucristo, y que simboliza la vida y el alimento del corazón, pone tales circunstancias, que nos conducen á encontrar en ellas los ya expresados caracteres: *Abiit Jesus trans mare Galileæ*, traspasa Jesús el mar de Galilea, *á pravis affectibus*, —dice un sabio Intérprete (1)—*qui sunt instar tumentium fluctuum enavigandum est*, preciso es huir de los

(1) Natal., Alex. «Exposit. litt. et mor.» in hunc locum.

carnales y corrompidos afectos que invaden el corazón á manera de entumecidas olas: carácter de vileza. Y el pueblo, la turba que sigue al Redentor, lo sigue libre y espontáneamente, animado de la más noble inspiración, *quia videbant signa*, porque veían que Jesucristo sanaba los enfermos, porque contemplaban con la mirada de la fe, que era el restaurador de los funestos abatimientos de la carne, que era el restaurador de la vida del espíritu: carácter de libertad.

El golpe más palpable que haya inferido al hombre el pecado original, es el que hirió su cuerpo, herida profunda que la Escritura Santa llama *concupiscencia de la carne*. El amor al separarse de Dios,—dijo el gran Bossuet,—recae sobre sí mismo; pero pronto ese amor, arrancado de su centro, no puede ya contenerse, necesita derramarse, y no pudiendo volver á subir, desciende y rebosa sobre los sentidos, arrasando consigo el cieno impuro que recoge en su camino, cual torrente que por la falda de los cerros se precipita hacia valles profundos. Esta es la nota característica de la vida del pecador; de esa vida que desgraciadamente lleva una gran parte del pueblo cristiano, que dominado por las pasiones, cual Satanás precipitado del cielo, va rodando de caída en caída, y semejante á un hombre, que, arrojado por aspera pendiente, se destroza al pasar con todo lo que se encuentra, así deja en manos de sus locas pasiones los vestigios sangrientos de su vida dislacerada. ¡Terrible situación! Las concupiscencias, jamás satisfechas en sus incessantes aspiraciones, hacen que el corazón esclavizado corra tras de los placeres como de fantasma en fantasma, tras un ideal ilusorio cuyo tipo no alcanzará jamás; y, Señores, Salomón pervertido y dominado por los amores de las mujeres extranjeras, y Sansón debilitado y fuertemente ligado por las caricias de Dalila, aparecen como imponente símbolo de ese carácter de depravación y esclavitud del corazón del pecador, de ese corazón que no es fuerte para traspasar con Jesucristo el lago de Tiberiades, de ese corazón que es engendrado en la carne de la esclava Agar, que mora de continuo en el Sinaí de la servidumbre.

Ved, por el contrario, al hombre que por medio de la reacción contra la concupiscencia, ha logrado restablecer el orden en su amor. ¡Oh espectáculo digno de las miradas de Dios y de la ambición de los hombres! El corazón se halla convertido á lo infinito que ama y á que aspira; se eleva cual vaporoso incienso que glorifica á Dios y embalsama al mundo; todo ese amor, elevado por la virtud, que es la esencia y el movimiento de la vida, se levanta y no vuelve á descender sobre la tierra, sino como las aguas atraídas por el sol, para derramarse en dulce lluvia, en fecundo rocío, en obras de santidad. ¡Ah, cristianos!; ese es el corazón engendrado en el espíritu de las sobrenaturales promesas de la señora Sara, el corazón que mora de continuo en las subidas cumbres de la Sión de la libertad.

Tales son los caracteres de las dos vidas que hoy nos ocupan. Veamos sus sostenes.

SEGUNDA PARTE.

¿Cuáles son, Excmo. Sr., los sostenes que alientan y mantienen esas dos vidas: la vida voluptuosa y la vida espiritual; esas dos vidas que se disputan la posición y el reinado del corazón humano? Antes de responder á esta segunda pregunta, oigamos lo que nos dice la Epístola; consideremos lo que nos enseña el Evangelio.

«El hijo de la esclava Agar,—continúa el Apóstol San Pablo,—el hijo, según la carne, perseguía al hijo de la señora Sara; al hijo, según el espíritu.» La tentación es el sostén funesto y tenaz de la vida del pecador. ¿Y qué dice la Escritura? Añade el Apóstol, «que Abraham recibió este mandato del Altísimo: Arroja de tí á la esclava y á su hijo.» La mortificación es el sostén robustísimo de la vida del justo. También vemos en el Evangelio, que cuando Jesucristo comienza á sostener á las turbas con el prodigio de la multiplicación de los panes, les impone la mortificación; «haced que los hombres se sienten,» dice á los Apóstoles; y «había mucho heno sobre la tierra,» añade el Evangelio.

Mucha es, Señores, la vanidad; constantes son los deleites con que á cada paso nos brinda el mundo; es, pues, indispensable que pisemos, que aplastemos esas pasiones á fuerza de mortificación. Pero esto no es sino uno de los sostenes de la vida del corazón, la mortificación no es otra cosa que el *removens prohibens*, es el medio de quitar los obstáculos de esta vida; ella se sostiene principalmente por la gracia del Señor, gracia prefigurada en aquella herencia de que nos habla la Epístola, que había de ser, según Sara, no para Ismael, sino para su Isaac; gracia de que nos habla el Evangelio, espléndidamente simbolizada en el banquete milagroso del Desierto.

La tentación; he aquí el incentivo que de continuo agita é inflama el corazón del pecador; he aquí la funesta ayuda que de continuo sostiene en él el edificio de sus voluptuosidades. No expresa claramente la Escritura Santa cuál fuese el motivo de la riña, que frecuente se notaba entre los hijos de Abraham, de las agresiones que siempre tenían su iniciativa en el hijo de la esclava; por eso los expositores las atribuyen á diferentes pasiones de Ismael, que prefiguraron bien claro los diversos resortes con que las pasiones excitan el trastornado corazón del pecador. Y, cristianos, ¿tendremos necesidad de presentar el cuadro de esas solicitudes manchadas, que á cada paso dirige á nuestra alma el combinado esfuerzo de la triple concupiscencia?...

Escuchemos la voz de Jesucristo en el Evangelio de este día: *Facite homines discumbere*; destrocemos, aplastemos ese estéril y dañoso heno que tanto abunda en el campo del corazón. Mirad, hermanos míos, que á nosotros se repiten las palabras que un día dirigió la inspirada Sara á su marido Abraham: *Ejice ancillam*; arroja la esclava y su hijo; sí, mortifiquemos la carne y sus obras; que la austeridad cristiana, disminuyéndonos por un lado, nos realce por todos los demás; que de ese crisol del dolor salga un hombre nuevo, más grande que el hombre antiguo; que de esa tierra viva de la humanidad, fecundada por los padecimientos y regada por las aguas del sacrificio y la sangre del martirio, broten

mil flores, que aparezcan más lozanas bajo el rostro y el aliento del Crucificado. ¡Oh!, sí, cristianos!, aplastad el heno con la austeridad de vuestras costumbres; arrojad la esclava y su hijo por la mortificación de nuestras pasiones: *Facite homines, discumbere; ejice ancillam et filium ejus.*

Arrojado Ismael, Isaac será el universal heredero de la hacienda de Abraham; sentados sobre el heno de nuestra vanidad, de nuestras pasiones, podremos asistir al banquete de los panes del desierto. Miserable es la condición de Ismael, pobre y abandonado al desierto; miserable es la condición de las turbas del Evangelio, hambrientas y también en la más desprovista soledad. ¿Quién no ve aquí perfecta semejanza de la pobreza y esterilidad que rodea la vida del pecador?; del pecador sin los auxilios del orden sobrenatural; del pecador que ha perdido hasta los bienes que adquiriera en días más felices; del pecador cuya obcecación y endurecimiento parecen obstruir las puertas de su restauración moral. ¡Oh! Apartemos nuestra vista del espectáculo que ofrecen esas almas, cual deseaba apartarla Agar del desgraciado Ismael, que yacía abandonado bajo una encina del desierto, y exclamemos como ella: *Non videbo morientem puerum* (1). Sí, no queramos ver á esas inteligencias que, separadas de las ilustraciones de la fe, mueren en el desconso-lador vacío de la incredulidad: *Non videbo morientem puerum*. No queramos mirar á esas almas que, desechando de de sí las dulces mociones de la caridad, yacen espirantes en el vacío de sus codicias, de su lascivia y de su soberbia: *Non videbo morientem puerum*. No queramos mirar á esos corazones de aridecidos sentimientos, que no buscan en la oración, en el culto y en la piedad las más tiernas y vivificadoras expansiones. *Non videbo morientem puerum*.

Y en las delicias de Isaac, que permanece en la casa paterna, y en la felicidad de las turbas alimentadas por Jesús en el desierto, ¿quién no ve por otra parte la riqueza, la felicidad y dicha del justo, sostenido por la gracia del Señor;

(1) Genes., XXI, 16.

del justo, sí, que aparece objeto predilecto de la misericordia de Dios? *Misertus est eis*, nos dice el Evangelio, *et curabit languidos eorum*; que Dios se apiada de las turbas y acude á su remedio; que Dios mira con especial afecto á los que le aman, y vela solícito para su consolación y remedio. Pero, ¿dónde están escondidos esos tesoros para enriquecer el alma del justo? ¿De dónde brotan esos ricos manantiales para recrearla? *¿Unde ememus panes?*

¿Sabéis, cristianos, dónde hemos de encontrar los panes que alienten y satisfagan las necesidades de nuestro espíritu? ¡Ah! Donde los encontró David cuando marchaba precipitadamente huyendo de las persecuciones de Saul: en el Tabernáculo donde reposa el Arca, desde donde se publican los oráculos, en donde se participa de la gracia. «Ahora »dame siquiera cinco panes,—exclamaba el fugitivo de »Nobe (1) á presencia del sacerdote Achimelech;—dame »siquiera cinco panes, porque es grande mi necesidad.» «Mas, no tengo,—repone el Sacerdote,—no tengo panes »legos, no tengo panes profanos, sino solamente los panes »santos que acabo de retirar de la mesa de la proposición.» ¡Qué figuras! El alma que huye de las asechanzas y persecución de sus enemigos, ha de dirigirse al Tabernáculo de su Dios, y allí buscar el descanso de su mente en los oráculos de la fe; sí, allí busca la paz y la tranquilidad de su amor en las dulces expansiones de la divina caridad; allí pide al Sacerdote *cinco panes*, los beneficios de la Religión, los auxilios de los Sacramentos, con los que se purifican nuestros sentidos, se dominan nuestras pasiones, y nuestro ser todo es impulsado por los senderos de la perfección.

No busquemos, no, la saciedad de nuestra alma en los panes *legos*, en los atractivos y encantos de nuestras pasiones. ¡Ah!, ellos, cuando no dañosos, son al menos insuficientes para llenar las nobles aspiraciones de nuestro espíritu. Son aquellos panes que llevaba el muchacho de que nos habla el Evangelio, y que Andrés declaró no ser bas-

(1) 1 Reg., c. 21.

tantes para alimentar á la muchedumbre; busquemos el pan santo, el pan del Tabernáculo del Señor, el pan bendecido por la mano del Omnipotente.

Tales son, cristianos, los sostenes sobre que descansan esas dos vidas del corazón que hoy nos ocupan; veamos, por último, sus frutos y manifestaciones.

TERCERA PARTE.

¿Cuáles son, Excmo. Sr., los frutos y manifestaciones que producen esas dos vidas: la vida voluptuosa y la vida espiritual; esas dos vidas que se disputan la posesión y el reinado del corazón humano? Antes de responder á esta tercera pregunta, oigamos lo que nos dice la Epístola, consideremos lo que nos enseña el Evangelio.

De la doctrina que había sentado el Apóstol en el capítulo que venimos exponiendo, deduce en el último verso esta legítima y hermosa consecuencia: *Itaque, fratres, non sumus ancillæ filii, sed liberæ*. Así, pues, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre, por la gracia de Cristo que nos ha libertado con sus favores. Sea, pues, nuestra vida la vida de los hijos de la gracia; no aparezcamos en nuestras obras con los vergonzosos estigmas de la esclavitud originaria: *Non sumus ancillæ filii*; y es, Señores, que el pecador ostenta en las manifestaciones de su vida los frutos amargos de su degradación y envilecimiento; del envilecimiento de su mente, que, refractaria á las enseñanzas de la verdad divina, desconoce obstinadamente la luz de Jesucristo; del envilecimiento de su espíritu, que, refractario á las influencias de la autoridad divina, rechaza constantemente el reinado de Jesucristo. ¡Oh, no, cristianos!, no somos hijos de la esclava, somos hijos de la libre, de esa santa libertad que Cristo nos ha otorgado por su gracia; mirad las señales de ella, observad en la orilla de Tiberiades las manifestaciones de esa especial adopción, los frutos de esa vida alimentada por el amor. Verificado el milagro del desierto, alimentadas las turbas, excitada la admiración de

todos, esa vida espiritual que habían recibido por el prodigio del Redentor, produce de sí espléndidas manifestaciones; aquellos hombres conocen que Jesucristo había verificado una obra estupenda, proclaman su divinidad diciendo: *Este es en verdad el Profeta que había de venir al mundo*; y esta luz, que alumbraba sus entendimientos, mueve á la vez é impulsa sus espíritus, se dirigen á Él, y desean proclamarle como el Rey verdadero de Israel. Si pues la vida del pecador da por frutos la obstinación hacia la verdad de Cristo, la obstinación hacia el reinado de Cristo, la vida del justo da por resultado la proclamación del reinado de Cristo. Y estas proclamaciones aparecen evidenciadas, Sr. Excmo., en la última antifona y en el último capítulo con que terminaremos el oficio litúrgico de esta mañana, y que parece forman el resumen de esta importante doctrina. Las turbas proclaman la verdad de Cristo, diciendo que Él es verdaderamente Profeta. El Apóstol concluye exhortando á sacudir el yugo del reinado de las pasiones, y á respirar dulcemente en la libertad del reinado de Cristo.

¡Oh terrible y desesperante ceguedad del pecador! ¿Quién podrá hacerle oír de nuevo la voz de Dios, y descubrirle las verdades de la fe? Las máximas santas, los engaños del mundo, las verdades terribles del porvenir, sólo son para él luces que le deslumbran, pero no le iluminan; y semejante al hombre que camina en medio del día, no echará de ver las nuevas luces con que el cielo le brinda. Se ha familiarizado con ellas, y ha confundido en su corazón la claridad con las tinieblas. Cristianos: cuando por vez primera los Israelitas percibieron durante la noche la columna luminosa, les admiró la novedad del espectáculo, temieron la majestad de Dios, y el terror, la admiración y el respeto los hizo dóciles á la voz de Moisés; pero cuando volvieron á caer en sus quejas y murmuraciones, por más que aparecía aquella luz celestial, sólo era para ellos un espectáculo común que no cambió en nada sus costumbres.

Pero el fruto más espantoso y abominable de la vida del pecador, es su resistencia al reinado de Jesucristo; con pro-

funda y sentida frase se lamentaba un Profeta de que los pecadores rechazaban y conculcaban los preceptos del Altísimo. Rompe el impío, exclamaba Jeremías (1), el yugo del Señor; rompe los vínculos que le ligan con su Criador, y dice, trastornado por su satánico orgullo: *¡Non serviam! ¡No serviré!* No seguiré los caminos de la humildad, dice el vengativo. No recorreré los senderos de la pureza, dice el lujurioso. No moraré en los tabernáculos de la justicia, dice el avariento. *Non serviam*. Y los que así rechazan el reinado de Cristo, se postran, según la hermosa expresión del citado Profeta, ante todo collado sublime, y debajo de todo árbol frondoso. Se postran ante las grandezas del siglo, y pretenden encontrar su dicha al amparo de sus propios extravíos.

¡Oh, cristianos!, esos frutos amarguísimos no han de ser los frutos de nuestra vida: *Non sumus ancillæ filii, sed liberæ*; no somos los hijos de la pobre Agar, que vaga por los desiertos de Bersabée, sino los hijos de la señora Sara, descendientes de esa ilustre progenie, alimentada por Jesús en el desierto de Genesaret. Proclamemos, pues, la verdad de Jesucristo, proclamemos el reinado del Salvador.

En el estado actual de cosas, es preciso la proclamación de la verdad del Evangelio por todos los medios posibles; ante los desesperados esfuerzos de la propaganda impía, el silencio de los buenos sería á todas luces criminal. ¿No veis cómo ella toca todos los resortes y apela á todos los recursos para perseguir á la Iglesia, para difamar su doctrina, para desprestigiar sus instituciones? Preciso es, pues, que cada cual en su puesto, que cada uno en su esfera, se aliste y tome parte en la gran Cruzada de la Propaganda Católica. Que nos levantemos de nuestra postración, y cual las turbas del Desierto clamemos con toda nuestra energía: «Éste es » el verdadero Profeta que había de venir al mundo.» Que proclamemos su reinado, sí, el reinado social de Jesucristo,

(1) Cap. 2., ver. 20.

única esperanza de salvación para esta sociedad que se desquicia.

Ya lo veis, Señores; en esta lucha de encontradas tendencias, de vidas contrarias que solicitan á nuestro corazón, el triunfo es decisivo para Jesucristo. Sea que consideremos los caracteres, ó los sostenes, ó los frutos y manifestaciones de estas dos vidas, claramente aparece que no hemos de aspirar á ser hijos de Agar la esclava, sino á la filiación divina de la fecunda y bendita Sara.

¡Oh Dios!, y concluiremos, cristianos, con la hermosa oración del oficio litúrgico de esta Domínica. ¡Oh, Dios Omnipotente!, concédenos que si hasta aquí hemos seguido los extravíos de la vida de Agar, de la vida de la carne y de la sangre; que si por ello, en merecido castigo de nuestras acciones corrompidas, somos afligidos, en adelante vivamos con la vida de Sara, respiremos en las dulces consolaciones del espíritu. Sí, respiremos aquí con las suavidades de tus gracias, y descansemos allí en la eterna perpetuidad de tu gloria. Amén.

HOMILIA PARA EL VIERNES CUARTO DE CUARESMA. (1)

Da mihi bibere.
Joann. IV, 3.

ILMO. SR.:



E aquí la misteriosa petición con que hoy se presenta Jesucristo en el pozo de Sichar, ante una mujer de Samaria; petición que á cada paso dirige á nuestras almas, para que acudan con los tributos de su fe y de sus adoraciones á calmar la sed ardiente que le han producido sus amores: *Da mihi bibere*; petición, sin embargo, que el corazón humano suele desatender, llegando hasta el extremo de hacerla el mismo ante las cisternas disipadas que sólo contienen la hediondez de las pasiones, porque ante ellas postrado repite con repetición profanadora las palabras del Salvador: *Da mihi bibere*.

Sí, hermanos míos: esta palabra expresa esa lucha que viene trabajando al género humano; lucha entre la verdad y el error; lucha entre el bien y el mal; lucha entre el cielo y el abismo; lucha que produce esa sed que nos presenta en mutuas ansiedades al amor de Dios, al amor del hombre, al amor extraviado por la razón, al amor encaminado por la fe: *Da mihi bibere*, exclaman ambos, y en seguida se encaminan por senderos opuestos; el uno, á buscar las aguas en las áridas llanuras de Samaria; el otro, en los manantiales que brotan en las jugosas colinas de Jerusalén.

Tal es la idea que ha surgido á mi mente al recibir el honroso encargo de explicar ante vosotros el tan conocido

(1) Predicada en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada, en la Cuaresma de 1878.

como misterioso Evangelio de la Samaritana. No penetraré hoy ciertamente en esas dulcísimas regiones de la Gracia, á las que tan naturalmente nos conduce este pasaje; yo derramo en mi derredor una mirada, y veo esa atmósfera de exaltación y efervescencia que hoy rodea á nuestro espíritu; escucho esas dos voces que hoy (quizá con más ahinco que nunca) se dirigen á nuestra razón, turbada ante opuestos llamamientos, y he creído ser de más actualidad que veáis reflejado en nuestro Evangelio el triste estado en que se encuentran los espíritus, y los heroicos remedios con que les brinda ese Dios fatigado, que implora nuestras aguas en las llanuras de Sichar: *Da mihi bibere*.

La libertad del pensamiento, con su mentida fecundidad; la doctrina de la fe con sus caudalosas corrientes: he aquí lo que me propongo veáis en las escusas de la Samaritana, en las amorosas instancias del Redentor. En las escusas de la Samaritana, veréis á la razón extraviada pidiendo en vano ante la libertad del pensamiento las aguas saludables de la verdad: *Da mihi bibere*. En las instancias del Redentor, veréis á la razón encaminada implorando con éxito, ante las enseñanzas de la fe, los purísimos raudales de la eterna claridad: *Da mihi bibere*. En una palabra, y es la que condensa todo mi plan: la Doctrina Católica elemento de vida y restauración de la época presente.

No dividiré el pensamiento en su esplanación, para que pueda más fácilmente grabarse en vuestras almas; sólo os presentaré un cuadro, en el que brillen con el posible colorido, en las cinco escusas de la Samaritana, las cinco exigencias de la razón extraviada por la libertad del pensamiento, y en las cinco instrucciones del Redentor, las cinco enseñanzas de la razón encaminada por la fe; y para encerrar las ideas en sus nombres, os diré, que las escusas de la Samaritana son: las exigencias del orgullo, de la ignorancia, de la corrupción, de la impiedad, de la independencia; mientras que las instrucciones del Redentor, son las enseñanzas de la humildad, de la verdad, de la moral, de la Religión, de la autoridad.

NARRACIÓN.

¡Qué hermosa narración contiene nuestro Evangelio! Yo contemplo en ella, magnífica figura de esta Iglesia Católica, de esta fuente de verdad junto á la cual observamos: á la razón extraviada que presenta exigencias, á la razón encaminada que aprende instrucciones: *venit Jesus in Civitatem Samariæ.*

Sí, que hoy también viene Jesús á la Ciudad de Samaria; establecida está su Iglesia en medio de Sichar, entre corrupciones más lamentables que la de Dina (1); entre cismas más funestos que el de Joroboam: *Venit...* Este es el campo que el verdadero Jacob dió por herencia á José, su hijo, al Salvador de las naciones, como premio de sus trabajos, *Juxta prædium...* Aquí está la fuente del gran Patriarca, este es el depósito y manantial fecundísimo de las aguas de eterna verdad, que brotan de la mente del Altísimo: *erat ibi fons Jacob.*

Sobre esta fuente misteriosa se sienta Jesús fatigado del camino; sí, que al concluir su laboriosa jornada en esta vida, se recostó dulcemente sobre la Iglesia, y continúa eligiéndola para centro de sus iluminaciones: *Jesus ergo fatigatus ab itinere sedebat.* Se sentó en la plenitud de los siglos, brilló este sol en el medio día de los tiempos, derrama sus luces hoy que nos encontramos en las postreras edades de la creación. *Erat hora quasi sexta.* Pero ¡ah!, ¿no veis ese personaje que ligeramente atraviesa la llanura y se dirige hacia el Salvador fatigado? Es una mujer de Samaria; es la humanidad contemporánea, que trayendo sobre su cabeza el ánfora vacía de su orgullosa razón, quiere encontrar los torrentes de la verdad en los inmundos lodazales de sus extraviadas elucubraciones: *Venit mulier de Samaria haurire aquam.* ¡La libertad del pensamiento! Palabra con que nuestro siglo expresa sus extravíos, y que es el fecundo manantial no sólo de las aberraciones intelectuales, si que también

(1) Cornel., á Lapide, «Comment. in Ev.» cap. IV, Joann. D.

de la falacia de sus doctrinas y de la fatal corrupción de sus obras prevaricadoras. Pues bien, ante esa idea que caracteriza todas la de nuestra época; ante esa fascinación que reasume todas las herejías de nuestro período, hemos de presentarnos como Jesucristo ante la Samaritana diciéndole: humilla tu razón ante las enseñanzas de la razón Divina; purifica tus manchas con las aguas de la caridad Divina; ofrece al mundo las purísimas corrientes de las costumbres y de la santidad Divina: *Mulier da mihi bibere*; ¿y qué responde ante esta desapasionada y tierna invitación? ¿Cuál es la primera exigencia de la razón extraviada? Escuchadla en la escusa de la Samaritana: es la exigencia del orgullo, es la aberración en el orden filosófico.

I.

«¿Cómo me pides de beber, siendo yo mujer Samaritana? » Sabido es que los Samaritanos no podemos unirnos con vosotros los Judíos:» He aquí la voz del orgullo filosófico de nuestro siglo. Con vuestra Teología, dice á la Iglesia, deteneis la marcha de la Filosofía; con vuestros dogmas entorpecéis la marcha de las ideas; con vuestra fe os oponéis á los progresos de la razón: *¿Quomodo a me poscis bibere?* Se nos opone la incompatibilidad intrínseca que existe entre la enseñanza católica y el progreso intelectual; pues acudamos á demostrar que esa incompatibilidad es quimérica, que esos pretendidos derechos de la razón son ilusorios, y solamente preconizados por la ignorancia que se afecta de los más sanos principios de la verdad: *¡Si scires donum Dei!*, digamos nosotros ante esta primera exigencia de la libertad del pensamiento, como exclamaba el Redentor. Si supieses conocer el don de Dios, tu le pedirías el agua de su doctrina; si comprendiese el mundo las bellas armonías que enlazan la razón de Dios con la razón del hombre, éste acudiría anhelante á inclinar su frente ante la verdad: *¡Si scires Donum Dei!*...

¡Los derechos de la razón! He aquí la frase ampulosa que

entusiasmo, que enloquece á nuestro período. Y bien, ¿qué queréis que se conceda á la razón? ¿Queréis que sus elucubraciones y sus triunfos sean completos en todos los órdenes intelectivos? ¿que de todos los rayos esparcidos en el mundo material y en el mundo inteligible, se forme un gran foco de luz que llamemos la ciencia del hombre ó la filosofía humana? ¡Ah! La razón, segura de sus conquistas al verse inundada de su propia claridad, parece exclamar en la embriaguez de su triunfo: ¡me basto á mí misma! Pero, ¡ay!, que la sabiduría humana está siempre limitada por alguna parte; esa filosofía natural, exclamaba Fenelón, que podría llegar hasta el último límite de la razón puramente humana, es una novela de la filosofía. ¿Conocéis á Dios en todos sus esplendores, y al hombre en todas sus facultades? ¿Habéis fijado sobre sólidas bases las columnas de Hércules en el campo de las realidades? Entonces, ¿por qué vuestra filosofía es la duda, vuestra ciencia el escepticismo? ¡Ay!, que la razón humana, por más que haga, tiene su medida propia, y no puede subrepujarse á sí misma. El que camina sólo por su razón, se deslumbra fácilmente por sus propias visiones, y entre los vértigos de su pensamiento personal, se crea una grandeza ficticia, que equivocadamente toma por el progreso de su inteligencia. Yo apelo á la historia y al examen imparcial de esta misma razón, y os los presento como garantes de la verdad en cuya demostración nos ocupamos. ¡Oh! No apelemos con vano orgullo á los derechos de la razón, cual la mujer de Sichar apelaba á los derechos de Samaria, porque la fe nos deslinda los derechos de esa misma razón y los deberes que nos impone el conocimiento de la luz celestial: *Non contuntur... ¡Si scires Donum Dei!*

II.

Pero la Samaritana, convencida en esta su primera escusa, se presenta parapetada en otra segunda trinchera. «El » pozo es bastante profundo,— exclama,—y además, no tienes » con que poder sacar el agua.» Esta es la voz del libre pen-

samiento, que después de alegar orgulloso sus derechos en la esfera de la razón filosófica, osa penetrar ignorante en la sublime órbita de la razón teológica. «El pozo es bastante profundo,» exclama; las verdades de la fe sobrepujan y contradicen las enseñanzas de la razón; desechemos, pues, las llamadas iluminaciones de la fe, cuya altura es incomprendible, como ineficaces son sus enseñanzas para conducir la inteligencia por el sendero de sus progresos. *Putens altus est, neque in quo haurias habes*. Nuestro siglo se señala en la historia, por la insurrección de la razón contra la fe; se ha visto á la razón coronarse por sus propias manos, subir al trono y pedir se le dejase llevar sola el cetro de las inteligencias; ha subido, ¡qué horror!, hasta sobre los altares del Dios tres veces Santos, y ha osado decir: ¡Yo soy la *Diosa razón!*; no es posible armonizar mi reinado con el reinado de la fe; la Teología debe eliminarse de entre nosotros, con sus alturas impenetrables y la impotencia práctica de su incomprendibilidad. *¡Puteus altus est!*...

Escuchad la voz de Jesucristo, respondiendo á la increíble mujer de Samaria: «El que bebe de este agua tendrá » sed; pero el que bebe el agua que yo le diere, jamás la » perimentará; tendrá en sí mismo una fuente viva, cuyos » raudales saltan hasta la vida eterna.» Esta es la palabra que podemos dirigir á nuestro extraviado siglo; no, no desechéis las iluminaciones de la fe; ellas son las destinadas á saciar la constante aspiración de nuestra mente; en la armonía de nuestra razón con la razón divina, está el verdadero elemento de la saciedad y de elevación del espíritu: *Qui biberit ex aqua quam ego dabo non sitiet in æternum, sed fiet in eo fons aquæ salientis*.

Sí, hay un centro único hacia el cual converjen la razón y la fe, y en el que vienen á unirse sin confundirse; hay un foco único de las dos irradiaciones de la verdad. ¡Jesucristo, verbo del Padre, palabra del eterno! Palabra dirigida al mundo por el verbo Creador; palabra dirigida al creyente por el verbo Redentor. Como verbo Creador, ilumina al mundo de la naturaleza; como verbo Encarnado, ilumina al

mundo de la gracia. Y esa palabra hace que la razón salga de la esfera en que estaba encerrada, y añadiendo á las revelaciones de la Creación las revelaciones de la Encarnación, sacia esa sed ardiente de la verdad que la devora, y la mente, iluminada por la fe, se levanta en raudo vuelo hasta las mansiones de lo infinito: *Non sitiet in æternum, sed fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam.*

III.

Pero la Samaritana, convencida en su segunda escusa, exhibe torpemente la debilidad de sus aspiraciones, y aun el predominio y corrupción de sus violentas pasiones; desea el agua con que la brinda Jesucristo; pero sólo con la idea de evitarse la molestia de acudir al pozo de Jacob; manifiesta, por último, que no tiene marido; pero aparece ante la palabra del Redentor mancillada con las más abominables impurezas.

Tal es la situación que la libertad del pensamiento crea en derredor del orden moral, como consecuencia de las que ha creado en el orden filosófico y teológico. El orgullo de la razón, la ignorancia de la fe, producen necesariamente la corrupción de las costumbres...

¿Quién no ve el desorden revolucionario de que aparece lúgubre teatro el mundo de las costumbres? El exclusivismo, destrozando las relaciones en el orden individual; la lujuria, trastornando la sociedad doméstica; la codicia, perturbando los vínculos del mundo entero y preparando los desastres de la revolución social. El hombre, cuando ha desechado de su mente las iluminaciones de la verdad, viene á desecharse de su corazón las puras influencias del amor, apareciendo como la mujer de Samaria, ó en esa inercia que le retrae de acudir á la fuente del agua saludable, ó en esa corrupción, fruto del predominio de los cinco sentidos, perfectamente dibujada en los cinco maridos de la Samaritana. Tal es, no hay que dudarlo, la intuición desconsoladora de nuestra época; nos lo asegura el triste estado á que nos reduce

la libertad del pensamiento. La concupiscencia ha tomado posesión de los pueblos, y dando rienda suelta en el mundo á las grandes pasiones que la constituyen, ha oscurecido la atmósfera con su hálito emponzoñado; el fuego de la concupiscencia ha caído por todos lados: *supercecidit ignis* (1). Por doquiera se levanta un humo espesísimo que oscurece el cielo; el sol de la verdad ha desaparecido: *Non viderunt solem*; sólo queda la noche, noche borrascosa en que apenas se divisan salvadoras estrellas.

¡Ah, cristianos!; entre las inundaciones de este diluvio nefando, entre los horrores de este Pentápolis de nuestra degradación, oigamos la voz de la fe, la voz de Jesucristo que nos dice como á la extraviada de Sichar: no debes vivir bajo el dominio de tus sentidos, no son ellos tu legítimo varón: *Non est tuus vir*. Ve, llama á tu marido, y vuelve aquí; busca en mi amor la virilidad y energía de tu espíritu, y en mí que soy el término legítimo de tus aspiraciones. *Vade, voca virum et veni huc*.

Para reformar las costumbres, es indispensable una transformación en los sentimientos del corazón; transformación que no puede realizarse sino mediante la virilidad del amor. «Permaneced en mi amor,» dijo Jesucristo (2), dándonos como el resorte de todos nuestros progresos. ¡Oh, ese amor santo es la gran fuerza elevadora de la humanidad, que la levanta hasta el nivel del mismo Jesucristo!; es la gran fuerza expansiva que nos derrama por todas partes con las más dulces efusiones; es la gran fuerza impulsiva que liga nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestro ser todo, encaminándolo al glorioso término de nuestros anhelos. ¡Oh, corazón humano!, fatalmente pervertido por el libre pensamiento; no te recuestes más en el tálamo manchado con que te brindan las concupiscencias; marcha en pos de Jesucristo, busca tu legítimo consorcio en su amor santo, y ven para recorrer, con paso de gigante, los gloriosos estadios de tu triunfal carrera: *Vade, voca virum tuum, et veni huc*.

(1) Ps. LVII.

(2) Joann., XV, 10.

IV.

Pero la Samaritana, convencida en su tercera escusa, se presenta parapetada en otra cuarta trinchera. «Me parece » en verdad, — exclama, — que eres Profeta, pero escucha: » nuestros padres adoraron en este monte, y sin embargo, » decís vosotros que Jerusalén es el lugar legítimo de las » adoraciones.» Esta es la voz del libre pensamiento, que tras los extravíos filosóficos, teológicos y morales, pretende deslizarnos á los extravíos religiosos. ¡Ah!, la libertad de creencias y la libertad de costumbres, son terribles premisas que arrojan de sí la ineludible consecuencia de la libertad de cultos. Es esta una cuestión de palpitante actualidad que es preciso mirar, con desapasionado criterio, en la región serena de los principios. «Créeme, mujer, — dice el Salvador, — ha venido la hora, cuando ni en este monte, ni en » Jerusalén adoraréis al Padre.» Supuesta la verdad de la Religión Católica, en ninguna otra se puede agradar al Señor. ¿Por ventura, serán todas iguales?; esto contraría la noción de toda verdadera religión. La libertad de cultos es inadmisibile; contraría la noción de la verdad, porque la verdad es una. La libertad de cultos es inadmisibile; contraría la noción de la Religión, porque supondría á Dios un ser contradictorio.

Solamente en la única religión verdadera encontramos el verdadero culto, el verdadero modo de adorar á Dios, que es en *espíritu*, esto es, con un culto *perfecto*: y en *verdad*, esto es, con un culto fecundo en obras.

V.

Pero la Samaritana, convencida en esta su cuarta escusa, se presenta parapetada en la última trinchera, de la que há de ser en breve arrojada por el Redentor: «Yo sé, — ex- » clama, — que el Mesías viene; pues cuando venga Él nos » enseñará todas las cosas.» Esta es la voz del libre pensa-

miento, que cuando ha visto gastarse todos sus recursos, que cuando ha contemplado á Jesucristo, restaurando con su palabra la vida de la inteligencia, del corazón, del sentimiento, apela á guarecerse en su propia independencia, y cree poder eludir en último término la triple enseñanza de la verdad, de la santidad y de la religión, rehusando las enseñanzas de la Iglesia y no sometiéndose á su supremo Magisterio.

¿Quién no ve á la impiedad moderna apelando, como la Samaritana, á la interior enseñanza del espíritu privado, combatiendo esa firmísima Cátedra de la verdad, la Iglesia santa? Mas así como Jesucristo da el último golpe á la Samaritana, diciéndole en el tono solemne de su divinidad: «Yo soy el Mesías, yo soy el que hablo contigo.» *Ego qui loquor tecum*, así también se dirige al libre pensamiento, y condena su pretendida independencia, y le asegura que sólo en la autoridad de su palabra y de su Iglesia, están los elementos de salvación, las garantías del porvenir, las prendas de la esperanza. *Ego qui loquor tecum*. Porque, en verdad, ¿dónde encontramos fuera de la Iglesia el poder que pueda llevar sobre sí, sin abrumarse, el mundo de las inteligencias? Á través de tantos sistemas discordantes, de tantas filosofías babilónicas, en ese confuso tropel de negaciones y de escepticismos, sólo la Iglesia presenta doctrina completa, dogmas ciertos, símbolos definidos: *Ego qui loquor tecum*. ¿Dónde encontramos fuera de la autoridad de la Iglesia el poder regenerador de las costumbres?; ¿acaso á través de las orgías sensuales de nuestro siglo?; ¿en medio de esas disoluciones espantosas, capaces de llenar de asombro á las corrupciones del Gentilismo? ¡Ah!, la Iglesia, con la virginidad de sus doctrinas, con la integridad de sus principios, con la eficacia de sus Sacramentos, es la que conserva los gérmenes de la resurrección moral. ¡Oh!, cristianos, no me es permitido tocar, sino muy de pasada, los gloriosos resultados, frutos del diálogo de Jesús y la Samaritana, figura á la vez acabada de los triunfos obtenidos por las enseñanzas de la fe, sobre las exigencias del libre pensamiento.

La mujer que deja el cántaro vacío sobre el pozo á presencia de Jesús, es el símbolo de la impiedad, que se ve obligada á patentizar la insuficiencia de sus recursos ante las profundas enseñanzas de la fe. Jesucristo extendiendo su vista hacia las mieses de los campos de Sichar, y dirigiendo su palabra ante los Discípulos y los Samaritanos, es la representación de ese ilustrador magisterio de la Iglesia. Y los Samaritanos, que salen y oyen á Cristo y le conducen á su pueblo, son el símbolo de los triunfos que hoy obtiene la predicación de la Iglesia, á pesar de tantas contradicciones.

Concluyamos, sí, que tiempo es ya de concluir; concluyamos con las mismas palabras con que concluye el Evangelio: *Ipsi enim vidimus et audivimus quia ipse est Salvator mundi*. Sí, lo hemos visto; las excusas de la Samaritana son la expresión de los extravíos del libre pensamiento; las respuestas de Jesucristo son la expresión y la enseñanza de la fe: *Ipsi enim...* El libre pensamiento que, con los pretendidos derechos de la razón, trastorna el orden filosófico; que con la exagerada oscuridad y pretendida contradicción de la fe, trastorna el orden teológico; que con los autorizados extravíos del corazón, trastorna el orden moral; que con esas funestas amplitudes del espíritu apasionado, llega hasta trastornar el orden religioso y místico. ¡Esa es su obra!; ¡pero lo hemos visto!; ¡lo hemos oído!: *Ipsi enim vidimus et audivimus*. Jesucristo es el restaurador de todos esos trastornos, su fe es el faro de la razón; su doctrina es el guía de la ciencia; su moral es el Ángel tutelar del corazón; su culto, en fin, sus sacramentos, las influencias de su amor, son los purísimos elementos que afirman y perfeccionan el orden religioso y la vida espiritual de nuestras almas: *Ipsi enim vidimus...*

Señores, que ese Dios que es nuestro Salvador en el tiempo, lo sea también en la eternidad: Que gozando allí delicias inefables, entonemos este himno por los siglos de los siglos: *Ipsi enim vidimus et audivimos quia ipse est Salvator mundi*.

SERMÓN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD. (1)

Tres sunt qui testimonium dant in
caelo. Pater, Verbum, et Spiritus
Sanctus, et hi tres, unum sunt.

1 Joann., V, 7.

EXCMO. É ILMO. SR.:



ESTAS SON las inspiradas palabras con que la Iglesia congrega en este día á sus hijos, exhortándolos á la más respetuosa adoración del Augusto Misterio que veneramos. Por ellas conmueve á los espíritus, para que rindan humilde homenaje ante el Dios admirable que nos permite vislumbrar su grandeza, á través de los nebulosos fulgores que ocultan el misterio de su vida, el sacramento de su esencial grandeza. La unidad de sustancia, en trinidad de subsistencia, nos ofrece á Dios escondido en las maravillas de su eterno desenvolvimiento, digno de nuestros homenajes, que á la vez son nuestras propias grandezas, en las íntimas y distintas comunicaciones de su más interior excelencia. *Tres sunt...* Sí, cristianos, cuando desde el foco admirable del Sol Eterno, esplendorosos rayos han excitado nuestra atención, reluciendo en los misterios teándricos del Dios encarnado; cuando después de las pasadas solemnidades en que veneramos los misterios del Verbo humanado, del Espíritu Paráclito, hoy nos reunimos para entonar el himno de los Serafines, ante el Dios tres veces santo, el misterio de la Augusta Trinidad aparece á nuestra fe, como centro prodigioso de la grandeza divina, brillante prisma por el que irradian las luces inaccesibles en que habita la plenitud de ser de la divinidad; fúlgidos rayos de

(1) Predicado en la Santa Iglesia Catedral de Málaga, en 1861.

sus eternas y necesarias modificaciones, esplendores admirables de su manifestada y fecunda operación. *Tres sunt...*

¡Oh prodigio, que encierra en sí todos los prodigios! ¡Oh Trinidad inefable, que atrae para sí toda nuestra adoración! Cristianos, ante el grandioso espectáculo que ofrece este misterio augusto, el alma se turba y anonada á vista de su propia miseria; mas la fe nos anima y comunica poderoso impulso, encaminándonos hacia el trono de la Trinidad Beatísima. Sí, esos tributos de adoración que la Iglesia nos pide hoy para el Dios que subsiste en tres personas, como fruto y complemento de sus mayores solemnidades, al hacernos patentes todo el lleno de la divina grandeza, nos presentan también la norma de nuestro legítimo y verdadero engrandecimiento. *Tres sunt...*

Cuando pues el mundo se afana por colocarse seguro sobre el pináculo de su soñada grandeza, y se inventan doctrinas que al arbitrio modelan las perfecciones de Dios, y se forjan sistemas que al capricho nos trazan los perfeccionamientos humanos, yo me propongo presentaros el augusto misterio de la Trinidad Beatísima, como verdadero y legítimo impulso de esa universal tendencia, como fuente y manantial perenne de toda verdadera grandeza. Considerado en el orden divino, brilla como único centro de la perfección increada; visto en sus relaciones con la humanidad, es el glorioso término de la perfección de toda criatura.

Tal es, Señores, el bosquejo del cuadro que he de ofrecer á vuestra perspectiva, para lo que os pido con instancia vuestra indulgente atención. Lo diré en dos palabras: el misterio de Dios en tres personas, fuente y testimonio de toda verdadera grandeza: 1.º Porque en el orden divino es centro y testimonio de la grandeza de Dios. 2.º Porque en el orden humano es centro y testimonio de la grandeza del hombre: *Tres sunt...*

Acudamos á pedir el auxilio para tamaña empresa por medio de María: de la que es Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, á quien saludaremos con el Ángel. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Dos palabras ha puesto la sagrada inspiración en labios del Profeta Rey, que bien claro nos descubren las maravillas de perfección divina, encerradas en el misterio de la Trinidad Augusta. Ha establecido su asiento, dijo, ha establecido el Señor su asiento en la oscuridad de las más espesas tinieblas, y sin embargo, también ha colocado su tabernáculo en la claridad del sol más resplandeciente: *posuit tenebras latibulum suum* (1). *In sole posuit tabernaculum suum* (2). Señores, el Misterio de la Trinidad es ese claro-oscuro que describe por brillantes rasgos el admirable cuadro de la grandeza divina; grandeza divina oculta en la oscuridad de este misterio, porque es el *arcano* de la vida y de la perfección íntima de Dios: *Posuit tenebras latibulum suum*. Grandeza divina patentizada en la claridad del misterio, porque es la *manifestación* de la vida y de la perfección íntima de Dios: *In sole posuit tabernaculum suum*.

I. Siempre la oscuridad del misterio ha sido la forma predilecta de la divinidad, para cubrir lo exterior de sus más solemnes manifestaciones; la voz prodigiosa que resonaba por entre las vistosas enramadas del Edén; el fuego admirable que inflamaba los espesos matorrales del Sinaí; la esplendorosa nube que formaba imponente corona en la encenia primera del tabernáculo, y los Ángeles de Abraham, y los sueños de los Patriarcas, y las visiones de los Profetas, y mil y más nebulosos emblemas de que Dios se ha valido para ostentar, encubriendo, su grandeza, nos demuestran claramente que los fulgores de ese sol ardiente no pueden ser objeto de nuestra intuición, sin estar envueltos en los graciosos celajes de su propia oscuridad. Este es el primer timbre de divina gloria que la fe y aun la razón descubre por entre las sinuosidades incomprensibles del arcano. Por-

(1) Ps. XVII, 12.

(2) Ps. XVIII, 8.

que á la verdad, Señores, si la constitución íntima de Dios, por más que disputen los corifeos de antiguas teologías, da siempre por resultado la infinidad en la esencia, la negación de límite en su perfección increada; un Dios comprensible á la propia energía de la razón, sería tan ridículo como los representados en las ricas estatuas del Capitolino, ó los que aún hoy reciben sacrificios humanos en las apartadas regiones de la China.

¡Oh, cuántas riquezas de ciencia y de poder! ¡Cuánta sublimidad de vida y de perfección, ostenta el Señor en las incomprensibles alturas de la Trinidad! Cuando los sabios han escudriñado los vetustos archivos de filosofías idólatras; cuando han remontado su vuelo hasta penetrar las oscuridades de los Vedas, y los arcanos de los Zend-averta, no han podido menos de encontrar gastados vestigios de nuestro Misterio, en el absurdo fondo de las Teogonías Paganas. ¿Qué significa, si no, el Globo, la Serpiente y el Ala reunidos por maravilla en el misterioso hierrograma de los Egipcios?; ¿qué también el Dyas que produce la unidad, y la luz intelectual que fulgura para que podamos vislumbrar la Trinidad de los Persas? ¿Por qué las tres Parcas, las tres Furias y las tres noches de la concepción de Hércules, de que nos hablan autorizados órganos de la filosofía Pitagórica? ¡Ah, Señores!; el Dogma de la Trinidad, sustancial forma de la verdad y de la realidad Divina, á la manera que las sutiles aguas de un henchido estanque, ha trasminado por entre las secas raíces del árbol del Paganismo, y penetrado hasta los abismos del error y de los extravíos humanos. El sistema de apropiación, según lo enseña el Angélico, era sobradamente incompleto para reflejar este destello en el fondo de las religiones de humana fábrica.

Pero cuando se hubo venido á la plenitud de los siglos, cuando con escasas revelaciones de este misterio, á la vez que se habían evitado orgullosos vuelos de inteligencias no ilustradas aún por la fe, y aspiraciones peligrosas al politeísmo en el corazón un tanto carnal del pueblo escogido, se había preparado el terreno á las sublimes manifestaciones

del Verbo Encarnado, el misterio de la Trinidad, apareciendo con nuevas señales de incomprensibilidad, acercaba, sin embargo, la mente á la contemplación de sus divinos enigmas. «Mi Padre y Yo, —dijo Jesucristo,—mi Padre y Yo somos uno (1); todo lo que mi Padre posee, me pertenece á mí de derecho (2). Cuando viniere el Paráclito que os enviaré de parte de mi Padre (3), Espíritu de verdad que de mi Padre procede, Él os dará testimonio. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo (4).» ¡Oh, palabra salvadora! ¡Oh, luz radiante, á cuyos fulgores la mente observa cuanto de escudriñable hay en el Ser Divino! Sí, cristianos, en alas de esa bondadosa inspiración, el entendimiento se eleva á las supremas regiones de la inmensidad: ¡un Dios único, subsistente, sin embargo, en trina y distinta personalidad! Señores, ¿quién no ve aquí á la Majestad Divina brillando en las glorias esenciales de la unidad, ostentando sus grandezas en los infinitos desarrollos de su Trinidad? ¡Ah!, desde ese solio de su excelsitud, el Señor se levanta para disipar á sus enemigos; y los delirantes sistemas de tan anticuado como absurdo dualismo, y los imponentes esfuerzos de los oscurecidos Triteístas, y las indecibles extravagancias del mundo de la idolatría, caen confundidos á los luminosos rayos del dogma de la unidad Divina.

Sí, él nos descubre la idea de Dios con todos sus esplendores, la plenitud absoluta de su ser, que concluye toda existencia que pueda poner límite á su interminable perfección; la gloriosa necesidad de su vida, la suprema independencia de su dominio, que nos elevan á la majestuosa idea de un primer principio, tan independiente en su modo de ser, como exento de rival que finite el ejercicio de su omnipotencia; la simplicidad de su sustancia, que lo coloca entre los resplandores de su espiritualidad, trastornando con

(1) Joann., c. X, v. 30.

(2) Ibid., c. XVI, v. 5.

(3) Ibid., XV, v. 26.

(4) Matth., XVIII, v. 19.

los rayos de su pureza, la grosería del antropomorfismo y el refinado orgullo de los soberbios Panteístas; la aseidad de su constitución, la inmutabilidad de su gloria, la inmensidad de su esencia, la eternidad omnímoda de su duración; toda la infinidad de sus atributos, toda la hermosura de sus perfecciones, se encuentra reunida en ese brillante florón de sus glorias, en ese admirable centro de sus grandezas.

Cristianos: al penetrar en las regiones de oscuridad tan tenebrosa, yo tiemblo como Moisés cuando escucha conturbado la atronadora voz de la zarza, y mi entendimiento se postra como el del amado Evangelista ante las misteriosas escenas de la ciudad de la gloria, pero la luz de la fe nos alumbra y aún podemos observar nuevos prodigios. Sí, el pensamiento y el amor, dotación esencial de la espiritualidad, son propiedades que aun en recta razón hemos de admitir formalmente en la divinidad, con más la negación de término que es el carácter de todos los atributos; estas facultades ociosas serían el culmen del absurdo, y el ejercicio de ellas en toda la plenitud de su actividad y en todo el rango de su elevación, ha de dar por resultado el sublime y fundamental misterio de las relaciones en la divinidad; un término de ese pensamiento infinito, como él, por lo mismo que es el modo sustancial de su ser, y un término de ese amor que se nos presenta á tan inmensa altura, porque reconoce por sujeto y objeto al divino pensamiento. Estas subsistencias connotadas por las relaciones, forman, según el Doctor Angélico, la distinta Trinidad de las personas, y el Padre, llamado así por lo mismo que es el principio fontal del Ser, y el Hijo, que es la imagen engendrada del divino pensamiento, y el Espíritu Santo, que es el resultado de la espiración de la voluntad, ostentan en su divina procesión la riqueza y fecundidad de esas sus comunicaciones *ad intra*. Comunicaciones admirables, que á pesar de los esfuerzos arrianos, de las cavilaciones de Macedonio y de las negaciones racionalistas, aparecen en nuestra fe; comunicaciones eternas, como eterna es la sustancia que se comunica; comunicaciones continuas, como permanente es la perfección

que las forma. ¡Oh, qué portentoso se manifiesta el Señor en los secretos de su Trinidad incomprensible! ¡Nociones gloriosas, que denotando el carácter singular de las personas, dan el conjunto de la perfección divina! ¡Maravillosas misiones que nos presentan la gerarquía sin dependencia, la armonía sin inferioridad! ¡Unidades completas sin el desorden sabeliano de la confusión! ¡Distinciones verdaderas, sin específica diversidad! ¡Prioridades efectivas, sin la pérdida de la eternidad!...

¡Ah!, Señores, vuestra fe ha de ser cumplido suplemento á la flaqueza de mi mente y á la debilidad de mis pobres recursos. Yo quisiera desvaneceros aún más las sombras de la misteriosa oscuridad en que el Señor ha escondido el recinto de sus grandezas; pero mi razón se ofusca, y vislumbra también regiones de mayor claridad, donde á los resplandores del sol divino, acaso podré detallaros las preciosidades todas de ese tabernáculo admirable, donde el Señor ha colocado todo el conjunto de sus maravillas: *Posuit tenebras latibulum suum.*

II. Toda esa riqueza de perfección que la fe nos descubre en la Trinidad, aunque completa en sus inefables evoluciones y agotada en sus producciones infinitas, convenía tuviese un complemento extrínseco que, realizado en las operaciones *ad extra*, allegase nuevos torrentes de gloria al inmenso oceano de su indecible grandeza. En los misterios todos del Cristianismo existe un eslabonamiento y admirable concatenación, cuyo primer glorioso anillo es el fundamental dogma de la Trinidad; y así como la fecundidad del pensamiento y del amor, desarrollándose en su acción intrínseca, produce las armonías interiores que sólo la fe nos descubre por entre la oscuridad del misterio, así también esa fecundidad de la mente y de la voluntad Divinas, desenvolviéndose en su acción extrínseca, produce el todo armónico del Cristianismo, que la Religión nos presenta en las radiosas manifestaciones del Misterio.

Por eso, cuando aquella brillante luz que desde las regiones de Judea sólo dejaba vislumbrar sus alboradas á los de-

más pueblos, se hubo colocado sobre el horizonte espiritual de las naciones en la augusta persona de Jesucristo, derramó á torrentes sus rayos sobre el mundo entero. Uno de los discípulos del Nazareno, Juan, el pescador de Galilea, tomando el vuelo de águila y remontándose hasta colocarse al lado del Criador, proclamó por la más elocuente manera la eterna generación del Divino Verbo y las maravillas de su encarnación, descubriendo á los mortales esas manifestaciones bondadosas de la Trinidad en la persona y prodigios de su Divino Maestro. El misterio, pues, de un Dios en tres personas, como piedra angular de todos los misterios cristianos, como fuente de la grandeza de Dios, manifestada en sus obras, se ha revelado con todos sus esplendores en los portentos admirables de la redención humana: drama sagrado, en que las tres Divinas Personas habían desempeñado el caracterizado papel de su dignidad; gloriosa síntesis en que, á un golpe de vista, brillan en maravilloso conjunto las perfecciones del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; del Padre, que en los rigores de su justicia ofendida, exige la reparación del honor Divino; del Hijo, que la ofrece completa al Padre en las humillaciones de su grandeza; del Espíritu Santo, que en las infusiones de su amor, la consume y maravillosamente fecundiza.

Sí, cristianos, el dogma de la reparación del humano linaje, actuada explicación y ostensión brillante del dogma de la Trinidad, esmalta con rica y abundante pedrería la refulgente diadema; engalana con vistosos adornos el prepotente cetro del Dios de la eternidad. Allí brillan, en su más gracioso y delicado reflejo, los atributos todos de la Divinidad. ¡Oh, qué escenas tan admirables!; ¡qué espectáculos tan arrebatadores! Portentos de un Dios que brilla aun más excelso en las humillaciones de su excelsitud; portentos de un Dios que brilla aun con glorificación más dichosa en las aflicciones de su pasión; portentos de un Dios que brilla aun más *Divino* en las flaquezas de su humanidad. Señores, estos prodigios de la Trinidad concluyen con tan lindos retoques, perfeccionan con tan matizados realces el

cuadro de los divinos esplendores, que los vemos bien diseñados aun entre las sombras de las Teologías Gentiles, y hasta en el manchado fondo de la religión de las fábulas. Esos portentos del poder del Padre, y de la sabiduría del Verbo, son maravillosamente fecundados por el amor del Espíritu Santo. Y la grandeza del Dios de la Creación, y las grandezas del Dios del Calvario, y las grandezas del Dios del Cenáculo, aparecen con meridianos resplandores en la constitución íntima de la religión Cristiana.

Tales son las grandezas de Dios, que nos descubren este misterio admirable; así atestiguan su propia excelencia las Divinas Personas de la Trinidad. Escuchad más, y veréis á este misterio augusto en el orden y en sus relaciones humanas; á las tres Divinas Personas en su unidad, centro y testimonio de la grandeza del hombre: *Tres sunt qui testimonium dant...*

SEGUNDA PARTE.

Si el Misterio de la Trinidad es en su más íntima acción la suma de la verdad de Dios, y en sus manifestaciones la suma de los beneficios que ha dispensado á la humanidad, claro aparece que los tributos que exigen de nuestra parte son: el tributo de nuestra creencia, que se debe á la plenitud de su realidad; el tributo de nuestros corazones, que se debe á la plenitud de su bondad. Cabalmente, Señores, la frialdad en la fe religiosa, y la disipación en orden á las costumbres, son los dos síntomas más alarmantes, las dos más evidentes señales de la enfermedad y envilecimiento de nuestro espíritu. El Misterio, pues, de la Trinidad, que es el centro de la grandeza Divina, porque es el principio de la acción Divina, es también el centro de la grandeza humana, porque es el principio y ha de ser término de la acción humana; y así como el Misterio es el centro de la grandeza Divina, porque su oscuridad es el tabernáculo de su gloria interior, así también es el centro de la grandeza humana, porque su oscuridad nos exige el homenaje de nues-

tra fe, gloria interior y principio de la vida de nuestra alma; porque sus claridades nos exigen el homenaje de nuestra voluntad y gloria exterior, y feliz término de la vida de nuestro espíritu. *Posuit tenebras latibulum suum. In sole posuit tabernaculum suum.*

I. Si yo me esforzara en la ocasión presente en manifestaros que el hombre sólo podrá lograr su engrandecimiento en la unión con Dios, y que el homenaje de nuestra fe es el primer paso hacia esa dichosa unión, inferiría injuria á la ilustración que os distingue, y si me detuviese enumerando los motivos de credibilidad que, por parte del Misterio, exigen los homenajes de nuestra fe, hasta podríais tacharme de oficioso y de redundante. Es, pues, sólo mi intento glorificar nuestra fe, patentizándoos en ella el principio de nuestro engrandecimiento. Y á la verdad, si la razón no es otra cosa que la participación de la mente Divina, ¿cómo podremos engrandecerla mejor que dirigiéndola por nuestra fe, cuyas verdades son purísimas emanaciones, luminosos destellos de la suprema razón del Señor? Sí, Cristianos, la fe nos engrandece; la creencia de sus verdades, lejos de ser un principio de humillación y de abatimiento, es el germen de nuestro engrandecimiento intelectual y de todos los engrandecimientos; es un principio necesario á nuestra alma, y del que reporta grandes desarrollos en todas las esferas de su actividad.

Sí, rodeados como estamos de un mundo de Misterios, aspirando continuamente en una atmósfera de enigmas y de oscuridad, la fe se deja ver á la debilidad de nuestra razón, como faro luminoso que le conduce á la verdad, segura garantía que le confirma en la realidad de sus enseñanzas. Y la depravación de esa razón, según y como nos ofrece la historia de sus aberraciones, ¿no reclama la necesidad de un remedio que la cure?; y la inconstancia de su marcha en pos de la verdad, y las sempiternas oscilaciones á que la sujeta su impotencia y su degradación, ¿no exigen la creencia de los Misterios de nuestra Religión, como firme sostén y mantenimiento perpetuo para sus elucubraciones?

Mas si queréis, Señores, convenceros hasta la saciedad de las influencias de nuestra fe en orden á nuestro perfeccionamiento, derramad una mirada sobre el estado de espiritual postración á que la indiferencia religiosa ha reducido á nuestra sociedad. ¿Qué significa, si no, ese movimiento intelectual que impudente marcha en medio de nosotros, contrariando las tendencias de la enseñanza católica? ¡Ah!, la agitación de los entendimientos cunde sin cesar; pero su mágico crecimiento es tan sólo la condensación progresiva del error. Alianzas desastrosas entre el talento y la perversidad, producen cada día nuevas legiones de fastuosos predicantes, que dañan más á la pureza de la fe y á la integridad de las costumbres, que las antiguas plagas en los territorios del afligido Egipto. Ya el Señor se queja amargamente de ellos, por la voz desconsolada de un Profeta (1): «Mentirosos vaticinadores vaticinan en mi nombre; yo no » los he enviado, ni les he hablado cosa alguna, y ellos sólo » os profetizan el engaño y la seducción del corazón.»

Sabios presuntuosos con los decantados trabajos de su literatura, obra maestra del error; artistas descreídos con sus fascinadoras producciones, insignes monumentos de la perfección del gusto y del sacrificio del pudor, y célebres publicistas con el arma poderosa de la elocuencia, y la novela con sus encantos, y el periódico con sus atractivos... Cristianos, las potestades del Averno se han conjurado en unidad y sentimientos contra el Señor y su Cristo, creciendo de un modo que pasma en las tareas tenebrosas de su in-mundo apostolado: *falsò profetæ vaticinantur in nomine meo.*

¡Oh!, ¿quién no ha visto á esos nuevos apóstoles de la idea, evocar mañosamente los recuerdos de la primitiva pureza, para hacer ecos en las masas, con el título inmodesto de reformadores? ¿Quién no los ha observado, protestando que sólo aspiran á eliminar los abusos, amalgamar torpemente algunas verdades del Evangelio, con el cieno pesti-

(1) Jerem. c. 14, v. 14.

lencial de la corrupción? Pero su voz no es la voz del Señor, es tan sólo el eco de su desordenada concupiscencia: *non missi eos, neque locutus sum ad eos*. Sabios á medias, pero completamente incrédulos, han sabido sólo forjar sus sistemas á la luz tenebrosa de sus pasiones, han querido estudiar sobre su corazón y no sobre sus inteligencias, y corriendo fascinados tras las invenciones de sus deseos corrompidos, han formulado sus brillantes programas, han resuelto los problemas del saber, bajo el influjo de su pasión egoísta: *fraudentiam et seductionem cordis prophetant vobis*.

Y entre tanto, Señores, el Dios tres veces Santo, desde las secretas mansiones de su tabernáculo, dirige un tierno llamamiento á nuestro espíritu, extraviado en los devaneos de su razón orgullosa. Nos exige el tributo de nuestra fe, y apareciendo como principio de toda verdad y centro primordial de nuestras creencias, comienza desde las tinieblas de su oscuridad el engrandecimiento del hombre, que gloriosamente complementa en las claridades de su manifestación: *posuit tenebras.... in sole posuit....*

II. Sí, cristianos: las raíces interiores de nuestra fe, beneficiadas con el rocío de la verdad y de la luz divina, sustentan el árbol majestuoso de las costumbres cristianas, cuyos admirables frutos son fecundamente sazonados por el saludable influjo de las manifestaciones de la Trinidad. ¡Oh, y cómo se eleva el hombre en purísimas ascensiones de su corazón, hasta el feliz consorcio de la Divinidad! Él invoca su poder, y esta invocación es el bálsamo de sus enfermedades, la fuente de sus delicias. Él reconoce su bondad, y la constituye punto de término de las aspiraciones de su corazón, y éste ama ya sin la turbación de la infidelidad, sin el miedo de la inconstancia, con la paz completa de la saciedad. Él... Señores, yo no puedo detenerme; he de concluir mi cuadro á grandes pinceladas.

Esa moral purísima que mana del corazón de Cristo, ¿no apareció en el mundo cuando éste sólo presentaba la imagen de una corrupción asquerosa, por más que quisiesen

cubrirla con los bellos sudarios de la ostentación y de la opulencia? ¿Y qué hizo?: El Paganismo manifestaba su impotencia para realzar la dignidad del hombre: había enervado los sentimientos del espíritu y abierto anchuroso campo á la afeminación más degradante y á los vicios más vergonzosos. Las legislaciones idólatras, por más que entre ellas se cuenten los Códigos verdaderamente admirables de la antigua Roma, si no con sus propios lunares, tropezaban de continuo con el despotismo de los Príncipes y con el corazón disoluto de las masas. Pero la moral de Jesús se derrama por todas las naciones, y no es para decir de una vez cómo limpia la repugnante lepra de que se hallaba inficionado el mundo entero. Se derrama sobre el corazón, reproduce en toda su pureza la moral del Sinaí, descubriendo las dos grandes ideas de su sanción divina, y el corazón se levanta de su criminal letargo, y se prepara como un gigante para recorrer los senderos de su perfección. Se derrama sobre el orden social y domina el corazón de los Reyes, y sujeta á los pueblos y suaviza las costumbres.

¿Y en las maravillas de su desarrollo sucesivo, qué nos ha enseñado? Señores, estas verdades son tan claras, que deben convencernos con solo indicarlas.

Las puertas tenebrosas del Averno, en lucha continua con la verdad del Evangelio; la disipación de nuestras costumbres, en directa oposición con los mandatos de Cristo; pero la doctrina de esa moral es el áncora que afirma la fe, continuo mantenimiento de la pureza de las costumbres. Y hoy mismo, cristianos, cuando la enfermedad moral presenta los síntomas más alarmantes, cuando los ecos de la universal conflagración se dejan sentir en todas partes, cuando la corrupción ha logrado erigirse un solio donde los mundanos le tributan vergonzosas apoteosis, ¿quién, sino la moral cristiana, podrá combatir y destrozará esos titanes orgullosos del Averno? ¡Oh!, si queréis llegar á la suprema cúspide de vuestra grandeza, preparad el triunfo de la fe, que repare los trastornos de la soberbia; el triunfo del amor, que repare los trastornos de la impiedad.

En suma, Señor Excelentísimo, el misterio de la Trinidad es el florón magnífico donde brillan las grandezas de Dios; es el centro admirable en que aparecen los engrandecimientos del hombre. Tinieblas majestuosas que encierran los arcanos de la vida de Dios; vistosos resplandores que ostentan las manifestaciones de su grandeza. Tinieblas majestuosas que reclaman nuestra fe; vistosos resplandores que modelan, animan y perfeccionan el orden de nuestra vida. *Possuit tænebras... In sole posuit...* ¡Oh!, bendigamos en la tierra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para que allá en el Cielo le alabemos y ensalcemos por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN SOBRE LA INMACULADA CONCEPCIÓN. (1)

Sanctificavit tabernaculum suum
Altissimus.

Ps. XLV.



TALES son los acentos llenos de armonía que un día resonaron en el Tabernáculo de Sión; y á la imponente presencia del Arca de la primera alianza, con tan alegre y melodioso himno, el pueblo de las promesas recordaba las glorias de su Jehová y cantaba las misericordias del poderoso Dios de las alturas. Cristianos, esas glorias son grandezas eternas; su poder y su misericordia, brillando de generación en generación, nos reúnen hoy ante el arca prodigiosa de la segunda alianza, para que, recordando el primero de sus misterios, entonemos un cántico de gloria ante ese Dios admirable, cuyas grandezas resplandecen con nuevo abrillantamiento en la santificación de su precioso tabernáculo. *Sanctificavit...*

El desgraciado misterio que se realizó á la sombra del árbol del Edén y en la mujer prevaricadora del Paraíso, teniendo por causa la falta de amor á Dios, con la orgullosa pretensión de nivelarlo con la humanidad, dió de resultados el aminoramiento de la dignidad del hombre, ofreciéndole á más insuperables obstáculos en el camino de su legítima marcha. Desde entonces, Señores, la humanidad, sentada en las tinieblas de su desgracia, endecha triste á los descompasados ecos de su laúd desacorde, las memorias de su pasada grandeza, la fatal realidad de su vergonzoso presente. Era el misterio de la concupiscencia, principio retrógrado de todo envilecimiento.

(1) Predicado en la parroquia de San Pedro, de Antequera, el 8 de Diciembre de 1871.

Pero ¡ah!, que otro misterio que había de realizarse á la sombra del árbol del Calvario, y en la Inmaculada Mujer de Nazareth, es llamado en los decretos del Altísimo para tronchar el cetro de hierro que la concupiscencia colocó en manos del Ángel rebelde, y teniendo por causa el amor divino, sobre presentarnos la idea de Dios con todos sus esplendores, restituye á la humanidad en todos los timbres de su gloria, en todo el rango de su elevación. Es el misterio del divino amor, fecundo germen de toda grandeza. ¡Cuán justo es, cristianos, nuestro gozo en este misterio de la Concepción de María! ¡Y cómo semejantes al pueblo de Israel, podemos cantar llenos de júbilo á presencia del Altísimo, que tan graciosamente ha santificado su Tabernáculo! *Sancificavit...*

Cuando pues el mundo de nuestra época pone en tela de acción todos sus recursos para colocarse seguro sobre el pináculo de su soñada grandeza, y los espíritus agitados caminan en todas direcciones tras el fantasma de su universal progreso; cuando el amor, supremo móvil de nuestro espíritu, es el impulso de esa general tendencia, yo me propongo señalaros el misterio de la Concepción, como insigne prodigio de amor, como principio fecundo de toda verdadera grandeza.

Tres triunfos en una sola batalla obtuvo el poder de Satanás con la mancha de la mujer pecadora, y otros tantos consigue el poder del Señor con la pureza de la Mujer de la gracia. Aquéllos, triunfos de la concupiscencia, fueron el principio de todo envilecimiento; éstos, triunfos del amor divino, son el origen de todo engrandecimiento.

La obra del pecado en Eva, es, en su origen, el envilecimiento de Dios; en su realización, el envilecimiento de sí misma; en sus consecuencias, el envilecimiento de la humanidad entera. Y la obra de la gracia en María, es: 1.º En su origen, el engrandecimiento de Dios (1); 2.º En su reali-

(1) Porque el amor divino en la mente de Dios, dispone los decretos de la Concepción.



zación, el engrandecimiento de sí misma (1); 3.º En sus consecuencias, el engrandecimiento de la humanidad entera (2).

Tales son, Señores, las ideas que he concebido sobre este Misterio Augusto, y que con vuestra indulgencia desenvolveré en este rato, siguiendo las sublimes inspiraciones de ese divino salmo XLV, que he colocado al frente de mi oración, y que Israel cantó un día lleno de gozo, por las grandezas que manifestaba Dios en la santificación de su tabernáculo. *Sanctificavit... Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

« Nuestro Dios es amparo y fortaleza, y nuestro ayudador » en las tribulaciones que nos han rodeado.» He aquí la primera inspiración del Profeta: desentrañemos bien estas palabras, pues ellas comienzan á ofrecernos las grandezas del amor divino en los decretos de la Concepción de María. *Deus noster refugium et virtus: adjutor in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis.*

Nuestros primeros padres, dirigiendo su corazón hacia la serpiente y su mano hacia la fruta vedada, habían querido resolver por la instigación diabólica el problema de su dicha y de su elevación eterna, y una terrible situación fué el fatal complemento en aquel banquete inconsiderado de la soberbia. ¿Quién lo ignora? El hombre es despojado de las gracias sobrenaturales, agregación amorosa de las manos del Señor; su entendimiento da entonces su primer paso en el caos sin término del error; su voluntad siente sobre sí el voluptuoso reinado de la concupiscencia, y una triste cadena de miserias, que concluye en el terrible eslabón de la muerte, es el porvenir que se prepara á su cuerpo. El hombre entonces, semejante á un rico bajel desarbolado en los

(1) Porque el amor divino en el alma de María, realiza el misterio de la Concepción.

(2) Porque el amor divino en el corazón de los hombres, fecundiza el misterio de la Concepción.

furores de la tempestad, no vale á surcar las empinadas ondas de este océano, sin una virtud que lo fortalezca, sin un punto de refugio donde carenar sus gastadas fuerzas. Pero ¡ah!, ¿no la escucháis, Señores?; ¿no escucháis esa palabra cariñosa que en el comedio del lúgubre día del pecado resuena por entre las vistosas enramadas del Edén? Era de Dios, que buscaba al hombre para calmar su aflicción; era, según la valiente expresión del Crisóstomo, el tierno anhelo de la madre que, viendo de lejos caer á su hijo, vuela hacia él para levantarle, y le ofrece el perdón y le consuela, y le hace vislumbrar el bondadoso misterio de su rehabilitación, y que la mujer que se concebiría sin mancha era la destinada á pisotear la orgullosa cabeza de la serpiente de la tentación. ¡Oh, qué grande aparece Dios á estos primeros impulsos de su amor para con los pecadores del Paraíso! Ellos se postran, y llenos de júbilo al vislumbrar el portento de la Virgen sin mancilla, no pueden menos que exclamar: ¡Cuán grande es nuestro Dios; Él es nuestro refugio, nuestro amparo, la venturosa ayuda que tenemos en medio de las tribulaciones que nos rodean: *Deus noster refugium et virtus; adjutor in tribulationibus que invenerunt nos nimis.*

«Por tanto, no temeremos, aunque sea conmovida la tierra y trasladados los montes al medio del mar.» Así continúa el texto sagrado, manifestándonos nuevas grandezas del amor Divino, principio adorable del misterio que hoy veneramos: *propterea non timebimus dum turbabitur terra, et transferentur montes in cor maris.*

La humanidad, participante y heredera de la desgracia de su Padre, no conserva, sin embargo, en toda su pureza la idea de María reparadora, y el reinado del terror no tardó en colocar su aflictivo trono en el centro de las naciones. ¿Quién podrá diseñar todos los horrores del espantoso cuadro que ofreció la humanidad separada de su Dios? Las escuelas filosóficas, estéril gimnasio de una razón extrañada, no eran bastantes á satisfacer las necesidades de una inteligencia creada para la verdad eterna; las más sabias la defendieron de una manera indecisa y problemática, y la

detuvieron cautiva en injusticia, como tan elocuentemente se lo echó después en cara el Apostol San Pablo (1). Y encontrándose sin sostén la inteligencia, la corrupción del corazón corría parejas con los absurdos de las pretensiones sofistas. Y el culto de los ídolos con sus abominaciones, resorte impotente, y en último término, gastado para restablecer la armonía moral, y la jurisprudencia gentil, tropezando con sus propios lunares, cuando no con el despotismo de los Príncipes ó con el corazón disoluto de las masas, todo significaba, más que dudosamente, que la humanidad se encontraba en vigiliias de una catástrofe espantosa.

Pues bien, cristianos, en tan lamentable situación, el Dios que había sido en el Paraíso el refugio de los mortales ofreciéndoles el perdón, brilla aún con más grandeza de amor, ofreciendo de nuevo en la Mujer de la gracia el remedio de los males que conturban la tierra. Y la Colibertadora de que nos habla la tragedia de Equiles, y la *Isis* misteriosa de las fábulas egipcias, y la mujer dichosa á quien saludaban los Brahmas, los Druidas y los fanáticos libros de las Sibilas, y la firme esperanza de una Mujer libertadora que, aunque envuelta en formas mitológicas, el amor del Señor reproducía de vez en cuando en el corazón de los pueblos, hacía que la humanidad, en su lenguaje idólatra, confesara la grandeza de Dios que mantenía su confianza aun en medio de la universal conmoción de la tierra, y aunque los montes de la verdad y de la pureza parecieran sumergirse en el alborotado mar del error y de la corrupción mundana: *Propterea non timebimus dunc turbabitur terra; et transferentur montes in cor maris.*

«Sonaron y turbáronse sus aguas; se estremecieron los » montes á la fortaleza de Él.» Señores, el amor divino nos ofrece aún nueva y agradable perspectiva, matizando con más delicados realces el admirable cuadro de su grandeza. No se contenta con ofrecer á los hombres el remedio de sus males. ¡Oh prodigio de amor!; les asegura también dichosa espe-

(1) Ep., ad Rom. I.

ranza de bienes. Y aunque al mundo conturbe borrascosa tempestad de desgracias, el poder de su amor es tal, que hasta los montes temblarán al observar sus maravillas: *sonuerunt et turbatae sunt aquae eorum: conturbati sunt montes in fortitudine ejus*. De entre los pueblos del mundo, sobre el de Israel quizo el Señor hacer mayor ostentación de su gloria. Envilecido por la idolatría, despedazado por los cismas, desorientado por la falaz sabiduría de sus Doctores, deplora en la cautividad sus eternas desdichas. ¡Ah! Las aguas de la tribulación sonaban sobre su cabeza, y cuando se sentaba á llorar sus miserias junto á los ríos de Babilonia, y cuando colgaba sus sonoras arpas en la frondosidad de los sauces, y cuando sus Señores los afligían pidiéndoles un himno de Sión, «¿cómo cantaremos?,» decían (1); ¡pobres esclavos!, ¿cómo cantar los cantares de Sión en una tierra extranjera?» Mas en medio de su desgracia, ellos recuerdan que en Abraham serían benditas todas las generaciones; que de Judá saldría el que era la espectación de las gentes; que de la Virgen de Isaías había de nacer el Divino Emmanuel con sus gracias, y ya les parece ver con un Profeta (2) á Jerusalén, iluminada con esplendores de gloria, recibiendo los camellos de Oriente, la fortaleza del mar, los dromerarios de Madián y de Efa, el oro y el incienso de Sabá, y las Naciones todas que se congregaban para alabar á Dios. Cristianos, yo no insisto, porque las promesas de eterna dicha, vinculadas en los libros santos, á la venida de la Virgen sin mancha, han sido para usar la brillante frase de un Padre de nuestra Iglesia (3): *el negocio de todos los siglos*.

¡Oh dulce Madre, y cómo tu Concepción Purísima ha sido la alegría de las naciones! Gozémonos en ella, hermanos míos; por ella el amor de nuestro Dios resplandece con toda su grandeza; porque por ella los amargos torrentes del pecado se turban y detienen como con mano victoriosa, y los

(1) Ps. 136, v. 4.

(2) Isaías, LX.

(3) S. Bern, Serm.

montes y la tierra toda tiemblan contemplando sus grandezas: *Sonuerunt et turbatae sunt aquae eorum: conturbati sunt montes in fortitudine ejus.*

SEGUNDA PARTE.

«El ímpetu del río alegra la Ciudad de Dios: ha santificado el Altísimo su tabernáculo.» Así describe, Señores, el Rey Profeta la grandeza que María recibe en el instante primero de su ser purísimo. El amor Divino, á quien hemos visto, como origen de este misterio, elevar por la más sublime manera la incomprendible grandeza del Señor, como razón formal de la realización del misterio, nos presenta á María elevada sobre toda criatura, porque como mística Ciudad de Dios, ha sido inundada con los torrentes de la gracia; porque como tabernáculo del Altísimo, ha recibido la sublime impartición de la Santidad de su amado. *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.*

Hijas piadosas de la Inmaculada; cristianos todos los que me escucháis: si yo ignorara que la creencia en la Pureza de María forma uno de los más bellos timbres de nuestra piedad, con placer me detendría enumerando los documentos justificativos de tan consolador misterio; pero no, no debo atormentar la ternura de vuestros sentimientos, y sólo deseo recrear vuestras almas con la brillantez del espectáculo que nos ofrece María santificada. ¡Ah!, era la Hija del Padre, emanación purísima del soplo de su boca, participante por lo tanto de su elevación y de su grandeza; era la escogida Madre del Verbo, elevada por lo mismo al subido rango de su elevación; era la privilegiada Esposa del Espíritu Santo, asociada por ello á los ímpetus de su caridad y á las ascensiones de su amor purísimo; era una nueva creación, un cielo nuevo y una tierra nueva.

Hijos de María, yo os convido, como el Angel del Apo-

calipsis (1) invitaba al extasiado Evangelista, para que dirijáis vuestra atención hacia esa creación prodigiosa; para que observéis los vistosos detalles de esa mística ciudad de Dios, de esa Jerusalén Santa llena de esplendores, rodeada de magnificencias. El espíritu del amor pone tanta hermosura en la Santísima Virgen, que ha venido ocupando al mundo entero en cantar sus maravillas. Los Profetas abrieron su boca para honrarla, y ella formaba los deliquios de sus vaticinios; hiciéronle coro los Patriarcas, y ella fué el objeto anhelado de sus deseos, y los Ángeles revelaron su gloria. Y el Templo y el Arca, y los símbolos todos del templo mosaico, fueron el emblema de sus virtudes; y los astros del firmamento han figurado sus esplendores, y... ¿á qué cansarnos, Señores?; la creación entera se complace con su autor en ostentar sus gracias y su virginal delicadeza. ¡Loor eterno al Dios de Sabaoth, que de tal modo ensalza á la ciudad de su gloria, que de tal modo santifica el tabernáculo de su habitación: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.*

«Dios, en medio de ella, no será conmovida; la ayudará» el Señor muy de mañana.» ¡Oh, cómo vislumbraba el Rey Profeta todos los grados de la elevación de María! El amor de Dios la había encumbrado con inefable encumbramiento, pero aún no está satisfecho; quiere unirse á ella con los vínculos de eterno desposorio; aunque pase, pues, la gloria del Líbano, aunque decaiga la hermosura de Sión, María es poseída por Dios desde el principio de sus caminos, y la memoria de sus gracias durará por las generaciones de los siglos. *Deus in medio ejus, non commovebitur: adjuvabit eam Deus manè diluculò.*

¡Quién pudiera, Señores, comprender los cariñosos deliquios, las tiernas comunicaciones que se cambian entre Dios y María en el primer instante de su Concepción! Iluminada en su mente con resplandores de gloria, prevenida en su corazón con bendiciones de dulzura y su espíritu

(1) Apoc., c. 21, v. 10.

enajenado, se lanza hacia Dios con los ímpetus del amor más puro. «¡Oh, qué hermoso eres tú,—exclamaría (1), como la Esposa del cántico;— ¡oh, qué hermoso eres tú, Esposo mío!; ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque fuerte es como la muerte el amor que me devora.» El Señor, aceptando su amor, hale dado en arras el anillo de su fe, ha ceñido misteriosamente sus manos y su cuello con margaritas inestimables, ha puesto sobre su rostro una señal y, fuera de él, ya no admite amador alguno. Habla el Altísimo, y las mansiones eternas repiten sus ecos llenos de armonía. «¡Oh, qué hermosa eres tú!,—diría, como el Esposo de los cantares;— ¡oh, qué hermosa eres tú, amiga mía y graciosa! ¿No habéis visto á mi amada, hijas de Jerusalén? ¡Oh!; como el lirio entre las espinas, así mi amada entre los hijos de los hombres.» Ya encontró María el término de su amor, y en él ha colocado toda su dicha. Escuchadla, hermanos míos; hablad, Madre mía. «¡Ah!, el Señor (2) me ha poseído desde el principio de mis caminos, me he desposado con aquel cuya hermosura admiran los astros del firmamento; para él solo guardaré mi corazón, y á él solo me entregaré para siempre, con todos los afectos de mi ardiente espíritu.»

Señores, si después de escuchar estas palabras derramáis una ojeada, que el tiempo no me permite dar con vosotros, sobre los misterios todos de la historia de María, no podréis menos de admirar llenos de gozo que su Concepción Inmaculada es como el firme cimiento de todo el edificio de sus glorias, como el germen fecundo de los admirables frutos de sus virtudes. El Señor, que fué su ayuda en la aurora de sus días, siempre estará en medio de ella, jamás será confundida. *Deus in medio ejus, non commovebitur: adjuvabit eam Deus manè ditoculò.*

«Las Naciones se conturbaron, y los reinos bambolearon.»
» Dió su voz, se movió la tierra.» Aunque el misterio de la

(1) Cant. Cant. c. 1.

(2) Prov., c. VIII, v. 22.

Concepción colocara á María sobre la cumbre de todo engrandecimiento, y fuese como el fundamento de sus glorias posteriores, convenía, no obstante, tuviese un complemento extrínseco que, partiendo de los homenajes del mundo, allégase nuevos torrentes de gloria al océano inmenso de su indecible grandeza. El amor divino, pues, perfecciona, si es posible hablar así, la obra de exaltación verificada en María, haciendo que las naciones se inclinen para adorar su concepción sin mancha, y que la tierra se conmueva á la voz que proclama su pureza. *Conturbatæ sunt gentes, et inclinata sunt regna: dedit vocem suam mota est terra.*

Siempre, Señores, ha ocupado María la parte más tierna del corazón de los cristianos; pero el misterio de su Pureza ha sido en todas partes como el éxtasis permanente de los hijos de su dolor. Movidos por los más poderosos argumentos, atraídos por la hermosura de las imágenes bíblicas, y sintiendo en sí las bellas inspiraciones de la naturaleza sensible, han inclinado su mente á la fe y su corazón al amor de este prodigio inefable. Y no se contentan sólo con los esfuerzos de su individual simpatía; su devoción y piedad congrega legiones de entusiasmados predicantes que, con celo indecible, publican las excelsas glorias de la Inmaculada. Que hablen, si no, por mí las Órdenes religiosas, distinguidas muchas por el juramento con que se obligaban á defender la Concepción Purísima de María; juramento que llevaron hasta el extremo de sostener con la espada las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara. Que hablen por mí, ya desde los siglos medios, los Pontífices con sus indulgencias, los Príncipes con sus ejemplos, las Universidades con su saber, las congregaciones piadosas con sus institutos. ¡Ah!, es que todos los elementos de defensa, que todos los medios de acción se reúnen con fuerte y poderosa alianza, para rodcar con júbilo el trono inmaculado de María... Pero España, Señores, bien lo sabéis, España ha conducido siempre con singular heroísmo el más glorioso estandarte en esa cruzada en favor de la Virgen sin mancha. ¡Oh!, sí, confesémoslo; el mundo entero se ha contur-

bado con conturbación de amor, y las naciones se han inclinado para venerar con alegría este augusto misterio de elevación y de gloria: *conturbatæ sunt gentes, et inclinata sunt regna.*

¡Ah!, pero estos testimonios de fogosa simpatía han llegado á su supremo culmen, cuando el Señor, hablando por el primero de sus Sacerdotes, ha coronado estos esfuerzos de la piedad con el sello de su verdad infalible: *Dedit vocem suam, mota est terra.* Sí, Señores, el grande Pío, nuestro bondadoso Padre, levantado como sobre el pedestal de todos los siglos, teniendo en sus manos los hilos de todas las tradiciones, en su mente las inspiraciones de todos los genios y los recuerdos de todas las edades; escuchando la voz de sus hermanos y oyendo las súplicas de sus hijos, arrebatado por el éxtasis de los justos al ceñir las sienes de la Virgen Pura con la refulgente diadema de la *Declaración dogmática*, parece repetir las palabras de los libros Santos: «Qué hermosa eres, amiga mía. Toda hermosa eres, María; » mancha alguna en tí no fué.» Y los pueblos todos, Señores, los hemos visto; los pueblos todos saltan de júbilo, y reunidos gozosos ante los altares de la Inmaculada, le rinden homenaje de eterna gloria, y la tierra entera se conmueve repitiendo los acentos del Pontífice de Roma: ¡Que hermosa eres, Madre mía. Toda hermosa eres, María; mancha alguna en tí no fué. *Dedit vocem suam, mota est terra.*

TERCERA PARTE.

«El Señor de los poderíos está con nosotros: nuestro amparador el Dios de Jacob.» Señores, el amor divino que, ordenando los decretos de la Concepción de María, hace brillar su grandeza; que realizando en el alma de María las gracias de la Concepción, hace brillar las grandezas de la Virgen, fecundando en nuestros corazones los admirables efectos de la Concepción, hace brillar la grandeza del hombre. Éstos no son otra cosa que la reparación de nuestras miserias, la purificación de nuestro espíritu y su conversión

hacia Dios, principio de todo nuestro engrandecimiento. De este Misterio, por lo tanto, nace el principio de nuestra grandeza, porque en primer lugar, nos facilita la entrada á nuestra conversión, haciendo que, para lograrla, el Señor de los poderíos esté con nosotros, y nuestro ayudador sea el Dios de Jacob. *Dominus virtutum nobiscum, susceptor noster Deus Jacob.*

Colocado el hombre en el mundo para seguir una peregrinación que lo lleve al seno de su Dios, centro de sus aspiraciones y complemento de su total ventura, á cada paso, sin embargo, opone escusas á los secretos movimientos de la gracia. El desarreglo de las pasiones, la avidez incesante de goces y pasatiempos, mal avenidos con la doctrina de cruz y de abnegación de Jesucristo, demasiado débiles en sí para poder mantenerse con una vida propia de sí mismos, y por demás injustos, aun en el propio tribunal de la conciencia, nos detienen con férrea cadena en los caminos de Babilonia, so pretexto de que es imposible llevar á realización la obra de nuestra enmienda y de la purificación de nuestras costumbres.

Señores, cuando hoy aparece entre nosotros la Virgen Inmaculada, cuando su Concepción Purísima es el augurio feliz de que el León de Judá participa á los hombres su fortaleza, ese recurso de nuestra concupiscencia, por más que se presente con brillantez fascinadora, aparece muy gastado ante los fallos imparciales de una razón despreocupada. ¡Qué, cristianos!; la serie de prodigios que, comenzando en la Concepción de María, tienen su punto de término en la cumbre del Calvario, ¿habrán de ser misterios estériles, impotentes conatos del poder divino? Y cuando el Hijo de la Virgen borra con su sangre el decreto de nuestra eterna desgracia, y cuando amarra al pie de la Cruz al Príncipe de las Tinieblas, ¿hemos de permanecer sumidos en la degradación á que nos sujetan las pasiones y en la impotencia á que nos redujo el primer pecado? ¡Oh, no!; aspiremos á nuestra legítima gloria, entremos en los caminos de nuestra conversión; María nos convida desde el excelso trono de su

pureza; su Concepción nos introduce en la senda de nuestro engrandecimiento, porque por ella el Señor de los poderíos está con nosotros, y nuestro ayudador es el Dios de Jacob. *Dominus virtutum nobiscum, susceptor noster Deus Jacob.*

« Venid y ved las obras del Señor, las maravillas que » puso sobre la tierra. » Cuando me valgo de esta invitación del Profeta, para que contempléis el conjunto de prodigios reunidos en el misterio de María, aun conformando el sentido místico con el literal del Salmo, no puedo exigiros tan sólo los estériles testimonios de una admiración meramente especulativa, sino que también debo solicitar de vuestras almas una contemplación verdaderamente práctica y fecunda en obras de santidad y de virtud. Si, pues, María en su Concepción comienza nuestro engrandecimiento facilitando nuestra conversión, también lo perfecciona en los ejemplos que nos ofrece con las maravillas que el Señor ha puesto en su corazón. *Venite et videte opera Domini quæ posuit prodigia, super terram.*

Cristianos, si escuchando los cánticos que hoy la Iglesia dirige á María, asegurando al mundo que nada hay de candor, nada de hermosura y virtud que no resplandezca en la Virgen gloriosa, me empeñara en presentar en numerado guarismo todo el lleno de sus virtudes, mis esfuerzos, sobre impotentes, serían molestos para vuestra benévola atención. ¡Ah!; cuando retirada del siglo huye así de sus peligros; cuando desoyendo las exigencias del mundo procura el exacto cumplimiento de la ley de su Amado; cuando en los arrebatos de su oración, y en la firmeza de sus sacrificios, y en todas las situaciones de su vida corresponden á la alteza de su dignidad con la entrega completa de su corazón, nos enseña, cristianos, á no poner peligrosos límites á la gracia que nos ha sacado de los extravíos de nuestras pasiones.

El ideal de nuestro engrandecimiento ha de ser Dios mismo, y en tanto que á Él no dirijamos nuestros pasos, nuestros progresos serán verdaderas decadencias y nuestros esfuerzos verdaderos retrocesos. No basta haber salido de Sodoma; si queremos lograr el completo triunfo, es preciso

llegar hasta la cumbre de la montaña misteriosa. Esforzaos, pues, mis hermanos, y ya que María Santificada nos ofrece el dechado de nuestra santificación y grandeza, venid, examinad sus virtudes, que ellas son un continuado prodigio, la mayor de las maravillas que ha colocado el Señor sobre la tierra: *venite et videte opera Domini: quæ posuit prodigia super terram.*

«Aparta las guerras hasta la extremidad de la tierra; hará » trizas el arco y quebrará las armas, y quemará con el fuego » los escudos.» Y estas promesas, mis hermanos, que, como consecuencias del misterio de María, comienzan y perfeccionan nuestro engrandecimiento, comenzando y perfeccionando nuestra conversión, la completan de un modo admirable, poniéndola á salvo de los triunfos de nuestros enemigos. Y este es el último prodigio que el amor Divino consume en nuestro corazón, haciéndonos vencedores en las batallas del espíritu, y echando por tierra las armas y fortaleza de nuestros contrarios: *Auferens bella usque ad finem terræ: arcum conteret, et contringet arma, et scuta comburet igni.*

Señores, como un abismo llama á otro abismo, el abismo de nuestra indiferencia arrastra en pos de sí el abismo de nuestra inconstancia; no entregándonos totalmente á Jesucristo, no podemos permanecer para siempre en su unión; y queriendo contraer un desposorio con reservas, y vinculándonos el Esposo, con los débiles lazos de un cariño pasajero, no somos fuertes contra los embates de furiosos enemigos, y un triste divorcio es bien pronto el resultado de ese aparente y fantástico enlace.

Pero, hermanos míos, mientras que el Ángel de la discordia se dispone á la batalla y atiranta sus arcos y embraza sus escudos, María, en su Concepción, reviste á los espíritus con esforzado valor é indecible constancia; los ejemplos de virtud que nos presenta, la altura de poder en que es colocada, los auxilios que con la muerte de su Hijo nos asegura, nos convierten en apuestos campeones capaces de ondear con valentía el glorioso pendón de la victoria sobre el Averno. No importa, pues, que el Ángel de las tinieblas,

con las fascinadoras producciones de una ilustración que desbarra, pretenda aherrojar nuestras inteligencias en las tenebrosas cárceles de la incredulidad, ni que el espíritu de la concupiscencia, conduciéndonos cual condujo á Jesucristo hasta el pináculo del monte, nos presente en sorprendente espectáculo la brillantéz de sus glorias, los atractivos de sus placeres, para sepultar nuestros corazones en el abismo de la indiferencia, ni que... Señores, nada importa cosa alguna; Maria es concebida para aplastar la cabeza de la serpiente; es el plátano junto á las aguas que nos defiende; es la palmera de Cadés que nos cubre con su ramaje, la torre de David que nos ampara con sus escudos, la fortaleza misma que nos convertirá en Príncipes.

Entregad, pues, vuestra espada, orgullosos atletas del pecado; no, no, ya no impediréis más los subidos vuelos de nuestro espíritu, ni valdréis para detenernos en las gloriosas ascensiones del amor Divino, porque el Dios que santificó el arca de las figuras, para destrozar con ella las murallas de Jericó, también ha santificado el arca de las realidades, para apartar las guerras del nuevo Israel, para mellar con su poder las armas, y abrazar con fuego de amor los prepotentes escudos de los enemigos de su pueblo: *Aufereus bella usque ad finem terræ. Arcum conteret et confringet arma: et scuta comburet igni.*

«Cesad y ved que yo soy el Dios; seré ensalzado en las Naciones, seré ensalzado en la tierra.» En este día, cristianos, comienzan los prodigios de esta exaltación que anunciaba el Profeta; deteneos, pues, un momento, descansad en esa afanosa marcha á que nos impulsa el mundo, y contemplad una vez más cuán grande aparece el Señor en la concepción de María; cuán subida es la exaltación del Divino amor en los portentos de su Inmaculada: *vacate et videte quoniam ego sum Deus exaltabor in gentibus et exaltabor in terra.* No lo olvidéis jamás, hermanos míos; los decretos de este augusto misterio, siendo decretos de perdón, de misericordia y de bondad, son asimismo el engrandecimiento de Dios; la realización de este augusto misterio, con-

firiendo á María una elevación, y haciéndola objeto de la glorificación del mundo, es por lo tanto el engrandecimiento de María. Y este augusto misterio que, desarrollado en sus fecundas consecuencias, facilita, completa y perpetúa la conversión de nuestro espíritu, viene á ser asimismo el engrandecimiento de la humanidad entera. ¡Ah!, Señores, es un triple engrandecimiento, por el engrandecimiento del amor Divino; es que esa caridad inefable, siendo el punto de partida, el principio de acción y el punto de término de la Concepción de María, nos hace ver en ella que el Señor verdaderamente es Dios, y que su amor en este día es digno objeto de exaltación y grandeza, hasta en el último confín de la tierra. *Vacate et videte quoniam ego sum Deus, exaltabor in gentibus, et exaltabor in terra.*

¡Gracias, Dios mío; Dios de las virtudes, porque estás con nosotros estando con María! Alegrémonos, Cristianos: *Dominus virtutum nobiscum, susceptor noster Deus Jacob.* ¡Oh María!; ¡oh dulce Madre nuestra!; por tu pura Concepción, haz que siempre el Señor esté con nosotros, y que nuestra ayuda sea el Dios de Jacob: *Dominus virtutum...* Que esté con nosotros durante la peregrinación de esta vida; que esté con nosotros á la hora de nuestra muerte: *Dominus virtutum nobiscum*; y que Él sea quien entonces nos reciba y nos introduzca en las mansiones de la gloria, donde por eternidad de eternidades clamemos llenos de júbilo diciendo: *Susceptor noster Deus Jacob.* Amén.

(1) Predicado en la función que se dio en la Academia de San Carlos de México el día 1.º de Agosto de 1872.

SERMÓN DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA. (1)

Surge illuminare, Jerusalem, quia gloria Domini super te orta est.

Is. c. LX., v. 1.



EL hijo de Amós, elevado en alas de su inspiración divina, cantaba en el brillante libro de sus profecías las grandezas de la Ciudad Santa, porque en ella se reflejaban las glorias y excel-situd del Dios de las alturas. « Levántate, — decía, — Jerusa-lén, revístete de los ropajes y ornamentos de tu dicha, por-que sobre tí aparece realizada la gloria del Señor. » *Surge...*

Vengo, Señores, como Isaías, á entonar himnos de entu-siasmo ante otra ciudad aun más esclarecida, ante la Jeru-salén mística en cuyo amante y purísimo espíritu reverbe-ran de un modo que pasma las magnificencias del Dios de Sabaoth. Yo recorro con mi vista, alumbrada por la fe, los inmensos espacios que llena la plenitud de sus gracias, y observo tres puntos culminantes desde los que se destaca radiosa esta creación singular: su predestinación, su minis-terio, su patrocinio. Su predestinación, que nos la ofrece envuelta en las vistosas y peregrinas escenas de la creación del cielo y de la tierra. Su ministerio, que nos la ofrece cooperando á los augustos misterios de la redención. Su Patrocinio, que nos la ofrece espléndida, colmando de dones al hombre que anhela su santificación. Es decir, Señores,

(1) Predicado en la función que le dedicó la Archicofradía Sacra-mental de la parroquia de San Pedro, de Antequera, el día 8 de Di-ciembre de 1872.

que yo contemplo á María Inmaculada, reflejando las gracias de Dios, en la Creación, en la Redención, en la Santificación, ó lo que es igual, viviendo llena de divina gloria en la Naturaleza, en el Evangelio, en la Iglesia. *Surge...* (1).

Pero, Señores, estas ideas que alumbran mi entendimiento son tan ricas en su extensión, que no me es dado condenarlas á los límites de los tres discursos que he de pronunciar en estas hermosas solemnidades. Yo preferiría me autorizaseis para que nos contentáramos, por este año, con observar á María reflejando en su pureza las glorias divinas de la creación; dejando para el próximo año las de la redención, y para el siguiente las de la glorificación. María, pues, viviendo en la naturaleza será por hoy todo el objeto de nuestra atención, que ya arrebatará nuestro entusiasmo viviendo en el Evangelio, y más tarde en la Iglesia. Y para completar el pensamiento, los nueve salmos que la misma Iglesia canta en la parte más solemne del oficio de esta festividad, nos servirán de guía para descubrir esta fecunda serie de maravillas y gloria. *Surge...*

Cristianos: María en la naturaleza; María reflejando en sí las glorias de la creación: he aquí el objeto de nuestros afanes por este año, y los tres primeros salmos de su oficio derramarán vistosos destellos sobre esta primera figura de nuestro hermoso cuadro.

Tres manifestaciones tuvo la gloria de Dios en el misterio de la Creación; tres fines se proponía el supremo artífice en el maravilloso desenvolvimiento del orden de la Naturaleza: la gloria de Dios, la gloria de Cristo, la gloria del hombre que la termina. Pues bien, Señores, María, poniendo de relieve estas tres glorificaciones, será el objeto de los tres discursos de este año (2). No perdamos tiempo; María nos llama, envuelta en las maravillas de la naturaleza, desde los

(1) Véase la obra de Mons. de Segur, *La Virgen Santísima en el Antiguo Testamento*, 1.^a parte. Véase asimismo la obra titulada *María Predicatoris necnon Confessarii, Aurifodina...*, por C. P. L.

(2) Los otros dos sermones que en el presente se mencionan, se encontrarán en el tomo de *Planes y Apuntes*.

prodigios que el Señor obrara en la Creación del Mundo. María nos convida á contemplarla, como el pueblo dichoso de las promesas contemplaba en Jerusalén la más brillante manifestación de las glorias del Altísimo. *Surge...*

Imploremos la gracia saludando á María con el Ángel. *Ave María.*

NARRACIÓN.

Señores, escuchad cómo David cantaba en el salmo octavo, primero del oficio de Nuestra Señora, las glorias de Dios que brillaban en la creación del Mundo:

«¡Oh Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre
» en toda la tierra! Tu magnificencia se ha elevado sobre
» los cielos Tu alabanza la has perfeccionado haciéndola
» nacer de la boca de los infantes y de los pequeñuelos. Yo
» contemplo los cielos, la luna y las estrellas, obra de tus
» manos. Pero, Señor, ¿quién es el hombre para que así te
» acuerdes de él? ¿Quién es el hijo del hombre para que á él
» te acerques y lo visites? Lo hiciste poco menos que los Án-
» geles, lo coronaste de honor y gloria, lo constituíste como
» Señor de todo lo creado. ¡Oh Señor, Señor nuestro, cuán
» admirable es tu nombre en toda la tierra!

Señores: en este hermoso salmo encontramos delineadas las tres partes principales que forman el todo armónico y magnífico de la Creación. Yo observo (1) la creación de la tierra, la creación del cielo, la creación del hombre. En la primera parte, encontramos glorificada la admirable sabiduría de Dios; en la segunda, su indecible grandeza; en la tercera, su ferviente amor. Observemos estos prodigios, y veremos á la vez como en la pureza y elevación de María se destacan luminosas estas tres glorias del Altísimo. *Surge...*

(1) Incogniti, «Comment. in Psalmos,» in hunc locum.

PRIMERA PARTE.

«Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en » toda la tierra.» Señores, la ciencia desgraciada de nuestra época no ha sabido encontrar en el gran misterio de la creación las sublimes armonías de la ciencia Divina. Ella ha resucitado envejecidos sistemas de las escuelas paganas, y añadiéndoles los tenebrosos estigmas de su escepticismo, nos presenta una triste serie de errores que pretenden oscurecer las brillantes glorias que esconde en sus senos la magnífica obra de la sabiduría Divina. Ella defiende la eternidad de la materia, absurdo que se contradice con la primera palabra del Génesis. Ella nos recuerda el dualismo de los Maniqueos, poniendo frente por frente de nuestro Dios creador otro primer principio, cuya esencia, poder y atributos, ellos mismos no aciertan á designar. Ella ha llegado hasta el delirio de asegurar que el mundo es formado de la misma sustancia de Dios, no siendo las cosas criadas más que individualizaciones, es decir, fenómenos sin sustancia, modificaciones sin ser, viniendo á quedar reducida la grandeza de Dios en este sistema, á ser la cómplice de las imperfecciones de este mundo, y pudiendo ser saludado el Ser Supremo como el principio positivo del mal.

Ante esta turbulenta é inquieta voz de nuestro contemporáneo racionalismo, responde resueltamente la doctrina de la Iglesia. Oídla, Señores, oídla: «Creo en Dios Padre, Criador del Cielo y de la Tierra.» El mundo no existía, Dios lo quiso, y dijo: «Hágase el mundo,» y el mundo fue hecho. Tal es la solución cristiana. Y mirad, Señores, la admirable sabiduría de Dios, derramando á torrentes sus luces por todos los reinos misteriosos de la Creación. Mirad la tierra. ¡Cuántas maravillas descubrimos en ella! Contemplad, cristianos, esos bosques majestuosos cuya soledad y espesura llenan el alma de un santo pavor; las inmensas playas de esos vastos mares, ya tranquilos, ya embravecidos, cuyas olas no parece sino que andan jugueteando bajo la omnipo-

tente mano del Altísimo que las agita ó aplaca á su placer; las subidas cumbres de esas altas montañas, desde donde extendiendo la vista se pierde en un inmenso horizonte. Allí, como Rey de la naturaleza, parécenos ver al hombre cernerse sobre su imperio y contemplando enagenado aquel vasto conjunto de laderas y valles, de montes y llanuras, de campos y praderas que descubre á sus pies, elévase su alma ante el Autor de tantas maravillas, á quien no puede menos de decir con el Profeta: *Domine, Dominus noster, quam admirabile est nomem tuum in universa terra.*

Observad, Señores, los prodigios de la creación animal; mirad á esos seres vivientes provistos de ciertos resortes, tan hábilmente dispuestos, que en los momentos de peligro pueden escapar de quien les amenaza; descubrid en ellos la facultad de renovarse por medio de los alimentos, formando en admirables metamórfosis su propia sustancia de una sustancia extraña; ved unirse el alimento al sueño, especie de enagenamiento que reanima la vida y vivifica las fuerzas. Pasmaos, Señores, á la vista de individuos que envejecen, que pasan y dejan de existir, á la vez que especies permanentes en continua mudanza, y los padres y madres dejando tras sí numerosa posteridad, en cuya formación resplandece un arte admirable á que ellos no contribuyen sino en calidad de instrumentos ciegos; pasmaos á la vista de esa industria asombrosa con que procuran su conservación y la de sus pequeñuelos, industria sin método, sin conocimiento y sin estudio alguno; pasmaos ante el pájaro que surca el espacio, ante el pez que hiende la inmensidad del Océano, ante la araña que hila, ante la abeja que tiene su gobierno, sus leyes, sus magistrados, ante la hormiga que nos da lecciones de industria, de mecánica, de economía; ante la planta que vejeta, y la semilla que se centuplica, y la pepita que es á la vez árbol, flor y fruta para nuestros usos; y después de contemplar con serena mirada este majestuoso espectáculo, yo os aseguro que no podréis menos que inclinar vuestra cabeza ante el Artífice de estas estupendas maravillas, y saludarlo con religioso respeto, diciendo: *Domine, Dominus*

noster, quam admirabile est nomen tuum, in universa terra.

Pero, Señores, mirad á María cómo se descubre envuelta entre esas majestuosas producciones de la ciencia divina; sus glorias y grandezas eran el término de estas maravillas; ella sería la Madre de aquel Verbo prodigioso, en cuyas ideas típicas encontraba el Omnipotente todos los modelos de su creación; por eso es tan pura, por eso su santidad y pureza presiden y acompañan á las maravillas del poder Creador, por eso la escuchamos hablando así en los sapientísimos libros de Salomón (1): « El Señor me poseyó, desde » el principio de sus caminos, antes que criase cosa alguna; » desde la eternidad fuí ordenada, desde lo antiguo antes que » la tierra fuese hecha. Aún no existían los abismos, con sus » misteriosas profundidades, y ya era yo concebida; aún no » habían brotado en caudalosas corrientes las fuentes de las » aguas; todavía no se habían asentado las montañas sobre » su pesada masa; antes de fundar los collados, era yo dada » á luz. Aún el Señor de las alturas no había fabricado la » tierra, ni los ríos, ni los polos de la redondez del orbe, y » ya formaba yo las delicias de su amor. Cuando Él en su » admirable sabiduría preparaba los cielos, estaba yo presente; cuando con ley cierta é inmutable, cuando con círculo cercaba los abismos, cuando afirmaba allá arriba con » su poder las regiones eternas del firmamento, y equilibraba las fuentes de las aguas, cuando circunscribía el mar » á su término, y ponía ley á las aguas para que no pasasen » sus límites, cuando ponía como colgados los cimientos de » la tierra, con Él estaba yo concertándolo todo, y me deleitaba cada día, regocijándome en su presencia en todo » tiempo; regocijándome en la redondez de la tierra, y mis » delicias fueron siempre estar con los hijos de los hombres.»

Señores: así María glorifica la sabiduría del Creador; así nos enseña á que clamemos ante sus glorias, con esta hermosa admiración del Profeta: *Domine, Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra.*

(1) Proverb., c. VIII, v. 1.

SEGUNDA PARTE.

Pero si en la creación de la tierra aparece glorificada la sabiduría divina, en la de los cielos aparece ensalzada su grandeza. Ya lo dijo el Profeta en el verso segundo de nuestro salmo: « Se ha elevado, Señor, tu magnificencia sobre » los cielos.»

Señores: sobre los cielos hay dos creaciones á cual más ricas y saturadas de misterios y de maravillas; la una es la creación animada, la otra la creación inanimada; la una, la que con sus cantos armoniosos publica en el empíreo las grandezas del Altísimo; la otra, la que con vistosísimos resplandores anuncia al mundo las glorias del Ser Supremo; esas dos creaciones son, ya lo sabéis, los Ángeles, los astros. Por eso, describiendo David las magnificencias del Señor elevadas sobre los cielos, nos explica cuales sean, diciendo en primer lugar: « De boca de los infantes y de los inocentes, de los espíritus puros, has perfeccionado tus alabanzas;» esta es la glorificación que reporta la divinidad de la creación de los Ángeles. Y después añade: « Veré, Señor, » tus cielos, las obras de tus manos, la luna y las estrellas » que tú fundaste;» esta es la glorificación que reporta la Divinidad de la creación de los astros.

Nueve coros constituyen, Señores, la trina gerarquía (1) de célicos espíritus, destinados á formar el vistoso cortejo del Rey de la gloria, á cantar por todos los días de la eternidad las magnificencias del Señor de las alturas. Parece que Dios quería reflejar, en esta triple manifestación de los atributos de su Trinidad inefable, la gloria de sus divinos atributos, la incomensurable extensión de sus perfecciones. Los Ángeles, Arcángeles y Principados, encargados muy principalmente en ostentar al mundo las maravillas de la sabiduría divina, parecen ser animado reflejo de la inescrutable ciencia de Dios. Los Tronos, Dominaciones y Potesta-

(1) Div. Thom., I p., q. 108.

des, espíritus que en la brillantez de su creación y en la solitud de sus Ministerios, acreditan las excelencias del poder divino, son como el magnífico Trono en el que descansa y fulgura la grandeza del Omnipotente. Y las virtudes, Querubines y Serafines, purísima gerarquía del amor, son los refulgentes espejos que reverberan las excelencias de la divina caridad. *Ex ore infantium...* Y observad, cristianos, á María presidiendo esa pasmosa creación de los espíritus puros; miradla poseída de la gracia y constituída Madre del Verbo encarnado; miradla irradiar con fulgor superior al de los Ángeles, las maravillas de la sabiduría del poder y del amor del Señor; mirad como la manifestación de los misterios, que tienen por centro la Divina Maternidad de María, ocasionando la sublevación y caída de Luzbel, el triunfo y mayor elevación de los Ángeles fieles, vienen como á realizar los prodigios de que habla nuestro salmo: La perfección de las alabanzas divinas, la victoria sobre la soberbia, la ruina y perdición de Satanás. *Perfecisti laudem: ut destruas inimicum et ultorem.*

Pero no es solamente en ese recinto misterioso del Em-píreo donde se publican las glorias y excelencias del Omnipotente; nosotros vemos sus cielos, contemplamos su firmamento, que es la obra de sus manos, la luna y las estrellas, que ha establecido para escabel de su Trono, y ¡ah!, ¡cómo nos cuentan sus grandezas, cómo nos realzan sus magnificencias y su poder!

¡Qué espectáculo tan encantador! ¡Qué conjunto de maravillas! ¡Oh!, nuestro entendimiento se abisma en ese océano sin playas, en el que aparecen sembrados los soles, bien así como las arenas en las dilatadas orillas del mar. ¿Quién ha dicho al sol: sal de la nada y preside el día? ¿y á la luna: aparece y sé el luminar de la noche? ¿Quién ha dado ser y nombre á esa multitud de estrellas que con tan radiosos fulgores adornan el firmamento? ¿Quién ha ordenado esos pasmosos movimientos del sistema planetario, esos eclipses ajustados al día y aun al minuto, esas majestuosas evoluciones, en fin, que observamos arrebatados por

la admiración, en esas respetables regiones del mundo sidéreo?

Estos astros que ruedan sobre nuestras cabezas, esos inmensos globos que brillan en el espacio, esos mundos sembrados por todas partes con tanta magnificencia y esplendor, forman un sistema completo, en que todos los cuerpos gravitan unos sobre otros, se imprimen un movimiento recíproco, y forman un todo armonioso. Señores, á la vista de tantas grandezas, no podemos menos que glorificar la magnificencia del Señor que brilla en sus cielos, en las obras de sus manos, en la luna y en las estrellas que Él mismo fundara: *Quoniam videbo caelos tuos, opera digitorum tuorum, lunam et stellas quæ tu fundasti.*

Y observad á María presidiendo y ornamentando, con su elevación y su gloria, esas magníficas creaciones del mundo planetario. «Yo salí—dice ella misma—(1) de la boca del » Altísimo, engendrada como primogénita antes que toda » criatura; yo hice que naciese en los cielos la luz que nunca » falta y, cual esplendorosa niebla, cubrí toda la redondez » de la tierra. Yo habité gloriosa en las alturas, y mi trono » de poder y de gloria fué establecido sobre columna de » nubes. Yo sola rodeé el giro del cielo, penetré como Reina » en las misteriosas profundidades del abismo, y me paseaba » tranquila sobre las empinadas ondas del océano. Y visité » toda la tierra, y estuve en todo pueblo, y obtuve la primacía en todas las gentes...»

Señores, ¿á qué cansarnos?; ya el Profeta de los salmos nos cantaba, en preciosos conceptos, estas sublimes glorificaciones que la magnificencia Divina recibe de la creación de los cielos. Levantádose há, decía, ¡oh Señor!, levantádose há tu gloria sobre el firmamento; yo veo tus cielos, me admiran las obras de tus manos, contemplo lleno de estupor santo la luna y las estrellas que tú criaste. *Quoniam videbo caelos tuos opera digitorum tuorum, lunam et stellas quæ tu fundasti.*

(1) Eccí., c. XXIV, v. 5.

TERCERA PARTE.

Señores, el Profeta de los salmos, antes de elevarse á la contemplación de las glorias divinas que resplandecen en la creación del hombre, antes de considerar esas riquezas de amor que el Señor descubriera en la formación de nuestros primeros Padres, prorrumpe en exclamación estática á la vista de tamañas maravillas. «¿Quién es el hombre para que así te acuerdes de él, ó el hijo del hombre para que así te dignes visitarlo con tus amores?» *¿Quid est homo quod memor es ejus, aut filius hominis quoniam visitas eum?* Y es, Señores, que el primer testimonio de este amor consiste en los precedentes de su creación. Todo cuanto Dios hace en los primeros días, no parece ser otra cosa que prepararle su habitación y las condiciones de su vida; esta especialísima providencia de Dios para con el hombre, esta singularidad del amor del Señor para con su privilegiada criatura, demuestra su dignidad; dignidad, Señores, en que radiosamente brillan los prodigios del amor divino, prodigios que el salmista nos refleja en los dos siguientes versos de su hermoso cántico: «Has hecho, Señor, al hombre poco menor» que los Ángeles, lo has coronado de gloria;» aquí aparece la excelencia de los dones que le otorga. «Lo has establecido» sobre las obras de tus manos, todas las criaturas sujetas» están á su imperio, y la creación entera se postra á sus» plantas como para acreditar su poderío y su grandeza;» aquí aparece la excelencia del dominio que le concede.

«Lo hiciste poco menor que á los Ángeles, lo coronaste» de honor y de gloria.» Señores, ¡cuán excelentes son los dones otorgados por Dios á la naturaleza humana, en la formación de su primera progenie! Lo hizo á su imagen, le vivificó con su soplo omnipotente, dándole un alma, donde como en un espejo se reflejan sus divinos atributos. Le dotó de un espíritu inteligente y libre, que conoce la verdad y la justicia, que sin trabajo vuela de un polo á otro, visita

los hemisferios y los continentes, se lanza hasta los astros, los admira de paso y fija la vista más allá.

Todo está dispuesto en su cuerpo con tan maravilloso artificio, que aturde la imaginación más perspicaz; la delicadeza de los miembros reúne á una finura indecible una fuerza y solidez que parecía impropia. Apenas sentimos los violentos choques del corazón, sin embargo que nos afectan las impresiones que nos vienen del exterior, por ligeras que sean. Cristianos, á vista de tan estupendos portentos, glorifiquemos el amor Divino que tan pródigo se ha manifestado en los dones de nuestra creación: ¡Gracias, Dios mío!; nos hiciste poco menores que los Ángeles, nos coronaste de gloria y de honor. *Minuisti...*

Pero el amor Divino se ostenta asimismo en gloriosas manifestaciones, por la extensión del dominio que nos otorgara. Esto es lo que dicen los dos versos siguientes de nuestro salmo: «Todo lo sujetaste bajo sus plantas, los ganados del » del campo, aves del cielo y peces del mar.» Considerad, Señores, el rango supremo que ocupa el hombre en la cadena de los seres y entre los milagros de la Creación. ¿Por ventura, las obras de Dios sembradas en el espacio, y con las cuales puede estar en relación, no han sido ordenadas desde el origen de las cosas, para su existencia, multiplicación y duración? Los espacios, los elementos, la tierra y animales, ¿no son destinados á su vez para conservarles la vida y hacérsela feliz? ¡Oh, hombre, reconoce tu dignidad y tus altos destinos y que á tí se ha dado el imperio del mundo! Rey de los cielos, tu entendimiento salta los espacios inmensos que te separan de ellos, y recorre con precisión la bóveda inmensurable del firmamento; se diría que los astros se abajan para que tu puedas medirlos: *omnia subjecisti sub pedibus ejus*. Rey de la tierra, tú la cubres á tu placer de ciudades y de palacios, de frutos y de mieses. *Omnia subjecisti...* Rey de los mares, tú te paseas sobre los abismos, pones un dique á sus furores, y mandas á las olas se allanen para servir de camino á tus descubrimientos. *Omnia...* Rey de los animales, tú domas y sujetas su fuerza, sabes amansar su fero-

cidad, y cuando te place les dices que te diviertan ó que se vayan de tu presencia. *Omnia...* Rey de los elementos, la luz, el aire, el fuego, el agua se dejan manejar y aprisionar á tu gusto, como instrumentos dóciles de tu ingenio, los tratas según tu capricho, para obtener el resultado de tus ciencias, ó para hacer tu nombre glorioso. *Omnia...*

Pero esa excelencia y ese poder, esos gloriosos atributos que el Señor concede al hombre en su creación, aparecen realizados de un modo que pasma en la creación sobrenatural de que María es como el modelo y el principal instrumento; y cuando consideramos las maravillas del orden de la gracia, cuando vemos al hombre elevado por la redención á participar de atributos angélicos y lo consideramos rey de sus pasiones y teniendo á sus plantas las estrelladas olas de sus concupiscencias, entonces sí que exclamamos llenos de júbilo con el Profeta: Lo hiciste, Señor, poco menor que los ángeles. Sujetaste á sus plantas todas las cosas. *Mi-nuisti eum... omnia subjecisti...*

Terminemos, cristianos; terminemos como comenzamos: ¡Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en la tierra; cuán admirable principalmente en esta bendita tierra, en María Inmaculada, á la que hemos visto reflejando y poniendo de relieve las grandes glorificaciones de Dios en su creación, la glorificación de la tierra, la glorificación de los cielos, la glorificación de los hombres! *Domine Dominus...* Ved por qué decíamos con Isaías que sobre María Inmaculada se reflejan las glorias y excelsitud del Dios de las alturas. *Surge illuminare, Jerusalem, quia gloria Domini super te orta est.*

Sí, dulce María; sobre tí brilla la gloria de Dios, nos complace en tu excelencia, y por engrandecerla más y más, os ofrecemos estos espléndidos homenajes; aceptad la fe y piedad de vuestros devotos, y devolvedles en cambio el fruto de sus peticiones; concedednos á todos vida cristiana, muerte santa y gloria eterna. Amén.

HOMILIA SOBRE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio Templi tui.

Ps. 47, 10.



EL magnífico Templo de Jerusalén, trono y asiento de las misericordias del Altísimo, era á la vez centro religioso de la fe del Pueblo Israelita, del amor y las esperanzas de la preciosa stirpe de Jacob. Los Profetas, en inspirados vaticinios, cantaban las glorias del Monte de Sión, de la esclarecida Ciudad del Rey grande, y David, levantado en alas de su ilustración Divina, al observar los prodigios del Tabernáculo de Siló, daba ya por recibidas las misericordias ofrecidas por Dios para realizarse sobre la unguida montaña de los holocaustos: *Suscepimus...*

Pero Malaquías, Señores, recorriendo algo más el velo de los misterios, vislumbraba ennoblecida con ricos esplendores la decaída grandeza del segundo templo de Zorobabel. Y era, cristianos, por la tierna y patética escena que un día ofreció la familia Sagrada de Belén en el magnífico Santuario de Jerusalén; la Purificación de María, la presentación de Jesús, el gozo de los Santos ancianos Simeón y Ana, misterios todos destinados en los decretos del Altísimo á ser como la preparación brillante de la obra del Redentor, como el feliz principio de la reparación del linaje humano. ¡Oh, qué tiernas escenas nos ofrecen hoy el Hijo del Eterno y la Madre del Criador, presentándose humildes, ofreciéndose amorosos, ante la imponente presencia de Jehová! Venid, mis amados hermanos, y á los multiplicados resplandores que de sí arrojan las siete mechas del candelero de oro, ob-

servad el vistoso paisaje que hoy nos ofrece la Iglesia nuestra Madre, las humillaciones de Dios preparando el ennoblecimiento del hombre, las grandezas de la humanidad vislumbrándose en prodigios de misericordia, en la humildad con que María se presenta en el Templo, en el amor con que Jesús se ofrece á su Padre: *Suscepimus*...

Señores, hoy que la humanidad siente en sí el pesado dominio de violentas pasiones y sufre las angustias de sus penosas y complicadas dolencias; cuando el orgullo, con sus vanidosos pretextos, impide á los corazones la entrada á los caminos de la gracia; cuando la concupiscencia con sus criminales reservas los debilita en la senda de la virtud; cuando la indiferencia, enervando sus fuerzas, les impide consumir la marcha de su perfección, yo, que he de presentaros las glorias del augusto misterio que veneramos, os invito con toda la energía de mi espíritu para que en él observéis el remedio de los males que conturban nuestras almas, la rehabilitación de esas caídas que degradan nuestra dignidad. Y en los resplandores y á la consideración del Santo Evangelio que acabáis de escuchar, y en los ejemplos que nos ofrecen los distintos personajes que concurren al misterio de la Purificación, veréis qué ricas y abundantes son en frutos de virtud y engrandecimiento las misericordias que nos ofrece el Señor en el ámbito glorioso de su Santo Templo. *Suscepimus*.

Porque, notadlo bien; *primero*, la humildad de María principia nuestro engrandecimiento, condenando el orgullo, que impide nuestra entrada á la conversión; *segundo*, el amor de Jesús continúa nuestro engrandecimiento, condenando la concupiscencia, que impide nuestra constancia en la conversión; *tercero*, el gozo y alegría de Simeón y de Ana, completan nuestro engrandecimiento, condenando la indiferencia, que impide nuestra final perseverancia en la conversión.

¡Oh, dulce María! ¡Oh, Virgen Madre de Dios!; por vuestra mediación imploramos la gracia; alcanzádnosla, en tanto que reverentes os saludamos con el Ángel. *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

« Cuando se hubieron cumplido los días de la Purificación » de María,—dice el texto del Santo Evangelio,—se presentó » con su Hijo en el Templo, según la ley de Moisés, para » ofrecer como hostia dos tórtolas y dos pichones.» He aquí, Señores, el primer ejemplo que hoy se nos ofrece en el Templo del Señor; ejemplo de la humildad de María, condenando el orgullo que impide nuestra entrada á la conversión. *Postquam consummati sunt dies purgationis Marice, tulerunt in Jerusalem, ut darent hostiam... par turturum aut duos pullos columbarum.*

Sí, cristianos; el orgullo que, inficionando la pureza de los ángeles rebeldes, los arrastró desde su atrevido vuelo hacia el caos de su envilecimiento y perdición eterna, manchando á su vez el corazón de los hombres, los precipita desde su original caída por el declive de su más fatal decadencia. Siendo en su más íntima noción el amor del hombre á sí mismo, llevado hasta la exaltación, y á veces hasta el delirio, con las locas pretensiones de bastarse á sí mismo, impide en el hombre su aspiración hacia Dios, término necesario de su grandeza. De aquí que, según la luminosa frase de la Escritura Santa (1), el principio del orgullo del hombre es su apostasía, son sus conatos extravagantes por separarse de Dios.

Señores, si después de comprender estas verdades derramáis una ojeada sobre los síntomas de moral endurecimiento que á cada paso presenta el corazón de los mortales, no podréis menos de observar en ellos la expresión genuína del orgullo de la humanidad. El desarreglo de las pasiones, la avidez incesante de deleites y pasatiempos son, por desgracia, fecundas fuentes de los extravíos del corazón, síntomas evidentes de universal y lastimosa decadencia.

Para cohonestar la disipación de las costumbres, y el des-

(1) *Ecci.*, c. X, v. 14.

arreglo de las pasiones, en el mundo se levanta una bandera de rebelión contra la moral de Jesucristo y, con voces que aterra, el mundo habla por medio de sus apóstoles, esos espíritus que se titulan ilustrados: «No existe esa estricta obligación de seguir los preceptos que nos perfeccionan según el Evangelio; quien tal sienta, establece una teoría antisocial, porque el mundo autoriza cierta conducta, y es preciso vivir en el mundo; una teoría ridícula, una antigualla fanática, porque los tiempos han variado y es preciso seguir su marcha; una teoría irracional, porque á la distinción de clases, ha de seguirse la distinción de las reglas de moralidad.» ¡Oh, no!, paréceme, Señores, escuchar una voz semejante á la que oyó un Profeta (1); clama, decía, no ceses de clamar, y anuncia á mi pueblo sus maldades; oid la voz de Jesucristo (2): «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial;» sentencia universal que comprende á todos los hombres, que se extiende á todos los siglos. Penetrad con vuestro espíritu en el Templo de Jerusalén, y al observar á la Virgen en la ceremonia de la Purificación, veréis ejemplos prácticos, que condenan vuestro orgullo. *Postquam...*

Las prescripciones del Levítico (3), relativas á las inmunidades legales del puerperio, ni llevaban relación al extraordinario y sobrenatural nacimiento del Mesías, ni podían obligar á esa Mujer dichosa que, poseída por Dios con torrentes de gracias desde el principio de sus caminos, por los misterios de su inefable maternidad, viene á hacerse más pura, á ser más y más confirmada en los hermosos títulos de su virginal pureza. ¿Qué ceremonia, Señores, podría purificar más á la Madre Inmaculada?; ¿matizar con más subidos realces al hermoso lirio de los valles?; ¿revestir con más delicadas formas á la hermosa flor de los campos?; ¿adornar con más vistosos contornos al cedro opulento del Líbano?; ¿perfumar con más oloroso aroma á la mística rosa plantada

(1) Isaias, c. LVIII, v. 1.

(2) Math., c. V, v. 48.

(3) XII. 2.

en Jericó? Pero María no se cuida, ni de lo excelso de sus privilegios, ni del rango subido de su espiritual elevación; y sin buscar excusas á la ley que purificaba las demás maternidades hebreas, hoy se presenta también ante los Hijos de Leví, y aunque circula por sus venas la esclarecida sangre de los Reyes de Judá, ofrece las dos tórtolas, símbolo de su humildad heroica, gracioso emblema de su ejemplar pobreza: *Postquam...*

Señores, ¿qué responde nuestro corazón á ese llamamiento de la Virgen Inmaculada?; ¡oh!, ¡cómo ella condena esa altivez del humano orgullo, que apela á estudiados cuanto estériles recursos para detener al espíritu con cadenas de bronce en los caminos de Babilonia! Y á pesar de todo, cristianos, el mundo proclama que basta no ser gran criminal para ser verdaderamente cristiano; evítese el pecado mortal, y están ya puestos los medios para consumir vuestra perfección. Hermanos míos, si la vida de Cristo, de Cristo, que llamaba á los pueblos á vivir en su misma vida, fué la realización práctica de todas las virtudes, ¿nos contentaremos nosotros con no manchar nuestras almas con las más horrorosas prevaricaciones, y aunque nuestro corazón idolatre al mundo, y aunque estemos ociosos en el negocio del divino Padre de Familias, nos persuadiremos ya de que somos adelantados discípulos de Cristo?

Yo, Señores, me lleno de pasmo cuando contemplo á los hombres mundanos, hinchados con el viento de su falaz ciencia, relegar el cumplimiento de los deberes del Evangelio á una corta porción de la sociedad cristiana, achacarle un exclusivismo ridículo, proponiendo que no debe llevar á cabo sus benéficas influencias entre el bullicio del mundo y en medio del movimiento y animación de las sociedades modernas; como si Jesucristo, pastor universal, hubiese tan sólo dirigido su voz á los habitantes de los desiertos; como si estando todos obligados al perfeccionamiento de nuestro espíritu, sólo los hombres timoratos hubiesen de obtenerlo por los medios eficaces que propone el Evangelio. ¿Podrá darse consecuencia más absurda? ¿Qué, hermanos míos, el

Evangelio del Crucificado, que se predicó al griego como al bárbaro, al judío como al gentil, no es uniforme en sus máximas?; no es eterno en su duración?; traído del cielo para todos, ¿no es á todos obligatorio?; no vincula los deberes de todas las edades? ¡Donosa invención ha sido, por cierto, pretender un acta adicional al Evangelio en favor de los extravíos del corrompido siglo XIX!

¡Ilusión, hermanos míos, ilusión! María nos dirige sus ecos amorosos; postrada ante el altar de oro del Dios que mora entre los querubines, sujetándose á una Ley que la humillaba, ofreciendo el tributo de las israelitas pobres, da el primer impulso á nuestro engrandecimiento, condena con su humildad el orgullo que impide nuestra entrada en la conversión. *Postquam consummati sunt dies purgationis Mariæ, tulerunt in Jerusalem... ut darent hostiam... par turturum aut duos pullos columbarum.*

SEGUNDA PARTE.

«Condujeron al Niño á Jerusalén, — continúa el Texto »Sagrado, — para presentarlo y ofrecerlo al Señor.» Hermanos míos, esta presentación es el más cumplido testimonio del amor de ese Tierno Niño, por las glorias de su Padre, por la santificación del mundo entero; es el amor que condena nuestras concupiscencias; es el amor que continúa nuestro engrandecimiento, haciéndonos continuar en las sendas de nuestra conversión. *Tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino.*

En el fondo más céntrico del ser humano hay una cosa que, con su movimiento misterioso, da la impulsión á toda la vida. Consigo arrastra los pensamientos y las ideas, lleva tras sí las aspiraciones y los deseos; con la misma intensidad produce de resultados, ó las más heroicas virtudes, ó los vicios más degradantes. Es, diciéndolo de una vez, el amor, resorte poderoso de la vida toda de nuestro corazón. Como centro directivo de las operaciones de nuestro espíritu, tiene á sus órdenes las facultades todas del alma, á

quienes atrae con su prestigio, como las fibras del organismo animal, á quienes domina con sus encantos. Por eso, Señores, todo el problema de nuestra elevación ó de nuestra caída se halla resuelto en la dirección de ese principio omnipotente. En lenguaje de nuestro siglo positivista, podríamos decir que es como la bolsa prodigiosa del espíritu que, en los juegos atrevidos de sus alzas ó de sus bajas, logra crear un capital rico de virtudes ó se acarrea para siempre la desastrosa bancarrota de todos los vicios.

Por desgracia, Señores, esa suprema palanca se halla viciada en nuestro corazón y convertido ese amor en inmundada concupiscencia; lejos de levantar á nuestro espíritu, lo arrastra al centro de su desgracia, con un peso de gravitación imponderable. Ved por qué, aunque á veces entremos en los caminos de la conversión, ni la perfeccionamos de un modo completo, ni permanecemos en ella con invencible constancia. ¿No escucháis, si no, esos funestos ecos con que Satanás convida á sus seguidores, para arrojarlos después en el abismo de su ruina? Venid,—les dice, como en otro tiempo á los impíos de que nos habla la Sabiduría (1),—de nada hemos sido formados, y aun después de esta vida seremos cual si no hubiéramos sido; venid, pues, y gocemos los bienes que han de traer á nuestro corazón la fruición y el completo bienestar; embriagados con el vino de las pasiones, llenémosnos con los perfumes de nuestras concupiscencias; seguid en pos de mí, y en nuestros convites impúdicos sacrificaremos con la licencia y la depravación al idolo del placer y la sensualidad: coronémosnos, pues, de rosas que atestigüen el dominio y engrandecimiento de nuestra materia.

Pero, Señores, mientras esa bandera de orgullo y de rebelión da la vuelta al mundo, otra se despliega en las Naciones guiando á la humanidad por destinos bien diferentes: es la bandera de Jesucristo, que convoca á los pueblos para que vengan á seguir su doctrina. «Venid á mí todos, dice,

(1) Sap., II, 6.

»venid y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (1).» Cristianos, en el misterio de este día continúa Jesucristo dándonos en Jerusalén las enseñanzas prácticas que cuarenta días antes comenzara en el portal humilde de Belén: *Tulerunt illum in Jerusalem...*

No importa que su Persona engendrada *ab æterno* por el eterno Padre, venga á ser en identidad de inmensa perfección, el reflejo de la grandeza de su mismo Padre; la figura y esplendor de su sustancia (2) viene á este mundo para darnos lecciones de eterna vida, para cumplir la voluntad de su Padre y ofrecérsele como víctima por nuestros pecados; por eso ya desde hoy le presenta la purísima oblación de sí mismo, y á los vehementes ímpetus de su amor, condena esa criminal y vergonzosa concupiscencia que nos detiene en los caminos de Babilonia; ó más bien, que impulsándonos tras el fantasma de beatitud ficticia, nos impide llegar al supremo culmen de nuestra grandeza, por la entrega total de nuestro corazón al Criador. *Tulerunt...*

Porque ¿qué es, Señores, lo que una experiencia tan triste como acreditada nos enseña sobre la marcha de nuestro desgraciado corazón? ¡Ah!, cuando los honores y distinciones excitan nuestro amor propio, allá corremos tras ellos, como si todo no fuese mezquino oropel y vanidad de vanidades; si el lujo y los deseos de figurar en el gran mundo atraen á nuestra soberbia, con avidez seguimos sus inspiraciones, como si esos atavíos preciosos á nuestra vista pudiesen cubrir la horrenda fealdad de nuestros pechos prevaricadores, como si ese vicio no echase por tierra á las familias y á la sociedad entera. Si deseamos satisfacer un brutal deseo de nuestra carne, sin tener en cuenta que ese deseo rebaja la dignidad de nuestra alma, sin acordarnos del amargo fondo de esa copa seductora, no encontramos obstáculo capaz de evitar la consumación del crimen; una palabra de menos estima que se nos dirija, nos enfurece; una alabanza tribu-

(1) Math., c. XI, v. 20.

(2) Hæbr., I, 3.

tada con justicia al mérito de nuestro prógimo, nos entristece. ¡Ah!, preciso es confesarlo, es que nuestro corazón se ama demasiado, es que no tenemos perfección alguna, porque ésta consiste en la abnegación, y nosotros permanecemos apegados al mundo.

¡Oh, corazón del hombre, y cómo deliras, y allá en tu febril fantasía te forjas teorías brillantes pero ilusiones que te han de acongojar! Señores, ¿no lo sentís cuando henchido de gozo late fuertemente como embriagado en su placer; cuando sin querer seguir á Jesucristo en su conducta, quiere engañar, aun á sí mismo, y para acallar los estímulos de la conciencia, no escucháis sus ecos de engaño? Dura es,—dice, como decían los cafarnaitas,—dura es la doctrina y la moral de Jesucristo; ¿quién tendrá oídos para escucharla, fortaleza para seguirla? *Durus est hic sermo?* (1) *¿Et quis potest cum audire?* Jesucristo es verdad aparece como la realización práctica del ideal de toda grandeza, que nos convida á seguir sus huellas; pero este seguimiento nos es imposible; cuando nos hallamos en este piélago de pasiones, no podemos coger esa tabla de salvación que nos propone. *Durus est hic sermo....* Sus preceptos son mandatos de salud y vida; pero ¿quién podrá cumplirlos?; ¡son tan difíciles!; ¿cómo con ellos agradar á Dios, viéndonos aquí obligados á agradar al mundo?; ¿cómo seguir esas duras palabras de abnegación y virtud, hallándonos tan apegados á los deleites de las pasiones? *Durus est hic sermo...*

Señores, yo confío en la ilustración y cordura de cuantos me escuchan, y apelo en este momento al tribunal de su razón y de su conciencia. Si el Evangelio se ha dado en beneficio de los hombres, ¿habremos de considerar á Jesucristo como un legislador tirano que propone leyes que jamás han de cumplirse, ó como un pastor desalmado que conduce á sus ovejas por eriales infructíferos ó por senderos impracticables? ¡Ah!, lo que sí es verdaderamente duro, es la doctrina é inmoralidad de las pasiones. *Durus est hic sermo...* Cuando

(1) Joann., VI, v. 61.

se ve á los cristianos pretendiendo seguir en su marcha á Satanás, cuando se ven caminar sin auxilio alguno y que una voz enemiga los atrae para convertirlos en juguete de sus pasiones, comprendemos que esa marcha sí que es imposible, que esa senda de perdición es la verdaderamente áspera y de todo punto impracticable. *Durus est hic sermo...*

Porque colocados en esos caminos de desgracia, para continuar en ellos, hemos de hacerlo contrariando nuestras propias convicciones, resistiendo á la voz de Dios, que continuamente nos llama, y atropellando un juez inexorable que habla dentro de nosotros mismos, y que más se nos opondrá á medida que más pasos damos en el camino del crimen; esa senda, pues, por más que aparezca cubierta de rosas, esconde en realidad agudas y punzadoras espinas. *Durus est hic sermo; zet quis potest eum audire?*

Señores, hagamos un llamamiento á nuestro corazón extraviado; ahí tenéis á Jesucristo; apenas frisa en el día cuatragésimo de su vida, y aparece en el Templo y ya presenta á su Padre el homenaje de sus amores: segundo ejemplo que se nos ofrece en el Santuario de Jerusalén; segundo impulso que se da á nuestro engrandecimiento; la presentación del amor de Jesús condena nuestras concupiscencias, continuo impedimento de nuestra constancia en la conversión. *Tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

TERCERA PARTE.

El Santo Evangelio concluye la narración de los prodigios realizados en el Templo, presentándonos á dos venerables ancianos que, animados por los más fervorosos deseos de la venida y reinado de Cristo prometido á las Naciones, habían pasado su vida en la justicia y temor de Dios, perseverando hasta el fin de ella en la más perfecta senda de la santificación. Estos ardientes deseos de Simeón el justo, de Ana la profetisa, estas inefables dulzuras que experimentan al contemplar en el Santuario al Hijo del Eterno, son el último ejemplo que venimos á aprender en este misterio, ejemplo

que completa nuestro moral engrandecimiento, porque condena esa fatal indiferencia que nos impide consumir la senda de nuestra santificación. *Ecce homo cui nomen Simeon... venit in spiritu in templum... et Anna prophetissa superveniens confitebatur Domino.*

Señores, la concupiscencia, á quien hemos visto oscurecer el cielo de las ideas, ocultando á las miradas de la humanidad los principios eternos de las verdades religiosas, que á su vez realiza en los corazones una depravación trastornadora que los precipita hacia decadencias las más profundas y trascendentales, deja por último en el espíritu una funesta huella de sus desgraciadas conquistas, vicia y debilita las aspiraciones del alma, detiene sus impulsos y elevaciones, y las sujeta en los vínculos del más triste cautiverio: en la indiferencia. ¡Ah, Señores!, ya el hombre se ve reducido á la inacción más vergonzosa, ya no le animan encendidos deseos de espiritual perfeccionamiento y, semejante á Lot el Patriarca, que salido de Sodoma, no se atreve á subir á la cumbre de la montaña, pretende seguro refugio en el mismo Pentápolis de su degradación (1). *Nec possum in monte salvari, est civitas hec juxta ad quam possum fugere, parva, et salvabor in eo.* ¡Oh, perfidia del corazón humano!; se ve obligado á entrar en los caminos de su perfección, porque las dudas de su orgullo las ha visto deshechas; tiene que continuarlos, porque los obstáculos de su concupiscencia los ha visto destruídos, y se consuela con permanecer estacionario, so pretexto de que ese camino es de aflicción y de desconsuelo. *Nec possum...* Estas son las causas de nuestra indiferencia; no podemos continuar en la observancia del Evangelio, porque nuestro corazón rechaza abiertamente sus preceptos; no podemos consumir la obra de nuestra santificación, porque es una obra de tristeza y penalidad; no podemos subir hasta la cumbre de nuestro perfeccionamiento, porque la vida entonces es un conjunto de penas y calamidades. *Nec possum in monte salvari...* En

(1) Génes., c. XIX, v. 19.

ese solitario monte del Evangelio,—continúa diciendo nuestra indiferencia,—hemos de llevar una vida sin dulzuras, ¿y no es esto triste?; aquí tenemos esta ciudad, muy cerca está, porque es el mundo que nos rodea, en ella podremos refugiarnos y salvar nuestras almas. *Nec possum in monte salvari, est civitas hæc juxta.*

¡Oh, cristianos!, cerremos los oídos á estas palabras seductoras; venid en este día al Templo de Jerusalén, y veréis el ejemplo que allí, por último, se nos ofrece. Nos lo dan dos venerables ancianos, Simeón el Justo y Ana la Profetisa. Sus luengos años habían debilitado su naturaleza; pero los fervorosos deseos con que esperaban al Redentor de Israel, rejuvenecen en este día sus corazones. Su continua oración, la religiosidad y constancia en el Templo y culto del Señor, su ayuno, su vida, en fin, llena de virtudes y santidad, son las manifestaciones de sus deseos por el Mesías, y Simeón viene al Santuario, y en los trasportes de la alegría más pura, tiene la dicha de recibir en sus brazos al Jesús recién nacido; y en aquel mismo instante, llega la viúda profetisa, y alaba y engrandece al Señor y hacen manifestación cumplida de sus deseos y de su piedad; esa eficacia de su amor los ha mantenido hasta el fin de sus días en la senda de la perfección, y viene á condenar la tibieza que impide consumir nuestros progresos en los caminos del espíritu. *Ecce homo cui nomen Simeon... venit in spiritu in Templum... et Anna Prophetissa superveniens confitebatur Domino.*

Sí, Señores, la indiferencia es la muerte del espíritu, así como la fecunda actividad que engendra el amor es el principio de toda su vida, el germen de todo su engrandecimiento. «Permaneced en mi amor» (1), —decía Jesucristo, dándonos como el resorte de todos nuestros progresos;—y esa divina y poderosa acción de la caridad, ha dado siempre de resultados el enaltecimiento de la dignidad del hombre. Ella infunde en el corazón aspiraciones y deseos que lo im-

(1) Joann., XV, v. 9.

pulsan hacia las mismas regiones donde habita ese amor; divina caridad que bajó con Cristo al corazón del hombre para hacerlo subir consigo hacia su propia elevación, semejante á esas aguas que se hacen bajar de un lugar elevado, no con otro fin que el de hacerlas después subir por su propio peso á la altura de donde habían descendido. Ella separa del espíritu el vacío de la tibia negligencia, y le ofrece amables é inmensas realidades por donde extender sin límites de dimensión, sin términos de profundidad, la acción simpática de sus amores; lo hace fuerte para vencer los obstáculos, determina todos sus pensamientos, mueve todos sus deseos, anima todas sus fuerzas, encamina todas sus ambiciones, cuando el corazón se encuentra viciado por las concupiscencias, trastornado por la soberbia, enervado por los extravíos del siglo, el amor divino es un principio de reacción saludable, nos levanta hacia Dios, y en los senos cariñosos del Corazón de Jesús encontramos todos los atributos que elevan, que fortalecen, que transfiguran la vida del espíritu. Y esa divina llama del amor de Jesucristo penetra tan profundamente en el corazón del hombre, que desde él se derrama á todo su ser, y hace brotar como espontáneo producto costumbres y virtudes que se creerían imposibles en el estado de naturaleza caída; sus costumbres imitan entonces las costumbres divinas; sus virtudes representan las divinas virtudes, y su vida entera manifiesta en sus obras la interior animación de la vida Divina. Este era el anhelo del apóstol San Pablo, la señal que exigía como testimonio del discipulado de Cristo. *Ut et vita Christi manifestetur in vobis* (1).

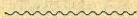
Señores, ¿dónde pensáis que existe la raíz de esos trastornos que conturban á los espíritus y á las sociedades?; ¿de dónde juzgáis que provienen las perturbaciones que hoy vemos tan radicales en el orden de las ideas, las aberraciones tan dolorosas en el orden de las costumbres, los disturbios tan amenazadores en el orden de las sociedades? ¡Ah,

(1) 2, ad Cor., c. IV, v. 10.

cristianos!; de la indiferencia religiosa y moral que, sobre vivificar el entendimiento, produce las tinieblas de la incredulidad; que sobre no elevar el corazón, produce las seducciones de la concupiscencia; que sobre no ordenar las sociedades, produce los trastornos de la revolución. Señores, es que la vida del amor de Cristo no se manifiesta en nosotros, y esa apática tibieza, no lo dudéis, hermanos míos, esa apática tibieza de nuestro corazón, es la señal más evidente de su corrupción y su ruina.

Vengamos, pues, amados hermanos míos, á sacar los frutos de bendición del consolador misterio de este día; la humildad de María condene nuestra soberbia; el amor de Jesús condene nuestras concupiscencias; el fervor de los santos Simeón y Ana anime nuestra glacial indiferencia. Así recibiremos la misericordia de Dios en medio de su Santo Templo. *Suscepimus Deus...*

Que la recibamos abundante, ¡oh Virgen María!; alcánzala, alcánzala para nosotros de ese Hijo Divino que llevas en tus brazos. Que la recibamos durante los días de nuestra vida, que la recibamos á la hora de nuestra muerte, para que por fin la recibamos por todos los siglos en el templo de tu gloria. *Suscepimus, Deus misericordiam tuam in medio Templi tui.* Amén.



DE LA ENCARNACIÓN DE NUESTRO SEÑOR. (1)

Mysterium quod absconditum fuit a sæculis,... nunc manifestatum est Sanctis ejus, quibus voluit Dominus notas facere, divitias gloriæ, sacramenti hujus, quod est Christus.

Colos, I, 26.



sí habla el apóstol San Pablo del augusto Misterio que hoy la Iglesia presenta á nuestra veneración; de ese Misterio, escondido por siglos y generaciones, cuyo día vieron sólo en figura Abraham y los Patriarcas, y se alegraron; cuya realización vislumbraron como en enigmas Isaías y los Profetas, y se llenaron de júbilo; Misterio augusto y admirable, que esconde en sí las más excelsas glorificaciones, porque el Señor ha querido por él glorificar á María, en cuyo seno se realizó; glorificar á su Verbo, en cuya persona se realizó; glorificar á la humanidad, en cuyo beneficio se realizó. ¡Oh!, de qué manera tan brillante ha querido el Señor hacer ostentación visible de su grandeza!; ha querido patentizar los ricos tesoros de gloria de ese inefable Sacramento, que es Cristo. *Mysterium...*

Por eso, Señores, tiene el Misterio de la Encarnación tantos atractivos para la humanidad, que ha debido hallar más fácilmente que los otros grata acogida en el mundo de las inteligencias, pues reúne para seducir al talento todos los encantos del corazón; sin embargo, hoy, á presencia de los teólogos racionalistas, continúa siendo objeto de guerra encarnizada, así como en los días de su primera predicación á la corrupción farisaica parecía *escándalo*, y el refinado or-

(1) Predicado en la Sta. Iglesia Catedral de Málaga, el 25 de Marzo de 1864.

gullo de la filosofía gentil llegó á saludarlo con el nombre de *necedad* (1). Y es porque la ciencia impía conoce que en ese Misterio late el corazón del Cristianismo, que de él toman benéfica savia todas las ramas del grandioso árbol de la Doctrina católica, y que es el sostén poderoso que mantiene en los espíritus el dulce reinado de la moral del Evangelio. Por eso, hermanos míos, se niega que el hombre haya recibido esas infusiones de gracia que manan del Verbo que ha tomado su naturaleza, y lo que es consiguiente y preciso á esta aseveración, se niega la Divinidad de Cristo y se rechaza como injuriosa al mismo Dios la Maternidad Divina de María; y cabalmente, Señores, bajo ese triple aspecto aparecen refulgentes y esplendorosas las glorias del Misterio de la Encarnación, las glorias del Verbo que toma humana carne, las glorias de María que se la suministra; las glorias del hombre, en cuyo beneficio se realiza esta Encarnación admirable. *Mysterium...*

Estas ideas parecen indicadas en el Evangelio Santo que acaba de leerse. El Ángel de la Anunciación, prosternado á la presencia de María, preconiza sus grandezas y la proclama llena de gracia; después manifiesta la excelsitud de ese Dios, cuya infinidad aparece con más subido realce en tal prodigio de humillaciones, y textifica, por último, que este Hijo del Altísimo recibirá de su Padre el trono de David, dominará en la casa de Jacob, vencerá el poder de los enemigos de Dios, y plantará sobre los corazones de su pueblo el reinado de su luz y de sus amores.

Semejantes prodigios fueron también vislumbrados por los Patriarcas de la Ley natural, por los Profetas de la Ley escrita, y el Santo David, arrebatado en el éxtasis de la inspiración divina, los canta y engrandece en los bellísimos versos de su salmo 86. Él nos dice, cantando las glorias de Jerusalén, que vió á la ciudad mística de Dios fundada en las alturas, llena de esplendores, rodeada de magnificencias; que el Señor nace y habita en ella para atraer á todos

(1) 1, ad Cor., I, 23.

los pueblos de la tierra, y que esta ciudad habitada por Dios es el encanto, la felicidad y la alegría de todas las naciones.

Señores, no perdamos tiempo, entremos á meditar en este Misterio, que á la vez incluye en sí tres ideas: la Anunciación de María, la Encarnación del Verbo, la Redención del Hombre. No osemos entrar solos en esas majestuosas tinieblas que lo rodean; llevemos en la una mano la antorcha de la Profecía del indicado salmo de David, y en la otra la luz brillante del citado Evangelio, y así podremos contemplar algo de esas riquezas de gloria escondidas en tan alto Sacramento. *Voluit Deus notas...*

Notadlo bien, las glorias de María, en quien se realiza la Encarnación; las glorias del Verbo que la verifica; las del hombre, por último, en favor de quien se obra tan estu-penda maravilla. *Mysterium...*

¡Oh, Virgen Santa!; vengo á hablar de ese augusto Misterio, en el que por tan sublime manera brillan y resplandecen vuestras grandezas; de ese Misterio, á cuya advocación, alabanza y gloria está dedicado este gran templo. Títulos son estos para esperar de Vos los auxilios que necesitamos; participadnos algo de aquella gracia con que os llenó este Misterio, que el Ángel os anuncia con estas palabras, que repetimos en tu honor: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Fundamenta ejus in montibus sanctis. Los cimientos de ella en los montes Santos, ama el Señor las puertas de Sión sobre todos los tabernáculos de Jacob. El Profeta comienza á cantar las glorias de la ciudad de Dios, y toma la primera, según la expresión de un intérprete (1), á *fundamenti stabilitate*. Desentrañemos esta primera inspiración del Profeta, que ella comienza á descubrirnos las glorias de María que brillan en la Anunciación. Algo de ellas parece indicar el Evangelio, cuando nos dice: que *es enviado un Ángel, y*

(1) Incogniti, *Comm. in Ps. in hunc loc.*

un ángel de los más esclarecidos y de más simbólico nombre; que es enviado á una Mujer, pero á una Mujer realzada por la virtud, por la castidad; á una *Virgen*, y que esta *Virgen* es *de la estirpe de David*, es decir, adornada también con los timbres del linaje, indicio de la nobleza de su espíritu, y que esta *Virgen*, por último, se llama *María*, es decir, mar de gracias, tesoro de santidad. *Fundamenta ejus in montibus sanctis*.

Cuatro colinas de eterna memoria rodeaban á Jerusalén, sobre cuyas cumbres se levantaba erguida la ciudad ilustre de los Reyes de Judá. *Sión*, escabel primero del trono del Eterno, firmísimo asiento del tabernáculo de su santificación. *Moria*, la sagrada montaña de los holocaustos, donde el padre de los creyentes, y más tarde el Profeta de los Salmos, encontraron propicias las misericordias del Señor. *Bethzeta*, con su piscina milagrosa y la multitud de sus rebaños para el sacrificio. *Acra*, por último, con sus frondosas praderas, sus valles amenos, caudalosas y cristalinas fuentes, emblemas todos, Señores, de las gracias en que aparece fundada la Esposa predilecta del Amado; porque á su alma descende Dios con más gloria que al vistoso pabellón levantado para Su Majestad en el desierto; porque en su seno comienza el sacrificio, que había de poner término á las víctimas del altar de los holocaustos, al esquisito aroma del altar de los tymiamas; porque en su corazón, lleno de espiritual riqueza, habían de encontrar los hijos del Segundo Testamento propiciación más abundante que en las piscinas de Salem, corrientes de amor más crecidas que las fuentes de Siloc, y en los caudalosos torrentes de Ghión. *Fundamenta...*

¡Oh, cuánto ama el Señor á María, siendo la puerta por do había de entrar á este mundo! ¡Quién pudiera, Señores, comprender los cariñosos deliquios que se cambian entre Dios y María en las mutuas comunicaciones de la Encarnación! Ella despide el perfumado aroma de las virtudes, aroma que recrea dulcemente al Rey de la gloria, que dichoso mora en el reclinatorio de su eternidad. «¡Oh, qué fragantes son tus unguentos, — exclama, — qué hermosas

»son tus mejillas! Tu cabeza como oro purísimo; tus cabe-
»llos, como renuevos de palma, negros como el cuervo; tus
»ojos, como palomas levantadas en leche; tus mejillas, como
»eras de aromas plantados por los perfumeros. ¡Oh, qué
»hermosa eres tú, amiga mía, suave y graciosa como Jeru-
»salén! ¿No habéis visto á mi Amada, hijas de Sión? ¡Ah!,
»vuélvete, vuélvete, amiga mía; vuélvete, vuélvete para
»que te miremos. Muchas hijas congregaron riquezas de
»amor, pero más que todas, tú has arrebatado mi corazón,
»y aunque sean sesenta las reinas y ochenta las concubi-
»nas, y las doncellas no tengan número, tú sola eres mi pa-
»loma; una es mi perfecta; qué hermosos han sido mis pa-
»sos, hijo del Príncipe. ¡Tu hermosura me ha cautivado,
»tu belleza arrebató mi corazón! Mi Amada para mí, y yo
»para mi Amada» (1).

¡Oh, Señores!; María es confirmada en el rango sublime de su grandeza, su mente llega al supremo culmen de la comprensión divina, y su espíritu anegado se lanza hacia Dios con los ímpetus del amor más puro. «¡Oh, qué (2) her-
»moso eres tú, amado mío y gracioso. Mi amado el blanco
»y rubio, escogido entre millares; sus manos de oro tornea-
»das, llenas de jacintos; su garganta suavísima, todo él
»muy deseable. ¡Oh!, amado mío, me has introducido en
»la cámara secreta de tus amores, has ordenado en mí la
»caridad de tu corazón; cuando dormía reclinada en tu
»eterno cariño, yo sentía en mis entrañas que introducías
»tu mano en los resquicios de mi puerta, que estabas tras
»de la pared, mirando por las ventanas; te veía caminar
»desde tu trono, más ligero que el cervato, semejante á la
»cría de la corza; escuchaba los ecos armoniosos de tu voz
»cuando venías saltando por los montes, atravesando los
»collados; ábreme, decías, amiga mía, porque mi cabe-
»za está llena de rocío, y mis guedejas de las gotas de la
»noche. Pues venga el amado y pruebe el fruto de los man-

(1) Cant. Cant., c. V.

(2) Cant. Cant., cap. V. ct. VI.

» zanos, descienda al huerto de los nogales, y vea si ha flo-
» recido la viña, si han brotado los granados; recréese con
» el nardo y la caña aromática y con el suavísimo olor de
» la mirra y del áloe. El Rey de los siglos ha fabricado para
» sí graciosa litera de maderas del Líbano; sus columnas las
» hizo de plata, su reclinatorio de oro, la subida de púrpura.
» ¡Ven, amigo mío, ven á lo más interior, que cubierto está
» de amor por las Hijas de Jerusalén.» Loor eterno, exclamemos, Señores; loor eterno al Dios de Sabaoth, que de tal modo ensalza á la ciudad de su gloria, que de tal modo santifica á la Esposa de su cariño, que de tal modo distingue al tabernáculo de su santificación. *Fundamenta... Diligit...*

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. Señores, á esa grandeza íntima, á esa elevación interior de María, parecía consiguiente un complemento extrínseco que allegase nuevos torrentes de gloria al océano inmenso de su indecible grandeza. Cuando pues vemos al celeste Paraninfo inclinado á la presencia de María; cuando le escuchamos publicar sus dones, preconizar sus privilegios; que la saluda llena de gracia, que le asegura que el Señor está con ella y la proclama bendita entre todas las mujeres, encontrando en esta salutación gloriosa el cumplimiento de las profecías de nuestro Salmo, parece que podíamos dirigirnos á María y decirla con el Profeta: *Gloriosa...*

¡Ah, Señores!; la salutación angélica es el complemento de todos los antiguos símbolos que prefiguraron las glorias de María, y el principio de todos los elogios que posteriormente han publicado sus excelencias. El Dios de Amor pone tanta hermosura en el corazón de su inmaculada Esposa, que vino ocupando al mundo entero y á los siglos todos en cantar sus maravillas. Los Profetas abrieron su boca para honrarla, y ella formaba los deliquios de sus vaticinios; hicieronle coro los Patriarcas, y ella fué el objeto anhelado de sus deseos, y los Ángeles revelaron su gloria, y el templo y el arca y los símbolos todos del culto Mosaico, fueron el emblema de sus virtudes, y los astros del firmamento han figurado sus

resplandores. ¿Á qué cansarnos?; la creación entera se complace con su Autor en ostentar sus gracias y virginal delicadeza. *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.*

¡Oh, Madre de amor!; nosotros te saludamos como Aurora de universal dicha, y al contemplarte elevada á tanta altura, al observarte en el Misterio de la Encarnación asociada al mismo Dios, mil y mil veces repetimos que aquí brillan tus principales grandezas, que este es el Misterio de tus más excelsas glorificaciones. *Gloriosa...*

SEGUNDA PARTE.

Memor ero Rahab et Babylonis scientium me. Ecce alienigenæ et Tyrus et populus Æthiopum, hi fuerunt illic.

El Profeta, después de trazar en los dos primeros versos las glorias de la Ciudad de Dios, por la estabilidad de sus fundamentos y por la magnífica perfección de su estructura, á *fundamenti stabilitate*, pasa á demostrar nuevas glorias, tomadas, — dice el intérprete ya citado, — á *civium numerositate*, de que ella será la habitación de todas las naciones. Esto, Señores, alude evidentemente á la vocación del gentilismo; á la vocación á la fe, de la cual estaba separado por Rahab y Babilonia, esto es, según San Jerónimo, por la soberbia y por la idolatría, de que era centro la orgullosa ciudad de Nemrod y de Semíramis; á la vocación á la caridad, de que estaba separado por los extravíos de sus pasiones, representados en la concupiscencia de los extranjeros; en la codicia de Tiro, en el orgullo de la Etiopía. *Memor ero... Ecce alienigenæ...* Y aquí están, Señores, las glorias del Verbo en su Encarnación, porque ésta, para ser el cumplimiento de las profecías, el principio de la vocación de las gentes, ha de ser obrada por medio de estupendos prodigios.

El Ángel de la Anunciación, según el Evangelio, declara aún más estas ideas. Después que ha trazado en ligeras, pero bellísimas pinceladas, el cuadro de las glorias de María, pasa á manifestar las glorias del Verbo que ha de tomar

carne en su seno, porque esta obra es el cumplimiento de las Profecías. «He aquí que concebirás y parirás un hijo, » porque este hijo viene á salvar á todas las gentes, y llamarás su nombre Jesús, porque para ello ha de obrarse el » más estupendo prodigio; el Espíritu Santo vendrá sobre » tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por eso, lo que » nacerá de tí será llamado Hijo de Dios.» Y he aquí todas las glorias del Verbo en su Encarnación, toda la doctrina teológica sobre este augusto Misterio. ¿Convino para estos fines que el Verbo encarnase? ¿Cómo pudo verificarse esta maravilla? ¿Cuáles son los resultados de milagro tan portentoso? Meditemos, Señores, sobre estas preguntas.

Nuestro insigne Maestro, el Ángel de las Escuelas (1), describe con pasmosa erudición y con admirable profundidad las armonías de la Encarnación, para los fines que llevamos indicados. Ella convino, dice, para promover al hombre hacia el bien y para separarlo del mal; en cuanto á lo primero, para encaminarlo á la fe, descende la verdad increada que lo ilumine; para animarlo con la esperanza, viene el Verbo del Padre, asegurándole sus misericordias; para excitarlo á la caridad, ¿qué mayor estímulo que presentarle el inmenso amor de Dios para dirigirlo por las sendas de las buenas obras? ¡Oh, qué tipo, qué ideal tan perfecto, tan atractivo y simpático! Miradle reuniendo en sí eso de humano y de divino que hemos de buscar en nuestro modelo; eso de humano, que está en nosotros, que somos nosotros mismos; eso de divino, que está fuera de nosotros, y que en cuanto sea posible debemos trasladar hacia nosotros mismos; para impartir, por último, al hombre algo de la Divinidad, que es su fin y su eterna ventura, se hace Dios hombre, para que el hombre se haga Dios.

Escuchad aún más; la Encarnación convino para separar al hombre del mal; por ella se enseña al cristiano su dignidad, para que, viéndose elevado al consorcio de la divina naturaleza, no degenera á sus antiguas vilezas. Se impide la

(1) *Summ. Theolog.*, 3. p. q. 1, art. 2.

presunción á vista de la completa gratuidad de la gracia del Redentor; la humildad de Cristo previene al hombre contra la soberbia; la infinidad de sus méritos lo defiende de la eterna justicia. Y notad, Señores, la conveniencia más gloriosa para el Verbo; cierto que en este Misterio, por su infinita armonía, brilla la sabiduría de Dios, y por su infinita gloria, se vislumbra la grandeza de Dios; pero superior á todo eso, hay en su fondo lo que es más simpático á la humanidad y lo que más cautiva el corazón de Dios, á saber, las amables conveniencias, diré mejor, los suaves anhelos del amor y de la bondad. «Dios — dice el Angélico — es bondad, y ama; es bondad infinita, y era por tal título convenientísimo que se comunicara á las criaturas en el más alto grado, y esto lo hizo — concluye el Santo — en la obra de la Encarnación.»

Pero, Señores, ¿cómo se obró, de qué modo se verificó tan alto Misterio?; oigamos á la fe: El Verbo, Dios, engendrado desde toda la eternidad de la sustancia del Padre, se hace hombre en el seno ó de la sustancia de la Madre. El Verbo encarna, porque por él debe reformarse lo que fué criado según su divino modelo, porque el fin de la Encarnación es, como dice el verso de nuestro Salmo, la filiación adoptiva del mundo, aceptada por el Dios Padre, y ella debía verificarse por medio del Dios Hijo natural del Padre. ¡Oh, cuánta gloria para el Verbo, en medio de tan maravillosas humillaciones! El Verbo toma un verdadero cuerpo, porque así era preciso para la redención y sacrificio que había de aceptar el Padre, porque así convenía á la misión de Cristo en el mundo y al fin bondadoso de la Encarnación; pero ese cuerpo, que no es un fantasma, que no ha bajado del Empíreo ni ha sido formado de una sustancia celestial, es tan radiante en belleza, tan rico en dones de gloria, que con los rayos de su luz esplendorosa confunde lo mismo á los antiguos docetas y fantasiastas que á los modernos kuákeros y anabaptistas. Y ese cuerpo está animado por el espíritu humano, espíritu inteligente, espíritu racional que, siendo centro inmediato de aquellas voluntades y tristes afecciones que tan distin-

guido lugar obtuvieron en la Redención, da gloria al Cristo y echa por tierra los crasos errores de los arrianos y apolinaristas. Y ese cuerpo y ese alma son elevados á la unión con Dios, no ciertamente á la unión en esencia, á esa unión que mezcla y confunde, compone y trasmuta las naturalezas, porque ella fué predicada por Dióscoro y los Eutiquianos, y tanto quisieron elevar al hombre, que se quedaron sin Cristo; no tampoco á la unión meramente accidental, á esa unión moral que no dé al Verbo otra cosa que una habitación, que una posesión en la naturaleza humana, porque ella fué predicada por Nestorio y Teodoro de Mopsnestia, y por tan indebido modo quisieron sublimar á Dios, que le quitaron las glorias del Redentor.

¡Ah!, Señores, ese Dios se une al hombre en unidad de subsistencia, en unidad personal, unión que, viniendo á terminar en la persona del Verbo, deja intactos los derechos de ambas naturalezas; unión que produce tal comunicación de propiedades, que las glorias divinas del mismo Verbo vienen á refundirse en las glorias de Cristo, á poder predicarse de todo Cristo. De ella resulta el Cristo, á quien el Adopcionismo no pudo quitar los honores de ser Hijo natural de Dios; el Cristo á quien Wídef y los socinianos impíamente quisieron usurpar los honores del culto supremo de Latría; el Cristo que, á pesar de los esfuerzos del racionalismo, es y será cabeza de los ángeles y de los hombres, juez de los vivos y de los muertos, sacerdote y mediador de verdadero nombre entre Dios y la humanidad; el Cristo, por último, que, padeciendo como hombre y mereciendo como Dios, ofrece por nosotros una satisfacción *de condigno*, de rigurosa justicia, lava las manchas de la humanidad, paga las deudas del pecado, y hace que el mundo entero venga en derredor de su Cruz, para derramar sobre él los torrentes de su luz y de sus amores.

¡Ah, Señores!, mirad las glorias que rodean á nuestro Verbo en el Misterio de su Encarnación; todas vienen principalmente á refundirse en la vocación de las gentes, en la destrucción de la impiedad, en la redención del mundo,

en el exacto cumplimiento de esta insigne profecía de nuestro Salmo: *Memor... Ecce alienigenæ...* Dos palabras más, y veamos estas glorias en su aplicación práctica, que forman también las glorias de la humanidad.

TERCERA PARTE.

Numquid Sion dicet. Homo et homo natus est in ea. Por ventura, ¿no se dirá á Sión: es traducción de los intérpretes apoyados en los textos primitivos; hombre y hombre nació en ella y el mismo Altísimo la fundó? Señores, el Profeta, después de indicar en los dos precedentes versos las glorias de la Ciudad de Dios, á *civium numerositate*, por la multitud de sus habitantes, en los tres últimos versos restantes traza el último rasgo que describe las glorias de esta ciudad, tomándolas á *civium felicitate*, y en primer lugar nos dice que esta dicha consiste en que esa multitud de gentes que de todas partes concurre á morar en Sión, puede decirse que han nacido en ella. *Numquid...*

El Ángel de la Anunciación también describe esta tercera serie de glorias que manan del Misterio que dignifica á María; él la dice que su Hijo será grande en las naciones, que el mundo entero, experimentando las alegrías de su venida, lo aclamará con las voces de la fe por el verdadero Hijo de Dios, y que siendo tal, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, que reinará sobre la casa de Jacob, y que su reinado, por último, no tendría fin.

Señores, cuando vemos los esfuerzos que hace la negación racionalista para destruir la obra de nuestra fe; cuando la vemos sentada en el Olimpo de la ciencia y desde allí marchar por el campo de las ideas, demoliendo con afán los antiguos edificios del saber humano; cuando la vemos que en nada cree y que de todo disputa; que permite se resuciten argumentos mil veces pulverizados en siglos anteriores, y contemplamos todos los esfuerzos que hace esa palabra venal, esa literatura hambrienta de pasión, en su jurada guerra á la verdad de Jesucristo, preciso es ver á esa parte

de la humanidad que no quiere nacer con el nacimiento de Cristo, que rechaza sus legítimas glorias, las glorias de alumbrar sus entendimientos con la palabra de Dios, con una luz que la engrandece, que la separa los tropiezos, que es el principio de todos sus interiores engrandecimientos. Y no es que se quiera destruir la razón; sólo se aspira á perfeccionarla, porque la razón, abandonada á sus propias fuerzas, no puede ser en modo alguno la madre universal de la verdad. Observad si no una de las épocas de su mayor encumbramiento, uno de los sistemas que la han tributado más excel-sas glorificaciones.

El protestantismo proclamó la supremacía de la razón, y la teoría del espíritu privado apareció tan pronto como al matemático se presenta el indeclinable resultado de una ecuación algebraica; tras el espíritu privado se presenta la división, y he aquí á la humanidad presenciando, ya van tres siglos, escenas semejantes á la del gran juicio de Salomón (1). Dos mujeres israelitas dormían tranquilas en sus lechos, con los frutos de sus entrañas; al amanecer, una de ellas, que había sofocado á su hijo, quiso apropiarse el de su compañera, y el Rey ordenó que el infante se dividiese, dando la mitad á cada una. La verdadera madre rehusaba la división, en tanto que la otra clamaba: *nec mihi, nec tibi sed dividatur infans*. Señores, estas dos mujeres son el protestantismo y el catolicismo; el primero, en las tinieblas de sus errores y en el sueño de su indiferencia, ocasiona la muerte á los afiliados á sus dogmas, y en los arrebatos de su despecho pretende nuevas conquistas entre los hijos de la maternidad católica, y quiere que la sociedad se divida en sus opiniones y en sus doctrinas, en sus escuelas y en su culto, en su religión y en su moral: *nec mihi nec tibi*; autorízala para que á la vez sea atea y panteísta, racionalista y materialista, cismática y eminentemente católica; *nec mihi nec tibi...* En tanto, la maternidad católica rehusa la partición de la sociedad, quiere la unidad de creencias y la uni-

(1) 3 Reg., c. III, v. 25.

dad de culto, la unidad de religión y la unidad de costumbres; no necesitamos, pues, la ciencia de Salomón para conocer cuál es la verdadera Madre de la sociedad salvada, porque ésta, Señores, no puede encontrar su salvación sino en unión con Jesucristo. Así es como participa la humanidad de las glorias de la Encarnación; así los hombres de todos los siglos pueden nacer á una nueva vida con el Hombre de la eternidad. *Numquid Sion dicet...*

Señores, pero esta gloria ha de significarse de un modo ostentoso y magnífico; esa vida interior que nos anima, preciso es que obre con operaciones exteriores, y he aquí, como el Profeta dice, que el Señor habla, patentiza, manifiesta á los príncipes y á los pueblos, y al mundo entero, las obras de los que han nacido en esa Ciudad dichosa. *Dominus narrabit...* Estas son las obras del amor, manifestación exterior de este nacimiento, que hemos obtenido por la fe, y que forma otra de las glorias que á la humanidad han provenido de la Encarnación. *Dominus narrabit...* La virtud, según la luminosa frase de San Agustín, no es otra cosa que *la ordenación del amor*; por eso Jesús se atrae hacia sí los afectos de su corazón. «Permaneced en mi amor» (1), dijo, dándonos como el compendio de todos nuestros progresos; y esa divina acción de la caridad, ha dado siempre de resultados el enaltecimiento de la dignidad del hombre. Ella infunde en el espíritu aspiraciones y deseos que le impulsan hacia el lugar donde habita ese amor; divina caridad, que bajó con Cristo al corazón del hombre, para hacerlo subir con su propia elevación, semejante á esas aguas que se hacen bajar de un lugar elevado, no con otro fin que el de hacerlas después subir con propio peso hasta la altura donde habían descendido. Y ese divino rocío de la caridad penetra tan profundamente en el corazón del hombre que, derramándose en todo su ser, hace brotar como espontáneo producto costumbres y virtudes que parecerían imposibles en el estado de naturaleza caída; sus costumbres ya son

(1) Joann., c. XV, v. 9.

como un trasunto de las costumbres divinas, sus virtudes son como una impartición de las virtudes divinas, y su vida entera es como el resultado de la interior animación de la vida divina. Tal era el anhelo continuo del Apóstol San Pablo, la señal que exigía del discípulo de Cristo: *ut et vita Christi manifestetur in vobis* (1). Esta es la manifestación de Dios á presencia del mundo; así la virtud de Dios cuenta maravillas de los que por la fe hemos nacido en la Ciudad mística de su gracia. *Dominus narrabit...* Pero, Señores, esa felicidad que al hombre resulta naciendo en la fe y viviendo en el amor, se perpetúa para siempre viendo en el cielo los inefables resplandores de la luz divina, gozando en el Empíreo las tiernas delicias del amor eterno. Esta es la última gloria que el hombre ha recibido de la Encarnación; habitar en Dios por siglos sin término, alegrarse en la Ciudad de Dios por eternidad de eternidades. *Sicut lætantium...* El libre pensamiento de nuestro siglo quiere resolver el gran problema del destino conforme á los devaneos de sus concupiscencias, y removiendo de sus seculares ataúdes á las momias filosóficas de la antigüedad, trata de reanimarlas con el galvanismo de sus sistemas, para forjarse un porvenir de *ultra-tumba* que no sirva de freno á sus extravíos. Porque, á la verdad, si no somos otra cosa que un conjunto maravilloso de átomos, como pretende la ciencia materialista; más allá de la tumba no hay más que una noche perpetua; detrás del cadáver sólo existe una quimera; si no somos otra cosa que una objetividad de lo infinito, como quiere la ciencia panteísta, la muerte no es otra cosa que desvanecerse esa objetividad, que volver á caer en ese infinito. Señores, no tenemos tiempo para descender al examen de esos cómodos Apocalipsis, que ha visto el ojo corrompido de la ciencia contemporánea. Frecuentemente resuenan en este gran templo los ecos del santo Obispo de Alejandría. *Inde venturus est judicare vivos et mortuos: et qui bona egerunt ibunt in vitam æternam qui vero mala in ignem æternum.* Esta es la

(1) 2 ad Cor., c. IV, v. 10.

afirmación del catolicismo, la resurrección de la carne, el juicio universal, los goces de la gloria y las penas del infierno; así resuelve nuestra fe el gran problema del destino. De otro modo, ¿cómo explicar esa persuasión de todos los hombres y de todos los países?; si nada esperamos en la otra vida, ¿por qué en ésta no somos venturosos?; por qué sus placeres no nos satisfacen? ¡Qué!, ¿permanecerán sin premio las lágrimas de la virtud, los tormentos de la mortificación, las privaciones de la pobreza, los desprecios recibidos por el humilde? ¿Para qué entonces esa sed insaciable de conocer y de amar, que Dios ha colocado en nuestro espíritu? El hombre aspira á conocimientos y á goces no terminados en su duración, no limitados en su intensidad, y el cristianismo le ofrece para saciar esa aspiración un Dios sumo y un Dios eterno. Un Dios sumo en perfección, es la garantía de un goce sin medida; un Dios eterno en duración, es la garantía de un goce sin fin. *Ego ero merces tua*, — dijo Dios al Padre Abraham (1). Ved aquí, Señores, la última gloria con que la Encarnación ha engrandecido á la humanidad; la ha llamado á nacer con Cristo, á la vida de la fe; la impulsa á manifestar esa vida con las obras del amor, y completa sus glorificaciones con las delicias de la eternidad. *Sicut lætantium omnium...*

Ilustrísimo Señor: David y Gabriel han alumbrado nuestra inteligencia para penetrar algo en el misterio de la Encarnación. El primero vió la ciudad mística de Dios, gloriosa por la firmeza de su estructura, la multitud y felicidad de sus habitantes. El segundo saluda á María llena de gracia, le manifiesta las excelencias del Hijo que concibe en sus entrañas, y le descubre los prodigios de amor que viene á obrar en favor de los hombres. Y es, Señores, que la profecía y la realidad parecen combinadas en unidad de pensamientos, para hacer ostensión brillante de las glorias de la Encarnación. Que ambas establecen y confirman que de ese admirable Sacramento brotan raudales de gloria para

(1) Genes., XV.

ensalzar y engrandecer á María, al Verbo, á la Humanidad.

¡Oh!, rindamos alabanzas á ese Dios que manifestó al mundo ese Misterio escondido por siglos y generaciones, para que en él brillaran inmensos tesoros de gloria. *Mysterium quod absconditum fuit...* Amén.

PANEGIRICO DEL ÁNGÉLICO MAESTRO Y DOCTOR DE LA IGLESIA,
SANTO TOMÁS DE AQUINO. (1)

**Erigit mihi aurem, ut audiam
quasi Magistrum.**
Is. L. 4.

EXCMOS. SEÑORES, ILUSTRES CLAUSTROS, CRISTIANOS:



no de los mayores portentos que el Señor obró para con el mundo en la venida del Mesías, fué el Magisterio de la divina Sabiduría. El Profeta Isaías parece el destinado á predicar especialmente la gloria y excelencias de estas supremas enseñanzas, y en varios pasajes de su inspirado libro, nos ofrece al Deseado de las Naciones, llenando la gran misión de ilustrar al mundo con los radiosos fulgores de su doctrina: en su capítulo 50, se detiene absorto ante estas luminosas maravillas, y presenta á la humanidad elevándose por ellas ante las vistosas comunicaciones de la verdad y de la luz del Dios de las claridades eternas. «Eleva mi oído,—exclama,—para que le pueda escuchar como Maestro.» *Erigit...*

Pero esos milagros de ilustración celestial habían de perpetuarse en la Iglesia establecida por Jesucristo, quien ha hecho brillar, en el discurso de los siglos, singulares testigos, instrumentos especiales de esta gran misión; focos resplandecientes destinados á reflejar en sus palabras los to-

(1) Predicado en la Función que le consagró el Real Seminario Central de San Cecilio de Granada, en la Iglesia del Sagrario, el 7 de Marzo de 1876, con asistencia del Claustro Universitario.

rrentes de luz de la ciencia increada. Tal es, Excelentísimos Señores, el carácter con que se ofrece á mi consideración el espíritu privilegiado á quien hoy ofrecemos estos cultos. Sí, el Ángel de las Escuelas, el insigne Tomás de Aquino, brilla en medio de los siglos como uno de esos faros; aparece ante nosotros, elevándonos ante las irradiaciones de su espiritual resplandor; levanta nuestros oídos á la contemplación de su doctrina, y al estudiarla, no podemos menos de exclamar: él es nuestro guía, él es nuestra antorcha, él es nuestro Maestro. *Erigit...*

Este es el prisma, bajo el que vengo hoy á ofrecer la contemplación de este foco luminoso; éste es el punto de vista en que quiero colocarme para formar su panegírico: el Magisterio de Tomás de Aquino. Venimos aquí los discípulos de su escuela; este Ilustre Seminario patentiza por esta solemnidad su devoción y respeto, su filial afecto y adhesión hacia este Santo, admiración del mundo, y yo no encuentro otra palabra con que sintetizar mejor cuanto es Tomás, cuanto significa esta fiesta que ofrecemos en su honor, que diciendo á los Maestros ilustres, á los dóciles discípulos de esa religiosa escuela: Mirad, ese es el héroe de nuestras empresas científicas, ese es el guía en nuestros afanes literarios, ese es el que engrandece nuestra ciencia; saludémosle, pues, con esta hermosa palabra. Tú eres nuestro Maestro. *Erigit...*

Señores, pensando en el Magisterio de Santo Tomás, han ocurrido á mi mente aquellas hermosas palabras del capítulo IX del libro sagrado de los Proverbios. La sabiduría edificó para sí casa de habitación, dispuso y acomodó sus siete columnas, inmoló sus víctimas, preparó sus manjares, y llamó á todos para que participasen de su banquete. Permítidme, pues, que haciendo una sencilla paráfrasis, una mística acomodación de estas palabras á los prodigios del Magisterio de Tomás de Aquino, os lo presente como la *Casa*, como el *Banquete*, como el *Convite* de la eterna sabiduría, y yo me esforzaré en que observéis estos tres prodigios: 1.º En la necesidad del Magisterio del Angélico. 2.º En la

realización de este Magisterio. 3.º En los frutos producidos por el mismo.

Imploremos antes los auxilios de la gracia, por la intercesión de María Inmaculada. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El primer carácter con que se ofrece á nuestra vista el Magisterio de nuestro Angélico, es su importancia, la oportunidad, la necesidad de su aparición; nada hay, en verdad, tan importante y decisivo para la realización de un gran movimiento en la historia, como la oportunidad del momento en que se intenta. La verdad, errante y extraviada en la época crítica del siglo XIII, vagaba en el páramo intelectual que había producido el estruendo de las armas; el edificio de las ciencias, efecto de las vicisitudes de la Edad Media, se desmoronaba á la aparición de Tomás; por eso era preciso una obra de recogimiento, una obra de sostenimiento, y esta es la que vemos realizada en el gran Magisterio de nuestro Santo. Si la ciencia se hunde, se desmorona, el Magisterio de Tomás es su sostén, porque en esa casa la Sabiduría divina ha labrado y colocado siete columnas. *Exidit.* Si la ciencia se ve marchar por entre los azares del desierto de las inteligencias, el Magisterio de Tomás es su refugio, porque en él la sabiduría divina ha fabricado casa para su habitación. Señores, el genio del Doctor de Aquino es el *asilo* de la Sabiduría, es el *sostén* de la Sabiduría. *Sapientia.*

Á fines del año 1225, en el castillo feudal de Roca Seca, antiguo y noble solar de los ilustres Condes de Aquino, en el fértil suelo de la feliz Campania, y bajo el cielo espléndido de Italia, vió la luz por vez primera un niño extraordinario. Descendiente por sus abuelos paternos de la estirpe imperial de Alemania, y por su madre de los antiguos príncipes normandos, conquistadores de Sicilia, renunció desde su primera juventud el porvenir halagüeño que el mundo le ofrecía, escuchando en lo profundo de su alma la voz del Señor, que le llamaba al cumplimiento de su misión gigan-

tesca. La antigua abadía del Monte Casino, ilustre cuna de las gloriosas órdenes monásticas en Europa, vínculo misterioso que eslabonaba las cavernas de los solitarios de Oriente con los conventos de los religiosos del Occidente, vió fulgar los primeros destellos de este astro luminoso que, á despecho del mundo, que se empeñaba en nublar sus radios esplendores, brilló más tarde con todo su admirable esplendor en la fecunda orden de Santo Domingo.

En este período, cuando la juventud de Europa afluíá á las Universidades para oír la palabra de la ciencia que brillaba en estos estupendos portentos de la Edad Media, el claustro de la Orden de Predicadores de Colonia escuchaba la voz de un célebre Doctor, de quien se ha dicho por elocuente manera que era el «Atlas que llevó sobre su frente» el mundo entero de la ciencia, y que no se doblegó bajo «su peso.» Allí enseñaba Alberto Magno; tal es el maestro que la Orden Dominicana designó para desarrollar la gigantesca inteligencia del joven Tomás de Aquino. ¡Ah, Señores!; el hombre pensador, que recorre con la mirada atenta los fastos de la historia, escrutando las vías de la Divina Providencia, admira su suprema sabiduría que, poblando el universo con sus armonías inefables, colocó á Santo Tomás de Aquino en el centro de la primera mitad del siglo XIII. Sí, era el siglo de la vida errante y disipada, y Tomás había de ser la casa de la Sabiduría. *Sapientia...* Era el siglo de la verdad enflaquecida y debilitada, y Tomás había de robustecerla con las fuertes columnas de su sólida inteligencia. *Excidit columnas septem.*

Peligroso, como es, en la vida del individuo el tránsito de su infancia á su virilidad, así y aun más fué peligrosísimo para la sociedad cristiana el período del siglo XIII, período de transición de la infancia á la virilidad de la Iglesia. La obra de los primeros siglos había sido destruída; los hijos del Septentrión que, semejantes á manadas de carnívoros, venían atraídos por los pútridos miasmas que despedía el corrompido cadáver del Imperio, al caer sobre éste como instrumentos de las venganzas celestiales, habían in-

cendiado y disipado á los cuatro vientos las piedras aún no asentadas del apenas acabado edificio de la filosofía cristiana, pues es cosa sabida que el siglo X fué el máximum de la ignorancia de los siglos medios, y que sólo comenzó el movimiento intelectual á principios del siglo XI; era preciso, por lo tanto, reconstruir y completar este edificio, hospedar á la Sabiduría y robustecerla; tal fué la misión que veremos desempeñada por Tomás de Aquino. *Sapientia...*

La Europa, ciertamente influida por la acción vigorosa del principio cristiano, é impulsada por el movimiento eléctrico de las Cruzadas, recobraba algo del conocimiento de su propia energía; mas los extravíos de Juan Erigena, fomentados por Carlos el Calvo; las aberraciones de Roscelín, el célebre dialéctico de Copiegne, y los esfuerzos de su discípulo Abelardo, no menos célebre por sus errores que por sus aventuras, fueron tales, que la historia los presenta combatiendo rudamente el principio restaurador de la autoridad de la Iglesia, y aplicando la segur á la raíz del árbol majestuoso de la buena filosofía, la segur cortadora del nominalismo y del realismo, madres fecundas de abominables perversiones, lo mismo en el orden religioso que en las abstractas regiones de la ontología.

En una palabra, Señores, el elemento bárbaro, por medio de las hordas del Septentrión; el elemento pagano, por medio de las religiones orientales; el elemento corruptor, por medio de la funesta política del Imperio, luchan con sin igual encarnizamiento y con saña horrible con el elemento civilizador del cristianismo, que Tomás de Aquino viene á impulsar con los esfuerzos gigantescos de su ciencia, apareciendo á nuestra vista como la habitación y el sostén de la verdadera sabiduría. *Sapientia...*

Sí, en tan críticas circunstancias viene al mundo el Ángel de las Escuelas: él es el llamado á dominar esa grande crisis literaria y á asegurar el triunfo de la verdad. Él descubre que la ciencia, en vez de marchar al lado de la fe, tiende á dejarse dominar por el movimiento panteísta y el movimiento racionalista; conoce que, para sobreponerse á esta

grande crisis científica, es preciso reconstruir el edificio demoronado de la verdad. Y el siglo XIII, á que Dios otorga para realizar sus gloriosos destinos Pontífices Sumos, como Inocencio III, aventajados descubridores como Roger Bacón, Reyes como San Luís y Don Alfonso el Sabio, compiladores como Raimundo de Peñafort, escolásticos como Alberto el Magno y Alejandro de Hales, ve á la ciencia refundirse, reformarse, desarrollarse y organizarse bajo la pluma del Ángel de las Escuelas, que es la destinada á delinear la casa de la Sabiduría y á modelar las robustas columnas que le sostienen. *Sapientia...*

Pero, Señores, ¿cómo realiza empresa tan gigantesca, cuáles son sus medios, cuáles las condiciones de su obra? ¡Oh!, escuchad más, que levanta nuestros oídos, para que le sigamos como á Maestro: *Erigit...* Su Magisterio no nos ofrece sólo la *casa* de la ciencia, también nos presenta el *banquete* de la sabiduría. *Inmolavit victimas suas, miscuit vinum et proposuit mensam suam.*

SEGUNDA PARTE.

Intentar reducir á un cuadro la inconmensurable esfera de acción de Tomás de Aquino, valdría tanto como querer medir la inmensidad del espacio ó sondear los abismos de las grandes aguas; mas si hemos de decir algo sobre ella, siguiendo la significativa metáfora del inspirado pasaje que venimos aplicándole, veamos cómo inmola sus víctimas, cómo nos prepara el vino más exquisito, cómo nos ofrece la mesa en el gran banquete de la sabiduría. *Inmolavit: miscuit: proposuit.* Observemos su doctrina en el orden filosófico, en el orden teológico, en el orden místico; veamos el banquete que ofrece á la razón, al espíritu, al sentimiento. Por su filosofía inmola la razón, pero con la inmolación gloriosa que exige la verdad. *Inmolavit victimas suas.* Por su teología mezcla el vino de la verdad eterna con las exigencias iluminadoras de la fe; *miscuit vinum.* Por su mística

eleva, sostiene y alimenta el sentimiento, ofreciéndole los manjares deliciosos del amor: *proposuit mensam suam*.

I. Aparecido Tomás, como hemos visto, entre los límites de dos edades del mundo de las inteligencias, extendió una mano y arrancó la antorcha de la antigua ciencia, que yacía envuelta entre las ruinas de la Grecia, y con la otra asió el faro de la nueva Sabiduría que brillaba en el Santuario. La antigua filosofía, confundida en la triple tiniebla de las filosofías que rendían culto al panteísmo ó se inclinaban al dualismo ó se encenagaban en la hediondez del materialismo, separándose de la religión en la escuela de Tales, ocultaba la luz de la verdad en los arcanos y misteriosas iniciaciones de la escuela itálica; así la vemos caminando con paso delirante, impulsada por los interesados afanes de los atomistas, enervando las fuerzas de la razón con los ensueños de Jenófanes y Parmenides, y prostituyéndolas por fin merced á los sofismas de Zenón y de los excépticos. Estériles aparecieron los esfuerzos suministrados por Sócrates, Platón y Aristóteles, porque al cabo decayó por completo á manos de los Cínicos y de los Epicúreos, y la historia nos deja entrever su cadáver por entre las burlonas sonrisas de los sofistas griegos, ó en medio de las vistosas flores de los retóricos romanos.

La escuela cristiana no había podido aún, al tiempo de la aparición de Tomás, resucitar ese cadáver, porque los trabajos de los apologistas y los afanes ilustradores de los Santos Padres se habían estrellado algún tanto contra las huestes numerosas del Septentrión, ante el siniestro brillo de las cimitarras agarenas ó chocando con las egoístas murallas del feudalismo. Tomás, pues, elevándose enfrente del error, establece el imperio de su doctrina y ejerce en medio de la anarquía de las escuelas la dictadura de la verdad. La filosofía orgullosamente inquisitiva había repulsado toda verdad que no fuese conquista suya; él establece una filosofía demostrativa, que se reputa dichosa en poder ser ilustrada por el principio religioso, que se afana por resolverlo y afirmararlo más y más. La filosofía inquisitiva tenía su punto

de partida en la duda, la demostrativa del Angélico en la fé, y la época en él comenzada es la época en que la razón humana se manifestó más sólida, porque era más creyente. Señores, yo apelo á vuestra ilustración, y creo no cerraréis los oídos á la voz de la historia, que nos cuenta que en esa época, á la que hoy se insulta con el nombre de siglos bárbaros, se echaron los cimientos de la ciencia cristiana, de la literatura, de las artes, de la civilización. ¡Loor á esta filosofía, que sacrifica la razón, pero engrandeciéndola en su unión con la razón divina! ¡Loor al Maestro que realiza estas gloriosas inmoluciones para prepararnos el banquete de la Sabiduría! *Inmolavit victimas suas.*

II. Pero ese banquete, á más de víctima, ofrece riquísimo vino: es la doctrina de la fe, desenvuelta en las deducciones de la Teología. *Miscuit vinum.* El Evangelio llevaba en su seno la Teología como en un germen. Los doctores griegos y latinos habían hecho desenvolvimientos parciales de esta semilla, según las necesidades de su época respectiva. San Juan Damasceno echó los primeros cimientos de la ciencia y método teológico. San Anselmo la infundió nuevo espíritu, y los restos escapados de las borrascas de la Edad Media se compilaron por Pedro Lombardo en el célebre libro de las Sentencias.

Pero si la Teología había de brillar como verdadera ciencia, era preciso unir el elemento inmutable que forma su principio con el elemento variable de la ciencia humana, era preciso mezclar el vino de la verdad eterna con las puras aguas de la razón creyente. *Miscuit vinum.*

Tal fué la obra del Angélico Maestro; ordenó las verdades reveladas, las expuso y desarrolló con un concierto admirable, las clasificó y ordenó en consonancia con sus propias leyes, creando ese maravilloso organismo y uniendo así en un mismo foco la luz de la evidencia y la luz de la revelación. Entonces se vió aparecer en la república ilustre de las ciencias un libro que fué recibido con grito unánime de aplauso y de admiración: *La Suma Teológica*, monumento imperecedero del genio agigantado del Maestro;

vasta síntesis de la razón y de la fe; la encarnación, según la ha llamado con galana frase un escritor de nuestra época (1), la encarnación del pensamiento de Dios en la obra del hombre; libro que ha inspirado á teólogos como Durando, Estio, Soto, Belarmino y Egidio Romano; libro cuyos ecos han reanimado la ciencia en Universidades tan célebres como la de Dillingen y Oxford; libro que ha merecido ser colocado junto á las Sagradas Escrituras en el por tantos conceptos respetable Concilio Tridentino. ¡Ah, Señores!, la *Suma Teológica* ha sido el vaso riquísimo donde se ha mezclado y se ofrece á las inteligencias el vino generoso de la Divina Sabiduría. *Miscuit vinum*.

Una ojeada por el risueño y oloroso campo de la mística, y veremos á Tomás de Aquino ofreciendo al sentimiento los más suaves y exquisitos manjares: *Miscuit vinum et proposuit mensam*.

III. La purísima llama de amor que había inflamado el pecho valeroso de los Mártires, fortalecido el grande espíritu de los Anacoretas, recreado en suma el corazón de los cristianos de los primeros siglos, había sido después y aparecía en la época del Ángel Maestro, ó extinguida por el fuego de las pasiones, ó pervertida por los extravagantes delirios de un misticismo abominable. Señores, si hubiera tiempo, diríamos dos palabras sobre las tendencias y aberraciones de esa mística desnaturalizada y corrompida que produjo á los célebres Apostólicos, á los fraticelos, á los flagelantes, á Eon, á Tanqueleno, á esos hombres y á esas escuelas que, á la vez que recorrían el mundo asombrándolo con los rigores de su penitencia, seduciéndolo con las maravillas de sus éxtasis, formaban coro con herejías tristemente célebres, y erigían el propio sentimiento en ley suprema de la razón y de la fe. Á depurar ese misticismo, á consagrarlo con la unción solemne de la ciencia, á consumir la obra de San Bernardo, de Hugo y Ricardo de San Víctor, de San Francisco y San Buenaventura, dedicó los afanes de su corazón

(1) D. Alejandro Pidal, en su obra *Santo Tomás de Aquino*.

el Ángel de las Escuelas. Con las prácticas de su vida, con la defensa de su doctrina, con la armonía de sus himnos, da confirmación racional á las puras exigencias del amor, y demuestra que el misticismo cristiano no es el aniquilamiento, sino la elevación del espíritu por medio de la oración, de la meditación y de la gracia; que no es la destrucción de la personalidad humana que pretendían los Iluminados, sino las efusiones suaves del amor divino, que purifican y ensalzan las tendencias ordenadas del corazón, que el verdadero misticismo es la mesa bien preparada donde el sentimiento humano encuentra el alimento de su vida y de su elevación.

Un momento más, y veremos los resultados y felices consecuencias del Magisterio de nuestro Angélico; la postrera voz que nos habla, y levanta nuestros oídos para que le escuchemos como á Maestro; el convite que hace al mundo intelectual para que asista y tome parte en el festín de la Sabiduría.

TERCERA PARTE.

«Envió sus criadas,—así concluye el pasaje inspirado que
»místicamente venimos aplicando al Maestro,—envió sus
»criadas para que llamasen en el Alcázar y en los adarves
»de la ciudad, y digesen estas palabras: El que es párvulo
»venga á mí; y á los incipientes dijo: Venid, comed de mi
»pan y bebed el vino que os he mezclado.» ¡Ah, Señores!,
¡qué hermosas palabras para elevarnos con ellas á los resultados del Magisterio de Santo Tomás!, ¡para escuchar el convite que por él dirige la increada sabiduría!

Ahí están sus criadas, sus magníficas producciones, sus obras inmortales, que llamaron y llaman en los alcázares del filosofismo, en los adarves de la incredulidad, que dan fuertes golpes en los soberbios castillos de la ciencia extraviada, que dicen á esa razón empequeñecida por el error: ¿Sois párvulos?, pues venid á mí, escuchadme, estudiadme, comed de mi pan, saciad vuestras inteligencias con mis

verdades, embriagad vuestros corazones con el vino de mi doctrina celestial. *Missit ancillas...*

La ciencia sin religión y la religión sin ciencia: he aquí los dos grandes males que carcomían la inteligencia y el corazón de la Edad Media; el uno manifestado en el racionalismo escolástico y el panteísmo oriental; el otro fanáticamente ostentado en los misticismos de aquel funesto período; para curar esas llagas, Santo Tomás se vale, como de instrumento, de la filosofía de Aristóteles, dominante á la sazón en las escuelas, y en sus comentarios sobre Aristóteles, y en la *Suma* contra gentiles, poniendo los cimientos á su empresa de hacer servir la filosofía del Estagirita para la defensa de la fe, llamó á las puertas de los filósofos árabes, y los confundió; tocó á las murallas de los errores paganos, y los refutó; y utilizando los trabajos de los escolásticos, los completó con la filosofía de Platón, convirtiendo así la ciencia de la razón en pedestal y candelabro de la antorcha de la fe. *Missit ancillas suas...*

Las *Cuestiones disputadas*, la explicación de los cuatro libros de las *Sentencias de Pedro Lombardo*, las *Cuestiones Quodlibéticas*, sus cuarenta y tres opúsculos, sus dos sobre Boecio, el relativo á los nombres divinos, y sobre todo la inmortal *Suma Teológica*, aparecen como autorizadísimos emisarios destinados á preconizar por todas partes la gran misión de este genio singular; con ellas llama á las fortalezas de tres linajes funestos de guerreros que invadían el catolicismo con sus formidables luchas; luchas intestinas como las que hacían los vicios; luchas civiles como las que encendían los judíos y los herejes; luchas extranjeras como las que sostenían teólogos griegos y árabes, fautores del racionalismo. *Missit ancillas suas...*

Señores, sus *Comentarios sobre el Viejo y Nuevo Testamento*, su *Explicación literal de Job*, la de la primera parte del *Salterio*, la *Exposición del Cantar de los Cantares*, el *Comentario sobre Isaias*, el otro sobre *Jeremías y los Trenos*, *La Catena áurea*, *La Exposición de San Mateo y San Juan*, la de las *Epístolas de San Pablo*, el *Oficio del Santísimo y*

multitud de sermones sobre diversas fiestas y solemnidades, ¿no llaman á las puertas del espíritu humano convidando al corazón á que abandone las degradaciones del amor corrompido y busque los efectivos engrandecimientos de la Sabiduría y de la Caridad divinas? *Missit.*

En suma, Excmos. Sres., Santo Tomás de Aquino, colocado por maravilloso decreto de la Providencia en el comedio de los siglos cristianos, recogió con una mano las tradiciones del gentilismo y las purificó, y con la otra las del cristianismo, y fundiendo, por decirlo así, esas dos grandes tradiciones científicas de la humanidad, en la inmensidad de su genio poderoso formó la síntesis general de la ciencia, dejando al descender al sepulcro erigida en pos de sí esa admirable pirámide científica, cuya base descansa en la tierra, cuya cúspide se oculta en el cielo, y en la que de continuo resuenan estas palabras dirigidas al mundo, que absorto acude á contemplarla: «El que sea párvulo, que venga á mí.»

Señores, el último verso del capítulo IX de los Proverbios, cuya paráfrasis me había propuesto en este discurso, contiene estas sublimes y excitadoras palabras: «Dejad la infancia, y vivid y andad por los caminos de la prudencia.» *Relinquitte infantiam et vivite, et ambulate per vias prudentiae.* Á ello nos excita el Magisterio de Tomás de Aquino, Magisterio que resume sus principales glorias, Magisterio oportuno en su aparición, perfecto en su realización, fecundo en sus resultados. Oportuno en su aparición, porque aparece para ser la casa de la verdad desvalida, para ser el sostén de la verdad que se derrumbaba. Perfecto en su realización, porque en el orden filosófico sacia las aspiraciones de la razón; en el teológico satisface las exigencias de la fe; en el místico eleva los éxtasis del sentimiento. Magisterio, por último, fecundo, porque es el martillo que destruye los errores y herejías de su tiempo, y es como el arsenal de donde habían de tomar sus armas los Maestros de tiempos posteriores. Así, Señores, así levanta la ciencia de Tomás nuestros oídos, para que le escuchemos como á Maestro. *Erigit...*

Escuchadlo, ilustres Doctores de este Seminario esclarecido, escuchadlo, que escuchándolo podréis después llamar á vuestros discípulos al dulce convite de la Sabiduría increada. Escuchadlo, jóvenes alumnos, y escuchad asimismo á vuestros sabios maestros, que así es como dejaréis los caminos disipados de la infancia, que así marcharéis por los gloriosos senderos de la prudencia. *Relinquitte infantiam et evivite, et ambulate per vias prudentie.*

Cristianos, estos caminos son los que á todos nos conducirán á la patria eterna, que os deseo.

PANEGIRICO DEL ÁNGÉLICO MAESTRO Y DOCTOR DE LA IGLESIA,
SANTO TOMÁS DE AQUINO. (1)

Angelus faciei ejus salvavit eos.
Is. LXIII, 9.

EXCMO. SEÑOR, ILUSTRES CLAUSTROS, SEÑORES:



no de los mayores portentos que el Señor obró para con el mundo en la venida del Mesías, fué la aparición de éste, cual Ángel luminoso que en las claridades de su enseñanza ostentó la claridad del rostro del Eterno, y con ella la salvación de la oscurecida progenie de Adán. El Profeta Isaías parece el destinado á predecir especialmente la gloria y excelencias de estas supremas enseñanzas; en varios pasajes de su inspirado libro nos ofrece al Deseado de las Naciones, llenando la grandiosa misión de ilustrar al mundo con los radiosos fulgores de su doctrina; y en el capítulo 63 se detiene ab-sorto ante estas maravillas, y nos lo presenta Ángel radiante de celestial resplandor, que con él salva al mundo de las tinieblas que lo rodeaban. *Angelus...*

Pero esos milagros de ilustración divina, habían de perpetuarse en la Iglesia establecida por Jesucristo, quien ha hecho brillar en el decurso de los siglos singulares testigos de esta gran misión, focos resplandecientes destinados á

(1) Predicado en la Función que le consagró el Real Seminario Central de San Cecilio de Granada, en la Iglesia del Sagrario, el 7 de Marzo de 1878, con asistencia del Claustro Universitario.

reflejar en sus palabras los torrentes de luz de la ciencia increada. Tal es, Excmo. Sr., el carácter con que se ofrece á mi consideración el espíritu privilegiado á quien hoy ofrecemos estos cultos. Sí, el Doctor de las Escuelas, el insigne Tomás de Aquino, brilla en medio de nuestra época como uno de esos faros, aparece ante nosotros salvando el mundo actual de la ciencia, cual Ángel que de su rostro despidе las luces mismas de la faz divina. *Angelus...* Este es el prisma bajo el que vengo hoy á ofrecer la contemplación de este foco luminoso; este es el punto de vista en que quiero colocarme para formar su panegírico. Salvación que ofrece á la conturbada ciencia contemporánea el Ángel Tomás de Aquino. *Angelus...*

Venimos aquí los discípulos de su escuela; este Ilustre Seminario patentiza por esta solemnidad su devoción y respeto, su filial afecto y adhesión hacia este Santo, admiración del mundo, y yo no encuentro otra palabra con que sintetizar mejor cuanto es Tomás de Aquino, cuanto significa esta fiesta ofrecida en su loor, que diciendo á los esclarecidos Maestros, á los discípulos dóciles de esta religiosa escuela. Mirad: ese es el héroe de nuestras empresas literarias. ¿Son el objeto de ellas salvar al mundo de las irrupciones de la ciencia extraviada? ¡Ah!, pues entonces estudiad la Doctrina de Tomás de Aquino; es el Ángel destinado á hacer brillar, por entre las ofuscaciones que nos ciegan, las claridades de la faz del Altísimo. *Angelus...*

Señores, hace dos años que colocado en este púlpito, con idéntico objeto al que hoy nos ocupa, os hablé del Magisterio de Tomás de Aquino á través de la historia; hoy quiero presentaros sus resplandores frente por frente de la actualidad que nos rodea. Entonces, exponiendo un bellissimo capítulo del Libro de la Sabiduría, os lo ofrecí como la casa y el banquete de la ciencia increada; hoy, abriendo el Santo Evangelio (1), quiero presentaros su salvadora misión envuelta en la sencilla paráfrasis de una de las más bellas

(1) Luc., X, 30.

parábolas de Jesucristo. ¿Sabéis cuál es? Escuchad: Cierta hombre bajaba de Jerusalén á Jericó, y cayó en poder de unos ladrones, quienes le despojaron é hirieron, dejándolo abandonado en el camino. Acertó á pasar por él un sacerdote, y más tarde un Levita, los que, viéndolo en tan triste situación, sin embargo pasaron de largo, no acudiendo á su remedio. Pasó por último un samaritano, el cual, movido de piedad, se acercó al herido, curándolo, consolándolo y conduciéndolo después á establo hospitalario, donde le prodigó sus cuidados hasta su completa curación.

Prestadme atención, y á través de esta hermosa parábola yo os presentaré tres consideraciones, que nos llevarán sin duda al esclarecimiento de la verdad que me propongo. 1.^a Cuál sea el diagnóstico de la enfermedad que actualmente aqueja al mundo de las inteligencias. 2.^a Cuál sea el tratamiento que con estériles resultados emplea la ciencia contemporánea. 3.^a Cuál es la eficacia de los remedios que ante tamaños males nos ofrece la verdad divina en la ciencia de Tomás de Aquino. Y cuando hayamos observado estas tres consideraciones, aparecerá que el Maestro de las Escuelas es el Angel Salvador, en cuya frente reverberan los fulgores de la ciencia increada. *Angelus faciei ejus salvavit eos.*

Pero antes de penetrar en las perfecciones de este Ángel, vengamos con otro á presencia de María, Reina de los Ángeles; vengamos á implorar por medio de ella los auxilios de la gracia iluminadora; pidámosla, repitiendo con devoción las palabras del Arcángel Gabriel: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

«Cierta hombre, —decía Jesucristo á sus discípulos en la parábola que va á ocuparnos, — cierta hombre bajaba de
»Jerusalén hacia Jericó, y sucedió que cayó en poder de
»unos desalmados bandóleros, los que no contentos con
»despojarle de cuanto llevaba, lo acribillaron á heridas,
»hasta el punto de dejarlo casi muerto sobre el camino.»

Excmo. é Ilmo. Sr.: yo encuentro alegorizado en esta parábola el humano entendimiento, maltratado en demasía por los extravíos de la ciencia contemporánea. Ella, en primer lugar, lo separa del principio religioso y de toda la doctrina tradicional, lo rebaja, lo hace descender, *Homo quidam descendebat*, lo hace descender de lo divino á lo humano, *descendebat ab Jerusalem in Jericho*. Ella, en segundo lugar, todo lo examina, todo lo discute y, robando á la revelación los títulos legítimos de su posesión sobre el entendimiento, nos lo representa como el viajero del Evangelio que, cayendo en poder de ladrones, fué despojado de cuanto tenía, *et incidit in latrones qui etiam despoliaverunt eum*. Ella, por último, desesperando de llegar á la verdad por el camino del raciocinio y de la discusión, renuncia á ella y cae en el más completo excepticismo; el entendimiento, pues, bajo sus influjos funestos, ve caer heridas una por una todas las verdades que forman su vida intelectual y, como el viajero del Evangelio, queda semimuerto en la gloriosa senda que debiera conducirle á la verdad: *et plagis impositis, abierunt...* Esta es la historia de la razón filosófica en el período contemporáneo; este es el diagnóstico de la enfermedad que invade las inteligencias; ella es acreditada por tres síntomas terribles y desesperantes; la *separación*, la *discusión*, la *negación*. *Homo...*

I. Hacia la mitad del siglo XV, el espíritu caviloso de los filósofos griegos, arrojados de Constantinopla por los turcos, invadió la Europa, y más tarde, favorecido por desgraciadas circunstancias, produjo el protestantismo, la más vasta y la más poderosa de todas las herejías, que no es otra cosa que la razón filosófica pagana aplicada á la revelación cristiana: la razón filosófica descendiendo de Jerusalén á Jericó. *Homo*. Sabido es que el principio constitutivo de la filosofía pagana se condensa en esta máxima de Platón: «Es necesario no admitir como cierto más que lo que á cada uno parece cierto estudiando la naturaleza.» Así también en el protestantismo, que informa los principios de la filosofía contemporánea, se sintetiza en este su fundamental axioma:

«Es necesario no admitir como cierto en materia de revelación cristiana, sino lo que parece cierto á cada uno, estudiando las Escrituras.» Por eso no ha mucho se escribían y publicaban con aplauso en la nación vecina estas célebres palabras: «Gracias á Descartes, somos todos protestantes en filosofía, como gracias á Lutero, somos todos filósofos en religión» (1).

De entonces acá, se ha venido sepultando con desdén la filosofía cristiana, que había enseñado todo el cristianismo. Se la llama servil, porque no es licenciada; esclava de la religión, porque no se mofa de ella; crédula, porque no es excéptica; supersticiosa, porque no es impía: es, Señores, que se pretende descienda de Jerusalén á Jericó. *Homo quidam descendebat*. Se ha dicho que la razón filosófica debe caminar sola; más todavía, se pretende que la Filosofía debe juzgarlo todo, aun la Teología misma, en vez de servirse de sus luces y respetar su autoridad; se ha planteado la completa secularización de la ciencia; se ha hecho la filosofía lega, como la literatura se había hecho profana. He aquí el triste espectáculo que está dando al mundo la ciencia contemporánea; aplaudiéndose de verse libre de toda autoridad y de toda traba, locamente aspira á caminar sola. Yo soy libre, exclama, yo reino. ¡Ay!, que separándose de los respetables arcanos de Sión, marcha insensata hacia los mudables horizontes de Jericó. *Homo quidam descendebat ab Jerusalem in Jericho*.

II. Mas ¿cuál ha sido ese reinado de la razón al levantarse en las escuelas sobre las ruinas de la fe? ¿qué ha encontrado en esa su marcha, que reputaba gloriosa? ¡Ah!, *incidit in latrones...* ¡Sí!, como el viajero del Evangelio, ha caído en poder de infames bandoleros, que la han despojado de todas sus laboriosas y ricas adquisiciones; al síntoma de la separación, sigue indeclinablemente el síntoma de la disolución.

Es bien sentado que uno de los caracteres propios de la

(1) Vid. Ráulica, *La Razón filosófica*, conf. 4.^a

ciencia moderna es la insolencia y la presuntuosidad, y quien haya registrado, siquiera sea en sus prefacios, algunas obras de la filosofía alemana; quien recuerde célebres frases de discípulos también célebres, de Leibnitz, de Descartes, del Vizconde Bonald, no me pedirá ciertamente pruebas de este aserto. De este fatal principio ha brotado la más funesta división; Bacon, con su filosofía experimental, resucitó á Epicúreo y echó los fundamentos del materialismo en Inglaterra. Descartes, con su duda metódica, hizo resucitar á Platón y abrió la puerta del excepticismo en Francia. Leibnitz, con su método de demostración, hizo resucitar á Zenón y echó los fundamentos al racionalismo en Alemania. Y divididos esos modernos merodeadores de la ciencia, los vemos ansiosos dividirse el botín que han obtenido en sus vergonzosas escursiones al campo de la verdad, y si al orgullo ha sucedido la división, á la división sucede la esterilidad, el empobrecimiento de la verdadera ciencia.

¿No lo veis? Se renuevan todas las cuestiones, como si la filosofía cristiana no hubiera resuelto ninguna; se sale en busca de las verdades, como si el Evangelio no hubiera demostrado al mundo verdad alguna, y no habiendo podido la filosofía ponerse de acuerdo consigo misma, ni establecer cosa cierta y sólida, ha sido impotente y estéril, no deja en pos de sí más que la desesperación de encontrar la verdad, y ésta, como el viajero de nuestro Evangelio, se ha visto infamemente desposeída de sus seculares conquistas y de sus trabajosas adquisiciones. *Incidit in latrones, qui etiam despoliaverunt eum.*

III. Mas ¿cuáles han sido los resultados de esas vergonzosas dilapidaciones de los llamados sabios? ¡Ah!, *et plagis impositis abierunt semivivo relicto.* Como el viajero del Evangelio, el cuerpo doctrinal de la ciencia contemporánea recibe profundas y multiplicadas heridas; al síntoma de la discusión, sigue indeclinablemente el síntoma de la negación.

¿Vísteis un día con los ojos de la fe y de la historia á

aquel ángel terrible que marchaba por las calles del afligido Egipto, hiriendo hasta el exterminio á toda la flor de las familias incrédulas?; pues habéis visto la alegoría más acabada de los funestos oficios que en el campo de la verdad hace, por desgracia, el ángel exterminador de la incredulidad de nuestra época: *plagis*... Decidme, si no, ¿qué verdad ha dejado intacta la ciencia contemporánea? ¿La existencia de Dios?; ahí están los nuevos ateos; ¿la espiritualidad é inmortalidad del alma?; ahí están los materialistas; ¿la creación, la redención, las verdades reveladas?; ahí están los racionalistas; ¿una verdad cualquiera, lo mismo del orden sobrenatural que del visible?; ahí están, Señores, ahí están, llenándonos de pavor, comenzando á invadir nuestra Europa, los sectarios atroces del *nihilismo*, esa retaguardia asoladora del ejercito de la negación. ¿Á qué cansarnos?; la verdad, semejante á nuestro infeliz viajero, después de robada, ha sido herida: *et plagis impositis abierunt semivivo relicto*.

¿Habéis visto la enfermedad que aqueja á los entendimientos?; pues contemplad ahora los remedios con que se nos brinda, y si el diagnóstico os ha parecido desconsolador, el tratamiento os parecerá ineficaz.

SEGUNDA PARTE.

« Sucedió, pues, con nuestro viajero, que habiendo quedado tendido y casi exánime sobre el camino, fué encontrado por un Sacerdote (de la antigua Ley) que á la sazón por allí pasaba, y habiéndolo contemplado con indiferencia, siguió su marcha.» *Accidit*... «Asimismo lo observó un Levita que estaba del lado opuesto del camino, y sin cuidarse de él ni de su lamentable situación, pasó de largo.» *Similiter et Levita, cum esset secus viam pertransiit*.

Señores: Dos remedios tan pomposos como inútiles presenta la ciencia contemporánea para curar los grandes males del entendimiento. El uno, nace y vive en las regiones de lo especulativo; el otro desciende y se apacienta en la esfera

de lo práctico y de lo sensible. El uno es el idealismo, ó si queréis mejor, el racionalismo; el otro es el sensualismo, ó si queréis mejor, el materialismo. El primero está simbolizado por el sacerdote de nuestra parábola, aparece envuelto en la atmósfera de lo infinito, entre los vapores de la Divinidad. *Accidit ut sacerdos descenderet eadem via*. El segundo está simbolizado en el Levita, de inferior condición; aparece anclado en los escollos de la materia, aspira el denso ambiente de los sentidos, y que ocupa la parte opuesta del camino. *Similiter et Levita cum esset secus viam*. Mas, ¿qué hacen estos dos opuestos sistemas, en orden á nuestra medicina intelectual? Nada, manifestar su impotencia. El uno, como el Sacerdote: *præterivit*; el otro, como el Levita: *pertransiit*.

El filosofismo del siglo precedente, asombrado al ver brotar de su seno el más vil materialismo; al verlo constituido en doctrina explícita, intentando salvar los restos de la borrasca por él producida, se hizo espiritualista; á principios, pues, de este siglo, formóse una escuela que, comparada con el materialismo de Helvecio y de Cabanis y el sensualismo de Condillac, podía ser llamada Espiritualista, pero que mucho mejor ha merecido el nombre que le ha quedado de *Racionalista*.

Y bien, ¿qué ha hecho en pro de los verdaderos intereses de la ciencia?; qué bálsamo ha derramado sobre las heridas del entendimiento? ¡Ah!, *viso illo præterivit*. La negación es su verdadero principio y su efectivo resultado. Hasta su aparición, el filosofismo todo lo había negado, mas no había sustituido el abismo inmenso de sus negaciones; á él estaba reservada una misión mucho más funesta, la de pretender llenar, y fantaseó cubrir el vacío producido por la ausencia de la fe con los densos nublados de la razón emancipada. ¡Empeño vano!; la escuela escocesa apareció bien pronto desprestigiada por su doctrinarismo; la Ecléctica vió inutilizados sus esfuerzos por sus punibles condescendencias; la Lincretista no tuvo bastante habilidad para purgar los errores de Cousin, y sancionó que no hay monstruosidad alguna

que sea repudiable; por eso, tras el idealismo de Berkeley, tras el cinismo de Voltaire y las utopias de Rousseau, se presenta impávido el ateísmo de Kolback y la escuela racionalista, que tiene que hundirse en el mar sin fondo del panteísmo, y ver reproducirse bajo su influjo errores tan vistos como los de las antiguas escuelas de Oriente, y doctrinas tan alarmantes como las sostenidas por el moderno espiritismo. En suma, Señores, el racionalismo, á pesar de sus pretendidas elevaciones, semejante al sacerdote de la parábola, viendo el cuerpo herido de la ciencia y de la verdad, pasa de largo, sin acertar á poner el dedo en la llaga, sin poder cicatrizar las heridas abiertas por el orgullo. *Viso illo preterivit*. Mas si tal es la impotencia del racionalismo, ¿será por ventura el materialismo más afortunado en sus empresas? Veámoslo.

II. Bien notorio es á cuantos siguen la marcha de las ideas modernas que, á pesar de los alardes espiritualistas de nuestro siglo, se ve á la negación materialista enarbolar también el estandarte de la ciencia, para no hacer otra cosa que inundar de ruinas los dominios de la Sabiduría. Sí, que el materialismo, semejante al Levita de la parábola, colocado en el lado opuesto del camino, contempla sin curar las llagas del herido cuerpo de las doctrinas. *Similiter et Levita, cum esset secus viam pertransiit*

Mirad, Señores, á nuestros materialistas precipitarse de abismo en abismo hasta la hediondez de la carne. Condescendientes con los gratuitos delirios de Loche, Condillac y Laromiguiere, se han visto precisados á evocar errores tan groseros como los de Demócrito y Epicúreo, y batir palmas ante las humillantes invenciones de Gall y de Spurzheim. Al negar al alma como sustancia distinta del cuerpo, aniquila, junto con todos los elementos que la constituyen, aquella gran ciencia que ha ilustrado á tantos sabios, la psicología de la ciencia del alma. Negando al espíritu, y proclamando la exclusiva dominación de la materia sobre el hombre, viene á negar juntamente la libertad y á proclamar la dominación exclusiva del mecanismo y de la fa-

talidad. Pues bien, la negación absoluta de la libertad, lleva consigo la negación y destrucción absoluta de la moralidad de los actos humanos. Infaliblemente, pues, el triunfo del materialismo sería la muerte simultánea de la ciencia psicológica y de la ciencia moral.

¿Á qué cansarnos, Excmo. é Ilmo. Sr.? Si el diagnóstico de la enfermedad que aqueja á las inteligencias es desconclador, los tratamientos empleados para combatirla son también de todo punto impotentes. Levantemos, pues, nuestra mirada en demanda de auxilio á la ciencia del Eterno, dirijamos nuestra vista á Tomás de Aquino, veréis en su ciencia la eficacia de nuestro remedio; es el Ángel del Señor, destinado á salvarnos con la brillantez de su mente. *Angelus.*

TERCERA PARTE.

Concluye la parábola de nuestro Evangelio, refiriéndonos en último término la postrera faz de la historia de nuestro viajero: «Tendido sobre el camino, despojado, herido, des-» atendido del Sacerdote y del Levita, he aquí que acierta » á pasar por allí un Samaritano, hombre despreciable para » los orgullosos hijos de Israel; mas éste es el único que se » acerca al viajero, le liga sus heridas, derrama sobre ellas » aceite y vino, lo coloca sobre su propia cabalgadura, lo » conduce á un establo hospitalario, y cuida de él hasta que » ha recobrado su completa salud.» ¡Ah!, Señores, este Samaritano es Tomás de Aquino; observad los caracteres de su ciencia, y veréis la eficacia de los remedios que ofrece á nuestra mente.

No tenemos absolutamente tiempo para fijarnos en los detalles de su admirable vida, vida que comienza en 1225 en el Castillo de Roca Seca, antiguo y noble solar de los Condes de Aquino; vida que se desarrolla en la antigua Abadía del Monte Casino; vida que se educa en el claustro de la orden de Predicadores de Colonia; vida que se ostenta en las obras más maravillosas, en esos portentos de saber

que han producido la verdadera ciencia escolástica; vida, obras y ciencia que, semejantes al Samaritano del Evangelio, producen á nuestra vista las más gloriosas transformaciones de la ciencia.

Samaritanus autem iter agens. Sí, también Tomás de Aquino y la Escolástica son hoy, como los Samaritanos de otro tiempo, objeto del odio y de la aversión de los modernos sabios. Si los escuchamos, oirémosles decir que los escolásticos, caminando por la senda trazada por Santo Tomás, no son más que un rebaño mudo y vil: *Mutum et turpe pecus*; que caminando detrás de Aristóteles, degradan la ciencia y pretenden crear la barbarie. Pero ¡oh contradicción flagrante!; no ha mucho resonaba en las escuelas de Lutero este grito de rabia: *Tolle Thoman et Ecclesiam dissipabo*. «Quitad á Tomás y destruiré la Iglesia.» Y es que este Samaritano es el que, movido de misericordia, se acerca á curar al extraviado y mal herido viajero. Su doctrina no es más que el desarrollo y demostración racional del dogma católico; su forma es la escolástica, elevada á su más alto grado de perfección. No es ciertamente la escolástica que podemos llamar peripatética, que si bien nos dió la filosofía más razonada que podía dar el entendimiento del hombre, al fin era la obra personal del filósofo de Estagira. No tampoco la escolástica arábigo-judáica, en la que los comentarios de Avicena y Averroes, de Aben-Ezra y Maimónides corrompieron y extraviaron las deducciones de Aristóteles con los errores orientales, sino la escolástica peripatético-cristiana, preparada por Casidoro y Boecio, iniciada por Beda y Alcucino, desarrollada por San Anselmo y el maestro de las Sentencias, y llevada á su apogeo por Alberto el Magno y Alejandro de Hales, y sobre todo, por Tomás de Aquino. Este es el Samaritano que se acerca al herido de nuestra época, pues si bien aparece oscurecida en los siglos XIV y XV, merced á las sutilezas de Duns Scoto; si es amenazada en su existencia en los siglos XVII y XVIII por la revuelta cartesiana y el sensualismo enciclopedista, aparece en brillantez progresiva en los profundos teólogos, en

los grandes metafísicos italianos, españoles, alemanes y belgas del último tercio del presente siglo. *Samaritanus autem iter faciens misericordia motus.*

Mirad como liga las heridas de la razón extraviada: *approprians alligavit.* Elevándose enfrente del error, establece el imperio de su doctrina y ejerce en medio de la anarquía actual de las escuelas la imponente dictadura de la verdad. La filosofía orgullosamente inquisitiva, repulsa toda verdad que no sea su propia conquista. Tomás de Aquino establece, y la escolástica sostiene, una filosofía demostrativa que se reputa dichosa en poder ser ilustrada por el principio religioso, y se afana por desenvolverlo más y más. *Approprians alligavit vulnera ejus.*

Mirad cómo derrama sobre esas heridas el óleo y el vino; el óleo, que fortalece para los combates de la apología; el vino, que embriaga en las levantadas concepciones, en las deducciones prácticas de la Teología: *infundens oleum et vinum.*

El Evangelio llevaba en su seno la Teología como en un germen; los Doctores griegos y latinos habían hecho desenvolvimientos parciales de esta semilla, según las necesidades de su tiempo, y los restos escapados de las borrascas de la edad media, se compilaron por P. Lombardo en el célebre Libro de las Sentencias. Tomás de Aquino establece y la escolástica sostiene la Teología como verdadera ciencia; une el elemento inmutable que forma su principio con el elemento variable de la ciencia humana; y ahí está esa *Suma Teológica*, monumento imperecedero del genio agigantado del Angélico Maestro, vasta síntesis de la razón y de la fé, la encarnación, según la ha llamado un escritor de nuestra época; la encarnación del pensamiento de Dios en la obra del hombre. *Infundens oleum et vinum.*

Mirad como conduce al espíritu herido, llevándolo sobre su propia cabalgadura al establo hospitalario del amor y de la caridad. *Imponens illum super jumentum suum.* Tomás de Aquino es el destinado á depurar aquel misticismo fanático de los fraticelos y de los flagelantes, á consagrarlo con

la misión solemne de la ciencia, á consumir la obra de San Bernardo, de Hugo y de Ricardo, de San Víctor, de San Francisco y San Buenaventura, y la escolástica sostiene estos impulsos del espíritu, recordándonos las prácticas de su casta vida, evocando las melodías de sus himnos, y promoviendo las efusiones suaves del amor divino, que purifican y ensalzan las tendencias ordenadas del corazón, que lo conducen, á pesar de nuestra propia miseria, al legítimo centro de nuestra incesante aspiración. *Imponens super jumentum suum, duxit in stabulum.*

Mirad, por último, cómo semejante al Samaritano del Evangelio, Tomás de Aquino *al otro día*, es decir, aun después de su muerte, sostiene y vivifica la obra de nuestra salvación intelectual y moral con dos místicos y riquísimos denarios *et altera die, protulit duos denarios...* Estos dos denarios son, Señores, sus obras y su orden. Su sabiduría vive en sus obras; sus oraciones y sus ejemplos vivifican la orden de Predicadores: *protulit duos denarios.*

Ya no nos queda tiempo para formar el catálogo de sus escritos; por ellos recogió con la una mano las tradiciones del gentilismo, con la otra las tradiciones del cristianismo, y fundiendo, por decirlo así, esas dos grandes tradiciones científicas de la humanidad en la inmensidad de su genio poderoso, formó la síntesis general de la ciencia, dejando al descender al sepulcro erigida en pos de sí esa admirable pirámide científica, cuya base descansa en la tierra, cuya cúspide se oculta en el cielo, y en cuyo frontis aparecen esculpidas estas palabras: Fomentad con la fe la luz del entendimiento oscurecido; fomentad con la caridad la vida del corazón extraviado: *protulit... curam illius habe.*

Tampoco hay tiempo para recorrer, ni á grandes pinceladas, la historia maravillosa de la orden de Predicadores, de la orden de Santo Tomás de Aquino; oíd sobre ellas la elocuente palabra de un célebre orador de la Compañía de Jesús: (1) «¡Cómo contar—exclama—cómo contar los predica-

(1) El P. Félix: vid. *Santo Tomás de Aquino*, por A. Pidal, pag. 267.

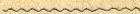
»dores, los filósofos, los teólogos que ha producido durante «seis siglos el instituto de Santo Domingo! *Multitudinem ejus, quis enarrabit?* Prodigiosa asamblea de hombres »sabios, inmenso colegio de Doctores, dominado por la gran »figura de Santo Tomás de Aquino.» Colocado en la orden de Santo Domingo como un Monarca en medio de su corte, ó como un caudillo en el centro de sus huestes, con su oración y su ejemplo vivifica esa institución divina, cuyos principales escritores ascienden á cuatro ó cinco mil, cuyos Santos están canonizados en gran número; esa institución divina, que no ha mucho vemos brillar en la elocuencia de Lacordaire, que hoy mismo escuchamos en la ardiente palabra de Montsabré; esas instituciones divinas, cuyas glorias han sellado en nuestros días con su sangre los mártires del Japón, de la China y del Tonkín; que repite sin cesar en tan insignes testimonios el celo de Tomás de Aquino por la ilustración de la mente y la salud del corazón. *Protulit duos denarios... Curam illius habe.*

En suma, Señores, Tomás de Aquino es el Ángel salvador de la ciencia contemporánea; así nos lo demuestran, ya el diagnóstico de la enfermedad que aquélla padece, ya la inutilidad de los tratamientos que en ella se emplean, ya la eficacia de los remedios que la doctrina de Tomás le propone; con razón, pues, podemos exclamar con Isaías: *Angelus faciei ejus salvavit eos.*

Ilustres Claustros, amados Seminaristas, terminaré mi discurso con las célebres palabras que el Santo Tobías dirigió á su hijo y á su fiel compañero: *Angelus Domini Sanctus, sit in itinere vestro* (1). ¡Ah!, sí, Tomás de Aquino es el Ángel salvador de la ciencia; si vosotros recorréis los senderos brillantes de la inteligencia, que este Ángel del Señor sea con vosotros en vuestro camino: *Angelus...* que marchéis influídos por su sana doctrina; que ella (y usaré, por último, unas célebres palabras del mismo Ángel Maestro), que ella os ilumine al entrar en esos senderos; *ingressum*

(1) Tob., X, 11.

instruat: que ella os dirija al progresar en esos caminos;
progressum dirigat: que ella complete vuestra ilustración y
vuestra dicha, ayudándoos á terminar aquí las dulces vías
de la gracia, y á obtener allí los dulces premios de la gloria:
egressum compleat. Amén.



PANEGÍRICO DE SAN PEDRO.

Tu vocaberis Cephas.
Joann, I, 42.



AY verdades en nuestra Religión sacrosanta que, semejantes á esos astros que en el mundo planetario aparecen luminosos con abrillantamiento de primera magnitud, se destacan con singular realce desde el cielo misterioso de nuestra fe. Verdades gigantescas que, á la grandeza de su importancia, reúnen la inmensa fecundidad de sus resultados. Quiere el Señor que sean conocidas á sólo una mirada de nuestras inteligencias, y en las obras de su inspiración divina las pone de relieve con magníficos realces. Tal es, Señores, la hermosa y consoladora verdad que en este día, y á estas horas, se proclama y glorifica por todo el ámbito de la tierra; la que forma en este instante las glorias de Jerusalén y las alegrías de Israel; la que es, por último, el objeto de esta fervorosa solemnidad: la grandeza de Pedro, nuestro Padre; las excelencias de la Iglesia, nuestra Madre. *Tu vocaberis Cephas.*

El Santo Evangelio, que tan parco se muestra en tributar elogios aun á los más insignes héroes del Cristianismo, que á veces toca muy de pasada circunstancias notables de la vida del Redentor, habla con remarcada insistencia de las glorias del Príncipe de los Apóstoles, refiere sus hechos y palabras con no acostumbrada escrupulosidad, y siempre os-

tenta con muy caracterizados rasgos la primacía de su apostolado, el principado de su autoridad. Siempre, Señores, aparece Pedro, fogoso amante de Jesucristo, hombre de una fe invencible, de un corazón magnánimo, de un espíritu agigantado; y siempre Jesucristo escogiendo á Pedro para los más altos ministerios, asociando á Pedro á sus más esclarecidos milagros, confiriendo á Pedro las más relevantes prerrogativas; hermanos míos, digámoslo de una vez, elevándolo á la gerarquía suprema del apostolado, constituyéndolo en Vicario de su autoridad, en Príncipe de los Pastores de su rebaño, en piedra fundamental del edificio de su Iglesia. *Tu vocaberis Cephas*, le dijo en el día de su vocación, y diez y nueve siglos de lucha y de triunfo vienen acreditando esta sobrehumana fortaleza, diré mejor, esta divina grandeza impartida por Jesús á Pedro y su Pontificado.

Señores, esta palabra *pedra* con que Cristo llama á Pedro en el día de su vocación al Apostolado, es bastante para que en ella veamos nosotros toda la grandeza de su vida, toda la grandeza de su sucesión: fué una palabra de eterna y completa realización, realización admirable del vaticinio de Isaías: *ecce ego mittam in fundamentis Sion, lapidem probatum, angularem, pretiosum* (1). Sí, hermanos míos, la nueva Sión, la Iglesia Santa, se asienta majestuosa sobre el pontificado de que Pedro es cabeza, y primer eslabón, piedra mística que ha colocado en el mundo, para ser el sustentáculo del edificio de sus amores; piedra, como dice el Profeta, de probada firmeza, de magníficas dimensiones, de bellísimas preciosidades. *Ecce ego...* Señores, venid y observar á los resplandores de las iluminaciones del Profeta, las glorias de nuestro insigne Patrono, las excelencias de esa divina institución del Pontificado; Cristo mismo nos ha dado el tema de nuestro discurso: *tú te llamarás piedra*; aquí están encerradas todas las glorias que forman el panegírico de San Pedro, los elogios del Pontificado: *tu vocaberis...* Para desarrollar convenientemente este pensamiento, imploremos los

(1) C. XXVIII, 16.

auxilios de la divina gracia, saludando á María Santísima con las palabras del Ángel: *Ave María*.

I.

Ecce ego mittam in fundamentis Sion; lapidem probatum. He aquí, Señores, la primera excelencia de la casa de Sión, la primera grandeza de Pedro y su Pontificado, grandeza de su espíritu, grandeza de su entendimiento, alumbrado por la fe, caminando siempre á la luz esplendorosa de la verdad. La Sión terrenal, imagen purísima de la Jerusalén celestial, no puede menos que tener por fundamento la verdad eterna; esto es, la piedra probada, es decir, robusta, de demostrada dureza, porque toma su robustez de la fe, porque tiene su asiento en la verdad del Altísimo. *Tu vocaberis Cephas. Ecce ego...*

Señores; cuando la postrera fase de la vida de nuestro Apóstol nos ofrece muy serias é importantes consideraciones, no hay para qué detenernos en los principios del honrado israelita de Betsaida, del humilde y bondadoso pescador del Genesareth; su condición oscura y su pobre oficio contrastan bien al vivo con la elevación de su espíritu, con la admirable perfección de sus virtudes; delinear el cuadro de ellas, sería ofreceros perspectivas halagüeñas, pero no obra acomodada á los límites de un solo discurso: su fe es el punto culminante de su elevación; por eso las iluminaciones de la verdad fueron el signo más patente de su apostolado.

Es llamado por Jesucristo, y dócil á su voz, se ofrece gustoso á la divina vocación; de tal modo se entrega á su Maestro, que tiene en Él una fe la más firme, que coloca en Él una confianza la más cumplida; él anda á pie firme sobre las aguas por orden expresa del Salvador: él se arroja al mar nadando ansioso para alcanzar á su Maestro. ¡Ah Señores!, quién pudiera haberse trasladado á las regiones de la Cesarea y escuchado en aquel día feliz para la Iglesia, el testimonio insigne de la fe del hijo de Jonás, la manifestación

más cumplida de la sublime elevación de su espíritu; aludo á la insigne confesión de Pedro, principio y fundamento de su apostolado: vosotros sabéis sus detalles, mil veces los habéis oído desde esta cátedra sagrada. «¿Quién dicen los hombres,—pregunta Jesús á sus discípulos,—que es el Hijo del Hombre?» Los Apóstoles, no Pedro, respondieron: «unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías.» «¡Ah!, cuando se trata,—dice aquí el gran Crisóstomo,—cuando se trata del rumor del vulgo, responden todos y calla Pedro; pero cuando se trata de confesar la Divinidad de Jesucristo, todos callan y responde Pedro.» El Salvador vuelve á preguntar á sus discípulos: «¿Vosotros, quién decís que yo soy?» Entonces Pedro, arrebatado en su fe, iluminado por el esplendoroso destello de la Verdad eterna, exclama extasiado: «*Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*: tú el ungido de Dios y el resplandor de su gloria; tú, la figura esencial de su sustancia y la manifestación sustancial de su esencia: *Tu es Christus...*» «¡Oh!, bienaventurado, responde á su vez Jesucristo, bienaventurado eres tú, hijo de Jonás; tú eres feliz, más que todos los mortales; mi Padre te ha comunicado y descubierto esta verdad, no la carne ni la sangre; tu fe es digna de la mayor recompensa. He aquí que ya se cumple la promesa que te hice en el día de tu admisión al Apostolado: *Tu vocaberis Cephas*. Pues bien, hoy te digo á tí, á tí solo, *Et ego dico tibi*, tú eres la piedra, piedra fundada en la fe: *Lapidem probatum*, y sobre tí, como sobre piedra, edificaré mi Iglesia. *Tu es Petrus*: mira, á tí te confío la Iglesia entera, que adquiriré con mi sangre; ahí tienes las supersticiones de los pueblos, la locura de los filósofos, la soberbia de los herejes, la rabia de los cismáticos. ¡Ah!, dirige hacia ellos la antorcha de tu fe, derrama sobre ellos las iluminaciones de tus creencias; extiende sobre ellos las alas de su verdad, y yo te prometo que los devaneos de la ciencia extraviada no harán zozobrar tu navicilla, que los esfuerzos de la impiedad se estrellarán á las puertas de la Iglesia. *Tu es Petrus...*»

Señores, desde entonces, el Pontificado es aquella piedra

misteriosa del desierto, la roca de Horeb, que tocada con la vara de la fe, produce en fecundos raudales las aguas purísimas de la verdad eterna; desde entonces viene Dios reproduciendo el prodigio de que nos habla el Profeta (1): *interrupit petram in eremo: et adaquavit eos velut in abyssu multa*. Sí, de Pedro y el Pontificado salen caudalosas corrientes, un abismo de purísimas aguas que sacian la sed y las aspiraciones de nuestra inteligencia, que camina en este desierto del error; mirad, si no, cómo Pedro, lleno del espíritu de Dios, abre su boca elocuentísima para anunciar al mundo la resurrección del Crucificado. El mundo atónito recibe esta luz de su predicación, y en el momento quedan convertidos ocho mil judíos; llena el lugar de Judas, dando un Apóstol á la fe; consagra las primicias del paganismo en la persona del capitán Cornelio; decide en un Concilio la controversia de la Circuncisión; recorre con su predicación los lugares más áridos, y en la Galacia, y en el Ponto, y en la Bitinia, y en la Capadocia, y en el Asia, en todas partes, derrama cual nube benéfica su rocío celestial; como la roca de Horeb, reproduce el prodigio de los raudales misteriosos. *Interrupit...*

Y como las corrientes que manaban de aquella piedra prodigiosa siguen al pueblo por toda la peregrinación del desierto, las iluminaciones del Pontificado alumbrarán á los espíritus, en tanto que las inteligencias no puedan beber en en la tierra prometida los purísimos raudales de la verdad eterna. No importa que la impiedad, sentada como maestra en la cátedra del orgullo, haya llamado y aun llame en nuestros días al catolicismo la escuela clásica del retroceso, la gran rémora del saber é ilustración humanos; no importa que los espíritus mal avenidos con las exigencias de su moral, se uniformen haciendo coro á esta calumnia, tan agradable á sus pasiones; porque la historia se levanta con sus indeclinables enseñanzas á combatir esa tesis tan creída como insuficientemente demostrada; la Iglesia ha recibido siempre

(1) Ps., LXXVII, 15.

las radiosas iluminaciones del Verbo, y vedla asentada en la cátedra Pontificia, cual sol benéfico que derrama sus luces al mundo, trazándole el cuadro de sus deberes, para que en todas esferas encuentre su paz y su felicidad, y mire al cielo aquí desde la tierra. *Interruptit...*

Mirad, Señores, cuando las tinieblas tenían invadido á todo el mundo, cómo los sucesores inmediatos de San Pedro derraman á caudales la ciencia por el Asia menor, la Grecia y la España, sobre la Persia y el Egipto; cómo á la palabra de los Papas Eleuterio y Gregorio el Grande, se levanta dos veces la verdad sobre la Gran Bretaña; cómo las iluminaciones de Gregorio II derriban las fabulosas creencias de Alemania; de Roma han partido siempre las salvadoras empresas de la ilustración universal. *Interruptit...* Y hoy mismo, cuando muchedumbres ilusionadas sueñan en la esterilidad de la Iglesia Católica, mirad á la Cátedra Pontificia y veréis que desde allí se condenan los sistemas del error moderno, se protesta contra nuevas impiedades, se reúnen de nuevo Concilios. ¡Ah, hermanos míos!, es que en la Cátedra Pontificia está la piedra de la sabiduría, y de ella bebemos las aguas purísimas de la verdad. *Interruptit...*

¡Gran Dios!, gracias os damos porque habéis fundado vuestra Iglesia sobre la fe de Pedro, sobre la fe del Pontificado, sobre esta piedra probada, fundamentada, establecida en tu misma verdad. *Ecce ego mittam in fundamentis Sion lapidem probatum.*

II.

Ecce ego mittam,—continúa el Profeta,—*in Sion lapidem angularem*. Señores, la piedra angular del edificio es la que lo sostiene principalmente, la que sirve de apoyo á todos los sostenes y, la que una vez quitada, deja tras sí inminente peligro de la ruina. Por tanto, ya que hemos visto á Pedro en su persona y en la de sus sucesores como piedra del edificio de Sión, como piedra robusta, firme y probada, es de verlo también colocada en el lugar conveniente para ser el sustentáculo de Sión, para ser la piedra angular de la

Iglesia, del reinado del Señor en las almas: la casa de Dios; nuestro corazón está fundado sobre el amor, que es la plenitud de la ley, y que, quitado ó pervertido, atrae sobre el alma el principio de todas las decadencias. Si pues de Pedro y su silla salen, no sólo las iluminaciones de la fe, si que también los rayos ardientes de la caridad, es evidente que Pedro y su silla son la piedra angular del edificio de la nueva Sión. *Ecce ego mittam in fundamentis Sion lapidem angularem.*

Casi todas las escenas que el Santo Evangelio nos refiere como verificadas entre Jesús y sus apóstoles, aparecen marcadas con algún insigne testamento del amor de Pedro á su Maestro: él siempre vela por su gloria, procura su bienestar, persigue y aun hiere á sus enemigos. ¡Oh, cuántas finezas y ternuras usó con Cristo ese discípulo escogido y privilegiado! Miradlo, hermanos míos, envuelto entre los misterios y los resplandores de la Transfiguración del Tabor; él es llamado á presenciar esta insigne glorificación de Jesucristo, y al contemplarlo radiante de hermosura, brillando en gloria, derramando en su exterior sensibles manifestaciones de su belleza divina, su corazón enamorado se enardece más y más, cae y languidece con éxtasis prodigioso, y en la reanimación de su arrobamiento, sólo desea y pide permanecer unido con su amado con vínculos de eterno amor. Por eso, hermanos míos, Jesucristo le corresponde con manifestaciones de amor purísimo, y en Jerusalén y en Judea, en el Huerto y en el Cenáculo, en la casa de Anás, y siempre y en todas partes, arrebatan nuestra consideración los tiernos y mutuos deliquios de amor entre Jesús y su discípulo. Por eso Pedro es constituido piedra angular del gran edificio de amor que Cristo vino á plantar en el mundo; recibe entre sus hermanos bendiciones más abundantes que las que Jacob recibió de un Padre bondadoso, y es constituido Príncipe en el nuevo reinado de los amores eternos.

Y notad, Señores, una bellísima figura (1) de este princi-

(1) Gén. XXVII.

pado de la caridad. Isaac, en su vejez, engendró á Jacob; Cristo al terminar su carrera instituye el Pontificado: Jacob estuvo en las entrañas de la madre con Esaú; la Sinagoga y la Iglesia estuvieron unidas en los destinos de la providencia; nació primero la Sinagoga, Esaú; pero el Pontificado, nuevo Jacob, salió sujetándole el pie, es decir, deteniendo su marcha. Jacob compró el derecho de primogénito que Esaú vendió para dar satisfacción á un apetito sensual; la Sinagoga carnal é incircuncisa, despreció los derechos espirituales que había recibido y los traspasó y legó al Pontificado. Jacob, á la sombra de su padre, dentro de su misma casa, en su propio rebaño, busca la ofrenda propiciatoria de la bendición; Esaú se fué á buscarla lejos de Isaac, en el campo, así como la Sinagoga se apartó de Jesucristo, y en los sacrificios materiales buscaba el precio de su paz y de su dicha. La Iglesia, Simón Pedro, momentos antes de su bendición, ofrece al Maestro el pobre banquete de su pesca modesta, figura del espléndido festín que le presentaba en su corazón Jacob, pues es el símbolo de Pedro: Isaac de Jesucristo.

Pues bien; tres veces habla Isaac con especial énfasis á Jacob, antes de constituirle en su derecho. Tres veces Jesucristo se dirigió á Pedro, antes de constituirle su Pontífice. «¿Quién eres tú, hijo mío?»—dijo en primer lugar el Patriarca á Jacob.—«¿Quién eres tú, hijo?; eres, por ventura, mi primogénito, el objeto especial de mi cariño?» *¿Quis es tu, fili mi?* «Simón, hijo de Juan,»—dijo también Jesucristo junto el lago de Tiberiades,—«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» *Es tu. ¡Oh Pedro, el discípulo querido, el Apóstol primogénito de la caridad. ¿Simon Joannis diligis me plus his?* (1). «Aún necesito,—continuaba desde su lecho el Santo Patriarca Isaac,—aún necesito, hijo mío, nuevo testimonio para probar si eres mi hijo querido; acércate á mí para que mis manos te toquen. ¿Con que tú eres mi hijo Esaú?» *¿Tu es filius meus Esau?* Tampoco Jesucristo

(1) Joann., XXI, 15.

estaba satisfecho del primer interrogatorio y vuelve á dirigirse á Pedro y le dice: «Simón, hijo de Juan, con que á la verdad, ¿tú me amas mucho en tu corazón?» *Simon Joannis diligis me?* Pero, Señores, la bendición de Isaac que constituía á Jacob en Padre del pueblo Israelita, y la de Jesús que constituía á Pedro en Padre del pueblo Cristiano, eran asunto de la más alta importancia; aún es preciso nueva inquisición de amor, y he aquí que Isaac habla por tercera vez á su hijo y le dice: «¿Con que eres mi primogénito?, ¿con que eres mi hijo Esau?; pues acércate, y ofrécame un testimonio de tu cariño, llégate á mí y dame un beso, hijo mío.» *Accede ad me, et da mihi osculum, fili mi.* Ved también cómo Jesucristo, usando de una palabra más enfática y afectuosa, se dirige á su Apóstol: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» *¿Simon Joannis amas me?* Notadlo, Señores, Isaac quería asegurarse de la primogenitura legal de Jacob antes de darle la bendición hereditaria. Jesús quiere asegurarse de la primogenitura de Pedro en el amor, antes de darle la supremacía Pontificia.

Pero notad también ahora la gran diferencia de los dos Testamentos: Isaac, satisfecho del amor de su hijo, le da su bendición en estos términos: «Sírvente los pueblos, adórente » las tribus; sé el Señor de tus hermanos y póstrese ante tí » los hijos de tu Madre.» Señores, esta es la bendición del temor, del Señor Dios terrible del Sinaí. Jesús, también satisfecho del amor de su Apóstol, le da su bendición en estas palabras: «Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas;» esta es la bendición del amor, del Padre cariñoso del Calvario.

Señores, desde el día en que sobre la cabeza de Pedro se derramó esta bendición, la Cátedra Pontificia ha sido la Madre fecunda de la moral en la sociedad. Al bajar del trono el despotismo pagano, elevóse el amor pontificio de en medio de sus martirizados hijos; el Pontificado procuró rehacer la humanidad destrozada en tan nefanda carrera de crimen y de pecado. Los extravíos de Arrio son después contrapesados por las grandes instituciones de San Basilio;

más tarde el grandioso espíritu del Pontificado se refleja en el alma sublime de Benito, y aun más tarde, San Bernardo y el Cister son el foco donde convergen el amor occidental y el amor oriental. En el siglo XII las llaves de Pedro abrieron las puertas del espíritu monacal; dieron libertad al espíritu de amor y dulcificaron los contratiempos de la guerra y la crudeza de los combates. La autoridad, en los siglos XIII y XIV, rodeada de murallas y castillos, olvidaba que en el Cristianismo está la base de todo buen gobierno, y el Pontificado inspiró la institución de varias Órdenes Religiosas, verdadero modelo de un feudalismo y un pueblo, según Dios; la palabra de un Papa, que pedía venganza de los insultos hechos á la Tierra Santa, conmovió profundamente las delicadas fibras de una edad caballeresca y pundonorosa, la paz reapareció en Europa, los señores descendieron á compañeros de sus criados, los criados se elevaron á cooperadores de sus señores; se hicieron guerras, es verdad, pero guerras de amor, guerras verdaderamente santas, con las que se pretendía romper la paz diabólica. *Missum est bellum bonum*, diré de las Cruzadas lo que un Santo Padre decía con otro propósito, *ut rumperetur pax mala*. Vino después la reforma protestante; la fe y la caridad recibieron profundas heridas del espíritu privado y del más furibundo proselitismo; la sociedad experimentó dos inmensas necesidades, necesidad de Doctrina para las inteligencias; necesidad de amor para los corazones; pues bien, la Iglesia y los Papas, al empezar la época contemporánea, fecundizaron estas dos ideas, y la Providencia dió á luz un tipo de perfecta realización para cada una. Ignacio de Loyola y Vicente de Paul. Con el primero aparecen los Jesuítas, enarbolando en su bandera esta palabra del Redentor: *Docete*... El segundo, haciendo nuevas evoluciones del amor, y modelando á nuestros días la gran caridad de nuestro Juan de Dios, aparece como el padre de tantas instituciones que ostentan en su estandarte esta palabra también del Redentor: *Diligite*...

Señores, no es posible detenernos más sobre este punto; el corazón pontificio, semejante á aquella piedra de que

nos habla el Profeta (1), que se colocó sobre el lago de los leones, y bajo la cual se dulcificó la fiereza de estos animales, colocada sobre el corazón humano, ha sido siempre la losa sepulcral de todos los vicios, el gran fundamento de todas las virtudes, la piedra angular del edificio de amor de Jesucristo. *Ecce ego mittam in fundamentis Sión lapidem... angularem.*

III.

Señores, hemos visto la fe de Pedro que, viviendo en el espíritu de sus sucesores, los ha constituido en piedra probada de Sión; el amor de Pedro que, viviendo en el corazón de sus sucesores, los ha constituido piedra angular de la Iglesia; réstanos sólo ver la autoridad de Pedro que, viviendo en el cetro y la corona de sus sucesores, adorna como piedra preciosa los cetros y coronas de la sociedad. *Ecce ponam...* Señores, no hay tiempo, y en sólo algunos rasgos delinearé esta última gloria de Pedro y el Pontificado.

¿Quién dudará, hermanos míos, de la suprema autoridad y primacía que Cristo confirió á su Apóstol? Apenas habrá otro dogma que podamos comprobar con más documentos de los Libros Santos. Pedro fué el primero á quien Cristo lavó los pies; por él solo ruega para que no falte su fé; á él solo determinadamente anuncian las Mujeres, según orden divina, la Resurrección de Jesucristo; él solo tiene la iniciativa en los más esclarecidos milagros; él solo congrega los Sínodos apostólicos, los preside y dirige las discusiones. ¡Ah, Señores!, lástima que el tiempo no nos permita desenvolver estas verdades; lástima que, haciendo una excursión histórica, no pudiéramos ver en la historia de los Papas magníficos y preciosos desenvolvimientos de la autoridad de Pedro, y con ella y por ella benéficos influjos en el orden, paz y felicidad de las sociedades en todas las épocas.

(1) Dan., VI.

Pero, hermanos míos, permitid siquiera una ligera ojeada sobre la doctrina social de los Papas, expuesta admirablemente por el primero de ellos, por el príncipe de todos los Pontífices, San Pedro. «Queridos míos, — dice (1), — vosotros no erais pueblo, ahora lo sois de Dios; llevad, pues, una vida ajustada, para que en vosotros se observe y glorifique á Dios. Estad sumisos á toda criatura constituida sobre vosotros por respeto á Dios.» Aquí tenemos la idea fundamental de toda sociedad: la unidad de las masas, cimentada en la Religión; el respeto á la autoridad, basado en la absoluta supremacía del Rey de Reyes. «Como libres, sí, — continúa el Apóstol, y notad bien estas palabras; — mas no cubriendo la malicia con capa de libertad, sino obrando en todo como siervos de Dios, por amor.» ¡Oh!, no nos olvidemos de esta gran verdad, que condena las trastornadoras utopias de toda política antireligiosa: «como libres, pero no cubriendo la malicia con capa de libertad;» *quasi liberi et non quasi velamen habentes malicie libertatem*. «Si sucede, continúa el Apóstol, si sucede que padecéis algo por amor á la justicia, bienaventurados,» dice: He aquí la mortificación, el sufrimiento y la abnegación que son precisas para conservar la unidad de los súbditos, base de toda buena sociedad.

¡Ah, Señores!; con dolor cierro esta epístola preciosa de nuestro Apóstol, que debieran no tener tan olvidada los políticos y reformistas de nuestros días. Sus sabios principios, adoptados y sostenidos por los Pontífices de todos los tiempos, han hecho que la Santa Sede haya aparecido siempre como iris de paz y de ventura en las naciones; árbitra bondadosa entre los príncipes, sostén de su autoridad, mediadora entre ella y los pueblos oprimidos. ¡Ah!, ¿por qué tanto perseguir á nuestra Roma?; por qué tanto perseguir á la Silla de Pedro, cuando los Pontífices han sido siempre el amparo de la sociedad, cuando ellos han sujetado las irrupciones vandálicas de los Atilas y de los Odoacros, han

(1) I, Petr., 2.



opuesto diques poderosos á los extravíos de los Isáuricos y Enriques, han levantado al mundo, lo mismo de la postración que producía la debilidad de los Augústulos, como de la decadencia que engendraba la corrupción de los Mahomas? ¡Ah, Señores!; la historia política del mundo no podrá nunca olvidar las influencias sociales de Inocencio III y Bonifacio VIII, de San Gregorio Magno y de Gregorio VII. Mas no hay que salir de nuestra época. Y aunque la revolución ha colocado en situación harto crítica al Pontífice de Roma, ved, sin embargo, como allí convergen las miradas todas del mundo, y de allí parten, de aquella Silla, asentada sobre robusta piedra, las enseñanzas y los elementos para la paz y tranquilidad de las naciones.

Sí, cristianos, esa es aquella piedra que el Profeta vió colocar en Sión, piedra probada en la firmeza de su fe, piedra angular, por la influencias de la santidad; piedra preciosa, esmaltada con las riquezas de su amor y beneficios hacia los pueblos. *Ecce ego mittam...*

Bendito Apóstol, glorioso San Pedro, Príncipe y primer anillo de esa cadena gloriosa: hoy venimos á implorar tu intercesión y á suplicar tus favores; oye pues, te diremos con el himno de la Iglesia, oye, pastor Pedro, las voces y ruegos de los que en tí confían: *Beate Pastor Petre, clemens accipe voces precantum*. Mira nuestras necesidades, nuestras miserias y nuestros pecados, y con tu palabra poderosa y con tu potestad suprema, acude benigno á nuestro remedio: *criminumque vincula verbo resolve, cui potestas tradita*: ábrenos el cielo, ayudándonos en la tierra, ya que abierto nos lo cerraron nuestros pecados: *aperire terris cælum apertum claudere*.

¡Oh, cristianos!, que así sea, que allí cantemos sempiterna gloria, dando honor en júbilo sin fin á la augusta Trinidad que rige y gobierna todas las cosas por eternidad de eternidades. *Sit Trinitati sempiterna gloria, honor potestas atque jubilatio in unitate quæ gubernat omnia per univèrsa æternitatis sæcula*. Amén.

PANEGÍRICO DE LA MÍSTICA DOCTORA SANTA TERESA DE JESÚS. (1)

Vulnerasti cor meum soror mea,
sponsa, vulnerasti cor meum, in
uno oculorum tuorum, et in uno
crine collis tui.

Cant. Cant., IV, 9.



E aquí la manifestación del amor, la expresión gloriosa de aquella unión inefable de los Esposos del cántico. ¡Oh hermosa mía, oh esposa mía, oh ser que reúnes todos los títulos de mi amor, todos los encantos para cautivar mi corazón!; lo has herido hasta lo más profundo, lo has seducido con la dulzura de tus ojos, con la hermosa brillantez de tus cabellos. *Vulnerasti...*

Señores, ese tierno cántico, cuyos dulces ecos nos repite aún el epitalamio de la eterna caridad, parece reproducirse en este día, parece resonar en nuestros oídos, cuando estáticos nos postramos ante esta heroína del amor, ante este portento de la caridad increada. Sí, que al contemplar á Teresa su celestial Esposo, al contemplarla encumbrada en esa suave y levantada montaña de sus espirituales bellezas, la dice cual Salomón á la Sulamitis: ¡oh Teresa!, tú eres mi hermana, porque tu corazón se identifica con mi corazón; tú eres mi esposa, porque tu amor aspira á la más estrecha

(1) Predicado el 15 de Octubre de 1877, en la solemne fiesta que en la Iglesia de Carmelitas Descalzas consagró el Ilustre Colegio de Abogados de Granada.

unión con mi amor; ¡oh, cuánto te amo, cómo siento en mí las influencias de tu amor!; tú has herido el mío: *Vulnerasti cor meum*; lo has herido con dos suaves saetas que alcanzan y penetran hasta el fondo de mi vida; con la saeta de tus ojos, encantadores como los de la paloma; con la saeta de tus cabellos, vistosos como la púrpura del Rey. *Vulnerasti cor meum..... in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui.*

Los ojos de la Esposa, dicen los Santos Intérpretes (1), miembros los más excelentes de su bellissimo cuerpo, son la imagen, son la expresión de su espíritu, de sus más altas virtudes, de su inflamada caridad, que es la reina de todas ellas; de este amor santo que enardeció hasta tal punto á esta Virgen esclarecida del Carmelo, á este alma privilegiadísima, que la levantó á la más sublime é íntima visión con Dios, á ser su amadísima Esposa, á vivir su misma vida, á obtener una especie de fraternidad divina. *Vulnerasti...*

Las seductoras trenzas de sus cabellos ostentan las irradiaciones de su mente purísima, son la graciosa emanación de sus subidos conceptos, de esas pasmosas concepciones de la Doctora Mística, cuyas obras admirables aparecen á nuestro estudio como aquellos canalones de púrpura del cabello de la Esposa; trenzas vistosamente ordenadas para ligar nuestra mente á las verdades de su ciencia incomparable.

Señores, entremos á la contemplación de tan estupendas maravillas; todas aparecen encerradas en este verso del Cántico: *Vulnerasti...* Teresa de Jesús, hiriendo con la dulce flecha de su amor el corazón de su amado. Amor de Teresa que se ostenta en el heroísmo de su vida, primera parte. Amor de Teresa que se manifiesta en la elevación de su ciencia, segunda parte. *Vulnerasti...*

Imploremos la gracia divina por la intercesión de María Inmaculada. *Ave María.*

(1) Vid. Tirini, *Comm. in Univ. S. Scripturam*, in hunc loc.

PRIMERA PARTE.

Dos principales miradas tiene, Señores, el ojo del amor: la una indica los afectos del amante, la otra el interés por el amado; la una es la expresión de la ternura, la otra es la manifestación del celo. El amor, que no puede estar oculto, tiende á ostentar, á manifestar su existencia, y la mirada es la inmediata expansión de su celo. Aplicando esta teoría del amor al encendidísimo de Teresa de Jesús, que brilla en esa levantada mirada de su ojo, del ojo con que se dirige á lo celestial, á lo infinito, *in uno oculorum*, veremos esa doble mirada con que hiere y arrebató el corazón de su amado: *mirada de ternura, mirada de celo*. Mirada de ternura que consideraremos en las maravillas de sus *éxtasis*. Mirada de celo que consideraremos en las maravillas de sus *fundaciones*. *Vulnerasti...*

I. Ávila, ciudad de Castilla la Vieja, ve nacer á Teresa, hija de D. Alfonso de Cepeda y D.^a Beatriz Ahumada, en el año de 1515. Vedla ya desde sus primeros años dar principio á sus acciones, por donde acabaron los héroes de la Religión. Enardecido su corazón por la lectura de la vida de los mártires, deseó ardientemente dar la suya por Jesucristo, apenas había cumplido los siete años. ¡Ah!, la gracia había encendido, en las fibras delicadas del corazón de esta niña, un volcán de amor; volcán tan grande, que cuando empezaba á vivir ya deseaba inmolarse á Dios. Es verdad que se mitigó por algún tiempo este primer fervor, que de tan sublimes aspiraciones había sido origen; pero brilló en seguida con más viveza, semejante al sol á quien una ligera nube eclipsa momentáneamente en su veloz tránsito; y arrebatada con la lectura de las Epístolas de San Jerónimo, cual otro Agustino con las de San Pablo, resuelve abandonar el mundo para tomar el hábito de Carmelita en el convento de la Encarnación de Ávila. ¡Qué hermosa es Teresa de Jesús en su primer holocausto! ¡Cuán perfecto es ya este sacrificio! Sacrificio consumado con una pobreza admirable, con una obediencia y

una humildad profundas, con una mortificación extraordinaria, con una oración constante y fervorosa, creciendo sus gracias y sus virtudes en las amargas aguas de la tribulación. ¡Ah, Señores!, aquel volcán sagrado que encerraba su pecho; aquellas ardientes llamas no podían reconcentrarse en sus senos, incendiaban al parecer la estancia donde se elevaba su alma á Dios en prodigiosos éxtasis, y se derramaban, cual la ardorosa lava que brota de un cráter, cuando un serafín con dardo de fuego traspasa su corazón hasta hacerla casi desfallecer de amor. La elocuencia, Señores, enmudece para bosquejar estos raptos de amor y de ternura.

Sin embargo, ¿qué de persecuciones no se levantaron contra ella á causa de sus revelaciones y de los raptos de su amor! No era extraño este recelo aun en varones consumados en perfección, en una época de tan grandes engaños en esta materia. En Valladolid se quemaban monjas luteranas; en Lisboa, Fray Luís de Granada era engañado por una monja hipócrita, y dentro y fuera de España no se daba un paso sin tropezar con fanáticos, con fabricantes de milagros apócrifos y de revelaciones supersticiosas.

Pero consultad, Señores, el levantado juicio que sobre el espíritu de Teresa formaron los grandes maestros de aquella época. La suavidad poética del elocuente agustino Fray Luís de León, describe la elevación del alma de Teresa. La naturalidad y franca sencillez del teólogo dominicano P. Báñez, analiza la sublimidad de la oración y de las revelaciones de la Santa; y el severo y profundo criterio del Apóstol de Andalucía, Juan de Ávila, explicando, si explicarse puede, la latitud, la altura, la profundidad del amor de este serafín, exclamó deslumbrado por tan radioso espectáculo: «¡parece increíble; abajarse una Majestad infinita á comunicación tan amorosa con una su criatura!»

¡Ah, cristianos!, es que el corazón de Jesús estaba herido con la mirada de ternura de su Teresa. *Vulnerasti...* Esta es la mirada que hemos visto en las maravillas de su éxtasis. Contemplemos la mirada de celo, la que veremos en las maravillas de sus fundaciones. *Vulnerasti...*

II. Si, Teresa de Jesús es una de aquellas vírgenes prudentes que llevaban en sus manos lámparas encendidas, no sólo para alumbrarse, sino para alumbrar á los demás; si va delante de su Esposo, para ser de las primeras en recibirle, es también porque quiere mostrarlo á las que le siguen, y solicita en la reforma de su regla, fijó todos sus deseos en recibir del Profeta de fuego aquel doble espíritu que descendió sobre Eliseo en las riberas del Jordán. Tan grande obra, empresa tan gloriosa para la Iglesia de Jesucristo, no podía realizarse sino por grandes prodigios, que marcaran en ella la diestra del Altísimo, por grandes tribulaciones que probasen el amor de Teresa para con sus hijos.

Para llevarla á cabo, apenas oye hablar de Juan de la Cruz, cuya fama iba extendiéndose fuera del recinto de la Universidad de Salamanca, marcha á Medina á comunicarle su proyecto é interesarle en favor de la reforma. Los dos tenían gran talento, gigantes corazones, no tardaron en comprenderse, al punto se identificaron. «Salgamos al campo, —me parece que decía Teresa á Juan de la Cruz, como la Esposa de los Cantares (1) á su amado;—salgamos al campo, » moremos juntos en las granjas, levantémonos por la mañana á las viñas y veamos si han florecido, si las flores » producen frutos, si las granadas están ya en flor.» *Egrediamur in agrum commoremur in vineis.*

Y ahí están esos místicos campos, esos célebres monasterios, frutos de la mirada de celo de la amante Teresa. San José de Ávila, Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Beas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Serna, Palencia, Soria, Burgos, ¡ah!, en estos sagrados recintos resonó la voz de celo de la enamorada Esposa: salgamos al campo, moremos juntos en las granjas. *Egrediamur...*

¿Qué importa que se alcen contra Teresa, aquí la envidia de los que se creían más adelantados en la ciencia, allí el egoísmo de los que temían perder el prestigio de sus relaja-

(1) Cant. Cant., c. VII, v. 14.

das comunidades, más allá la estupidez producida por la inobservancia y falta de ejercicios espirituales? La voz de Teresa es la voz del cielo de un alma enamorada que clamaba con encendida instancia. Salgamos al campo, moremos juntos en las granjas. *Egrediamur...*

En vano se le acusa por algunos de fanática, se le menosprecia por otros; porque era mujer, se le echaba en cara por muchos que no conocía el mundo, y reprendíasele por no pocos como inoportuna la austeridad que intentaba restablecer. Señores, el amor no cede fácilmente; el corazón de una mujer, cuando se ha incendiado por ese fuego, y más si esa mujer se llama Teresa de Jesús, y si ese fuego es el fuego purísimo y abrasador de la caridad, no encuentra obstáculos, y Teresa, extendiendo por doquiera su mirada de cielo, hace escuchar en todas partes y en todos los corazones la voz de su apostolado, é inflamada en sus ardores, repitió hasta descender al sepulcro el grito del corazón extasiado: Salgamos al campo, moremos juntos en las granjas. *Egrediamur...*

Señores, ¿vísteis el amor de Teresa, que se ostenta en el heroísmo de su vida?; pues observad también ese amor de Teresa, que se manifiesta en la elevación de su ciencia. ¿Contemplasteis la mirada de su ojo?; pues contemplad ahora la trenza de sus cabellos. *Vulnerasti...*

SEGUNDA PARTE.

Dos cosas encantan en los cabellos de una esposa terrenal, cuando aparece ataviada en el hermoso día de sus bodas: el color, la finura, la abundancia, las condiciones intrínsecas de ese cabello, y por otra parte, el adorno, la belleza, la disposición exterior del mismo. Así, pues, siendo, como digimos, esas trenzas seductoras con que el Esposo veía adornada la cabeza y cuello de su Amada, símbolo de esas vistosas irradiaciones de la clarísima inteligencia de la Doctora mística, de esas magníficas obras que ha dejado á la posteridad como monumento de su mente gigantesca, ex-

tasiados á su contemplación, debemos ver: 1.º, la elevación y sublimidad de su doctrina; 2.º, lo clásico y admirable de su literatura: Teresa de Jesús, grande sabia; Teresa de Jesús, grande literata. Así cautiva á su Esposo con la hermosa trenza de sus cabellos. *Vulnerasti cor meum... in uno crine colli tui.*

I. Floreció Teresa de Jesús, como es sabido, en nuestro siglo de oro, en aquel siglo en que la Teología desplegó todas sus fuerzas y la poesía tendió todas sus alas. Alzóse entre tantos ingenios como registra la historia de nuestra patria en aquel período, y fué desde luego una verdadera individualidad, un tipo original. Es verdad que cultivaban en su tiempo el género á que ella dirigía sus luces y su amor, el género místico, un Fray Luís de Granada, cuyas obras, tan sólidas como enérgicas, levantan y engrandecen el espíritu; un Fray Luís de León, que tan dulcemente sabe apartarnos de la agitación del mundo para llevarnos al conocimiento de Dios desde las floridas praderas bañadas por los arroyuelos, como desde las sombrías y silenciosas galerías de los Monasterios; un P. Estella, un Zárate, un Arias y otros muchos, sobre cuyos escritos vemos constantemente proyectada la sombra del amor eterno y de la inteligencia suprema; pero todos estos escritores no supieron hacernos descubrir el cielo sino á través del mundo, del mundo que perciben los sentidos. Teresa de Jesús, levantada sobre todos ellos, sabe romper, al escribir, los lazos que nos sujetan al cuerpo, nos eleva directamente á Dios, nos traslada á una mansión dichosa donde brilla otra luz, donde rigen otras leyes, donde se transforman gloriosamente los más nobles sentimientos.

Cuatro son los órdenes maravillosos por los que desplegó Teresa su genio: el histórico, el preceptivo, el doctrinal, el poético. También, Señores, los sagrados Intérpretes clasifican los libros canónicos en históricos, preceptivos, sapienciales ó doctrinales y proféticos. Porque si bien es cierto que en vez de los proféticos de la Biblia encontramos los poéticos de la Santa, también lo es que existen entre ellos

no pequeñas analogías: á los poetas también se les llama videntes y vaticinadores. Libros históricos de Teresa: *Su vida*, escrita por ella misma, *Las Relaciones espirituales*, las *Fundaciones*, las *Cartas*. Legales ó preceptivos: *Las Constituciones*, *Los avisos espirituales* y la *Visita de Conventos*. Doctrinales ó Sapienciales: *El Camino de perfección*, *Conceptos del Amor Divino*, *Las Moradas*. Poéticos: *Las Exclamaciones del alma á Dios*, *Glosas sobre el deseo de verle* y las *Canciones*. Hagamos, Señores, una excursión, siquiera sea ligerísima, por este ameno campo de ciencia y de sentimientos.

Parece á primera vista inconveniente que una doncella devota y humilde escriba su propia vida; mas la virgen castellana obedece en esto al mandato de su confesor; insensiblemente la vemos dejando su biografía para entrar de lleno á tratar del amor divino, y la concluye con un tratado completo de oración, sin acordarse de sí ni de su vida, bien que en los grados que describe, sin querer y sin nombrarse, resulta, por la luz divina que la baña, fotografiada su alma, como aparece en el objetivo el exacto retrato de quien en él se fija. Las *Relaciones Espirituales*, continuación de su vida, llenas de portentos. *Las Fundaciones*, escritas por especial mandato de Jesucristo, fecundo manantial de máximas para el gobierno de los Monasterios. ¿Y sus *Cartas*? ¡Oh, qué prudencia, que espíritu, qué agudeza tan inimitables!

Entre los libros legales ó preceptivos aparece, en primer término, el de las *Constituciones*, que es sin duda el que puso más de relieve el gigantesco corazón de la Santa. De ellas se ha dicho con galana frase (1), que son unos moldes de almas santas fabricados en el cielo. ¡Lástima que con más celo que prudencia se hayan intentado reformar estas constituciones! *Los Avisos Espirituales* y el *Modo de visitar los Conventos*, completan este segundo género de sus escritos; solamente una persona tan experta como discreta, tan pru-

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, Juicio crítico de los AA., del Tomo I y II.

dente como sabia, solamente Teresa de Jesús, pudo escribir con tanta maestría sobre el modo difícilísimo de dirigir mujeres, y mujeres inmoladas con votos solemnes y sujetas á estrechísimas reglas.

¿Y qué diremos, Señores, de los libros príncipes de la Santa, de los libros Sapienciales, *El Camino de perfección*, los *Conceptos del Amor Divino*, *Las Moradas*? Si registramos el primero, ¡qué doctrina tan admirable para llegar á aquella vida unitiva que engendra el amor divino! Si abrimos el segundo, ¡oh qué hermoso cántico elige en él Teresa, para cantar á su amado! Si llegamos al tercero, al *Castillo interior* ó *Las Moradas*..., cristianos, este es el gran libro, la obra maestra de Teresa de Jesús; especie de Apocalipsis de todas sus obras, ha sido y será el encanto de los sabios; los esclarecidos Gracián, Yepes, Velázquez y Yanguas, no aciertan á ponderar todo el mérito de esta bellísima obra. La misma Teresa decía de ella, con su gracia particular, ocho días después de haberla concluido, y con alusión al libro de su vida: «El platero que lo ha fabricado, sabe ahora» más de su arte que antes; el oro es de más subidos quilates y de más delicados esmaltes y labores» (1).

¡Ay, cristianos, si tuviéramos tiempo para entrar en el insondable abismo de purísimo sentimiento que nos ofrece la gran Doctora en sus libros poéticos! ¡Qué elevación de doctrina!, qué suavidad de deliquios!, qué ternura de emociones! ¡Cómo levanta el velo misterioso que nos deja entrever la sublimidad del divino amor!

¡Oh, qué Doctora tan levantada y sublime! ¡Cuán lindo y gracioso es el cabello con que hiere el corazón de su Amado! *Vulnerasti*... Señores, un instante más, y veamos la disposición de ese cabello, esa trenza hermosa que descende por su cuello. *Vulnerasti*... ¿Visteis á Teresa como gran sabia?; pues vedla como gran literata.

II. Se necesita, Señores, conocer la educación, el carác-

(1) Véanse los documentos que preceden á las obras de la Santa, en la edición de las mismas, por Doblado. Madrid, MDCCLXXVIII.

ter y hasta la biografía de un escritor, para apreciar debidamente su estilo y su literatura, á la manera que para reconocer los manantiales de un agua mineral, conviene estudiar los terrenos por donde pasa. Teresa de Jesús, de clase distinguida, de esmerada educación, de imaginación viva, de instrucción profunda, había completado, digámoslo así, su educación exterior en su trato con las señoras de la primera grandeza de España, con Obispos, Consejeros de Castilla, Prebendados, Catedráticos y muchos otros personajes sabios y distinguidos; por eso su estilo aparece siempre con la sencillez de la naturalidad, enérgico en la expresión, adecuado á las imágenes, castizo en los giros. El clásico Fray Luís de León (1) llegó á escribir de Teresa de Jesús estas palabras: «en la forma de decir, en la pureza y facilidad del estilo, en la gracia y buena compostura de la palabra, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con la de la Madre Teresa de Jesús se iguale, porque si entendieran bien castellano, verían que el de la Madre es la misma elegancia.»

Teresa de Jesús no escribe como nuestros modernos sabios, por puro afán de escribir, sino por explayar un corazón que rebosaba amor; libre de pretensiones científicas, se contenta con ser la cantora de sus propias inspiraciones y la poetisa de sus propios sentimientos. Por eso es difícil que comprenda el secreto de su originalidad la poesía y literatura de nuestra época; materialista pura, no se enamora sino de la belleza exterior; excéptica y aparenta fe; es impía, y habla siempre de Dios; está corrompida hasta los huesos, y hace visibles alardes de pureza; predica la caridad, y es egoísta. ¡Ah, Señores!; hoy, que se dice nos levantamos á los más altos principios de justicia, y se coloca, sin embargo, el hacha á la raíz de las más venerandas instituciones; hoy que, dispuestos á sacudir todo yugo, se quiere que la voluntad individual sea el centro de fuerzas de todos los poderes públicos; hoy que el mundo se rebela contra toda

(1) Lugar citado de la edición de Madrid.

autoridad, sea religiosa, científica, social; hoy que suspiramos ardientemente por una gran síntesis que venga á armonizar todos los antagonismos, no es, por desgracia, nuestra poesía y nuestra literatura la llama de la inspiración, del noble sentimiento religioso. El siglo que agota con agitación febril numerosas ediciones de *Los Miserables* y de *La Vida de Jesús* por Renán, no tiene corazón para extasiarse ante las delicadas inspiraciones de Teresa de Jesús.

Concluamos: Teresa de Jesús ha brillado á nuestros ojos con la grandeza de su amor, que ostenta el heroísmo de su vida; con la grandeza de su amor, que manifiesta la elevación de su ciencia. Es el amor de la mística Esposa, que cautiva á su Amado con la mirada de sus ojos; con la mirada de su ternura, que hemos visto en las maravillas de sus éxtasis; con la mirada de su celo, que hemos visto en la maravilla de sus fundaciones. *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum*. Es también el amor de la mística Esposa que cautiva á su Amado con las trenzas de sus cabellos, con la elevación y sublimidad de su doctrina, con lo clásico y admirable de su literatura. *Vulnerasti cor meum in uno crine colli tui*.

Que hiera también vuestros corazones, ilustres miembros de este esclarecido Colegio. Que hoy y siempre ofrezcáis este testimonio á la gran Doctora, no sólo para acreditar el entusiasmo de nuestra admiración, sino también para imitar el heroísmo de su santidad é inspirar vuestra mente en la elevación de su ciencia.

Sí, gloriosa Santa mía; hiere á estos tus devotos, á estos tus admiradores, á esas tus tiernas hijas; hiérenos á todos con la mirada de tus ojos, con los cabellos de tu cabeza: *in uno oculorum tuorum et in uno crine colli tui*; ilústranos con tu doctrina, muévenos con tus ejemplos, defiéndenos con tu patrocinio en esta vida, para que después logremos la eterna. *Amén*.

HOMILIA PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS. (1)

**Ego veni ut vitam habeant, et
abundantius habeant.**

Joann., X, 10.



AL ES, Ilustrísimo Señor, la misión salvadora que Jesucristo vino á cumplir sobre la tierra, y si pudiese cabernos alguna duda de ello, el himno de triunfo que llenos de Júbilo entonan esas turbas sagradas que pueblan el Empíreo, sería documento tan insigne como significativo de esta verdad consoladora. Sí, cristianos, esas alegres muchedumbres que hoy excitan nuestra atención, que hoy exigen nuestras adoraciones, los Santos todos que pueblan las hermosas regiones del Paraíso, exclaman ante el trono del Cordero con el cántico de la eternidad (2): bendición, claridad, sabiduría, honor y gloria á Dios, por los siglos de los siglos. Y Cristo, extendiendo sobre ellos la mirada de su amor, dirige á la humanidad esta palabra de consuelo: «He ahí los frutos de mi aparición sobre la tierra; seguid sus huellas, imitad sus virtudes; yo les dí la vida, yo os daré á vosotros la abundancia de mis amores.» *Ego veni.*

La humanidad, Señores, quedó muerta en el Paraíso con la herida funesta del pecado; las pasiones se enseñorearon

(1) Predicada el 1.º de Noviembre de 1876 en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada,

(2) Apocal., c. VII, v. 12.

sobre el corazón, y su fatal reinado ha venido presidiendo las tristes épocas de su humillación y de su desventura. Hoy parece que nuestro espíritu, degradado por todos los extravíos, presenta en vergonzosa síntesis el más fatal compendio de las aberraciones de la voluntad; de la voluntad, á quien el sensualismo ha dado muerte, asfixiándola con el hálito mortífero de su triple concupiscencia; de la voluntad, á quien el egoísmo conduce al fatal sepulcro de la autonomía de su amor; de la voluntad, á quien el indiferentismo encierra bajo la fría losa de su impotencia y esterilidad. Pues bien, Señores, por entre las sombras de este lúgubre recinto de la muerte del corazón, resuena vigorosa la voz de Jesucristo, que anuncia al mundo el principio de su vida, los elementos de su moral restauración. «Yo he venido,— dice,—yo aparezco entre vosotros para que resucitéis á la vida, para que la tengáis en grande abundancia.» *Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant.*

Sobre dos montañas misteriosas dirige hoy Jesucristo esta voz consoladora: sobre la montaña de la Gloria, sobre la montaña de Judea, sobre la montaña donde ostenta á los bienaventurados la Divinidad de su ser, sobre la montaña donde ostenta á los viadores la Divinidad de su Doctrina, sobre la montaña donde brillan los frutos de su vida, sobre la montaña donde brillan los caminos de esa misma vida: allí están los Santos, aquí están los hombres; y Él asegura, con su palabra de verdad eterna, que vino al mundo para derramar sobre todos el aliento vivificador de su gracia. *Ego veni...*

Pues bien, Señores, después de adorar extasiados los frutos maravillosos de la vida Divina, que se nos ofrecen en la montaña sagrada de la Gloria, vengamos á la célebre montaña de Judea, para aprender en el primer sermón del celestial Maestro, de que hoy nos habla el Evangelio (1), los caminos igualmente maravillosos de esa vida, también Divina.

(1) Math., c. V.

Y si el corazón aparece en nuestra época herido por el sensualismo, muerto por el egoísmo, sepultado por el indiferentismo, veamos (y este será el objeto de vuestra atención) en el Sermón del Salvador, el corazón: 1.º, sanado por la pureza; 2.º, restaurado por la caridad; 3.º vivificado por el esfuerzo del amor. *Ego veni...*

Imploremos antes los auxilios de la gracia del Señor, por mediación de la Reina de los Santos. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Sí, no hay que dudarlo: el corazón humano aparece en nuestra época víctima del más refinado sensualismo. Examinadas las tendencias y el movimiento de las ideas, de las costumbres, del conjunto de nuestro siglo, vemos que aparece á nuestra consideración con la nota ciertamente poco honrosa de sensualista.

En vano quisiéramos disimulárnoslo; el sensualismo se halla en lo más íntimo de nuestras ideas. Es verdad que nuestro siglo aparece pretendiendo engañarnos con ciertos alardes de espiritualismo; no ha mucho tiempo apareció cierta doctrina paradógica que, empleando un lenguaje que no conocemos, abrió esa nueva era de la ciencia sensual, ciencia impulsada por el espíritu de renovación y saturada de neologismo; en esa filosofía extravagante había, sin embargo, una cosa á primera vista alarmante, no sé qué atractivos para los corazones corrompidos, que ha tenido y tiene esa metafísica nebulosa, esa fraseología engañadora. Mirad, Señores, cómo de las profundidades oscuras de esos sistemas se han ostentado por medio de fórmulas ambiciosas un vil materialismo, han salido enjambres de filósofos sensuales.

De la región serena de las ideas y de la filosofía, trasciende el sensualismo á la de la literatura: ¿no lo veis, Señores?; hoy se busca ante todo en el estilo los ardientes reflejos de la imagen y el estremecimiento de la sensación. Las obras de fantasía, y sobre todo, la novela, son las que

obtienen un éxito más fácil é infalible. ¡Ah!, la novela, de la que no há mucho decía un profundo escritor (1): «su ideal no es más que una carne poetizada, sus pretendidas elevaciones sólo son fuegos poéticos que hacen recaer más profundamente en las ignominias de la carne sus angélicas contemplaciones y platónicos amores.»

Pero donde aparece más de realce el fatal influjo de la sensualidad, es sin duda en nuestras costumbres; mirad nuestro teatro, al que por sarcasmo podríamos llamar «la escuela de costumbres,» y que en realidad es funesto laboratorio donde se desenvuelven con exceso las tendencias sensuales; mirad las modas, calcadas sobre la desnudez infamante de la mujer y sobre una audacia que hubiera sorprendido el pudor de nuestros mayores; y vemos al oro como al verdadero soberano de la tierra, y el sonido del dinero, que embriaga y enloquece las muchedumbres. ¿Qué nombre dar, Señores, á esos misterios del negocio, ante los cuales se cubren el rostro la justicia y la caridad? Y vemos á los envidiados héroes de la fortuna desplegar un fausto que los Reyes de Persia hubieran quizá admirado, celebrar festines que acaso Sardanápalo no contemplaría sin asombro, y acelerar en orgías que satisfacen sus pasiones un movimiento que prepara su ruina. Y vemos á la concupiscencia que, enseñoreándose en todas las esferas de las costumbres, hace exclamar á los hombres, como los necios de que nos habla la sabiduría: gocemos de los bienes que existen, pidamos el placer á toda criatura, no dejemos pasar sin arrancarla toda flor de primavera, dejemos por doquiera huellas de nuestra voluptuosidad.

¡Ah!, Señores, que entre las inmundicias de ese diluvio nefando, que entre los horrores de ese Pentápolis de nuestra degradación, aparece Cristo en la montaña de Judea predicando su celestial doctrina, y diciendo á la humanidad: «Yo vengo á destruir el reinado del sensualismo, yo vengo á resucitaros de la postración de las pasiones.» *Ego veni...*

(1) P. Félix, conferencia 3.^a, 1857.

Abrid, si no, el Santo Evangelio de esta solemnidad; escuchad los detalles del Sermón de la montaña: «Viendo Jesús á las turbas,» turbas puede llamarse á la humanidad, por la confusión que en ella producen los alborotos y trastornos del sensualismo. «Sube al monte,» sí, sube Cristo, porque la humanidad ha descendido á las inmundicias de la carne, y yace postrada y abatida por ellas. «Y habiéndose sentado,» siéntase el Maestro Divino para detener el paso al sensualismo, que corre afanado por todas partes. «Y abriendo su boca, propone la Doctrina del espiritualismo, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos. Bienaventurados los que lloran.» El sensualismo sanciona el reinado de la codicia, y Jesús exclama: *Beati pauperi*. El sensualismo ha sancionado el reinado del orgullo, y Jesús exclama: *Beati mites*. El sensualismo ha proclamado el reinado del placer, y Jesús exclama: *Beati qui lugent*.

La pobreza evangélica es el término opuesto á la codicia humana; no expresa solamente el hecho y el resultado del desasimiento, sino el amor y voluntad con que se abraza; no consiste precisamente en la carencia de los bienes criados, sino en un afecto del alma á los bienes eternos; afecto santo, que ordena debidamente la dirección del corazón, que fomenta en el hombre la felicidad y la dicha, que armoniza en los pueblos los intereses más vitales de la sociedad. ¡Oh!, *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum colorum*.

Por otra parte, el progreso, por medio del cristianismo, se apoya en una contradicción aparente: rebajarse para elevarse: disminuirse para crecer. El hombre se elevó con Satanás, y cayó; el hombre desciende con Dios, y vuelve á levantarse: la imitación insensata de la grandeza de Dios le perdió; la imitación del abatimiento y mansedumbre de Dios le restaura. ¡Oh!, feliz palabra, que encierra en sí todos los elementos de grandeza, de paz, de perfección para la humanidad. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram*.

Pero aún hay más: Jesucristo, á presencia de nuestro

siglo sensualista, da una tercera voz, y exclama: Ha llegado el momento de la reacción contra los placeres; la mortificación desarrolla la vida verdaderamente superior del hombre, disminuye el hombre inferior, destierra y condena los funestos derechos de la carne, engrandece al hombre superior, y despliega á su vista un porvenir dichoso; en este mundo, por las dulzuras del amor ordenado; en el otro, por las delicias de la eternidad. ¡Oh!, *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*

Pero, Señores, dirijamos una segunda mirada á nuestro siglo, y veamos en él á nuestro corazón, muerto por el egoísmo, y resucitado por Jesucristo con la vida de la caridad. *Ego veni...*

SEGUNDA PARTE.

Sí, el corazón aparece en nuestra época muerto por el egoísmo. De la perversión engendrada por el sensualismo, nace directa y legítimamente la perversión del egoísmo; el amor á la carne, trastornado por las pasiones, encadenado á la triunfal carroza de las mismas, difícilmente puede volver á Dios, su legítimo término, y desengañado en la vanidad de sus mentidos placeres, busca nuevos senos donde recogerse dentro del mismo hombre, y entonces vemos y sentimos esas fatales reconcentraciones del amor relajado y seducido; entonces escuchamos dentro del corazón esta palabra: «no hay mejor amor que el amor de sí mismo;» entonces se proclama desgraciadamente el reinado del egoísmo.

¡Ah, Señores!, del egoísmo destructor del orden moral; del egoísmo generador funesto de la esterilidad del corazón. Tal es la segunda perversión de nuestro siglo, la segunda muerte que recibe nuestro corazón.

Si tuviéramos tiempo, discurriríamos por todos los órdenes y por todas las esferas, y vierais al egoísmo destruyendo todos los instintos de lo bueno, siendo el fatal resorte de todo lo malo. ¿Quién suele engendrar esa nueva filosofía, esa ciencia de la negación, esa filosofía del descreimiento? El

egoísmo, nuevo Eróstrato de las ideas modernas, que con tal de dar celebridad á su nombre, osa intentar reducir á pavesas el majestuoso templo de la verdad antigua. ¿Quién produce ese aflojamiento de vínculos en la sociedad doméstica, de que vemos resentirse la familia de nuestros días? El egoísmo del padre que desconoce la ley de sus deberes, de la madre que desconoce la ley de su sacrificio, del hijo que desconoce la ley de su obediencia. ¿Quién engendra esa perturbación que vemos en los Estados modernos? El egoísmo en los gobiernos que no tienen otra norma que su medro personal; el egoísmo en los súbditos, que inspira y sanciona á cada paso la rebelión. ¿Quién motiva esos trastornos que observamos aterrados en el orden social? ¡Ah!, el egoísmo del industrial que, imbuído en las lecciones de una economía materialista, desprecia las fiestas del Señor, desconoce la dignidad del obrero: el egoísmo de éste, que imbuído en las lecciones de una economía socialista, se rebela y murmura contra su amo y esteriliza con su apatía sus esfuerzos industriales.

Señores, ¿á dónde dirigir una mirada en medio de tan lamentable situación? ¿Á dónde encontrar un remedio para este corazón, que es conducido á la sepultura del antoteísmo? ¡Ah!, en la palabra de Cristo: «Bienaventurados—ha dicho,—los que han hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos.» Jesucristo fija en estas dos bienaventuranzas las tendencias legítimas del amor; éste se había encerrado dentro de sí, y Él lo saca y lo dirige, encaminándolo á *Dios y al prójimo*.

La tendencia más legítima del amor es la que lo dirige hacia Dios. Ya lo dijo el mismo Cristo: (1) «Permaneced en mi amor, y participaréis de mi perfección, que asimismo consiste en que permanezco en el amor de mi Padre, cumpliendo su voluntad y sus mandatos;» y no menores motivos tenemos para amar á nuestro prójimo que para amar á Dios. Estos dos amores, ha dicho el P. San Gregorio, son dos par-

(1) Joann., XV, 9.

tes que forman un solo todo; dos eslabones que componen una misma cadena, dos actos que constituyen una misma virtud.

Por eso nuestro Redentor pronuncia estos dos tremendos fallos contra el egoísmo: Bienaventurados, exclama, los que han hambre y sed de justicia; esta era la condenación del egoísmo por la proclamación del amor á Dios. Bienaventurados los misericordiosos; esta es la condenación del egoísmo por la proclamación del amor al prójimo.

Pero, Señores, dirijamos una tercera y última mirada á nuestro siglo, y veamos en él á nuestro corazón sepultado por el indiferentismo, á la vez que vuelto á la vida por el divino esfuerzo del amor, del amor de ese Dios que, colocado hoy en la montaña de Judea, nos dice en su Sermón prodigioso: *Ego veni...*

TERCERA PARTE.

Sí, el corazón aparece en nuestra época sepultado en la más glacial indiferencia. De la perversión engendrada por el egoísmo, nace como fatal consecuencia la perversión engendrada por el indiferentismo. Trabajadas las inteligencias en esa carrera de incredulidad, por que las precipitaron los imprudentes deístas del siglo XVII, trastornados los corazones merced á las escenas de voluptuosidad que presenció atónito el siglo XVIII, hemos venido en el presente á encontrarnos bajo el reinado del más completo descreimiento, bajo la dominación de las más imprudentes corrupciones; descreimiento y corrupciones que dan por triste resultado esa palabra desesperante que puede definir á nuestra época: el indiferentismo.

El indiferentismo, Señores, cual legión poderosa, camina hoy como obedeciendo á una consigna; avanza y nos invade, nos provoca, nos desafía: sí, nos reta ante Dios, de quien blasfema, ante la humanidad á quien ultraja. Miradlo, mirad á ese indiferentismo atrevido, envanecido de sí propio, cómo va subiendo por la escala de negaciones que le han

facilitado el camino; allí, como el genio de Satanás, desplega su bandera negra, y llamando á sí, desde todas las guaridas del anticristianismo contemporáneo, á todos los que se dedican á apagar las antiguas luces, grita con voz furiosa: abajo el Dios de los católicos, abajo el culto de los católicos, abajo el Pontífice de los católicos, abajo los Sacramentos de los católicos, abajo... ¡Ah!, Señores, de esta manera al cabo de cerca de dos mil años de Cristianismo, estamos asistiendo á espectáculos que hubieran llenado de asombro hasta á la misma gentilidad.

¡Oh!, si tuviéramos tiempo, yo os diría: mirad á la Grecia que brilla con la gloria de sus grandes hombres y de sus obras maestras, y veréis que no es impía; antes por el contrario, es religiosa; es verdad que la superstición multiplicó sus dioses, pero debajo de aquellas capas de fanatismo, fluía á torrentes la savia religiosa; y sólo entonces se precipita por la vertiente de la decadencia, cuando sus escuelas se ven invadidas por los delirios de los Pirrónicos, por los extravíos de los Epicúreos y la glacial indiferencia de los Estoicos.

Mirad á Roma en la época más brillante de su historia: su religiosidad igualaba á su valor, multiplicaba sus sacrificios juntamente con sus victorias; pero llegó un día en que también se vió propender á la decadencia, á esa reina de las naciones. ¿Qué había ocurrido en ella? ¿Qué había de ocurrir!: que la invadió una nube de sofistas, de escépticos y de indiferentes, y éstos supieron oscurecer sus glorias y humillar sus grandezas, mejor que las legiones del Septentrión.

Mirad... pero Señores, no tenéis que mirar más que á esa sagrada montaña de donde se destaca brillante, más que el sol en la plenitud de sus resplandores, Jesucristo, Maestro de las naciones; escuchad cómo termina esa peroración estupenda dirigida á las turbas que acudían á escuchar su doctrina: *Beati mundo corde... Beati pacifici... Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam.*

Esta es la palabra también destinada hoy á sacar á la hu-

manidad de ese sepulcro hediondo en que la sepulta la indiferencia. La indiferencia apaga en el corazón todos los incentivos del bien, es la autora de esa prodigiosa invención de nuestro siglo, que se denomina la moral independiente: invención que será una de las que causen más asombro y excite más la burla de la posteridad, porque es el gran contrasentido filosófico, porque es el árbol funesto que cobija todos los extravíos del corazón; porque es el germen fecundo de todas las voluptuosidades. La indiferencia hace más, subleva contra el espíritu la turba innoble de las pasiones, les permite punibles escursiones en los dominios sagrados de la caridad, y semejante á esos gobiernos débiles y condescendientes que, no teniendo la previsión bastante para mantener á las turbas en su esfera, también se encuentran faltos de carácter en la represión de sus desmanes, hace que el espíritu vea inundarse su sentir y su querer con pensamientos é ideas que le perturban, con voluntades y amores que le trastornan.

La indiferencia, Señores, hace aún más; esteriliza todos los recursos del corazón, vuelve amargos todos los deberes, corrompe insensiblemente todas las inclinaciones, gasta todos los resortes del sacrificio, y termina, en fin, produciendo en el alma una vergonzosa cobardía, que es la precursora de su ruina y de su muerte.

Es decir, que la indiferencia produce estos tres lamentables efectos: manchar, perturbar, debilitar. Pues bien, ante esa indiferencia que mancha, dice hoy Jesucristo: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Ante esa indiferencia que perturba, dice hoy Jesucristo: Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Ante esa indiferencia que debilita, dice hoy Jesucristo: Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos: *persecutionem*... ¡Oh amor de nuestro Dios, que produce en nosotros tan gloriosas transformaciones!

Ante esa indiferencia que nos mata, aparece hoy á nuestra vista la corte de todos los Santos. Sí, ante la indiferen-

cia que mancha, dirigen hoy sus ecos hacia nosotros esos coros delicados de purísimas vírgenes; nos deposamos, dicen, con Aquel cuya majestad sirven los Ángeles, cuya belleza admiran el sol y la luna: *Cui serviunt Angeli, cujus pulchritudinem sol et luna mirantur* (1). Él nos dió su anillo, él nos adornó con su corona como á esposas. *Annulo suo subharravit me Dominus meus Jesus Christus*. ¡Oh!, amamos á Cristo, porque ese amor engendra la castidad: *quem cum amavero casta sum*; nos unimos con Cristo, porque esa unión produce la virginidad: *quem cum accepero virgo sum*; nos abrazamos con Cristo, porque ese abrazo produce la santidad: *quem cum tetigero munda sum*. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Ante la indiferencia que perturba, dirigen sus ecos esos coros de Apóstoles y Confesores que, orlados con las aureolas de sus triunfos, repiten con las armonías de la eternidad estas célebres palabras: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? (2) ¡Ah!, ni la muerte, ni la vida de los ángeles, ni los príncipes, ni criatura alguna: *Beati pacifici*. Ante esa indiferencia que debilita, dirigen sus ecos esos coros de poderosos mártires que, recordándonos las ansiedades de las Catacumbas y los tormentos del Coliseo, nos convidan á observar la gloria de su heroísmo, el premio insigne de sus victorias. Hijos de Jerusalén, exclaman, miradnos, miradnos con las coronas del Señor, con las coronas de la alegría; estos son los laureles de nuestro esfuerzo y nuestros padecimientos. *Filii Jerusalem venite et videte martyres cum coronis...* (3) *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum cœlorum*.

¡Oh, cristianos, cuán glorioso es, exclama hoy la Iglesia, cuán glorioso es el reino en el que con Cristo gozan todos los Santos! ¡O quam gloriosum est regnum! Sí, aspiremos á las glorias de ese reinado con los trofeos que ostentemos

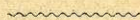
(1) Oficio de Santa Inés., v. y m.

(2) Ad Rom., VIII.

(3) Oficio Pascual de Mártires, antifona ad *Benedictus*.

en nuestras luchas contra el sensualismo, contra el egoísmo, contra el indiferentismo; sí, que es gloriosísimo el reino en que con Cristo se gozan los que viven según el espíritu, según la caridad, animados por el fervor. *¡O quam gloriosum est regnum.*

Cristianos, caminemos en esta vida conforme á la doctrina que hemos escuchado en la montaña de Judea. Imploremos las protecciones de esos héroes que habitan en la montaña de la gloria; que así obrando, al penetrar después de una muerte santa en esa región hermosa, podremos exclamar con todo el júbilo de nuestras almas: ¡Oh, cuán glorioso es este reino!, en el que con Cristo nos gozaremos para siempre revestidos de estolas blancas, y siguiendo al Cordero en los caminos de su eternidad. *¡O quam gloriosum est regnum in quo cum Christo gaudent omnes Sancti, amicti stolis albis, sequuntur Agnum quocumque ierit.* Amén.



SERMÓN DE MISA NUEVA. (1)

Eritis mihi testes in Jerusalem,
et in omni Judæa, et Samaria, et
usque ad ultimum terræ.

Act., Apost., I, 8.

CRISTIANOS:



sí se expresaba el Hijo de Dios hecho hombre, el que había sido la esperanza y era el objeto de la admiración de las naciones, cuando en uno de los más solemnes momentos de su vida encomendaba á sus discípulos la continuación de su obra divina, y les confirmaba en la entrega de las auténticas credenciales de su poder y de su autoridad. Así se expresaba, repito, el Soberano Maestro, cuando había llevado á feliz término su misión altamente salvadora sobre la tierra, y estas palabras dirige á los heroicos cooperadores de sus maravillas, cuando poco faltaba para que ellos mismos, apareciendo en la escena del mundo, se dejasen ver como un magnífico espectáculo de gloria á los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres (2). Así se expresaba Jesucristo, Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech (3), y estas palabras

(1) Predicado en la primera Misa del Sr. D. Francisco García Sarmiento, celebrada en la iglesia de Ntra. Sra. del Carmen, de Antequera, el 26 de Diciembre de 1860.

(2) Ad Cor., IV, 9.

(3) Ps., CIX, 4.

dirige á una gente santa, á un linaje esclarecido (1), á los Apóstoles, representantes natos y omnímodos poseedores del Real Sacerdocio que Él había establecido en la noche augusta de sus prodigios: «¡Oh Sacerdotes y Apóstoles míos!, vosotros seréis los testigos de mis maravillas, no sólo en Jerusalén, sino en toda la Judea, en Samaria misma, y hasta en el último confín de la tierra.» *Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et Samaria, et usque ad ultimum terræ.*

Señores: yo contemplo lleno de entusiasmo y de placer la escena que se nos representa en esta Iglesia santa, y cuando observo que festivos y gozosos concurrimos á ella, como los judíos subieron en otro tiempo á la ciudad de los Reyes en los días de sus mayores solemnidades; y cuando la contemplo adornada con los vistosos ropajes de su gloria, y engalanada con las riquezas y el esplendor de nuestro culto; cuando me veo á la vista de Dios y á presencia de vuestras ilustres personas, rodeado de una universal atención tan esclarecida como piadosa, y á vosotros agrupados en torno de este púlpito, y que pretendéis os descubra todo lo grande y patético que en sí encierra festividad tan solemne, yo á mi vez abarco con mi vista todo este sagrado ámbito; pero la brillantéz del espectáculo me detiene en lo supremo del pavimento. Señores, ¿no lo veis? Es que un suceso de alta importancia excita hoy profundamente nuestra atención piadosa; es que un hecho de colosales formas acaba de realizarse en lo más recóndito de nuestro santuario; es que el Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra (2); ha hecho brillar un portentoso testimonio de su poder y su misericordia, porque ha hecho depositario de su amor y de sus Misterios á ese Sacerdote ilustre, que revestido con el Efod esmaltado de los aaronitas, y llevando en sus manos unguidas el turíbulo de los perfumes, aparece hoy por vez primera en el Tabernáculo de Jacob, para ofrecer sobre el altar de los

(1) Pet., II, 9.

(2) Jer., XXXI, 22.

holocaustos la Víctima santa de Judá, y depositar sobre el de los timiamas el espiritual aroma de sus fervientes oraciones.

Sacerdote venerable y compañero mío carísimo, cuando hoy te contemplo como un nuevo y tierno vástago de la estirpe ilustre de Leví, como una flor brillante que ha germinado en la vara misteriosa de Aarón, mi corazón se agita con violencia bajo las dulces emociones que experimenta, con los recuerdos de nuestro eterno cariño y fraternal simpatía; y al ver que hoy estrechamos con el sagrado cuanto indisoluble vínculo del Sacerdocio esa tierna unión de nuestros corazones, que comenzó casi con su primer latido, y al sentir el placer que inunda mi espíritu, cuando te dirijo mi voz amiga, en este momento, el más supremo de los de tu vida, yo te recuerdo aquellas palabras, que en rasgo sublime te presentan la pasmosa excelsitud de tu sobreangélica dignidad, y patentizan á la vez á esta sociedad que nos escucha, los timbres gloriosos de tu elevada gerarquía y el divino estigma de tu misión celestial. Sí; porque penetrando hoy por entre los velos misteriosos del oculto propiciatorio, te dejas ver en medio de nosotros, apareces á presencia de las sociedades todas, como representación admirable del que te ha ungido, testimonio fiel de las grandezas de su poder, de su amor y de su sabiduría. *Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et Samaria, et usque ad ultimum terræ.*

Señores: cuando considero todo el conjunto de grandezas que encierra en sí el Sacerdote Católico, mi inteligencia se deslumbra á un golpe de vista tan radiante, y mi atención queda absorta á la contemplación de tan estupendos prodigios. Él ha recibido la divina impartición del espíritu de Cristo, y las sociedades todas han presenciado llenas de estupor y de admiración santa, las saludables influencias de esa institución sobrehumana.

Hermanos míos, venid y considerar con vuestras inteligencias, con vuestras inteligencias que anhelan conocer y poseer la verdad; venid y considerar esta obra estupenda de la mano del Señor, y entonces conoceréis la magnitud

de los prodigios que Él ha colocado sobre la tierra (1). Sí; los prodigios del Sacerdocio Católico, ostentando como la síntesis de todas sus grandezas, en el fiel testimonio que da de las grandezas de Cristo. *Eritis mihi testes*. Este es el prisma por el que irradian todos los rayos de su perfección esplendorosa. Llevando en su dignidad un sello glorioso de la Divinidad misma de Cristo, en lo admirable de su Ministerio la señal de su espíritu divino, brilla en nuestro santuario y en nuestra sociedad católica, en Jerusalem y en Judea, como participante y fiel testigo del carácter del Redentor. *Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa*. Y haciendo sentir su influjo aun en los polos más distantes del Tabernáculo, apareciendo en la sociedad toda, aun en medio del cisma y de la infidelidad, como un germen que fecunda la vida de las Naciones, como un impulso que ensancha la esfera de todos sus progresos, brilla en la Samaria de la corrupción y las Naciones de la infidelidad, como participante y fiel testigo de la misión del Redentor. *Eritis mihi testes... et in Samaria, et usque ad ultimum terræ*. No perdamos tiempo cuando hemos de recorrer tan dilatados senderos. Yo he proyectado ya el boceto del cuadro estupendo que he de ofrecer á vuestra perspectiva.

El Sacerdocio Católico representante y testigo de las grandezas de Cristo, en sus relaciones divinas y en sus relaciones humanas. I. Por su dignidad y por su carácter, representante y testigo del espíritu del Señor. II. Por su ministerio y sus influencias, representante y testigo de la misión del Señor. *Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa, et Samaria, et usque ad ultimum terræ*.

Si para desenvolver estas verdades tam amplias en su extensión, tan elevadas en su rango, y de tantos resultados para el bien común, yo fiara tan sólo en el débil apoyo de mis propias elucubraciones, bien pronto manifestaría mi impotencia para llevar á consumación la empresa que acabo de acometer; yo espero, pues, en los auxilios del Divino Sa-

(1) Ps., XLV, 9.

cerdote de los siglos, y creo firmemente conseguirlos con toda liberalidad, si postrados todos en torno de su excelso Trono, y á presencia de nuestra Madre amantísima, suplicamos su intercesión, saludándola reverentes: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Si para satisfacer las ridículas exigencias de la ilustración de los que hoy se proclaman espíritus fuertes, de esa ilustración exuberante en contradicciones, y profundamente oscurántica en el sentido más radical de esta palabra; si para satisfacer, digo, á esas inteligencias bastara el testimonio del Señor, bien poco tendríamos que hacer para patentizar las excelencias del Sacerdocio Católico en sus relaciones con la Divinidad, y siendo un brillante testimonio de las excelencias de Cristo, cuando el Apóstol San Pablo proclama sus grandezas en la persona de Melquisedech, asimilándolo en su excelsitud al Hijo de Dios humanado. *Assimilatus autem Filio Dei, manet Sacerdos in perpetuum* (1). Ciertamente que aun á las luces de la razón esta semejanza y augusto carácter se demuestra bien claro, en esas dobles relaciones bajo que principalmente podemos considerarlo para con la Divinidad: en lo que presenta á Dios de parte de los hombres; en lo que ofrece á los hombres de parte de Dios. Cristo recibiendo la plenitud de la Divinidad, y la llenez de clarificación de su Padre, para hacerle Pontífice y eterno Sacrificador, y el Sacerdote manifestando en sí esta dignidad, porque es tomado de entre los hombres para ofrecer dones y holocaustos por el pecado (2). Cristo probando al mundo, aun al mundo farisaico, el divino espíritu que en él habita, porque es el celestial Cordero que borra las iniquidades del mundo; y el Sacerdote manifestando en sí este carácter, porque revestido de él lleva el cargo sublime de Mediador de la eterna alianza. Este es el testimonio que da

(1) Ad Hæbr., VII, 3.

(2) Ad Hæbr., V, 1.

de su asimilación con el Pontífice de los siglos, y como el florón brillante de sus principales grandezas. *Eritis mihi testes. Assimilatus Filio Dei, manet Sacerdos in perpetuum.*

I. Señores, si en esta ocasión solemne elevase yo los ecos de mi espíritu á presencia de una sociedad solamente ilustrada, pero cuyo más glorioso timbre no fuese la acendrada piedad que igualmente enaltece á vuestras almas, yo daría un vuelo retrospectivo á nuestras inteligencias, y valiéndonos de todas las Filosofías de las escuelas paganas, y del examen de las feroces costumbres de la Fábula, y con la historia de las sociedades cuya vida se desenvolvió allende el Calvario por entre las borrascas de la inteligencia, y en medio de las ruinas de la razón moral y del pundonor de la sociedad, observaríamos la dignidad del ministerio sacerdotal, la singular apoteosis rendida á sus representantes; y comenzando con la *Casta*, malamente llamada *celestial*, de la India, para concluir con los sacrificadores de Júpiter y demás ministros de Roma la gentil, comprenderíamos la importancia que le grangeó su elevado carácter en las escenas del culto y asuntos de la religión, la influencia que obtuvo en la dirección de los gobiernos, y su venerada intervención en todas las instituciones sociales. Pero no, vuestra fe me dispensa, y temo además que al diseñar el cuadro de la elevación de la humanidad en la persona de este nuevo Sacerdote, toquemos por acaso, al hacer esta digresión, sombras de mal efecto que deshagan la brillante perspectiva de sus más delicados matices.

Mas si queréis vislumbrar algún tanto las exceleucias de nuestro Sacerdote, dad una ligera ojeada hacia sus anuncios simbólicos y figuras significativas: el Sacerdocio de los hijos de Aarón. Ved, ante todo, á la familia Sacerdotal santamente separada de entre los hijos de Israel, para ser el linaje escogido del Señor y el pueblo predilecto de su adquisición. Recordad la preponderancia de los Pontífices, aun en el orden político de aquella nación teocrática. Observad al Sacerdote Sumo. ¿No os pasma esa brillante expresión de la suprema autoridad del Dios de las doce tribus? ¿No os admira

cuando lo contempláis revestido con su paramento de jacinto y de purísimo oro, y llevando sobre su rico Efod y su abrigantado Racional á la progenie entera de Jacob en señal de su supremo dominio? ¿No lo observáis grandioso, cuando en la fiesta de la Expiación llena la función más augusta de su grande ministerio? Á presencia de la multitud sobreco-gida, solemne y silenciosamente penetra en lo más augusto del santuario; conduce en sus manos la propiciatoria san-gre de la Hostia expiatoria; su humeante turíbulo despidе el perfumado aroma, emblema purísimo de las oraciones de los Santos; y allí, lleno de pasmo y de estupor sagrado, alcanza del Dios grande que se sienta entre los Querubines la reconciliación por los pecados del pueblo...

Señores, no nos fijemos en la sombra, cuando la realidad se destaca radiante en fulgores y bellamente embelesadora. Todo ese período de sublime oscuridad y de esplendentes enigmas, todo ese aparato de promesas y profecías ilustres, no era otra cosa que la preparación conveniente para el cuadro de las grandezas del Sacerdote, que el Pontífice eterno había de delinear sobre la mesa sacrosanta del Cenáculo. Él quería perpetuar con un eterno sello el testamento de su amor, la alianza del Calvario, y en tanto que los hombres en mísero conciliábulo tramaban su completo exterminio, Él modelaba su Iglesia sobre las doce piedras que San Juan admiró en los éxtasis de su Apocalipsis (1); Él prepara á los hombres el alimento de la vida superior de su espíritu, y confía á los Apóstoles, y necesariamente á sus sucesores, la eterna encomienda de su Cuerpo sacrosanto, la celebración augusta del sacrificio de su sangre: *Hoc facite in meam commemorationem* (2). Á los divinos ecos de esta palabra sublime, el Sacerdocio, heredero nato de la potestad de ofrecer ese sacrificio, el sacrificio de la Misa, aparece con los caracteres de su estupenda dignidad; y la voz del celoso

(1) Apocalip., XXI, 14, 19 et seq.

(2) Luc., XXII, 19.

Elias resucitando los muertos (1) ó atrayendo sobre la tierra el fuego de la Divinidad (2); y la palabra del caudillo de Israel, á cuyo mandato obedeciera un día el sol ante los vistosos pabellones de Gabaón (3), son no más que pequeñas ráfagas que fugazmente se deshacen ante los luminosos rayos de grandeza divina que reverberan de un modo que pasma en la autoridad del Sacerdote Católico.

Sí, su voz en el acto supremo del ministerio, es de un resultado inmenso y de una importancia suma en el orden de la naturaleza y en el sobrenatural de la gracia. Es sin duda un prodigio mucho más inconcebible, es un hecho sin comparación, más inexplicable que la creación del Universo, el que se verifica sobre nuestro altar á la sola palabra del Sacerdote de Cristo. Al imperioso eco de su voz, los cielos y los abismos, el mundo de la naturaleza y la ciudad de la gloria, todo se transforma, todo se conmueve, y todo obedece, sin excluirse Dios mismo, en expresión de San Agustín (4). *Ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt* (5). Es un remedo y trasunto de la creación, pero una creación más augusta. Es, Señores, permitidme la palabra, es como la segunda edición del misterio de Nazareth, es la reaparición y el traslado de la Encarnación del Verbo; pero de la Encarnación, con una nueva señal del poder de Dios; de la Encarnación, con un nuevo estigma de la caridad divina.

Señores, cuando lo vemos reproducir en nuestros altares las grandes escenas que generaciones de cuarenta siglos desearan ver realizadas sobre la cumbre del Gólgota, nuestra alma se extasía y nuestros sentidos se elevan en místico arrobamiento. ¡Ah!, todo entonces nos arrebató; la brillantez de las vestiduras que cubren su exterior, alegoría sublime de las virtudes de Cristo que adornan su alma; la me-

(1) 3. Reg., XVII, 22 et 23.

(2) Ibid., XVIII, 37 et 38.

(3) Jos., X, 12.

(4) Homil. II in Ps., 37.

(5) Ps., CXLVIII, 5.

lodía de sus cánticos, significación sagrada del prodigioso comercio que mantiene con la Divinidad; lo augusto de sus ceremonias, que revelan en su majestad pomposa las excelencias de su homenaje; homenaje de eterna gloria, más grato á los ojos de Dios que los respetuosos obsequios de los coros angélicos, más fecundo en glorificación y engradecimiento que la alabanza y honor que se le rinde por la humanidad entera... Señores, parece que trasladados á la Sión celestial, que dentro de aquel muro de esmeraldas y piedras preciosas, dentro de aquellas puertas de margaritas brillantes, escuchamos los sonoros ecos de la multitud que se alegra por las bodas del Cordero, y que á la luz de los misteriosos candelabros vemos las manifestaciones de honor y de grandeza que rinde la corte venerable de veinticuatro Ancianos, deponiendo ante el Trono de Dios sus aureas coronas; parece que observamos el ministerio celestial de los Espíritus que rodean aquella suprema Silla, cuando millares de millares entonan un nuevo cántico, enviando reverentes el honor y la bendición al que se sienta en el Trono, y al Cordero.

Pero aún hay más. El Sacerdote, en presencia de su Dios, ofrece otro grande espectáculo, que porque el tiempo no nos permita examinarlo con detención, no por eso pierde su ternura y sus embelesos; es el Sacerdote elevando su espíritu en los raptos de la más ferviente oración. Sí, cuando envuelto el universo en la oscuridad de sus nefandos crímenes; cuando infestado con el pestilencial ambiente de sus iniquidades, inundado con los torrentes que manan de la inmunda catarata de un corazón degradado y que arroja de sí la gran fuente del abismo de la maldad; cuando el grito de la general corrupción resuena ante el trono del Señor, excitando sus justas venganzas y provocando sus iras sempiternas; cuando el pueblo de Dios pelca contra este mundo, cuya corrupción y soberbia representaba muy al vivo la orgullosa altivez del Amalecita, este nuevo Moisés eleva sus brazos sobre el monte del Señor para alcanzar su triunfo. Á semejanza de los Sacerdotes de Sión, pero con un exceso

de perfección inmensa, con una mano ofrece los panes de la proposición y en la otra conduce el perfume odorante de su turibulo. Esto es lo que presenta á Dios de parte de los hombres; el pan sagrado de la alianza eterna, el oloroso incienso de sus ardientes súplicas.

II. Pero ¡ah!, que si su dignidad y divino carácter se patentizan en estós dones preciosos que ofrece al Señor de parte de los hombres, se deja ver á presencia de éstos como representante igualmente del espíritu de Cristo, en lo que les ofrece de parte del Señor; este es el timbre que cierra la grandeza de su carácter, el otro celestial polo sobre el que se desarrollan sus relaciones divinas.

Luego hará dos mil años que el Redentor del mundo, queriendo complementar los prodigios de su amorosa misión, apareciendo á sus discípulos días después de las tristes catástrofes del Calvario, les imprimió un nuevo sello de su grandeza y de su dignidad, depositó en sus manos todo el poder de la Divinidad misma, y les entregó la auténtica que garantizaba su mística pero real alteza. *Accipite Spiritum Sanctum, quorum remiseritis peccata remittuntur eis, et quorum retinueritis retenta sunt* (1). Esta potestad de perdonar los pecados, este retoque luminoso, hace que el Sacerdote reaparezca con un nuevo esplendor y celestial brillantamiento. En virtud de esta potestad inmensa sobre la Sangre del immaculado Cordero, se presenta el Sacerdote llevando en sus manos un poder que alcanza hasta la eternidad; es la segur que rinde el árbol gigantesco de la corrupción; es la llave del abismo y la grande cadena del Apocalipsis, para aherrojar á la serpiente antigua por mil años (2), y religarla cautiva como en otro tiempo hiciera un ángel en los desiertos del superior Egipto (3). Hermanos míos, ¡qué sublime es observarlo decorado con esa potestad inenarrable! Ella trae á los hombres los dulces consuelos del

(1) Joann., XX, 22 et 23.

(2) Apocalip., XX, 1 et 2.

(3) Tob., VIII, 3.

perdón divino; á su imperio se prosternan los Reyes y se inclinan los Tronos; en su parangón aparecen cual pigmeos los prepotentes del siglo, y ante la realidad de sus eminencias, se deshacen como el humo los fulgores ficticios de las dignidades de la tierra. Y cuando los hijos del Crucificado desean seguir esa senda de perfección y de felicidad que les trazara en su Evangelio, él los introduce y los guía hasta colocarlos en las místicas montañas de su espiritual engrandecimiento. Y cuando los hombres, fatigados en la carrera del crimen, buscan un apoyo para salir de su abyección y de su miseria; cuando envueltos en las borrascas del vicio, poco falta para que sean sumergidos en el lodazal de las pasiones, él, plenipotenciario del Rey de las eternidades, aparece como el mantenimiento de su espiritual flaqueza, faro esplendente que le conduce al bien, áncora y fuerte amarra que le asegura un porvenir de felicidad. Señores, el Sacerdote, en su ministerio reconciliador, es el sostén de la humanidad en la escala ascendente de su virtud y perfeccionamiento.

Ved aquí por qué los Padres de nuestra fe se han empeñado á porfía en tributarle los más esclarecidos timbres de honor, los más relevantes títulos de gloria. Que la elevación que produce en el Sacerdocio esta potestad inefable, dicen unos, lo eleva sobre las legiones angélicas; que lo constituye, manifiestan otros, como el antiguo José, dispensador de la casa del Rey; y que esta potestad no la obtuvo la misma Madre del Verbo, á pesar de su elevación, diría en mi lugar San Bernardino de Sena (1). Mas no hemos menester insequir con instancia este argumento; los mismos fariseos no habrían tenido reparo en ofrecer á Jesús los honores de la Divinidad, si hubieran creído en su potestad de perdonar los pecados. Cuando, pues, vemos al Sacerdote enaltecido con ella, podemos llenos de pasmo admirar esta encarnación del carácter de Cristo, y encontrar la realización de aquellas misteriosas palabras del libro de Job: *Et si habes brachium*

(1) Tom. I, Serm. 20, á 2.

sicut Deus, et si voce simili tonas (1). ¡Oh!, sí, el brazo del Sacerdote es el brazo del mismo Dios, su voz trueno como trueno la voz del Señor.

Pero, hermanos míos, ¿queréis observar todo el lleno de la grandeza sacerdotal?; la última y más brillante expresión de su asimilación con Jesucristo? ¡Ah! Yo no puedo hacer otra cosa que indicárosla. ¿No veis ese carácter de santidad que en sí encierra esta institución divina? ¿No observáis ese tierno y espontáneo homenaje de respeto y de sumisión que todos le ofrecemos a su presencia? ¡Oh, y qué altamente significativos son los ejemplos que la antigüedad nos presenta del augusto carácter del Sacerdocio, de los rendidos testimonios de veneración que siempre se ha granjeado! ¿No recordáis cómo el Emperador Teodosio se humilla á la imponente presencia del Sacerdote Ambrosio? ¿Cómo la palabra de un Sacerdote abate la altivez del soberbio Atila y desbarata los planes de su iniquidad? ¿No os pasma la piedad del gran Constantino que, al recibir con toda la efusión de su espíritu la bendición de los Sacerdotes, se postra humildemente, después que se ha despojado de los esplendores y brillantez de su imperial púrpura? ¡Gran Dios!, ¿y es posible que la alteza de vuestros Ministros aparezca de tan menguada sujeción á presencia de los cristianos de nuestros días? Señores, en este siglo tan partidario del engrandecimiento, cuando tan fácilmente nos dejamos llevar aun de vulgaridades ridículas, siquiera aparezcan con un fantasma de grandeza, ¿es posible que desconozcamos que la institución de nuestro Sacerdocio da á sus representantes una dignidad radicalmente divina, y cuyos constitutivos son la realización de un verdadero ennoblecimiento?

Y tú, ¡oh Sacerdote venerable!, si has comprendido el lleno de tu dignidad, mira cómo cumples con tu vocación y ostentas en tu ungida persona el divino espíritu de tu Maestro. No quiero atemorizarte recordándote las desastro-

(1) Job, XL, 4.

sas escenas de Nadab y Abiú (1); pero escucha esa voz que resuena en lo más profundo del Tabernáculo. ¿No la oyes? ¡Ah!, es la voz del grande Jehovah, que á tí y á los que tenemos tu dignidad, dice, como en otro tiempo á los hijos de Aarón: *Incensum enim Domini, et panes Dei sui offerunt, et ideo sancti erunt* (2). Esa plenitud de dignidad que te confiere tu encumbrado ministerio, esa doble potestad sobre el cuerpo real y místico de Cristo, ese pan misterioso que elevas á presencia del Altísimo, esas oraciones que derramas por el pecador, demandan de tu corazón la pureza y exigen de tu espíritu la más completa santidad. *Incensum enim Domini, et panes Dei sui offerunt, et ideo sancti erunt*. Hermano mío, recuerda el lema misterioso que adornaba la tiara del Pontífice de las doce tribus, y ten presente que la santidad para nosotros no es solamente un ornamento, ni una gloria ó una aureola; es la condición normal de nuestra vida, es la consecuencia legítima de las funciones de nuestro ministerio. *Incensum enim Domini, et panes Dei sui offerunt, et ideo sancti erunt*.

Señores, un Sacerdote moderno (3) ha dicho tan profunda como piadosamente que el Sacerdocio Católico es la representación oficial de la santidad de Dios entre los hombres. Vedlo aquí en sus relaciones divinas. Este es el primer documento que da de su semejanza con Cristo; el primer testimonio que ofrece de su grandeza divina. Os pido con instancia vuestra atención; voy á desenvolver sus relaciones humanas; voy á manifestaros su misión y sus influencias, segundo documento que da de su asimilación con el Redentor, segundo testimonio que ofrece de su celestial excelencia. *Eritis mihi, testes... Assimilatus Filio Dei, manet Sacerdos in perpetuum*. Es lo segundo.

(1) Levit., X, 1 et 2.

(2) Ibid., XXI, 6

(3) P. Félix, Confer. 2.^a de 1858.

SEGUNDA PARTE.

Siento en el alma, Señores, que las circunstancias no me permitan explanar en toda su extensión las influencias de nuestro Sacerdocio en la sociedad, cuando así lo exigía su colosal importancia, y cuando sus representantes, merced á los delirios de sus modernos antagonistas, aparecen hoy en escena siendo el blanco de sistemáticas acusaciones, de impudentes dicterios y de apasionadas diatribas. Continuando, empero, el pensamiento que nos suministró el grande Apóstol, veremos que la misión de nuestros Sacerdotes en la sociedad es la semejanza más completa, voy á decirlo mejor, es la continuación misma de la misión del Redentor. Así aparecen como representantes de la grandeza de Cristo, símiles exactos de su divino ministerio. *Eritis mihi testes... Assimilatus Filio Dei, manet Sacerdos in perpetuum.*

I. No há muchos siglos, cuando el averno desencadenó con gran furia sus potestades tenebrosas, la humanidad recibió un golpe de mortal herida, diseminándose con profusión un germen funesto de corrupción y de ruina, que más tarde había de traer á los hombres su envilecimiento y su más completa degradación. Un aborto del abismo con el seudónimo de Lutero, una revolución desquiciadora en el orden religioso, político y moral, con la máscara de la reforma, obstruyen las corrientes de la moral del Evangelio, proclaman la independenciam de nuestra razón sobre la razón divina, y engendran serios temores sobre el porvenir del mundo entero. Católicos, fué un movimiento impetuoso hacia la impiedad y la corrupción; el eco de muerte que ha postrado en su abyección á gran parte de la sociedad de Europa. El desenvolvimiento de sus funestos principios, halaga al espíritu humano en su pasión más fuerte, y el reinado de la soberbia ha traído consigo la extinción de los principios luminosos de nuestra fe, y como fiel consecuencia, insolentes victorias del error sobre la verdad; sabios sin

virtud y filósofos sin ciencia. Hermanos míos, hablando así, hago reflejar en mis labios brillantes rayos de una antorcha esplendente de la Iglesia Católica en Francia (1). Sabios, repito, sin virtud, y filósofos sin conciencia, discurriendo en todos sentidos por el campo de la ciencia, abren funestos surcos, en que germina la impiedad, y que producen una vegetación de sistemas incoherentes, una cosecha de impiedad y de perversión. Señores, hablo, porque si bien nosotros no caminamos, por ventura, á los cenicientos fulgores de ese sol ficticio; si nuestra fe ha sofocado esa mala semilla, no se dejan desear, por desgracia, rayos de esa antorcha fúnebre que conduce á la humanidad á la postrema de sus ruinas, á las ruinas de su fe; hablo, porque quiero contrastar á nuestros Sacerdotes con esos aspirantes á reformadores de la humanidad.

El Sacerdocio en el ministerio de su predicación divina, desarrolla esos dos grandes gérmenes de engrandecimiento humano: el engrandecimiento de la inteligencia por la predicación de la verdad religiosa; el engrandecimiento del corazón por la predicación de la verdad moral. No quiero que nos fijemos, pero tampoco que pasemos sin apercibirnos, de que la palabra sacerdotal ha sido siempre la enseña de los progresos y de los adelantos de las naciones. Un Sacerdote á presencia del Areópago, inaugurando victoriosamente el llamamiento de los gentiles, puso con sus palabras los sólidos cimientos para la elevación de aquella sociedad de sabios. Sabios ignorantes con todo el aparato de su ciencia, que realmente nos admira; grandes tristemente pequeños, en medio de sus desesperados esfuerzos y de sus conmociones intelectuales. La lucha posterior entre el Cristianismo y la Religión de los Césares, ostentó en sus consecuencias que los Sacerdotes de las catacumbas merecían bien de aquellas sociedades que querían su ennoblecimiento. Más tarde aún, hermanos míos; yo no quiero omitir este argumento que tan magníficamente realiza la dignidad de nuestro Sa-

(1) P. Félix, Confer. 6.^a de 1856.

cerdocio por muy visto que esté su desarrollo; más tarde, digo, cuando los síntomas de la corrupción universal se dejaban sentir en todas partes; cuando se presentaban en las fronteras del Imperio los bárbaros, según no há mucho decía un sabio y virtuoso Sacerdote, nuestro inmortal Balmes (1), cuando se presentaban en las fronteras del imperio los bárbaros como manadas de carnívoros atraídos por las exhalaciones de un cadáver, en tan formidable crisis, se hallaba la humanidad en vigiliias de una catástrofe espantosa. Y bien; en medio de aquella zozobra universal, cuando todo amenazaba su completa ruina, ¿quién sino el Sacerdocio y el Monacato, salvando los intereses de la Religión y de la moral, custodiando el sagrado depósito de las ciencias y de la literatura, puso un fuerte baluarte al edificio de las grandezas humanas? Señores, yo no insisto, esto es muy sabido de todos, porque las influencias de nuestro Sacerdocio en los siglos medios, son un punto bien culminante en crítica; son el A B C en la filosofía de la historia.

Yo quiero reducir este punto á una cuestión de actualidad, para rechazar con toda la energía de mi espíritu á esos propaladores de la calumnia, que se atreven con audacia á denostar al Sacerdocio, tildándole de oscurántico, ó concediéndole á lo más una literatura de mal tono; conocimientos inconducentes á la marcha de las naciones. ¡Oh! no; el mal está en haber corrompido las fuentes mismas de donde había de nacer el bien; la inteligencia y el amor, centros naturales de todas nuestras grandezas, son hoy cisternas disipadas, si hemos de usar la expresión de un Profeta (2), cisternas disipadas que no pueden contener el agua, corrientes cegadas con la indiferencia religiosa y la corrupción de nuestras costumbres. Estos dos principios se apoyan y mutuamente se combinan para sepultar á la humanidad en el caos de una ciencia falaz, en el lodazal inmundo de los mayores crímenes. Resultado: qué esa fascinación que los del

(1) *El Protestantismo*, tom. III, cap. 39.

(2) Jer., II, 3.

mundo llaman adquisiciones de la inteligencia, segregación monstruosa de la fe y de las costumbres, no es otra cosa que la condensación de nuestras propias tinieblas; que á esa ojarrasca de pureza y de perfección con que se pretende seducir á los espíritus, debemos llamar, ampliando la elegante expresión de un sabio (1), la moneda falsa de la virtud y del progreso moral.

No hay por qué ocultarlo. Si nuestra razón no es otra cosa que la participación de la mente divina, ¿cómo podremos engrandecerla mejor, que dirigiéndola por nuestra fe, cuyas verdades no son más que destellos luminosos de la misma suprema razón del Señor? Rodeados como estamos de un mundo de misterios, aspirando continuamente en una atmósfera de impiedad y de corrupción, la religión y la piedad se dejan ver á nuestras almas, cual faros esplendentes que la encaminan á la verdad, seguras garantías para la posesión del bien que anhela. Hermanos míos, y la depravación de nuestra mente y nuestro corazón, según y como nos la ofrece la historia de sus aberraciones, y la inconstancia de su marcha en pos de la verdad y del bien, y las sempiternas variaciones á que las sujetan su impotencia y su degradación, ¿no exigen la necesidad de una fe sincera, de una moral pura, como remedio, como móvil y como supremo impulso? Pues ved aquí la predicación de los Sacerdotes; ved como de este modo colocan su piedra, piedra angular para la elevación de las naciones.

Ellos han recibido sobre el mundo una misión celestial; á ellos se les dijo por Jesucristo (2): *Como el Padre me envió á mí, así yo os envío á vosotros; id, pues, y enseñad á todas las gentes, y predicad el Evangelio á todas las criaturas.* ¡Oh, qué escenas tan grandiosas nos representan los Sacerdotes de Cristo, surcando tempestuosos mares, atravesando arenales inmensos, roturando senderos impracticables para llevar á la infidelidad bárbara el principio de la verdad, y

(1) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*.

(2) Joann., XX, 21; Matth., XXVIII, 19; Marc., 16.

con ella el principio de sus engrandecimientos y de sus adelantos! ¿Quién podrá admirar suficientemente las grandes proezas obradas por San Francisco Javier en el Japón y otras regiones de aquel lado de la India? ¿Quién podrá desconocer los buenos oficios que los Sacerdotes han prestado en pro de la causa civilizadora de los pueblos, en las misiones católicas que han amedrentado más de una vez al espíritu de la herejía, llevando el consuelo á los corazones de los cristianos? No hay por qué traspasar los límites de nuestro siglo mismo; yo evoco aquí con placer los gratos recuerdos de las modernas misiones del Paraguay, del Brasil, del Canadá y otras provincias de la América septentrional, de la isla Ceylán y otros pueblos de la parte oriental de la India; y cuando veo que en pleno siglo diez y nueve el Asia sigue en su posición y con todos los oprobios de la humanidad, como son testigos los recientes sucesos de Siria; cuando veo que las costas de la Palestina, el Egipto, el África entera están delante de nosotros en la situación deplorable, en la degradación lastimosa que contrastan vivamente con sus grandes recuerdos, yo elevo más mi voz, para que todos observen y admiren á los venerables Sacerdotes que hoy mismo se lanzan á esos pueblos silvestres, y entregados al ostracismo, para llevarles el principio de su civilización, recibiendo en cambio los odios funestos de corazones idólatras, ó un martirio con todos los horrores de la barbarie. ¿Son esos los apóstoles del fanatismo, espíritus retrógrados que representan la decadencia, el atraso y la intolerancia? ¡Ah!, esos son los verdaderos héroes del siglo, los conductores de la humanidad hacia sus verdaderos adelantos. ¡Gran Dios!, ¿quién podrá enumerar todas las maravillas que habéis querido encerrar en la misión de nuestros Sacerdotes? Continudad, mis hermanos, continuad observándolas, y si os ha pasmado impulsando á la humanidad á la cumbre de sus grandezas, os arrebatará igualmente en la protección que dispensa á sus grandes intereses.

II. Intereses materiales é intereses morales. Ved aquí una clasificación que el mismo siglo ha introducido para abra-

zar todas las categorías de utilidad social, y que proclama como el fruto de sus instituciones humanitarias. Señores, el Sacerdocio es el que en su institución divina desarrolla esos dos grandes gérmenes de universal dicha y completo bienestar.

Por de pronto, la influencia sacerdotal removió en su aparición un óbice que se oponía á la felicidad común de los hombres: era la dureza y ferocidad de las costumbres paganas, que privaban de todo bienestar á gran parte de los individuos de aquellas sociedades. Un patriotismo frenético y desnaturalizado, negaba los derechos, digámoslo así, de individualidad á muchos hombres, acarreando de este modo su desgracia. El orgullo de los griegos, que podríamos llamar un egoísmo nacional, elevado á su última potencia; la ciudadanía romana, sinónimo de negación de personalidad para los plebeyos; las doctrinas atroces sobre el aborto y el infanticidio; los juegos públicos, la distinción de castas, la esclavitud... ¡Oh!, aparece el Sacerdote de la ley de Cristo y establece una unidad salvadora, proclama á todos los hombres igualmente dignos en cuanto á seres humanos, con igual razón participantes de las gracias que el espíritu del Señor derrama sobre la tierra; y sin dar pie, como se pretende, á esa unidad demagógica y revolucionaria, sin destruir esa distinción social que hace precisa la marcha de las sociedades; esa distinción moral que clasifica á los hombres por sus buenas ó malas obras, comienza á realizar aquella unificación divina que Cristo pedía á su Padre en la noche de la Cena, y á todos hace accesible la dicha, y á todos parentiza la entrada de su felicidad.

Pero aún hay más. Esta palabra divina, derramando por todas partes los tiernos afectos de caridad del Evangelio, las dulces ideas de fraternidad del cristianismo, produjo un resultado inmenso y una reacción enérgica en favor de la humanidad doliente y afligida; y aquellos primeros cristianos, enardecidos por las llamas del divino amor, procuraron el mejoramiento de las clases pobres, en imitación al celestial Maestro, cuya vida fué un continuo ejercicio de la ca-

ridad, en la expresión del texto sagrado: *Petransiiit benefaciendo* (1). Y los mismos Sacerdotes que proponían esas doctrinas altamente utilitarias, como dirían nuestros modernos filántropos, realizaron con toda la efusión de sus entrañas esta beneficencia, que podríamos llamar individual, que hemos visto con nuestros propios ojos poner en práctica por los institutos religiosos, y que los enemigos de nuestra Religión y de sus ministros contrapesan sólo con el egoísmo de su ambición ó con los falaces testimonios de una estéril simpatía.

Este sentimiento de caridad que animaba á la Iglesia, impulsó á sus Sacerdotes para llevar á cabo una obra estu- penda, que hoy acaso no nos admira por habernos familia- rizado con ella; pero que no pudo ponerse en realización sino por un supremo esfuerzo del celo y de las influencias sacerdotales. Aludo, Señores, al establecimiento de los ins- titutos de Beneficencia, cuya iniciativa y principal desa- rrollo pertenecen exclusivamente á la Iglesia. Merced á este prodigio de caridad, si una paternidad criminal ó desnatu- ralizada abandona á los párvulos cuando más reclaman los cuidados y maternales desvelos, la Iglesia los recibe en su amoroso seno, prodigándoles sus auxilios hasta darles una posición social. Si reuniéndose la indigencia con la enfer- medad, los hombres se ven colocados en una posición do- blemente difícil, la Iglesia derrama sobre ellos el bálsamo del consuelo, y calma sus dolencias y amengua sus afliccio- nes. Si la vejez y la pobreza... Hermanos míos, lo confieso, yo no puedo presentaros un cuadro acabado donde os ofrezca todas las proezas de la beneficencia eclesiástica. Que hablen por mí los primeros diaconos, las antiguas Diaconías, las leyes canónicas sobre la repartición de los bienes eclesiás- ticos, las disposiciones de nuestros Concilios nacionales (2), las de Vaison (3), Orleans (4) y otros muchos, las Órdenes

(1) Act. X, 38.

(2) De Lérida, celeb. en 546; de Toledo en 589, y otros.

(3) Celeb. en 442.

(4) Celeb. en 549, can. 13, 15, 20, 21, etc.

hospitalarias, los Establecimientos mismos que vemos en nuestros días, las Hermanas de Caridad, ¡ah!, son hijas de un Sacerdote (1) que, en medio de la corrupción de nuestra sociedad moderna, ha dado un nuevo brillo á la caridad cristiana, y ha hecho ver con su amor y con su celo que el sacerdocio católico tiende una mano protectora á los intereses de la humanidad. Y yo debo advertir en este lugar, que todo ese conato de nuestro ministerio por el mejoramiento material de las clases no acomodadas, refluye admirablemente en el mejoramiento de sus condiciones morales, procura satisfacer primeramente las necesidades perentorias de la materia, para sustentar después á las almas con un pábulo celestial.

¿Y qué diremos cuando vemos al Sacerdote rodeado de una tierna juventud, á quien él inculca los sanos principios de la fe y de la moral cristiana? ¡Ah! Que así es como prepara un porvenir al mundo y echa los sólidos cimientos para el bienestar de la sociedad futura. Bien; pero ¿y nuestros modernos herejes y reformistas, no impulsan, y quizá con mas violencia, el desarrollo del entendimiento y la instrucción de la infancia y de las clases proletarias? Sea lo que quiera de esta aseveración, yo no repruebo en su fondo el hecho que la motiva, y quiero que así conste. Mas como el espíritu de las tinieblas revestido de ángel de luz puede dar dirección torcida á esa grande tendencia de nuestra época, y convertir en instrumento de perdición esa noble pretensión de común engrandecimiento, mi corazón, enteramente católico se alarma, y quizá justificadamente, y yo, centinela avanzado en la casa del Señor, debo advertir un grande peligro, debo dar una voz de alerta. Señores, que ese desvelo por la instrucción general, que esa fiebre de asociación universal y los demás fuertes conatos para realizar la enseñanza de todos, vayan á ser un funesto prólogo para la historia de nuestra común ruina, un parapeto oculto, de donde la corrupción dirija á mansalva sus dardos con-

(1) San Vicente de Paul.

tra el espíritu del Evangelio y la moralidad de nuestras costumbres.

¿Y qué diremos de la influencia del Sacerdote en la familia cristiana? ¡Ah!, que claudicando ese tipo de perfección en la sociedad doméstica con la corriente impetuosa de las pasiones, el Sacerdote, ya facilitando el acceso al Sacramento de unión cuando lo hace preciso el desbordamiento de las pasiones, ya extinguiendo con saludable soplo la tea de la discordia que las miserias humanas hayan podido colocar entre los esposos, procurando la educación de los hijos, y con los consejos de su caridad y con las instrucciones de su fe, siembra en el seno de las familias la tranquilidad y la ventura. ¿Y cuando lo vemos junto al lecho de muerte, rodeando al agonizante que exhala su postrimer aliento? ¡Ah! Que en aquel momento supremo de la vida, cuando el recuerdo del pasado, las sensaciones del presente y los presentimientos del porvenir, producen de consuno la aflicción y un mortal desconsuelo, el ministro de Dios es el ángel tutelar de la humanidad; con sus palabras anima al abatido, con su poder purifica al pecador, con sus deprecaciones franquea al cristiano las puertas de la eternidad.

Yo no quiero molestar más vuestra atención piadosa, y voy á concluir manifestando al Sacerdote, dando la última prueba de sus buenos oficios en pro de los intereses sociales. El Protestantismo, á quien hemos visto autor de nuestras desgracias religiosas y morales, deprimiendo por lo tanto á la humanidad, ha sido también el autor de nuestras desgracias políticas, destrozando por lo mismo los intereses comunes. Y hay una cosa admirable, Señores, en el origen mismo de esa revolución desquiciadora. Ella se dió á luz apoyada en el brazo de los príncipes civiles; se extendió con las armas de los poderes del siglo, y la teoría de resistencia á la autoridad constituída, apareció bien pronto entre los inmundos fetos de aquel parto horrorosamente fecundo. Este vasto sistema de destrucción, no contento con haber sublevado á la razón en el orden religioso con las doctrinas del espíritu privado, á la voluntad en el orden moral con sus sistemas de

gracia y de libre albedrío, sublevó también á los pueblos en el orden meramente social, con un credo político de libertinaje y de independencia. Hermanos míos, ni aspiro á pasar plaza de entendido en las altas regiones de la política, ni á mezclarme en lo que no es de mi incumbencia; obrero en el campo evangélico del Padre de familias, sólo quiero enseñaros la mala semilla que ha sembrado el hombre enemigo representado en el Protestantismo, para preservaros de ella, y ofreceros al Sacerdote como el llamado á extirparla. Ved, pues, esa superfetación de conmociones populares y de agitaciones revolucionarias, que demuestran la impotencia de los más hábiles diplomáticos, esa circulación inmensa de inmundos folletos y de insultantes producciones, que no bastan á detener los talentos de los más entendidos publicistas; esa fermentación ardiente en ideas demagógicas de destrucción del poder, de anarquía y de antisocial socialismo que se mofa de la legitimidad de los derechos, que conculca los principios del orden público, y pone en combustión los fundamentos de las sociedades, y habéis visto entonces las ideas protestantes realizadas en toda su extensión, la historia de sus dogmas en su aplicación práctica á los principios de la política; historia cuya primera fúnebre página comienza en la erección del impudente pontificado de Enrique VIII, y se extiende hasta nuestros días, cuando hoy mismo se está escribiendo en Italia con la punta de la espada un borrascoso capítulo; ved aquí su horrendo epígrafe: *Depredación violenta al Vicario de Jesucristo, padre común de los príncipes y de los pueblos.*

Yo no tengo miedo en asegurar que la palabra del Sacerdote es la única, como palabra divina, que puede remediar estos males, la única que puede concluir en los pueblos esas escenas de luto y de escándalo, y detener á las naciones que aún no están dominadas en su totalidad por ese vértigo de ideas, ni se precipitan al completo por esa vertiente de irreligión y de desórdenes. No entro en la historia porque no tenemos tiempo; pero hoy mismo ved sus doctrinas, sin que penetre en la cuestión de las formas; ella

defiende la esencia de los gobiernos; manifiesta desde luego á los representantes del poder, sean quienes sean y cualquiera la forma en que lo desempeñen, como participantes de la potestad divina, para asentar en seguida las sólidas bases de toda buena sociedad: la moralidad y rectitud en los supremos imperantes, la obediencia y la sumisión en las masas populares. *Por Dios* — dice — *reinan los que mandan* (1) *y decretan justicia los legisladores: obedeced á vuestros prepositos* (2), *porque no sin causa lleva el príncipe la espada* (3), apareciendo así pacificadora en los tumultos y restauradora de las instituciones. Ella mueve la piedad en el corazón de los ricos y la resignación en el de los pobres, proponiéndoles los ejemplos de Cristo, los premios de la virtud y las recompensas que hay más allá del sepulcro, y de este modo dulcifica la jerarquía social, que por otra parte es precisa en el establecido orden de cosas, y cuya destrucción es en su esencia un vandalismo enmascarado, y en sus resultados la disolución y un malestar general.

Ella deslinda la esfera de acción de ambos poderes, espiritual y temporal; traza los límites de sus derechos, para que, ofreciendo el Estado su apoyo á la Iglesia, ésta á su vez refluya en el Estado con sus principios de vida y salud eterna. Dos palabras, Señores: Libertad á la Iglesia de las agresiones del poder secular, para que derrame su savia benéfica sobre las naciones. Libertad al poder de las insurrecciones populares, para desembarazarlo en la marcha de su gobierno. Libertad á los gobernados del despotismo del poder, para mantener la obediencia. Libertad, en fin, á los individuos entre sí de las tentativas contra los derechos y la propiedad, para mantener la paz, proteger el comercio, y desarrollar, por último, los progresos materiales y los adelantos morales de la sociedad. Ved aquí el grandioso sistema político de la doctrina católica, la última fase en que hemos

(1) Prov. VIII, 15.

(2) Ad Hebr., XIII, 17.

(3) Ad. Rom., XIII, 4.

considerado al Sacerdocio, testigo de las grandezas de Cristo, trasunto admirable de su misión, en sus influencias sociales. *Eritis mihi testes... Assimilatus Filio Dei, manet Sacerdos in perpetuum.*

Ya veis, Señores, que en estas palabras están encerradas todas sus grandezas; grandezas en su dignidad y carácter, grandezas en su misión y su ministerio. Las primeras nos lo ofrecen en sus relaciones divinas, las segundas en sus relaciones humanas. Cuando pues lo vemos encumbrado sobre las dignidades creadas, renovando sobre el Altar el Pontificado de Cristo, para ofrecer á Dios de parte de los hombres el holocausto del Gólgota, intercediendo como mediador eficaz por las necesidades todas del pueblo; cuando aparece entre nosotros con un poder inmenso sobre la Sangre del Cordero, para lavar con ella nuestra iniquidad, y ofreciéndonos, de parte de Dios, en su poder las garantías del perdón divino, en sus ejemplos la norma de nuestra santidad, no podemos menos de comprender y proclamar tanta alteza.

Si, por otra parte, lo admiramos en los prodigios de su predicación divina, mostrándonos las riquezas de gloria de nuestra fe, las doctrinas sublimes de la moral, y ostentando así los medios para lograr nuestra exaltación y que permanezcamos en la cima de nuestro encumbramiento y de nuestras reales grandezas; si lo admiramos destruyendo las costumbres antiguas, fecundos gérmenes de verdaderas desgracias; proponiendo las doctrinas de la caridad, principio divino de eterna dicha; desenvolviendo por sí y en sus instituciones de beneficencia, ese grande sistema de felicidad y de común bienestar; cuando vemos igualmente que su celo tanto se empeña en la protección de los intereses morales, y que así lo manifiesta en el orden individual, ya con el joven, ya con el anciano; en el orden de las familias, procurando su paz y su mayor perfección; en el orden social, combinando sus elementos constitutivos para su orden y mantenimiento, no nos queda otro arbitrio que confesar claramente que lleva en su carácter la misma dignidad de

Cristo, que perpetúa en sus funciones la misión del Redentor; lo diré de una vez: que el Sacerdote, entre nosotros, es el Cristo del siglo diez y nueve. *Eritis testes... Assimilatus Filio Dei, manet Sacerdos in perpetuum.*

¿Qué os parece, hermanos míos, este prodigio de exaltación? ¿No os arrebatara tanta grandeza de misterio? ¡Oh baldón!, que corremos con avidez tras las ilusiones del siglo, que hemos levantado un altar en nuestros corazones al ídolo de los deleites y de las grandezas del mundo, y miramos con desdén, cuando no con altivez y desprecio, á los ministros del Señor, corifeos valerosos de todos nuestros engrandecimientos, defensores natos de todos nuestros intereses. Señores, esto es un proceder ilógico y un contrasentido palmario en la dirección de nuestro espíritu hacia el término de nuestras aspiraciones. Ved aquí el fin de mi predicación, por lo que á vosotros toca que reaparezca el Sacerdocio entre nosotros, ofreciéndole los sinceros testimonios de distinguida consideración, de filial respeto y de cordial simpatía á que le hacen acreedor la brillantez de su posición, los timbres preclaros de su excelsitud y los auténticos documentos de sus beneficios. Tened presente que la veneración á los Sacerdotes, el celo por sus imprescriptibles prerrogativas, la atención que se debe á sus palabras, el respeto que á su ministerio, y el apoyo que á sus buenos oficios y benéficas influencias, serán siempre el barómetro de nuestros sentimientos religiosos, las pruebas auténticas de nuestra ilustración y nuestra cordura, la piedra de toque donde aparezcan con sus caracteres efectivos nuestros deseos de progreso y nuestros esfuerzos por el bienestar y la dicha de todos.

Ea, pues, Sacerdote ilustre, compañero mío carísimo, y de hoy para siempre mi amadísimo hermano en las entrañas de nuestro Señor Jesucristo: sube ya á la cumbre de Sión y renueva á nuestra presencia el testamento del Gólgota; pero escucha antes una palabra que te dirijo como Sacerdote, y una expansión de mis sentimientos, que hacen imprescindible las fuertes emociones que agitan mi corazón de amigo. Yo recuerdo en este momento aquellos tiempos de nuestra

juventud, cuando constituíamos por término de nuestros anhelos este momento feliz de nuestra vida; cuando formaban las recreaciones de nuestra levítica infancia tiernos y entusiasmados coloquios sobre el día de nuestro Sacerdocio; helo ya aquí, ya el Señor oyó tus súplicas; óigate también en este día que inauguras tu ministerio, día de gloria para tí, pero en el que la Iglesia sufre una cruel tribulación. *Exaudiat te Dominus* (1). Yo te dirijo, y todo este pueblo que te rodea te dirige igualmente estas palabras del Salmo décimonono, cántico sublime con que el pueblo de Israel saludaba al rey profeta cuando acometía una gloriosa empresa de su real ministerio. *Exaudiat te Dominus*. Y no solamente hoy, sino cuantas veces le pidieres en tus propias tribulaciones y en las tribulaciones de la Iglesia entera. *Exaudiat te Dominus in die tribulationis*. Protéjate su santo Nombre en este día de tu gloriosa subida al santuario. *Exaudiat te Dominus in die tribulationis: protegat te nomen Dei Jacob*.

Yo siento en él que mis entrañas se agitan bajo los impulsos de la más íntima alegría, y acaso no podré contener las lágrimas de mis ojos cuando te contemplo revestido de una púrpura más esclarecida que el paramento brillante de Itamar, y que llevas en tus manos un turíbulo más odorante que el turíbulo de Eleázaro. He aquí que el Señor ha satisfecho tus deseos, y te repite lo que en otro tiempo dijo á los hijos de Israel (2): *Y yo te he separado de todas las gentes para que seas mio*. ¡Ah! Suya es tu dignidad, suyo es tu ministerio; quiera enviarte una plenitud de auxilio para que también sea suya la santidad que adorne tu alma. Él te ha introducido en lo más secreto de su amor, ha ungido tus manos con el Óleo santo, consagrándolas como templo de su divinidad; ha cargado sobre tus hombros el místico redil que adquirió con su Sangre. Hermano mío, ya eres pastor en Israel, mediador entre Dios y los hombres, enviado

(1) Ps. XIX, v. 1.

(2) Lev., XX, 26.

de Cristo para perpetuar su misión. ¡Oh! Él mismo te dé su auxilio para llenarla como es debido; quiera volver desde Sión sus ojos para defenderte de los ataques de tus enemigos. *Mittat tibi auxilium de Sancto: et de Sion tueatur te.*

Muy difícil es la posición en que han colocado á nuestro ministerio la impiedad que rebosa en las inteligencias y la corrupción que sobreabunda en los corazones. Mira que la ciencia, la virtud y los buenos ejemplos del Sacerdote son los únicos que podrán salvar á la fe y á las costumbres del naufragio que experimentan en el océano incommensurable de la indiferencia y de la corrupción. Yo me alarmo cuando observo las densas nubes con que aparece cubierto el porvenir de las cosas, y creo firmemente que hoy, más que nunca, son precisas una ciencia profunda y una virtud á toda prueba en los que se destinan al ministerio eclesiástico. Cuando, pues, subas á la cumbre del Altar para consumir la sagrada ofrenda, sacrifica también tu espíritu en las aras de la caridad, ofrécelo como abrasado holocausto, testimonio de completa mancipación al servicio del Señor, y á éste, que acepta el público sacrificio que hoy le ofreces á nuestra vista, pídele y aceptará también y siempre tendrá presente ese oculto holocausto, único que podrá hacerte digno sacrificador de Cristo. *Memor sit omnis sacrificii tui: et holocaustum tuum pingue fiat.*

Si has de aprovecharte de ese auxilio que el Señor te envía desde lo alto de Sión, para llevar con honra tu dignidad; si has de perpetuar en tí ese holocausto que reclaman las funciones de tu ministerio, forma en tu corazón saludables consejos, firmes propósitos de vida y salud eterna, que el Señor te dará según tu corazón y confirmará todos tus designios: *Tribuat tibi secundum cor tuum: et omne consilium tuum confirmet.* No sólo pienses en tu dignidad y exaltación; mide también la grave responsabilidad que pesa sobre tu alma, la amargura con que el Señor se quejaba por un profeta (1) porque había visto en su tabernáculo gente

(1) Thren., I, 10.

de las cuales había mandado que no entrasen en su Santuario, para deducir de aquí las horrorosas postrimerías de un Sacerdote indigno...; pero no, yo no quiero acibarar tus goces en este día de gloria; yo también veo ya con mi corazón entusiasmado otro poderoso sostén que anima las esperanzas de tu corazón. ¡Ah! Es *la Virgen de la Soledad*, tu Madre tierna y la Reina de tus amores: no temas, pues, acogido bajo su amparo. Madre mía, este Sacerdote es tu hijo, y un hijo que te ama entrañablemente, acogido bajo vuestra protección desde sus más tiernos años; bien veis el celo con que procura el engrandecimiento de vuestro nombre, cómo vuestra devoción es el más glorioso timbre de su alma, y con cuánto esplendor y magnificencia os ha colocado en ese trono de gloria, para que presidáis la mayor solemnidad de su vida. ¿No observáis cómo arrasados sus ojos en lágrimas os pide fervorosamente que derraméis sobre su corazón vuestra maternal bendición, que bendigáis los propósitos que animan su espíritu? ¿Y será posible que desatendáis sus súplicas, cuando á vos acude para comenzar dignamente las funciones de su ministerio? No, Madre mía; no, compañero mío; confía en su amor, derrama á su presencia tu corazón, que ella aceptará tus propósitos y hará pingües tus místicos holocaustos: *Tribuat tibi secundum cor tuum: et omne consilium tuum confirmet.*

Estos son, ¡oh Sacerdote!, los votos de cuantos aquí te rodeamos; y al verte cumpliendo esos propósitos de vida y salud eterna, y que salvando por ellos tu alma de la corrupción del siglo salvas á la vez la dignidad y los intereses del Sacerdocio, nos alegraremos de esta doble salud y salvación; nos alegraremos, repito, porque tu elevación refluje en la elevación de todos, porque tu Sacerdocio es un nuevo título de común engrandecimiento, verificado en el nombre y por el nombre de nuestro Dios. *Letabimur in salutari tuo: et in nomine Dei nostri magnificabimur.*

No quiero ya detenerte más; sube, pues, al altar del Señor, y cuando tengas en tus manos al Rey de las eternidades, corresponde entonces á los votos de este pueblo;

acuérdate que eres mediador entre Dios y los hombres, y derrama tus súplicas por el mundo entero; quiera el Señor escuchar benigno tus peticiones. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas.* Acuérdate ante todo de ese Anciano venerable que dirige los destinos de la Iglesia de Roma. ¿No ves cómo la impiedad quiere reproducir en su sagrada persona las escenas de la coronación de espinas, los insultos y desacatos de la noche del Sótano? Pide también por el dignísimo Prelado de nuestra Diócesis, á quien tan entrañablemente ama nuestro corazón, y que acaba con placer de elevarte al Sacerdocio; no olvides á miembro alguno de la gerarquía eclesiástica, haz presente todas las necesidades de la Iglesia; derrame el Señor sobre ellas su auxilio al oír atento tus peticiones. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas.* Pide por S. M. la Reina, por toda su real familia, por los gobernantes todos de esta Nación católica; déles el Señor acierto en sus disposiciones, oyendo tus fervorosas súplicas. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas.* Mira en tu alrededor los más caros objetos para tu corazón, tu padre, tu madre y tus hermanos. ¿No ves cómo anegados sus ojos en lágrimas, dan gracias al Señor, que les ha dejado ver este día que tanto anhelaba su corazón? ¡Oh! Pide por ellos con mucho fervor, no olvides á individuo alguno de los de tu familia; bendígalos el Señor con las bendiciones de dulzura, prestando oídos á tus fervientes oraciones. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas.* Tus amigos todos, los que en esta festividad te rodean como padrinos, los que te acompañan en esta solemnidad, tus bienhechores en todos los órdenes de beneficios, tus paisanos, que hoy te miran con orgullo, el mundo entero, que hoy te aclama por su mediador, todos exigen tus súplicas; derrame el Señor sobre todos los tesoros de su misericordia al escuchar benigno los ecos de tu oración. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas.* Toma en tus manos unguidas el cáliz preclaro de bendición, descende á la cárcel sombría del Purgatorio, y derrama la Sangre bendita del Cordero sobre las almas de tus abuelos, de todos aquellos á quienes estés ligado con especiales vínculos; dé

el Señor libertad á todas las allí prisioneras, al oír piadoso los deseos de tu corazón. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas.* Un recuerdo, por último, para este amigo que, bien lo sabes, te ama entrañablemente, y con tanto placer ha panegirizado las glorias de tu Sacerdocio. Ya pesa sobre sus débiles hombros la carga tremenda del pastorado de las almas; pide por ellas y por mí también; todos confiamos en tus súplicas, y si nos hemos alegrado al ver en tus propósitos el presagio de tu salvación, también nos alegramos porque desde ahora creemos firmemente en la salud y victoria que obtendremos de tu salvación, en la salud y victoria que alcanzaremos por tus súplicas. *Impleat Dominus omnes petitiones tuas: nunc cognovi quoniam salvum fecit Dominus Christum suum.*

Sí, Señores, alegrémonos todos en esta festividad, espere-mos con confianza los auxilios y misericordias del Señor; este que ruega es su ungido, y para ello lo ha colocado sobre la tierra, y desde su cielo santo lo escuchará, porque en la diestra del Altísimo está la salud. *Exaudiet illum de caelo sancto suo: in potentatibus salus dextere ejus.*

Que los mundanos confíen en sus obras y en la prepotencia de sus proyectos; nosotros confiamos en el Señor, en la invocación de su augusto nombre; invocación admirable, que se realiza por las deprecaciones de sus Sacerdotes. *Hi in curribus et hi in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.*

Cristianos, esos ilusos, ligados aquí con los funestos lazos de sus pasiones, han caído ya en el inmundo lodazal del vicio, y serán aún sepultados en la eternidad de una pena incommensurable. Mas nosotros, exaltados aquí por nuestra fe, lograremos nuestro completo engrandecimiento, cuando colocados ante el trono de la gloria, el Pontífice de la eternidad consume todas nuestras grandezas, iniciadas ya aquí por el celo y las influencias sacerdotales. *Ipsi obligati sunt et ceciderunt: nos autem surreximus et erecti sumus.*

Escucha, Señor, la voz de mi deprecación (1); oye el eco

(1) Ps. XXVII, 2.

que sube de los corazones de todos, y que llenos de entusiasmo te dicen: Señor, á este que has ungido (1) por príncipe sobre tu heredad, sálvalo, y que te ofrezca en la gloria el sacrificio de sus alabanzas, ya que desde hoy te ofrece el sacrificio de su ministerio. *Domine, salvum fac Regem!* Y á nosotros, que somos tu pueblo (2) y las ovejas de tu rebaño, sálvanos también; en nuestras necesidades escúchanos; te invocaremos en esta vida, para alabarte después en la eternidad. *Domine, salvum fac Regem, et exaudi nos in die qua invocaverimus te.*

(1) Reg., X, 1.

(2) Ps. XCIV, 7.

SERMÓN DE MISA NUEVA. (1)

*Intuemini quantus sit iste.
Ad Hab., c. VII, v. 4.*

VENERABLES SACERDOTES: EXCMO. SR.:
AMADOS HERMANOS EN JESUCRISTO:



EL Apóstol San Pablo, extasiado á la vista del gran Sacerdote Melquisedec, de este noble tipo del Sacerdocio de Cristo, fija en él su mirada, nos levanta á la contemplación de sus maravillosas elevaciones, y examinando su origen misterioso, su simbólico sacrificio, su santidad y admirables virtudes, nos invita á examinar prodigio tanto. *Intuemini*, — dice, — mirad, mirad quién sea este Melquisedec, mirad qué cúmulo de grandezas, mirad cuánta sea la elevación y excelcitud del Sacerdote; Rey de Salem: *Intuemini*...

¡Ay, Señores!, que estas palabras del Apóstol vienen á mi mente, al considerar el espectáculo que nos rodea: yo veo este hermoso templo engalanado con las riquezas y el esplendor de nuestro culto; yo me considero á presencia de Dios y ante tan ilustres y queridas personas, siendo objeto de universal atención, tan esclarecida como piadosa; yo abarco con mi vista todo este sagrado ámbito; pero la brillantez del espectáculo me detiene... ¿No lo veis, Señores?;

(1) Predicado en la Iglesia de Santo Domingo, de Antequera, en la primera Misa del Presbítero Sr. D. José Guerrero González.

es que un suceso de alta importancia excita hoy nuestra consideración piadosa; es que un hecho de colosales formas acaba de realizarse en lo más recóndito del Santuario; es que el Señor ha hecho participante de su poder y de su autoridad á este joven Sacerdote que, revestido con el *ephod* esmaltado de los Aaronitas, y llevando en sus manos el turíbulo de los perfumes, aparece hoy por vez primera en el santuario de Jacob, para ofrecer en el altar de los holocaustos la víctima inocente de Judá, y depositar en el de los Timiamas el oloroso incienso de sus fervientes oraciones; por eso os digo con todo el anhelo de mi alma: Venid y contemplad cuánta sea la elevación de nuestro Sacerdocio, cuán grande aparezca á nuestra vista el ministro de nuestro Santuario: *Venite intuemini quautus sit iste.*

Sacerdotes del Altísimo: un nuevo levita ha sido ungido en la casa del Señor; el óleo de bendición se ha derramado en sus manos; lavado en el mar de bronce, ha sido revestido con la túnica de Itamar y el brillante paramento de Eleázaro; *venite, intuemini*: rodead el Santuario, entonad los himnos de la consagración de los hijos de Aarón, y tocad las trompetas sagradas, anunciando á las tribus nuestra fiesta y nuestra alegría: *Intuemini.*

Venid vosotros, afortunados padres de este joven Sacerdote; este es el recién nacido que á estas mismas horas, hace hoy veinticuatro años, contemplabais gozosos recostado en vuestro seno, como fruto de santa bendición: *Intuemini.* Miradlo; ya hoy no es vuestro hijo, es vuestro padre; mirad la altura espiritual á que se encuentra elevado ese pedazo de vuestras entrañas: *Intuemini.*

Vengamos todos, Señores, á contemplar en la consagración de este joven levita, al sacerdocio católico en las diversas relaciones que agrandan su esfera, que realzan su dignidad. Contemplémoslo como destello de divina grandeza que, brotando del seno de Dios, llega al hombre para sublimarlo á jerarquía sobrehumana; como sello de amor inefable que mancipa al Sacerdote dedicándolo á ministerios más que de ángeles, consagrándolo á virtudes propias casi del

mismo Dios, como rango de sublime jerarquía, á la que la Sociedad católica debe cumplidos testimonios de admiración y respeto, de obediencia y sumisión: *Intuemini*.

Pláceme, Señores, caminar siempre en mis excursiones oratorias apoyado en las inspiraciones de los Libros Santos; por esto, cuando hoy vengo á presentaros todo el conjunto de grandeza divina que encierra el Sacerdocio católico, deseo y propóngome tomar por norma el bello pasaje bíblico con que comienza el capítulo XXIV del Génesis. Tres personajes misteriosos figuran en primera línea en esta narración mosaica: Abraham, Eliezer, Rebeca; y ellos nos levantan como el símbolo á la realidad, como el tipo á la significación, á considerar la triple grandeza que relaciona á nuestro Sacerdocio; que lo relaciona con Dios, consigo mismo, con la Sociedad. Que lo relaciona con Dios, de donde resulta su dignidad, *primera parte*: la veremos bajo el tipo de Abraham. Que lo relaciona consigo mismo, de donde resultan sus oficios, *segunda parte*: la veremos bajo el tipo de Eliezer. Que lo relaciona con la sociedad, de donde resulta los tributos que se le deben, *tercera parte*: la veremos bajo el tipo de Rebeca: *Intuemini, quantus sit iste*.

Mas para exponer dignamente tan grandes verdades, imploremos los auxilios de la gracia divina, por mediación de María, á quien saludaremos reverentes. *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Escuchad, Señores, la primera parte de la narración bíblica, en la que deseo apoyemos hoy las elucubraciones de nuestra mente sobre las grandezas del Sacerdocio católico.

« Había muerto Sara en Hebrón, — nos dice el texto sagrado (1); — Abraham su esposo, después de llorarla, com-
» pró á los hijos de Heth un campo para su sepultura. El
» Patriarca de la fe había envejecido y sus años eran ya

(1) Génes., cap. XIII, v. 2 et seqq.

» muchos (1); pasados los días del dolor, llamó al siervo más
» antiguo de su casa, al que presidía á todos los demás, y le
» dijo estas palabras: ha llegado la hora del desposorio de
» mi hijo Isaac; pon tu mano bajo mi muslo, para que jures
» por el Señor Dios del cielo y de la tierra que no tomarás
» mujer para mi hijo de las hijas de los cananeos, entre
» quienes habito, sino que marcharás á la tierra de mi pa-
» rentela, y de entre las hijas de mi pueblo, buscarás la es-
» posa para mi amado Isaac. El Dios del cielo, que me tomó
» de la casa de mi Padre y de la tierra de mi nacimiento; el
» que me habló en Harán y me juró en Bethel, diciendo: á
» tu semilla daré esta tierra, Él mismo enviará su ángel de-
» lante de tí, hará prósperos tus caminos, para que cumplas
» cual siervo fiel este mandato de tu Señor.»

¡Ay, mis amados, que sublimes analogías! La Sinagoga ha-
bía llegado á su término, había muerto como Sara: había
muerto, puede decirse, en Hebrón, donde resonaron las pri-
meras voces y prodigios del Evangelio (2), el cántico de
María, la salutación de Isabel, los saltos misteriosos del Bau-
tista: Abraham había envejecido cuando envía á su siervo,
esto es, Dios en la plenitud de los tiempos, Jesucristo al
terminar la carrera de su mortalidad, es cuando instituye
el Sacerdocio en la noche de la cena; y he aquí la primera
nota que distingue y caracteriza la dignidad de esta institu-
ción divina: su elevación sobre los demás Sacerdocios.

I. Entre tantas y tan distintas religiones, —ha dicho el
impío Voltaire (3),—ninguna hay que no haya tenido por
principal objeto la *expiación*; el hombre ha reconocido siem-
pre que tenía necesidad de la clemencia: de aquí la necesi-
dad del sacrificio, y por tanto del Sacerdocio. Mas ¡qué cua-
dros tan desconsoladores ofrece el Sacerdocio pagano y el
culto de la Idolatría!; los Brahmanes de la India presiden la
fanática oración, llamada *Sancahya*, que pronunciaban las

(1) Genes., cap. XXIV.

(2) Luc., cap. I, v. 39 et seqq.

(3) Essai sur les mœurs. cap. 120.

recien viúdas, antes de arrojarle á la hoguera que reclamaba su ilusa conciencia; los Sacerdotes egipcios, únicos depositarios—según ellos—de los secretos divinos, autorizaban un culto á todas luces irracional, y levantaban ridículas preces al sol, durante el embalsamamiento de los cadáveres; los agoreros celtas ¡ah, Señores!, quizá nuestra propia patria fué teatro de sus mentidas ilusiones: si como parece, en el anti-
cuísimo monumento, en el célebre lugar que hoy conocemos con el nombre *Cueva de Menga*, podemos reconocer los restos de un templo druída, ahí mismo se ofrecería aquel culto, lleno de símbolos, saturado de enigmas; ahí publicarían sus dogmas los *Vates*; ahí entonarían sus himnos heroicos los *Bardos*; ahí pronunciarían sus vaticinios los *Augures*, mirando las entrañas de las víctimas, y recitando preces oscuras y oraciones sibilíticas. ¡Lástima, Señores, que no pudiéramos desde aquí hacer una excursión con nuestra mente por la Roma pagana! Cuando recuerdo al panteón de los Dioses, con su gigantesca rotonda y gradiosas columnas, las simpáticas ruinas del templo de las *Vestales*, los restos del de la Diosa *Palades*, y tantos otros como aún puede escudriñar el viajero en la histórica Roma, no puedo menos de exclamar: ved ahí derrumbado el Sacerdocio de las pasiones, ved ahí destruído el culto de las humanas concupiscencias.

Mas si queréis, Señores, contemplar escenas más gratas, figuras más dignas de nuestro Sacerdocio, dad una ligera ojeada por el de los hijos de Aarón; mirad la familia de Leví, santamente separada de las demás tribus; ¡ah, era el linaje escogido del Señor!, el pueblo predilecto de su adquisición (1). Observad al Sumo Sacerdote; ¿no os admira cuando lo contempláis revestido con su paramento de jacinto y de purísimo oro, llevando sobre su rico *ephod* y su abrigado *Racional* á la progenie entera de Jacob, en señal de su supremo dominio? ¿No lo observáis grandioso, cuando en la fiesta de la expiación llena la función más augusta de su

(1) S. Pet., cap. II, v. 9.

grande ministerio? (1) ¡Ah!, á presencia de la muchedumbre sobrecogida, solemne y silenciosamente penetra en lo más recóndito del Santuario, conduce en sus manos la sangre de la víctima expiatoria, su humeante turíbulo despide abundante y perfumado aroma, y allí, lleno de pasmo y de estupor sagrado, alcanza del Dios que se sienta entre querubines la propiciación por los pecados de su pueblo...

Señores, no nos fijemos tanto en la sombra, cuando la realidad aparece bellamente embelesadora. La Sinagoga murió como Sara, el sacerdocio aarónida envejeció como Abraham; y así como éste confiere á Eliezer todo su poder y una misión providencial, así Cristo otorga á sus Apóstoles un Sacerdocio tan noble por la alteza de su origen como maravilloso por la índole y extensión de su potestad.

II. Quería Cristo perpetuar con eterno sello el Testamento de su amor, la alianza del Calvario; modela su Iglesia sobre las doce piedras que San Juan admiró en los éxtasis de su Apocalipsis; confía á sus Sacerdotes la eterna encomienda de su cuerpo sacrosanto, la celebración augusta del Sacrificio de su Sangre (2): *Haced esto en mi memoria*, dijo, y el Sacerdocio católico aparece con todos los caracteres de su estupenda dignidad, y la voz de Elías (3) resucitando muertos ó trayendo el fuego del cielo, y la de Moisés (4) apartando los mares y haciendo brotar caudalosas corrientes de las rocas del desierto, y la de Josué deteniendo al sol ante los vistosos pabellones de *Gabaón* (5), són no más que pequeñas ráfagas que fugazmente se deshacen ante los vistosos rayos de grandeza divina, que reverberan de un modo que pasma en la autoridad del Sacerdocio católico: es nuevo Eliezer que, cumpliendo las órdenes del divino Abraham, marcha á preparar el desposorio del pueblo católico,

(1) Lev., cap. XVI.

(2) Luc., cap. XXII, v. 19.

(3) III, Reg., cap. XVIII.

(4) Génes., cap. XIV.

(5) Jos., cap. X, v. 12.

del verdadero Isaac. ¿Qué otra cosa hace, si no, en los diversos ministerios que ejerce, y que el tiempo no nos permite exponer? Cuando lava al infante, purificándolo de las manchas de origen; cuando ilustra la mente de la juventud con los rayos refulgentes, con las sublimes enseñanzas de la doctrina cristiana; cuando reviste al pecador de la blanca túnica que perdiera por la culpa, facilitándole así los sublimes abrazos del más casto de los desposorios; cuando en el hogar, en la sociedad, hasta en el lecho del dolor dispone nuestras almas para la unión con la gracia, para el celeste connubio de la gloria eterna, ¿no aparece el Sacerdote más sublime que el siervo de Abraham marchando á buscar esposa para el hijo de su señor?

Ocúltese, pues, ante el esplendor de tanta grandeza, el en su origen manchado Sacerdocio de las sectas disidentes. ¿Quién ignora la ilegitimidad y el sarcasmo con que Mateo Paqué, Arzobispo intruso de Cantorbery, se hizo ordenar por dos protestantes, bajo fórmulas defectuosas y con un ritual esencialmente mutilado? Y á pesar de ello, todavía en nuestros tiempos, á la faz de nuestro siglo apellidado de las luces, á presencia de la crítica moderna que se apellida severa y desapasionada, celebran las sectas sus ordenaciones de Presbíteros; nombran Obispos, Obispos y Presbíteros nulos, desautorizados, porque no son la expresión genuína de la verdadera Iglesia, porque no han recibido su poder del punto único en donde, como á su centro, convergen las emanaciones de la autoridad divina. ¡Retiraos, falsos Eliezeres!; no pretendáis marchar á la tierra prometida!; no os envía el verdadero Abraham...!

Pero, Señores, si bajo el tipo de este Patriarca hemos visto la dignidad sacerdotal, observad sus oficios, bajo el tipo de Eliezer: *Intuemini...*

SEGUNDA PARTE.

La segunda parte de la narración bíblica que hoy nos sirve de punto de partida en nuestras excursiones sobre el Sacerdote católico, la encerró Moisés en estas sencillas y sublimes palabras (1): «Tomó, pues, Eliezer diez camellos del rebaño de su Señor, y poniendo en ellos ricos presentes, emprendió su marcha á la Mesopotamia, con dirección á la ciudad de *Nachor*. Acampado á sus afueras, dijo, elevando su alma al cielo: «Señor, Dios de mi señor Abraham, » ven hoy en mi ayuda, y vea yo patentes tus misericordias: » he aquí que estoy junto á una fuente, y ya veo de lejos que » acuden á ella las hijas de los moradores de la ciudad ve- » cina; la joven, pues, á quien yo dijere: inclina tu cántaro » para que yo beba, y ella respondiére: bebe, señor, que » también á tus camellos daré agua, ésta será sin duda la » que has preparado como esposa á tu siervo Isaac.» Y esto ocurrió con Rebeca, hija de Bathuel, hija de Nachor, hermano de Abraham; Eliezer la contemplaba en silencio; su hermosura y atractivo excitaban su atención, y mociones interiores y misteriosas le indicaban la elección de aquella joven para esposa del hijo de su señor. Sacó, pues, Eliezer de sus cofres, pendientes de rico oro, con los que adornó el rostro de la hermosa Rebeca, colocando en los brazos de la hija de Bathuel dos brazaletes del mismo metal.»

Joven Sacerdote, Eliezer del Nuevo Testamento, ¿quieres saber las virtudes y oficios á que te eleva tu sobreangélica dignidad?; pues penetra bien el espíritu del pasaje bíblico que acabas de escuchar; te lo diré en tres palabras: tus oficios SON, LA SANTIDAD, LA ORACIÓN, EL CELO. *Intuemini*.

I. Señores, los camellos que Eliezer escoge de los rebaños de Abraham, figuras son—dice Alapide—de los ministros del Evangelio (2); ellos son tomados de la masa común

(1) Génes., cap. XXIV, v. 10 et seqq.

(2) Expos. in hunc loc.

de los mortales, se sienten víctimas de la humana flaqueza; pero cargados de los ricos dones del divino Eliezer, adornados con las celestiales virtudes que reclama su estado, marchan por los desiertos de esta vida, para adornar en la Mesopotamia de la Iglesia Católica á las místicas Rebecas con los vistosos adornos de sus virtudes y divinos ministerios. Si pues has comprendido tu dignidad, ¡oh Sacerdote venerable!, mira cómo cumples tu vocación y ostentas en tu ungida persona el divino espíritu de tu Maestro. No quiero atemorizarte en este día de dulzuras, recordándote las desastrosas escenas de Nadab y Abiú (1); pero escucha la voz que resuena en lo más recóndito del Tabernáculo; ¿no la oyes? ¡Ah!, es la voz del gran Jehovah que, á ti y á cuantos participamos de tu dignidad, dice: *Incensum et panes offerunt, et ideò sancti erunt* (2). Esa doble potestad sobre el cuerpo real y místico de Cristo, ese pan misterioso que elevas ante el Altísimo, esas oraciones que derramas por el pecador, demandan de tí la pureza, exigen la santidad: *Incensum...* Recuerda el lema que adornaba la tiara del Pontífice de las doce tribus, *Sanctum Domino* (3), y ten presente que la santidad para nosotros no es solamente un ornamento, ni una gloria, ni una aureola; es la condición normal de nuestra vida; es la consecuencia legítima de las funciones de nuestro ministerio: *Incensum*.

II. ¿Y qué os diré, Señores, de los sublimes clamores del Sacerdote del Altísimo?; de su oración que, semejante á la de Moisés en *Raphidin*, obtiene á la Iglesia incesantes triunfos contra Amelec? (4) Cuando pienso en Eliezer, orando junto al pozo de la ciudad de Nachor, no puedo dejar de acordarme de esa voz misteriosa del Sacerdote, orando entre el vestíbulo y el altar por los pecados del pueblo; esa es la voz, Señores, cuyos acentos y cuyo poder entonaba el Pro-

(1) Levit., c. X, v. 1 et seqq.

(2) Lev., c. XXI, v. 6.

(3) Exod., c. XXIX, v. 39.

(4) Exod., c. XVII.

feta de los Salmos (1); es la voz que infunde el Señor: *Vox Domini*, voz con que clama la victoria en todas sus tribulaciones, cuando encuentra anegadas las almas por las inundaciones de los trabajos y de las amarguras; *Vox Domini, super aquas... super aquas multas*. La voz de la oración del Sacerdote canta á su Dios cuando ha experimentado sus favores, cuando le hace participante de su poder, comunicándole la virtud de sus gracias, la magnificencia de sus dones y sublimes ministerios: *Vox Domini in virtute, Vox Domini in magnificentia*. La voz de la oración del Sacerdote pone en conturbación los ejércitos de la impiedad y de la corrupción: es viento poderoso que troncha los altos cedros del orgullo y vigoriza las almas con prepotencia mayor que la del unicornio. *Vox Domini confringentis cedros, et confringet Dominus cedros Libani, et dilectus quemadmodum filius unicornium*. La voz de la oración del Sacerdote es la que atrae sobre el mundo el aura suave que refrigera el corazón, en medio de los ardores de la concupiscencia. ¡Ay!, ya la sentía el Profeta cual fresco y blando céfiro que dulcemente cortaba las llamas del fuego nefando: *Vox Domini, intercidentis flammam ignis*. La voz de la oración del Sacerdote es la que nos excita en la tibieza, interrumpiendo el silencio que reina en los desiertos del corazón. *Vox Domini, concutientis desertum*: es la que nos dispone á la penitencia, preparando por el arrepentimiento á los místicos siervos para que caminen con misteriosos saltos por las montañas espirituales: *Vox Domini, preparantis servos*; es la que patentiza ante nosotros los misterios de la fe: *et revelavit condensa*; es, por último, el eco portentoso que, resonando al fin en las puertas de la gloria, nos franqueará la entrada en el templo de la eternidad: *et in templo ejus omnes dicent gloriam*.

III. Señores, el celo sacerdotal perfecciona el hermoso cuadro de sus oficios, que han delineado con divinos perfíles su santidad y su oración. Y aquí también el siervo de

(1) Ps. XXVIII.

Abraham es brillante tipo de esa abnegación, de esa esplendidez, de ese amor, que realza la vida del Sacerdote ante la frialdad y glacial indiferencia de la sociedad que nos rodea. El gran Padre San Gregorio (1) nos manifiesta el celo y los ministerios del Sacerdote en los ricos presentes que Eliezer hace á la joven Rebeca: «Da el siervo — son palabras del Santo Doctor — da el siervo alhajas para las orejas y manos de la esposa; adornan los Sacerdotes á la Iglesia con la predicación y virtudes, para que aparezcan los fieles adornados sus rostros por la fe, robustecidos sus brazos por las buenas obras:» eso significan los zarcillos y brazaletes que Eliezer presenta confiado ante la bella hija de Bathuel. Por esto nota el mismo Santo Doctor, que el peso de los pendientes era de dos siclos y de diez el de los brazaletes: porque en dos misterios descansa la predicación de nuestra fe: en el misterio de la vida de Dios, la Trinidad; en el misterio de las manifestaciones de Dios, la Encarnación: así como todos los esfuerzos del celo Sacerdotal se encaminan á fortalecer los brazos, el corazón de los fieles, para el cumplimiento de los diez divinos preceptos.

Cristianos, sublimes son, ciertamente, las figuras gigantes de Abraham y de Eliezer; pero el tiempo que nos resta es muy breve, y aguarda para excitar nuestra atención el tipo hermosísimo de Rebeca; bajo él comprenderéis lo que á vosotros más de cerca os toca, los tributos que el pueblo cristiano debe á la dignidad sacerdotal: *Intuemini*.

TERCERA PARTE.

¡Cuán bella es, Señores, la postrera parte de nuestra bíblica narración de hoy! Apenas Eliezer adorna á Rebeca, la dirige confiado estas palabras (2). «¿De quién eres hija?— Yo — respondió alegremente la joven — soy hija de Bathuel, hijo de Melcha que le parió á Nachor: mira, en nuestra casa

(1) Ráulica, *Bellezas de la fe*, t. I, pág. 230 y sig.

(2) Gen., cap. XXIII et seqq.

hay también abundante provisión de paja y heno para tus camellos, y lugar espacioso para posar;» y esto diciendo, corrió la doncella hacia la casa paterna, y contó á los suyos cuanto le había ocurrido con el viajero. El siervo de Abraham fué, pues, introducido con respeto y agasajo en la hospedería de Bathuel, siendo allí objeto de cariñosos obsequios y de espléndidas atenciones: expuso con patriarcal narración el objeto de su viaje y sus misteriosos accidentes, y consultada Rebeca por su padre y hermano, accedió pronta á las proposiciones que se le hacían, relativas al matrimonio con su primo Isaac, y marchó con docilidad y presteza en pos del siervo de Abraham, para ocupar el lugar que tan insigne le cupo en la historia de los grandes Patriarcas.

¡Cuán desconsolador es, Señores, el contraste que se ofrece á nuestra vista, entre los obsequios de que es objeto Eliezer en la casa de Rebeca y la conducta que con los ministros del Santuario observa la sociedad que nos rodea!; allí, cariñosa esplendidez; aquí, desdeñoso empobrecimiento; allí, respetos y atenciones las más cordiales; aquí, un envilecimiento que raya en lo increíble; allí, pactos de dulce unión, que presagiaban dulcísimas y providenciales armonías; aquí, un alejamiento estudiado que pretende separar al Sacerdocio de todas las esferas de nuestra vida social.

¡Ah, Señores!, si no fuera molesto, que lo sería ciertamente, dadas las dimensiones de este discurso, yo os hablaría de los estragos que ha obrado la revolución contemporánea, desarmonizando las relaciones entre el Sacerdocio y los fieles: ella ha proclamado los funestos principios que estamos viendo dar por resultado estos tres grandes desastres: el *empobrecimiento*, el *envilecimiento* y el *alejamiento* de nuestro clero. ¿Á qué otra cosa tienden, si no, las leyes llamadas de desamortización, que han escrito en sus códigos todas las revoluciones modernas? ¿Á qué otra cosa tienden, si no, esos decretos vejatorios á la Iglesia y á la inmunidad de sus Sacerdotes y de sus Levitas, que se relacionan con la educación del clero, que le cercenan privilegios, otorgados

por nuestros mayores, y reconocidos al Sacerdocio de la Sinagoga, y aun á los mismos ministros de religiones paganas? ¿Á qué otra cosa tiende, si no, ese terrible dogma, que tanto acaricia nuestra revolución cosmopolita?: ¡*La secularización!* ¡Ay!, la secularización que separa á nuestra religión santa de la cuna del recién nacido, de la escuela del niño, del taller del adolescente, del matrimonio del jóven, del lecho del moribundo, hasta de la sepultura del cristiano.

¡Oh sublime ministerio! ¡Oh divino Sacerdocio! ¿Por qué la sociedad moderna no te asiste como el hijo de Nachor al siervo de Abraham? ¿Por qué no te oye y marcha en pos de tí, como la hermosa Rebeca seguía en pos de los camellos de Eliezer? ¿No has atravesado los siglos obrando inenarrables maravillas? Al nacer, ¿no afirmaste tu poder en el mar que formaban las olas de sangre derramada por millones de mártires?; sí: *Tu confirmasti in virtute tua mari* (1). Al desarrollarte, ¿no machacabas la cabeza de los dragones del politeísmo, sobrenadando misterioso en las aguas de inmensas tribulaciones?; sí: *Tu contribulasti capita draconum in aquis*. En el comedio de tu gloriosa vida, ¿no abrías las fuentes de la verdad, no hacías correr los torrentes del amor por entre las tinieblas y dureza de la edad de hierro, y secabas con tu firmeza los ríos funestos del error y de la impiedad?; sí: *Tu dirupisti fontes et torrentes, tu siccasti fluvios Ethan*. Y cuando más tarde las inteligencias no vislumbraban el día claro de la verdad; cuando el corazón destrozado sentía solamente la dureza que había dejado en pos de sí el fragor de los combates, ¿no eras tú el día cuyo esplendor alumbraba la mente, tú la noche que recreabas al corazón con dulce descanso, no fabricabas tú para el espíritu la aurora de la esperanza, el sol de eterna claridad?; sí: *Tuus est dies et Tua est nox, Tu fabricatus est auroram et solem*.

Pero, Señores, terminaré mi discurso, ya era tiempo; terminaré como lo había comenzado; terminaré diciéndoos con

(1) Salmo LXXIII.

el Apóstol: contemplad este grande espectáculo, mirad este nuevo Melquisedec, y en él contemplad las grandezas y excelencias del Sacerdocio católico: *Intuemini quantus sit iste*. Mirad estas excelencias, bien sea á través de sus relaciones con Dios, ó de los deberes que le ligan consigo mismo, ó de los vínculos, por fin, que lo ponen en contacto con la sociedad. ¡Qué prismas, Señores, qué prismas tan fecundos y tan luminosos! Irradiando el primero, nos hizo ver la dignidad del Sacerdote; bajo la brillantez del segundo, hemos contemplado los oficios del Sacerdote; á la luz del tercero, acabamos de observar los tributos debidos al Sacerdote. Ahora sí que puedo yo terminar repitiendo con el Apóstol: *Intuemini quantus sit iste*.

Señores, cuando he llegado á este momento solemne de mi panegírico; cuando ya faltan á mi mente discursos, á mi lengua frases, á mi cuerpo fuerzas, viene á suplir mi deficiencia la divina y sobrenatural inspiración; ella sopló un día sobre el Rey Profeta, haciendo brotar de sus labios el Salmo 132, y los ecos de este cántico todo divino, resuenan en mi excitada imaginación y vienen en mi ayuda en este supremo instante. Sí, que como David al ver cerca de sí unidas todas las tribus de Israel bajo las dulces influencias de la unción del Sacerdote aaronita, exclamaré yo hoy al verme rodeado de vosotros, venerables hermanos, de vosotros, queridos compatriotas, de vosotros, amada familia: ¡Oh, cuán bueno y cuán gustoso es habitar los hermanos en union! *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*.

Cuán bueno y cuán gustoso es, Venerable Clero, Excelentísimo Ayuntamiento, congregarnos hoy en la unión del patrio sentimiento, para poder decir llenos de júbilo: Antequera ha dado hoy un Sacerdote más á los atrios de la casa del Señor. ¡Oh mi Antequera!, patria de insignes Prelados; ¡mi Antequera!, fecundo Seminario de muchas é ilustres Dignidades; ¡mi Antequera!, cuna en todo tiempo de esclarecidos Sacerdotes. ¡Oh cuán bueno es, y cuán gustoso, mis amados compatriotas, unirnos hoy á la evocación de estos



gratos recuerdos, sentir en este instante la expansión de estas dulces y patrióticas emociones! *Ecce*.

Nuevo Sacerdote, padres afortunados, dichosos hermanos, miembros todos de esta familia, ¿por qué no lo he de decir, aunque sea la mía?, de esta familia ilustre y respetable. *Ecce...* Á nosotros cabe particular júbilo en esta solemnidad; yo me felicito y os felicito hoy por este nuevo timbre de nobleza y de gloria; yo desde aquí quiero ocupar el puesto que por mi sangre me corresponde en esta fiesta de familia. ¡Oh, cuán bueno y cuán gustoso es el dulce y levantado sentimiento que hoy nos congrega, el íntimo y santo placer que hoy embarga nuestros corazones! *Ecce...* Señores, el entusiasmo de todos nosotros, de cuantos asistimos á esta solemnidad, es el que conmovía á las tribus de Israel ante las grandezas del culto y Sacerdocio de Aarón, ante la abundancia de la unción Santa, que descendía á su barba y bajaba á la orla de sus ricas vestiduras: *sicut unguentum in capite, quod descendit in barbam, barbam Aaron; quod descendit in oram vestimenti ejus.*

Más noble es aún tu unción, joven y querido Sacerdote, más abundante que la del Sacerdote del Sinaí; que el perfume de tu consagración aparezca en tu frente y sobre tu cabeza en la práctica de las virtudes de tu estado; que baje hasta la orla de tu vestido con la limpieza de tus buenos ejemplos: *sicut unguentum*. No te faltan modelos que imitar, aun dentro de la propia familia; el Ilustrísimo Llamas, Obispo de Panamá; los Rvdos. Fray Juan y Fray Miguel Guerrero, miembros de la Orden dominicana, en cuyo templo estamos; los condecorados presbíteros D. Tomás y D. Antonio Guerrero; el célebre literato escolapio P. José Muñoz... ¡Oh!, imítalos, excédelos si puedes; despidе un perfume oloroso como el de Aarón, descienda á la orla de tus vestiduras, como descendía á las fimbrias del hermano de Moisés: *sicut unguentum*.

Cristianos, esta unción misteriosa decía el Profeta que descendía hasta Sión, como bajaba el rocío del cielo hasta las vistosas praderas de Hermón: *sicut ros Hermon, qui des-*

cendit in montem Sión. Así bajarán á nuestras almas, á esta mística Sión, los perfumes de la unción Santa de nuestros Sacerdotes: éste, como el Ángel que vió el Profeta, presentará en copa misteriosa, en el cáliz de bendición, el perfume de ardientes oraciones, y la misericordia de Dios vendrá á nosotros como el rocío de Hermón, que desciende al monte de Sión: *sicut ros.*

No te detengas ya más, joven Sacerdote; sube al altar Santo, el Profeta concluye su Salmo, y yo mi cariñosa exhortación, diciéndote: que allí, en el ara Santa, allí ha enviado el Señor la bendición, y de ahí nos viene la vida por siglos sin fin: *quoniam illic mandavit Dominus benedictionem, et vitam usque in sæculum.*

Sube pues, sacrifica la víctima Sagrada, eleva fervientes súplicas y alcánzanos las bendiciones del Altísimo. La bendición para el Pontífice Romano, que en días tan difíciles conduce la Nave de Pedro; la bendición para toda la jerarquía eclesiástica. Tres ilustres Prelados quiero sean preferente objeto de tus oraciones sacerdotales: el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Granada, que bién sabes te distingue con paternal y cariñoso afecto; el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Obispo actual de esta diócesis de Málaga, hoy preconizado Metropolitano de Burgos, y el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Obispo de Coria, que en breve será Pastor de la grey malacitana; cólmelos el Señor de bendiciones en esta vida y de gloria por todos los siglos: *quoniam illic...*

La bendición para el tierno Rey de las Españas, para su augusta Madre y excelsa familia; para todos aquellos, en fin, que rigen los destinos de esta Nación católica: *quoniam illic.* La bendición para esos tus queridos Padres, tus cariñosos hermanos, para toda esta familia, que hoy se contempla llena de santa alegría, y que esperan de tí ansiosos las más fervientes oraciones: *quoniam illic...*

No puedo olvidar en estos momentos dos ilustres Seminarios, á quienes veo aquí dignísimamente representados: el Pontificio y Real Seminario Central de San Cecilio de Gra-

nada, del que eres hoy Subprefecto, y en el que has recibido tu educación y sagradas órdenes; el Seminario Conciliar de San Sebastián, de Málaga. ¡Oh, qué gratos recuerdos evoca mi mente de estos dos grandes centros de enseñanza!; reciban los que aquí les representan el testimonio de mi respeto, de mi amor y de mi gratitud, y desciendan sobre ellos las bendiciones y gracias del Altísimo, que te ruego pidas con instancia en ese altar de las divinas misericordias: *quoniam illic*.

¿Y qué bendiciones pediremos para Antequera? ¡Oh, patria mía! ¡Oh, mis amados compatriotas!; rodeemos con santo entusiasmo este tabernáculo de propiciación, en tanto que el Sacerdote obtiene misericordias para su pueblo. Sí, pide bendiciones del cielo para este venerable é ilustrado Clero, que con júbilo te acompaña en el día de tu solemnidad; para este Excmo. Ayuntamiento, que hoy te da ante nosotros tan delicada prueba de atención; para las demás ilustres Autoridades aquí dignamente representadas; para esta Real Archicofradía del Dulce Nombre de Jesús, tan renombrada por su celo religioso; para todas las clases de esta noble Ciudad; sea Antequera en este día objeto predilecto de tus oraciones, quépale muy principal parte de tus sacrificios, y de esa plenitud de bendición y de vida que el Señor deposita en ese ara Santa, broten torrentes que inunden de luz, de misericordia y de ventura á esta nuestra amada y católica patria: *quoniam illic*.

Un recuerdo, por último, para la Iglesia, de los que sufren; dirijamos una mirada al Purgatorio: ¡oh, toma ese cáliz de bendición!, derrámala sobre las almas de tus venerables abuelos, de los difuntos, tus deudos y parientes todos, recrea con este sagrado refrigerio á todas las almas allí detenidas, y que la bendición y vida que mana del altar sacrosanto, sea manantial de eterna ventura para todos los fieles del Purgatorio: *quoniam illic*.

Y si algo valen para tí mi amor, mi celo por tu educación, el interés con que he rodeado tu juventud, el placer que inunda mi alma al verte hoy en la suprema grada del San-

tuario, correspondeme tú dirigiendo súplica especial por mis necesidades á ese Dios que en breve ha de descender á tus unguidas manos.

Cristianos, unámonos todos á las oraciones de este nuevo Sacerdote, suban con él nuestros corazones al ara Santa, y esperemos, ¡oh, sí!, bendiciones en el tiempo, vida de gloria en la eternidad: *quoniam illic mandavit Dominus benedictionem, et vitam usque in saeculum.* Amén.

ORACIÓN FÚNEBRE DEL PAPA PÍO IX. (1)

*Ipsam elegit ab omni vivente, offerre...
Deo, incensum, et bonum odorem. Et de-
dit illi in præceptis suis potestatem... do-
cere Jacob testimonia. Contra illum ste-
terunt alieni..... Vidit Dominus et non
placuit illi... et fecit monstra.*

Lo escogió el Señor de entre todos los vi-
vientes, para ofrecerle incienso y buen olor.
Dióle autoridad en sus preceptos, para en-
señar á Jacob sus testimonios. Contra él se
levantaron extraños, violó el Señor y no le
agradó, é hizo prodigios.

DEL ECLESÍAST., CAP. 45, Y. DEL 20 AL 25.



ON que al fin es cierto, Excmos. Sres.? ¿Con que al fin es cierto? ¿Con que el carro triunfal de la muerte ha pasado entre nosotros con su estridente ruido, llevando uncida en pos de sí una víctima tan noble como respetable? ¿Con que la segur cortadora de los tiempos, subiendo osada hasta el pináculo del Santuario, ha segado la más rica espiga en el Evangélico Campo del Padré de familia? ¿Con que ha sucumbido el unguido del Señor, ha descendido al sepulcro el primero de los Pontífices de la Iglesia? ¿Con que ha muerto el Santo, el inmortal Pío IX?

¡Ay, Señores!, exclamaré yo ante vosotros, como un Profeta (2) ante los hijos de Israel: *venite, procedamus ante*

(1) Pronunciada en la Santa Iglesia Apostólica Metropolitana de Granada, el día 14 de Febrero de 1878.

(2) Salmo XCIV, v. 3.

Deum, ploremus coram Domino. Venid, prosternémonos ante nuestro Dios, lloremos amargamente á presencia del Señor. Venid vos, antes que todos, Excmo. é Ilmo. Señor, y derramad una lágrima sobre la tumba de ese Papa, que en día memorable derramó sobre vuestra ilustre frente la bendición, que os constituyó en Pastor querido de nuestras almas: *venite, procedamus ante Deum, ploremus coram Domino.* Venid, Ilmo. Señor, Ministros todos del Santuario, prosternaos ante el Señor, Pastores de Israel, y entre el vestibulo y el altar lloren los Sacerdotes (1) la muerte del Pastor Universal de este inmenso rebaño. *Venite...* Venid, Excelentísimos Señores, Autoridades todas respetabilísimas, que hoy nos honráis con vuestra ilustre presencia; venid, doblad vuestra rodilla ante el Altísimo y llorad la muerte de ese héroe, que supo realzar y sostener su Autoridad suprema, lo mismo entre las dulzuras del Quirinal, que entre las profundas amarguras del cautiverio del Vaticano. *Venite...* Venid todos, mis amados hermanos, todos sois hijos de ese Padre que acaba de morir; unidos, pues, por el dolor de hermanos, haced coro á los lamentos de vuestra Madre la Iglesia, que deplora en este instante su triste viudedad. *Venite...*

Mas no es sólo ocasión de llorar, es también momento de hablar; el dolor que nos embarga por la muerte de nuestro Padre, no podrá tener lenitivo más consolador que el recuerdo de su grandeza y de sus virtudes; sí, que ante el cadáver de un ser querido brotan espontáneamente del espíritu las tiernas reminiscencias de su vida, las gratas dulzuras de sus palabras, los hechos culminantes de su historia. Venid, pues, hermanos, ante la tumba de nuestro Padre, no sólo á llorar su muerte, sino á recordar su vida.

¡La vida de Pío IX!; ¿quién podrá encerrarla en los límites de este discurso fúnebre?; esa vida de casi un siglo, ese pontificado que ha asombrado al mundo, esa historia que contemplará estupefacta la posteridad!

(1) Joel, cap. II, v. 17.

Hay ocasiones en que la esterilidad del asunto es el conflicto del orador sagrado, quien necesita suplir la escasez de la materia, con el arte y los recursos de la retórica; mi situación es hoy enteramente contraria; la abundancia me embaraza, la riqueza del asunto desconcierta todos mis planes; tentemos, Señores, de formar alguno, guiado por las palabras que he colocado al frente de esta oración, y con las que el Espíritu Santo formó el elogio fúnebre de otro gran Sacerdote, del Sumo Pontífice Aarón. «Lo eligió el Señor de entre todos los vivientes para ofrecerle incienso y buen olor. Dióle autoridad en sus preceptos, para enseñar á Jacob sus testimonios; contra él se levantaron extraños, viólo el Señor, y no le agradó é hizo prodigios.»

Tentemos de formar algún plan, siquiera sea colocándonos en los puntos más culminantes de la vida de Pío IX. Estadme atentos.

La definición de la Inmaculada; la celebración del Concilio Vaticano; la promulgación del *Syllabus*; hed aquí, Señores, tres puntos de vista, desde donde abarcaremos con menos dificultades esta colosal figura. La definición de la Inmaculada corona el cuadro de las virtudes personales de Pío IX; sí, que ellas han esparcido más grato olor delante de Dios y de los hombres, que el que despedía en el Tabernáculo el perfumado turíbulo del Sacerdote del desierto. *Ipsum elegit...* primera parte.

La celebración del Concilio Vaticano corona el cuadro de las virtudes ministeriales de Pío IX; ministerio semejante, si bien inmensamente más noble que el del Sacerdote del Desierto. *Et dedit...* segunda parte.

La promulgación del *Syllabus* corona el cuadro de las virtudes sociales de Pío IX; virtudes fortalecidas en luchas más formidables que las del Sacerdote del Desierto... *Contra...* tercera parte.

¿Queréis tres palabras que sinteticen todo mi pensamiento? pues ahí las tenéis: El Pontífice de la Inmaculada es un *Santo*. El Pontífice del Concilio Vaticano es un *Apóstol*. El Pontífice del *Syllabus* es un *héroe*.

La importancia del asunto, el escaso tiempo de que he podido disponer para mi preparación, los sentimientos que embargan mi corazón en este instante, el número y calidad de mi auditorio, me colocan en una situación por demas embarazosa; yo, pues, acudo á la gracia del Altísimo y, esperando en ella y fiado en vuestra indulgencia, entremos al detalle de la materia.

I.

La definición dogmática del Misterio de la Inmaculada Concepción, sublime expresión de la devoción de este Pontífice á María, corona el cuadro magnifico de sus personales virtudes, cierra el primer período de su vida, en el que deseo presentaros, como en bello jardín, toda la hermosura de sus místicas flores, los lirios de su mortificación, las azucenas de su pureza, las rosas de su caridad, toda la fragancia y buen olor que despide ese corazón de Santo, y que se levanta hacia Dios y se difunde por el mundo, semejante al timiama que en el desierto ofrecía el Sacerdote de Israel: *Ipsium elegit...* Os citaré los hechos, os presentaré las flores; procurad vosotros percibir sus aromas.

Nació el Pontífice que lloramos en Sinigaglia, el 13 de Mayo de 1792; fué hijo de los ilustres Condes de Mastai, y recibió por nombre el de Juan María; nació ocho meses antes del martirio de Luís XVI, y siete años antes que Napoleón, volviendo del Egipto, se hizo Cónsul y disolvió el Consejo de los Ancianos. Después de una infancia santa, entró á los 13 años en el Colegio de Volterra, en la Toscana. El estruendo de las armas, que hacía temblar al mundo, influyó no poco en el magnánimo corazón del joven Mastai; le sonreía el porvenir de la carrera militar, y soñaba en ella; pero el Señor, que lo destinaba á pelear otros combates, hizo que se decidiera por la Eclesiástica, y después de una violenta enfermedad, recibió la clerical tonsura de manos de Monseñor Incuntri, Obispo de Valterra. Seguidamente marchó á Roma, donde bajo la protección de Pío VII se dedicó á los

estudios de la Teología. Una enfermedad larga y particularmente cruel, la epilepsia, parece que debía echar por tierra este proyecto: mas en los éxtasis de su oración, y en su devoción á la *Consoladora de los afligidos*, encontró el remedio, y la enfermedad desapareció casi milagrosamente, y pudo recibir el Sacerdocio en Abril de 1819. ¿No percibís Señores, la mística fragancia de las grandes virtudes del joven Mastai?

El Abate Mastai, á quien su nombre, saber y virtudes, le habrían la puerta á los más importantes destinos, prefirió un ministerio oscuro en medio de pobres. Protector primero, y después Director del Hospicio de *Tata Giobanni*, pasó entre niños y pobres los primeros años de su vida sacerdotal. En el de 1823, Monseñor Murí, enviado á Chile como Nuncio para el restablecimiento de asuntos eclesiásticos, pidió al Abate Mastai para que le acompañase en calidad de Auditor, y Pío VII se lo concedió. Embarcóse Mastai en la goleta *Eloisa*, y pasó por delante del peñasco de Santa Elena, donde algunos meses antes había exhalado el último suspiro el antiguo perseguidor de Pío VII. En los dos años que permaneció en América visitó las Misiones de Chile, del Perú y la Colombia; aprendiendo, sin sospecharlo, á ser un día el Pastor supremo de ambos mundos. Nada faltó á este aprendizaje apostólico; ni fatigas al atravesar los desiertos, las Pampas y las cordilleras de los Andes, ni hambre, ni aun la prisión. De vuelta á Roma en 1825, fué nombrado Cañónigo de Santa María, *in via lata*, admitido á la prelatura, que da acceso á los primeros puestos pontificales, y encargado de la presidencia del Hospicio de San Miguel. ¿Percibís, Señores, los aromas de virtud que despiende el corazón del Presbítero Mastai?

Las grandes reformas que llevó á cabo en el Hospicio de San Miguel, habían revelado en su autor el genio de gobierno, y León XII, juzgándolo capaz de dirigir una Diócesis, lo llamó al Arzobispado de Spoleto en 1825, siendo consagrado por el cardenal Castiglioni, que después fué Pío VIII: el nuevo Arzobispo solo contaba 35 años.

Los primeros de su Pontificado fueron pacíficos; mas llegaron las insurrecciones de 1831 y 32, y por primera vez el futuro Pío IX se encontró frente á frente con revolucionarios, y por primera vez también en frente de los Bonapartes, y en particular de aquel que debía llamarse un día Napoleón III. Algunos diarios ingleses y alemanes refirieron en 1860, que Luis Napoleón, fugitivo, estrechado por el ejército austro-pontificio, fué á llamar una noche á la puerta del palacio del Arzobispo de Spoleto: le fué abierta y encontró propicias las bondades del Prelado Mastai. Cinco años ocupó la administración de su Diócesis, dividiendo admirablemente su tiempo entre los deberes de la piedad y el cuidado de los pobres; y al cabo de ellos, Gregorio XVI lo trasladó á Imola. Bajo su administración se embellecieron las Iglesias; se abrieron asilos á los huérfanos de ambos sexos y á las mujeres extraviadas; se hizo accesible la instrucción á los niños de las clases pobres; se dotaron ricamente los hospitales; los clérigos sin fortuna fueron gratuitamente recogidos en el Seminario diocesano. ¡Ah!, Señores, ¿no percibís los aromas de virtudes del Prelado Mastai?

Creado Cardenal *in petto* en el Consistorio de 23 de Diciembre de 1839, y proclamado en el de 14 de Diciembre de 1840, á la edad de 48 años, apenas le fué anunciada la muerte de Gregorio XVI, acaecida el 1.º de Junio de 1846, en cumplimiento de su deber, emprendió su marcha para la ciudad Eterna. Al llegar á Frossombone, pequeña ciudad de las Marcas, nos refieren sus biógrafos que se detuvo el coche algunos instantes: de pronto descende de lo alto de los aires una paloma blanca, y viene á posarse sobre el coche de su Eminencia; la muchedumbre que contemplaba este espectáculo exclamó entusiasmada: ¡viva!, ¡viva! ¡Este será el nuevo Papa! Más tarde se vió la semejanza de esta paloma con la que descendió un día sobre la cabeza de San Fabián, para designarle sucesor de San Antero.

En la mañana del 14 de Junio de 1846, se reunieron los Emmos. Electores en la Basílica Vaticana para la misa del Espíritu Santo; á las seis de la tarde, los Chantres de la ca-

pilla Pontificia entonaban el *Veni Creator* en la Iglesia de San Silvestre, en el Quirinal; á las nueve de la noche se declaró constituido el Cónclave. De los candidatos de quienes más se hablaba era de los Cardenales Lambruschini y Gizzi; en Mastai nadie pensaba; la mayoría de los electores ni aun le conocía, y fué nombrado escrutador. Desde el primer escrutinio obtuvo un crecido número de sufragios; en el segundo, obtuvo tres más que antes habían recaído en otros Cardenales; en el tercero leyó veinte y siete veces su nombre.

En la tarde del 16 tuvo lugar el escrutinio definitivo; la mano del Cardenal Mastai temblaba al leer su nombre diez y siete veces sin interrupción: *¡Hermanos, apiadaos de mí,* —exclamó,— *no soy digno!; designad á otro que lea las cédulas restantes.* Olvidaba (por ventura voluntariamente) que este procedimiento habría anulado la elección. Fortalecido por sus compañeros, volvió á acercarse al cáliz de oro donde se depositan los sufragios; el escrutinio terminó lentamente; á la última papeleta había leído el escrutador treinta y seis veces su nombre: cayó de rodillas, adorando á Dios, que lo elegía para su Vicario; al levantarse vió venir al Subdecano del Sacro Colegio, quien, según la fórmula del ceremonial, preguntó al electo si aceptaba la elección. Mastai respondió que se sometía á la voluntad del Cielo, y que en memoria de Pío VII, su predecesor en la Silla de Imola, tomaba el nombre de Pío IX.

El espíritu penetrante del nuevo Papa comprendió perfectamente todas las dificultades de la situación. Después de haber tomado consejo de una congregación de Cardenales, resolvió conceder á su pueblo todas las reformas compatibles con las leyes de la Iglesia. Disturbios políticos alteraron la tranquilidad de los Estados Pontificios, y se preparó un golpe de Estado, fijándose para su ejecución el 15 de Noviembre de 1848. En este día, el puñal aleve de Constantini, hundiéndose en el cuello del conde Rossi, privó de la vida al Ministro de Pío IX; éste fué sitiado en el Quirinal, luchó hasta el último extremo, salió al balcón para

calmar la efervescencia de la multitud, y su Secretario, Monseñor Palma, cayó á su lado, herido de un balazo. En la noche del 24 salió el Papa de Roma disfrazado, y amparado por el Embajador de Baviera, se dirigió á Gaeta. Dos años duró el dominio de las turbas en la Ciudad Santa, y el 12 de Abril de 1850 regresaba á ella triunfante el Pontífice amado.

Se dedicó especialmente á curar las llagas abiertas por la revolución; leyes orgánicas, reorganización del ejército, trabajos públicos, instrucción popular, construcción de caminos, todo lo que podía conducir á la paz y felicidad de aquella trabajada Nación, fué objeto de los afanes del Soberano Pontífice. La vida de Pío IX continuó siendo, á pesar de su elevación suprema, un modelo de humildad, de mortificación, de pureza, de perfección Evangélica. Consagraba á las prácticas de la más sincera piedad cuanto podía robar á la fatigosas ocupaciones de su Ministerio, y su modestia y desprendimiento personal contrastaban vivamente con el esplendor de su altísima dignidad. Por otra parte, su celo paternal con toda la Iglesia, preparaba á la cristiandad para el gran suceso que se verificó á los pocos años, y que coronando el cuadro de sus personales virtudes, cierra este primer período de su vida. Aludo, Señores, á la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, objeto de sus anhelos desde el principio de su Pontificado.

Para que asistiesen á esta definición solemne, llamó Pío IX cerca de sí á todos los Obispos y concurrieron de todas las naciones ciento noventa y dos. El día 8 de Diciembre de 1854, el grande Pío, nuestro bondadoso Padre, colocado como sobre el pedestal de todos los siglos, teniendo en su mano los hilos de todas las tradiciones, en su mente los recuerdos de todas las edades, y en su corazón las inspiraciones de todos los genios; oyendo la voz de sus hermanos y escuchando las súplicas de sus hijos, al ceñir las sienes de la Virgen Pura con la refulgente diadema de la declaración dogmática, da hermoso ensanche á los sentimientos de su corazón, corona los testimonios de su piedad hacia María,

y coloca la estatua de su Pureza Inmaculada como gracioso remate de su propia santidad y virtudes.

Pero, Excmos. Señores, si hemos percibido el aroma de las virtudes de un Santo, contemplemos el celo y las virtudes de un Apóstol. Sí, que el grande Pío fué, no sólo destinado para elevar ante Dios y derramar ante los hombres la fragancia de su santidad, sino para extender y consolidar el ministerio de su Apostolado. ¿Visteis al Pontífice de la Inmaculada? Pues observad ahora al Pontífice del Concilio Vaticano.

II.

La celebración del Concilio Vaticano, grandiosa expresión del celo de Pío IX, corona el cuadro de su brillante Apostolado, cierra esta segunda faz de su vida, en la que pretendo presentaros todo el lleno de sus virtudes ministeriales. El sacerdocio católico, de que Pío IX acaba de ser el supremo jerarca, tiene como uno de sus principales objetos el expresado en las palabras de nuestro tema: enseñar y fomentar los preceptos del Señor: *Dedit...* y como estos preceptos se reduzcan á dos grandes y fundamentales virtudes, el amor á Dios y el amor al prógimo, es de ver en esta segunda parte del elogio fúnebre de Pío IX, qué ha hecho en su vida de Pontífice para encender el amor á Dios, qué para fomentar el amor al prógimo, que en ambas cosas aparece su Apostolado, brillan sus virtudes ministeriales: *Dedit illi...*

1.^a Una de las mayores glorias del Pontificado de Pío IX, gloria que indudablemente no tuvo alguno de sus predecesores, ha sido la reiterada reunión del Episcopado Católico en torno de la silla de Pedro.

En 1854, para la declaración dogmática de la Inmaculada: en 1862, con motivo de la Canonización de los mártires del Japón: en 1867, para celebrar el centenario del martirio del Príncipe de los Apóstoles: en 1869, en fin, para dar principio al Ecuménico Concilio Vaticano, hemos visto el grande Pío rodeado de todos los Prelados de la Cristiandad. En es-

tas grandes congregaciones se ha formado esa unión admirable en fe, en amor y en disciplina que ha permitido á la Iglesia en este período de deshechas tempestades, luchar por medio de sus confesores en todas las partes del mundo, sin tener que deplorar una sola derrota, sin tener que lamentar una sola defección en sus Príncipes: *Dedit illi...*

Él ha tenido el consuelo de restablecer la jerarquía Eclesiástica en Holanda, en Escocia y en Inglaterra, y *la Isla de los Santos*, esa robusta rama que la herejía desgajó del árbol prodigioso del catolicismo, ha visto otra vez, merced al Apostolado de Pío IX, organizadas y acaudilladas las huestes del ejército del Señor. *Dedit illi...*

Él ha fomentado, al menos como el que más de sus predecesores, las ciencias y las artes: cinco Seminarios creados en Roma, el Pío, el Francés, los Americanos del Norte y del Sur y el Polaco; la restauración y el embellecimiento de las galerías del Vaticano, de las Iglesias de San Pablo extramuros, de San Lorenzo, de San Agustín, de Santa María *in Aguiro*, de Santa María *in Transtevere*; el descubrimiento de las Basílicas de San Alejandro en la vía Nomentana, de San Esteban en la vía Latina; los inmensos trabajos practicados en las Catumbas; las excavaciones abiertas en la antigua Ostia, en el Emporium y el Palatino; la adquisición de las estatuas de Hércules y Augusto; la creación de una cromolitografía pontificia; las criptas de San Juan de Letrán y Santa María la Mayor; la erección de la Inmaculada Concepción en la plaza de España, y cien y más monumentos, acreditan el celo de este Papa por la fe y la ilustración cristiana. *Dedit illi.....*

Él ha creado ciento ochenta y ocho sedes Arzobispales, Episcopales, Vicariatos ó Prefecturas Apostólicas, arrancando así á millones las almas de las aberraciones de la herejía, de las tinieblas del paganismo, de las vergonzosas apoteosis de la idolatría. *Dedit illi...*

Él ha bendecido y fomentado por centenares los Institutos y Congregaciones religiosas que, á presencia de nuestro siglo descreído, sostienen las raíces de la fe, cultivan las

flores de la piedad, ó alimentan fecundos los frutos de la Santidad. *Dedit illi...*

Él ha escrito legajos voluminosos de Encíclicas, para estimular el celo de los Pastores y de los fieles: ha dirigido conmovedoras alocuciones consistoriales, ha pronunciado á millares discursos y exhortaciones que, llegando siempre al fondo del alma, arracaban de ella, ó el acento ardiente de la fe, ó la tierna lágrima del amor.

Excmo. é Ilmo. Sr.; Señores: vos, y de entre vosotros algunos, recordaréis en este solemne instante los ecos de aquella voz casi celestial, que en día feliz y no lejano tuvisteis la dicha de escuchar en la primera Iglesia del mundo católico. ¡Oh, cómo os arrebató aquella gigantesca figura! ¡Cómo os embriagó aquella dulzura inefable! ¡Cómo excitó vuestra fe el Pontífice que abría sus brazos para bendecir vuestra peregrinación! *Dedit illi...*

2.^a Mas no sólo ha fomentado la llama del amor á Dios; ha excitado también con su celo el ardoroso fuego del amor al prójimo.

Yo me lleno de un santo respeto, viendo al anciano Pontífice que hoy lloramos, derramando el bálsamo de la caridad en el corazón de los Príncipes y de los pueblos. Cien documentos podría citar de esta verdad: escuchad alguno. No há mucho vimos caer la corona de las sienas del joven monarca de Nápoles; en las murallas de Gaeta ciñó la aureola de una gloria inmortal; mostró que corría en sus venas la sangre de Enrique IV. ¡Gran espectáculo se dió entonces al mundo! Francisco II y la heroica Sofía, á quienes la revolución quitó la corona, mas no la gloria y el derecho, encontraron asilo hospitalario en la ciudad que siempre lo dió á las grandezas derribadas: encontraron asilo hospitalario junto al gran Pontífice, cuya corona de Rey también vacilaba sobre su frente augusta y veneranda. *Dedit illi...*

Señores, ¿y los establecimientos de caridad creados ó fomentados por Pío IX en Roma, en Sinigaglia y en Ferrara? ¿Y los esfuerzos hechos en favor de Irlanda en 1847? ¿Y los dirigidos en varias ocasiones hacia la infeliz Polonia? ¿Y los

recursos prestados á las víctimas de los Drusos en el Monte Líbano? ¿Y el perdón que generosamente ha dispensado á sus enemigos? ¿Y las misas aplicadas y aun costeadas de su bolsillo particular por el tristemente célebre Conde de Cavour? ¿Y lo ocurrido hace un mes en la muerte y funerales del Rey del Piamonte, llamado después de Italia, Víctor Manuel de Saboya? ¡Ah!... *Dedit illi...*

Todos estos esfuerzos del celo de este gran Papa, aparecen coronados por el gran suceso del siglo XIX, por la convocación y celebración del Concilio del Vaticano. Reunión portentosa por el número de Padres que á ella concurrieron, y que en alguna sesión fueron más de setecientos. Reunión portentosa, por la índole de los asuntos en ella definidos; allí se condenaron los principales errores de este infausto período de trastornos religiosos; allí, definiendo la infalibilidad Pontificia, se colocó una roca inquebrantable en medio del alborotado oleaje del mar proceloso que por todas partes amenaza invadir á la sociedad presente. Excelentísimo é Ilustrísimo Señor, vos que os honrasteis y nos honrasteis tomando parte y dirigiendo varias veces (creo que cinco), vuestra voz ilustrada en las congregaciones de aquel gran Concilio, podríais indudablemente hablarnos con mayor acierto de ese imperecedero monumento del celo pontifical del grande Pío.

Mas si hemos contemplado el celo y las virtudes de un Apóstol, réstanos recordar la valentía de un héroe. ¿Visteis, Señores, al Pontífice del Concilio Vaticano?; pues observad, por último, al Pontífice del *Syllabus*.

III.

El *Syllabus*, solemne condenación de todos los errores modernos, nos levanta á la consideración de la más brillante aureola de nuestro inmortal Pontífice, de sus virtudes sociales, de su firmeza, de su heroísmo.

Es, sin duda, Pío IX el Papa que ha tenido mayores contradicciones en su vida. Por eso podemos aplicarle estas pa-

labras que el Espíritu Santo dijo del Soberano Pontífice de las doce tribus: «Contra él se levantaron extraños y viólo el Señor y no le agradó, é hizo prodigios.» ¡Oh, y qué prodigios observamos, hechos por el Señor, sosteniendo el heroísmo de su Pontífice! Prodigio de sabiduría en su doctrina. Prodigio de poder en su firmeza. Prodigio de providencia en su longevidad. *Contra illum...* Señores, siento extenderme demasiado: Pío IX no se puede achicar.

1.º Que nuestro siglo propende al paganismo, es un hecho que, por desgracia, no se puede poner en duda: al paganismo tienden nuestros sistemas filosóficos, nuestras artes, nuestras modas, nuestras costumbres, y para que nada faltara, ha venido el Espiritismo á copiar vergonzosamente los oráculos de las Sibilas y los diabólicos augurios de las Pitonisas.

Un célebre orador italiano, predicando en Francia ante la Côte de Napoleón III, presentó á grandes ragos el cuadro del moderno paganismo; de esos errores cuyo fin no es otro que la completa secularización del mundo todo, la universal sustitución del hombre á Dios. Este paganismo, exclamaba el elocuente Padre Ventura, es, en el orden filosófico, el racionalismo; en el moral, el sensualismo; en el doméstico, el individualismo; en el económico, el comunismo; en el civil, el centralismo; en el político, el despotismo; en el internacional, el vandalismo; en el religioso, el cesarismo.

Ved, Señores, á Pío IX luchando victorioso en el *Syllabus* contra esta nueva falanje de la gentilidad: en los diez capítulos de ese inmortal decálogo de las inteligencias, asienta los principios de todos los órdenes. Asienta los principios del orden filosófico y moral condenando el panteísmo, naturalismo y racionalismo; los del orden doméstico, condenando los errores sobre el matrimonio cristiano; los del orden económico, condenando el socialismo y el comunismo; los del orden civil, arraigando los derechos de la Iglesia; los del orden político, condenando las sociedades secretas y el liberalismo; los del orden internacional, condenando el principio de no intervención y de los hechos consumados;

los del orden religioso, condenando el latitudinarismo y la indiferencia. Contra Pío IX se levantó el espíritu del error, y el Señor obró prodigios de admirable doctrina. *Contra illum.*

2.º También se levantaron contra él los poderes seculares. Y al hablar de esta invasión más ó menos armada, viene á mi recuerdo un pasaje de las Sagradas letras: es el de Daniel (1), viendo un árbol majestuoso plantado en medio de la tierra; su copa tocaba al Cielo, sus hermosas hojas se extendieron por toda la tierra, sus frutos eran tan abundantes que alimentarían á todos los animales; todos se cobijaban bajo de él, y las aves todas anidaban en sus ramas. Hed aquí el más acabado símbolo de Pío IX en la plenitud de su Pontificado; el infierno, sin embargo, levanta contra él la voz furibunda de una persecución poderosa, ha sido el remedo de la que oyó el Profeta; cortad de raíz ese árbol, clamaba, cortad sus ramas, sacudid sus hojas, disipad sus frutos, huyan de debajo de él los animales, y las aves dejen de anidar en su frondosidad. *Succidite arborem, præcidite ramos ejus, excutite folia ejus.*

Esto viene diciendo esa voz hace cerca de veinte años. Eso decían los hipócritas consejos del *católico sincero*, en su célebre folleto el «*Papa y el Congreso.*» *Succidite...*

Eso decían las insolentes promesas del Barón de Ricasoli y las manifiestas arterías del Conde de Cavour: *Succidite...* Eso decían las proclamas incendiarias de Mazzini y de Garibaldi, y las mentidas promesas de Napoleón, el de la paz de Villafranca: *Succidite...* Eso dicen hoy la voz poderosa de dos grandes enemigos de la Iglesia, de dos grandes naciones vencedoras, y las punibles condescendencias de casi todos los gobiernos constituidos: *Succidite...*

Señores, y el árbol fué cortado, y los franceses salieron de Roma; la justicia de Dios los llevaba para ser inmolados en Metz y en Wisemburgo, en Strasburgo y en Sedán; un puñado de valientes peleó con desnudo en Castelfidardo;

(1) Cap. IV, v. 11.

pero fueron vencidos por el ejército invasor; ese ejército servía á un Rey que se apellidaba católico y que, sin embargo, tomó por corte á Roma, por Palacio el Quirinal, y por asamblea el Monte Citorio; dicen que su conciencia jamás estuvo tranquila; al fin era hijo de una santa; quizá los ruegos de su madre le habrán alcanzado en su postrera hora el perdón de su horrendo pecado.

Pero ni los pueblos han huído de debajo de las ramas de ese árbol, ni las almas han dejado de anidar en su frondosidad. *Non possumus*, decía constantemente el Anciano venerable que acaba de morir, y en su cautiverio del Vaticano acreditaba el poder de Dios, cuya providencia ha proclamado también su pasmosa longevidad.

3.º Parecía, Señores, que Pío IX había de confirmar en su Pontificado cierta tradición nacida de la experiencia: ningún Pontífice había cumplido sobre la Silla Apostólica los veinte y cinco años que la ocupó el Príncipe de los Apóstoles; mas el orbe cristiano saludó con júbilo el 16 de Junio de 1871 al Pontífice glorioso que había visto los *días de Pedro*. No solamente los ha visto, los ha superado, y á prolongarse algunos meses más su preciosa vida, habría cumplido los días de Pedro en Roma y en Antioquía.

Longevidad providencial, si se atiende á las deshechas borrascas que rodearon desde su principio este Pontificado, por tantos títulos admirable. Longevidad providencial, que ha permitido á Pío IX ver desfilar en su presencia á los principales enemigos de su autoridad, ó á los que, llamados amigos, pretendían seducirle con falaces promesas. Longevidad providencial, que ha visto descender al sepulcro á revolucionarios como Galleti y Sterbini; á tribunos como Mazzini; á hombres de Estado como Cavour; á Príncipes como Víctor Manuel y Napoleón III. Longevidad providencial, destinada á presenciar los testimonios de adhesión y de simpatía por parte del pueblo católico, que jamás recibiera Pontífice alguno. Que hablen, si no, esas gloriosas peregrinaciones que del mundo entero venían á prosternarse ante el cautivo del Vaticano. Que hablen esa abnegación y

ese desprendimiento con que los fieles acudían á consolar á su Padre, remediando con espléndidos dones la angustiada situación del erario pontificio, lo mismo con el oro virgen de la California que con los objetos artísticos más preciados de la culta Europa. Longevidad providencial que el Señor vivificaba para sostener grandes principios, para arraigar grandes verdades, para dirigir grandes protestas, para prevenir grandes eventualidades; creíamos que Dios lo reservaba para presenciar el triunfo completo de la Iglesia que, no lo dudéis, ha de llegar algún día; la Providencia lo ha querido de otro modo; Pío IX dejó de existir en la tarde del 7 del actual, á los ochenta y seis años de su edad.

Sus últimos momentos han acreditado que el que vivió con la vida de los justos, ha muerto con la muerte de los Santos. En esos momentos supremos, á nosotros los españoles nos ha cabido una gran gloria: la última bendición dada públicamente por Pío IX en el Vaticano, fué derramada sobre ocho mil peregrinos españoles que postrados ante él le aclamaban por su Padre y su Rey: en la postrera bendición que Pío IX ha dado en el lecho del dolor, ha tenido parte la Católica España: acabo de leer que Pío IX agonizante tomó un Crucifijo que tenía bajo su almohada, y bendijo con efusión á los que le rodeaban; allí estaba postrado el Embajador de España cerca de la Santa Sede.

Terminaré, Señores, esta oración fúnebre, con unas célebres palabras que un gran orador pronunció ante la tumba de un gran Rey: «*¡El Rey ha muerto!*, exclamó, *¡viva el Rey!*» *¡Pío IX ha muerto!*, diré yo, *¡Viva Pío IX!* Pío IX ha muerto como Santo, como Apóstol, como héroe: ha muerto después de haber acreditado en su vida sus más grandes virtudes; virtudes coronadas por la definición dogmática de la Inmaculada, por la celebración del Concilio Vaticano, por la promulgación solemne del *Syllabus*; pues viva Pío IX dejando en nuestras almas los ejemplos de sus virtudes; su santidad excite nuestra pureza, su apostolado excite nuestra fe, su heroísmo excite nuestro acendrado catolicismo. *¡Pío IX ha muerto! ¡Viva Pío IX!*

Pío IX ha muerto; justo es que ofrezcamos algún sufragio por su eterno descanso; que manifestemos nuestro dolor en la muerte de nuestro Padre; ha muerto el gran Pontífice, viva Pío IX en el espíritu de su sucesor; sí, que más que sufragios por Pío IX, que aunque hombre, al fin era un hombre santo, debemos pedir por la libre y acertada elección de su sucesor: quiera el Señor concedernos un Pontífice que lleve á feliz término la grande obra comenzada por el que acaba de morir. *¡Pío IX ha muerto! ¡Viva Pío IX!*

Pío IX ha muerto, y el mundo entero manifiesta los más sinceros testimonios de su dolor; ignoro si España ha correspondido en esta ocasión á su dictado de Católica: por lo menos ¡oh mengua! vamos á la zaga de Francia, de la Francia republicana, de la Francia republicana radical, que ha cerrado los comercios de sus grandes *Ciudades*, que ha suspendido las sesiones de su Asamblea, por el duelo del Pontífice.

Y ese mundo que llora la muerte del Papa, presente que vive con la vida gloriosa del Paraíso; ora á Pío IX, lo aclama bienaventurado; ¡oh! pienso que no tardará mucho el día en que colocado en los altares, podamos tributarle nuestros cultos. *¡Pío IX ha muerto! ¡Viva Pío IX!*

Señores, permitidme termine de una vez, diciendo: ¡Pío IX HA MUERTO PARA EL TIEMPO! ¡VIVA Pío IX PARA LA ETERNIDAD! He dicho.

ORACIÓN FÚNEBRE

EN LAS HONRAS DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBÓN (1)

*Dies mei sicut umbra declinaverunt,
et ego sicut foenum arui.*

Ps. CI, 12.



¿Qué es esto, Excmos. Señores? ¿Las conquistas de la muerte se extienden también hasta los campos vistosos del candor y de la inocencia? ¿Coloca su trono terrible hasta en el jardín ameno de la juventud y de la lozanía? ¿Impera con sus leyes inexorables aun en lo más recóndito de los alcázares del potentado? Así es, en efecto, por desgracia de la humanidad; así nos lo aseguran esos altares vestidos de luto, esa emoción que se nota en los rostros de todos, ese lúgubre catafalco, en cuyo fondo parece resonar la triste lamentación de una joven é ilustre Reina que, repitiendo célebres palabras del segundo de los Reyes de Israel, nos dice con acento conmovedor: *Mis dias pasaron como la sombra... Dies mei...* Sí, Señores, la joven Princesa D.^a María de las Mercedes de Orleans, la excelsa Reina de las Españas, ha sido víctima de una violenta enfermedad, muriendo á las doce de la mañana del veintiseis de Junio, á los diez y ocho años de su vida,

(1) Pronunciada en la Iglesia Metropolitana de Granada, el día 5 de Julio de 1878.

y á los cinco meses de su desposorio con el Monarca, también joven, D. Alfonso XII. Justo es, pues, que santificando por la religión las expansiones del dolor, que cumpliendo los consoladores deberes de la caridad cristiana, que siguiendo las piadosas y añejas costumbres de nuestros mayores, nos reunamos en este día para adunar nuestros corazones en los sentimientos que inspiran la Religión y la Patria; para tributar los homenajes que siempre España ha tributado á sus Reyes; para elevar nuestras súplicas al Eterno en favor de esa víctima prematura; para admirar y consolarnos en sus bellos ejemplos; para grabar, por último, en el fondo del alma las saludables verdades que brotan de este hecho tan triste como inesperado. Tales son, Señores, los dignos y levantados resortes que hoy nos congregan en esta Santa Basílica; tales las sensaciones que nos produce el pos-trer aroma de esa flor caída; tales las ideas que nos sugiere el tierno lamento de esa criatura que, desde la soledad de su sepulcro, nos describe los notables caracteres de su muerte, repitiendo el acento lamentoso de David: *Mis dias pasaron como la sombra, y yo aridecí como el heno. Dies mei...*

Sí, arideció esa flor en el comedio de su hermosa primavera, perdió la frescura de la mañana, y murió herida por los primeros rayos del sol que la había hecho nacer: cojámosla, Señores, de sobre la faz de la seca tierra en que yace caída, y apartándonos de la arena abrasadora de las pasiones políticas, cerrando nuestros labios al lenguaje indigno de la adulación, examinemos esa flor por el prisma imparcial de la religión y de la piedad, del verdadero y desapasionado patriotismo. Evoquemos los recuerdos de esos días, pasados como la sombra; percibamos los aromas de esa flor, agostada como el heno. *Dies mei...*

Levantado yo á esa altura en que me coloca seguro mi sagrado ministerio, extendiendo mi vista por el tan reducido como vistoso campo en que he de practicar mis escursiones, y encuentro tres puntos culminantes, desde los cuales podremos contemplar esa tierna é interesante figura que la muerte ofrece hoy á nuestra consideración. Qué fué esa ilustre don-

cella, qué era esa amante esposa, qué sería esa excelsa Reina. Fué la manifestación del candor, era el objeto de las simpatías, sería el símbolo de las esperanzas. No perdamos de vista el emblema de la flor de que nos habla el texto: *ego sicut fœnum arui*, y observemos en ella lo que ha de observarse en toda flor: la belleza con que aparece; el perfume que despide; los frutos que promete.

La belleza con que aparece, he aquí la manifestación del candor, del candor de la doncella católica: primera parte. El perfume que despide, he aquí el objeto de las simpatías, de las simpatías de la Esposa católica: segunda parte. Los frutos que promete, he aquí el símbolo de las esperanzas, de las esperanzas de la Reina Católica: tercera parte.

Señores, he subido á este lugar santo en fuerza del honroso cargo de que me hallo investido; ojalá lo desempeñe en este día llenando las aspiraciones de todos y, principalmente, cumpliendo la voluntad de Dios. Siento que otra palabra más elocuente no corresponda más cumplidamente á vuestras esperanzas; seréis algo menos defraudados en éllas, si imploráis conmigo la luz Divina, y me dispensáis generosos vuestra benévola indulgencia.

PRIMERA PARTE.

Fué esta hermosa región de España, fué nuestra bella Andalucía, cuna de tantos hijos ilustres, que en todos los órdenes y en todos los períodos engrandecieron á nuestra querida patria, la tierra destinada por la Providencia para hacer brotar esa tierna flor, de cuyas espirituales bellezas comenzamos á ocuparnos.

El veinticuatro de Junio de mil ochocientos sesenta, nació en el Palacio de San Telmo, en Sevilla, hija de los Serenísimos Señores Infantes Don Antonio de Orleans y Doña María Luisa de Borbón, esta querida Reina, cuya pérdida llora hoy amargamente su patria.

Sus ilustres padres, cuyas virtudes domésticas pueden recibir desde este sitio sagrado el más cumplido testimonio

de alabanza, sin temor de que la lengua que lo tributa pueda aparecer vil instrumento de la adulación de los grandes, dispensaron á la Infanta Mercedes la misma esmeradísima y cristiana educación que á todos sus demás hijos. No fueron víctimas, por cierto, de ese terrible cáncer que corroe de dos siglos acá la educación de la mujer, aun en las clases más acomodadas de la sociedad; aludo á la falta de instrucción religiosa, principio funesto, no lo dudéis, de ese carácter de frivolidad con que aparecía rebajada la inmensa mayoría de nuestras jóvenes católicas. Se van desechando añejas preocupaciones sobre la educación de las doncellas, es cierto; pero, ¡ah!, que por lo general se ve mayor interés en colocarlas, como se dice, á cierta altura en idiomas, en humanidades, aun en literatura, que en formar su espíritu en las ideas religiosas, y en los cuidados y labores domésticas; y lo que valga y sea una mujer que hable con perfección, que escriba con nitidez, que posea la música, el francés, el dibujo, que tenga sus nociones de historia y aun de bibliografía, que hasta procure aparecer entendida en los grandes problemas de la política, y que, á pesar de todo, ignore lo más rudimentario en religión y lo más indispensable para el gobierno de su casa y para el régimen de su familia, lo que valga, repito, una mujer con este linaje de educación, no necesito decirlo, díganlo por mí todos los hombres que me escuchan: la Mujer que se educa en esta escuela será á lo más aceptada, tolerada, mas no buscada con afán ni querida con sinceridad de afecto.

Formado el espíritu de la princesa que hoy llora España, bajo las bases de su atinada educación, regado con la benéfica lluvia de una piedad sólida, sostenido por el poderoso elemento de las prácticas religiosas, en los primeros años que pasó en nuestra patria, en los que después vivió en países extranjeros, á consecuencia de los vaivenes políticos ocurridos en el último período, siempre apareció flor bellísima de místico y espiritual candor. Miradla con la blancura del lirio, símbolo de su no desmentida pureza; con el carmín de la rosa, emblema de su proverbial pudor; con los con-

tornos del nardo, figura de sus formas, siempre respetuosas, siempre delicadas; con la sencillez del jazmín, significación de la modestia de sus adornos; ¡ah, Señores!, la difunta Mercedes, brillando en el candor de su juventud, nos ha hecho conocer una gran verdad, que el desorden de las modernas revoluciones y la perturbación por ellas engendrada en la sociedad doméstica intentan olvidar más y más cada día: que la verdadera interior belleza de la mujer está en razón directa de su pureza y de su candor. Es la mujer en la creación humana, distinguida por una dote que la realza noblemente, la sensibilidad de su corazón, la ternura de su amor; y esa sensibilidad y esa ternura corre parejas con la pureza de su vida, con el heroísmo de su castidad. Cuando permanece fiel á esta virtud, tiene una dignidad y una grandeza que pertenece exclusivamente á ella; esta virtud la da un nuevo ser, la reviste de un carácter augusto y casi divino que le atrae los homenajes de todos y le concilia una estimación mezclada de respeto. Mas desde que la mujer pierde la severidad de sus costumbres, todo se altera en ella, todo se deteriora, todo se rebaja, y las mismas manchas que estropean su pudor, adormecen también la sensibilidad de sus afectos.

Pero, Señores, no nos extasiemos ante la belleza de esta flor, tanto, que nos olvidemos de percibir sus aromas: si esa belleza es la belleza del candor de una doncella católica, esos aromas serán los aromas de las simpatías de una esposa católica; cojamos de nuevo esa flor que, semejante á la del heno, apenas nacida, encontramos deshojada en el sepulcro secular de nuestros reyes. *Dies mei.*

SEGUNDA PARTE.

Después de los sucesos de todos conocidos, y de que fué infausto teatro nuestra amada patria al principiar el último trimestre de mil ochocientos sesenta y ocho, el primero de Enero de mil ochocientos setenta y cinco, D. Alfonso de Borbón y Borbón hacía su triunfal entrada en la capital de

la monarquía, ocupando bajo el nombre de Alfonso XII el trono de España, que la proclama de la revolución había declarado vacante, y que la abdicación de la Reina Isabel, su madre, le había dejado expedito. Satisfechas la primeras exigencias políticas de una monarquía que se inaugura, pensó el joven Monarca en unir su nombre y asegurar su sucesión, enlazándose por el vínculo santo del matrimonio á una princesa objeto de su amor y digna del alto puesto á que se la llamaba; sus miradas se fijaron entonces en aquella en quien ya antes se había fijado su corazón, y la Infanta D.^a Mercedes fué la destinada á unir su corazón y sus destinos con el amor y la suerte de su primo D. Alfonso. Suele ser el matrimonio de los Reyes resultado de las interesadas miras de la política y fruto de las astutas combinaciones de la diplomacia; no sé si siempre determinan el corazón del Monarca á su propia felicidad y á la dicha verdadera de las naciones; las prendas relevantes de la princesa elegida por el amor, indicaban que era dignísima del excelso rango á que se la levantaba; la espiritual belleza de la doncella católica, presagiaba los místicos aromas de la Esposa católica, y aun los hombres de Estado, que reputaban inconveniente el matrimonio del Rey, declararon inconcusas las dotes de su elegida, consignando en plena Asamblea y en frase que ha venido á hacerse célebre, que *los Ángeles no se discuten*.

La realidad vino á corroborar la convicción universal. El veintitres de Enero último, D.^a Mercedes se dirigía solemnemente desde el palacio de Aranjuez á la real iglesia de Atocha, donde verificó su desposorio, rodeada de la admiración de los grandes y de las aclamaciones de las muchedumbres. En aquel acto imponentísimo y sacrosanto, la joven Monarca, más que por la riqueza y brillantez de sus trajes, más que por las vistosas irradiaciones de su juventud, más que por todo el prestigio de sus dotes naturales, brilló por su recogimiento religioso, por las visibles manifestaciones de su piedad, por los sublimes encantos de su espiritual belleza; la hasta entonces notable por el candor de la doncella

católica, comenzó á brillar con las simpatías de la esposa católica.

De entonces acá, las virtudes morales y domésticas con que la Reina supo cautivar el corazón de su real consorte y de su pueblo, hanle granjeado las más vivas simpatías, y en los escasos meses de su matrimonio, deslizándose suavemente, como quien huye de la admiración pública, ha sido, sin embargo, por su modesto, por su delicado, por su cristiano comportamiento, objeto de la más simpática, de la más sincera aclamación.

Señores, al contemplar ese cúmulo de virtudes morales y domésticas con que la Reina supo cautivar el corazón de su real consorte y de todo su pueblo, vienen á mi mente unas palabras con que el Espíritu Santo (1) describe los frutos de la virtud y de la gracia de las almas justas, y que sin traspasar las reglas de la más severa exégesis, puedo, en sentido moral, aplicar al virtuoso corazón de nuestra ilustre finada.

Miradla; cual robusto cedro ó cual añoso ciprés, brilló incorrupta en las peligrosas eminencias del Solio, atrayéndose así toda la ternura de su esposo; la piedad levantó su corazón á Dios, á pesar del huracán disipador que de continuo suele azotar las alturas de los palacios. Miradla; cual vistosa palmera, extiende las ramas de su buen ejemplo sobre su familia, sobre su servidumbre y, cual rosa recatada, cubría con las espinas de la severidad de sus costumbres y de la modestia de su porte los subidos realces de su religiosidad y de sus virtudes. Miradla; cual rica y jugosa oliva en los dilatados campos de la caridad, cual ancho plátano cercano á las amargas corrientes de la desgracia, derramó el óleo del consuelo en el corazón de los afligidos, y cobijó al pobre con la abundancia y esplendidez de sus limosmas. Miradla; cual cinamomo oloroso, difundía en derredor de sí el amor á lo bueno, la afición y respeto á lo santo, y bajo la necesaria ostentación de su grandeza, no dejaban de apare-

(1) *Ecci, XXIV.*

cer prácticas de desprendimiento, de personal mortificación, deseos de desterrar algunas modas que juzgaba exageradas, y santos afanes por extirpar la licencia y el desenfreno en los adornos de su sexo.

Tal era, Señores, la esposa católica que acaba de morir; ¡qué no podría esperarse para lo sucesivo de quien así se conducía en la edad pueril de las ilusiones y en el fascinador período de los encantos!; justo es que nos fijemos un instante en este pensamiento, á la vez consolador y aflictivo, que sin duda completa los cuadros interesantes á que se presta la vida de esta joven Monarca. No nos extasieemos, pues, con los aromas de esta flor, tanto que nos olvidemos de contemplar la marchita esperanza de sus malogrados frutos; si esos aromas han sido los aromas de una esposa católica, esos frutos podrían ser los frutos de una Reina católica. Cojamos de nuevo, y por último, esa flor que, semejante á la del heno, apenas nacida encontramos deshojada en el sepulcro secular de nuestros Reyes. *Dies mei...*

TERCERA PARTE.

Las influencias de las Reinas en el corazón de los Reyes, es un hecho tan demostrado por las enseñanzas de la historia, como encarnado en las condiciones mismas de la humanidad.

¿Quién ignora, Señores, los prodigios legítimamente obrados por esas influencias, aun allá en los tormentosos períodos de la Edad Media? ¿Quién no recuerda el establecimiento de la gloriosa monarquía en Francia, merced á la sincera piedad de la Reina Clotilde y á sus buenos oficios para con Clodoveo? ¿Cómo dudar que en Inglaterra se convirtió el elemento bárbaro en elemento profundamente cristiano, por el celo de la Reina Berta, unida en matrimonio al célebre Etelberto? ¿Cómo borrar de los anales de Escocia el nombre de la Reina Margarita, madre de seis Príncipes que labraron la ventura de su patria? ¿Qué crítica, por severa y anticatólica que sea, podrá oscurecer las glorias de que es deudora

Alemania á las Reinas Matilde y Adelaida? Españoles: ¿habéis olvidado el hermoso período de nuestra historia patria, embalsamado con los aromas de la fe de Recaredo y teñido con la heroica sangre de Hermenegildo? ¿No?, pues entonces tampoco podréis olvidar los nombres ilustres de sus dos santas esposas. ¿Qué decir, por último, de nuestra Blanca de Castilla, madre de San Luís, de la heroica Berenguela, de la magnánima Isabel, de la idolatrada María Amalia de Sajonia?...

¡Ah, Señores!, esta enseñanza de la historia levanta nuestro espíritu á la consideración de los frutos que, á juzgar por su belleza y sus aromas, daría la flor que hoy vemos cortada por la guadaña feroz de la muerte, de los buenos oficios que en favor de nuestra desventurada patria podía haber desempeñado la malograda esposa de Alfonso XII.

Atraviesa nuestra España un crítico período tan amargo como trascendental: la revolución cosmopolita ha borrado de sus códigos venerandas instituciones; la religión y la familia, la política y el orden social, no nos hagamos ilusiones, han recibido profundas heridas, cuyas consecuencias hoy mismo no podemos calcular; gérmenes tristemente fecundos, cuyos frutos han de llevarnos, á no remediarlo el Señor, al borde de los más pavorosos abismos. Pues bien, ¿quién sabe si la malograda Reina, obrando prodigios algo parecidos á los de Esther ante el poderoso Asuero, á los de Judit en los campos de Betulia, ó á los de Jael á presencia de los formidables ejércitos de Sisara, con su acendrado catolicismo, con los testimonios de su sólida piedad, con su demostrado amor al retiro y á la modestia, con la obra de caridad y de desprendimiento, con sus naturales influencias en el corazón de su esposo, con sus ejemplos ante la Corte, con sus simpatías ante la Nación, podría haber favorecido, impulsado, y determinado en recto sentido la solución de los grandes problemas que amenazan nuestro porvenir?

Mas Dios no lo ha querido así; la muerte acaba de robarnos ese destello de esperanza; y la flor que con su espléndida belleza nos ha impresionado manifestándonos el can-

dor que realza a la doncella católica; la flor que con sus aromas nos ha recreado, manifestándonos las virtudes y simpatías que realzan á la esposa católica; la flor que con sus frutos podría alentarnos, ofreciéndonos las influencias de la Reina católica, ha caído marchita, repitiendo tristemente al descender al sepulcro estos ecos lastimeros del Rey de los Salmos: *Mis días pasaron como la sombra... Dies mei...*

Ha muerto, quizá para que la malicia no engañara su entendimiento, según expresión de la Escritura Santa (1), ó para que la ficción no mudara su recto corazón. Ha muerto, dándonos en su enfermedad y en su muerte ejemplos análogos á los ya dados en su vida. Todos los recursos de la ciencia, todos los cuidados de un esposo amante, de una familia querida, de una servidumbre solícita, no han podido atajar la marcha asoladora de una enfermedad terrible y prepotente. Y resignación cristiana, demostrada con palabras de conformidad y con paciencia en el padecer; y Sacramentos de la Iglesia, recibidos con recogimiento y religiosa emoción; y bendición apostólica, implorada con fervor y recibida con afán piadoso: todo, todo indicaba que aquel corazón se disponía para morir la muerte de los justos.

Amaneció por fin el veintiséis de Junio, el día de la gran catástrofe; se acercaba la hora fatal, precedida de momentos grandemente supremos y de convicciones tristemente desconsoladoras; los altos dignatarios de la Corte rodeando la regia estancia; el cuerpo diplomático ostentando un interés digno de todo agradecimiento; el pueblo de Madrid agolpado en las galerías, en los patios, en los alrededores del Real Palacio. ¡Oh!, Señores, y en el fondo de este gran cuadro, cuadro de dolor, de simpatías, de inexplicables sentimientos, se destacaba la interesante figura de una joven moribunda; su tersa frente, nublada con la palidez de la muerte, deponía la corona de la tierra para ceñir la diadema de la eternidad; de sus hombros caía el vistoso manto de la púrpura real, para ser trocado con el tosco hábito de la Merced,

(1) Sap., IV, 11.

pedido por ella misma; sus manos soltaban el cetro, para tomar en su lugar la vela de los agonizantes; en sus oídos resuenan, no ya los halagos del cortesano, sino las terribles sentencias del Ministro del Altísimo; un esposo cariñoso la estrecha transido de dolor entre sus brazos; unos padres consternados contemplan mudos de angustia el querido objeto de su ternura; una familia amante la dirige el atónito mirar del cariño dislacerado; la postrera ardiente lágrima surca la fresca mejilla de la Reina de los diez y ocho años; el juicio de Dios se acerca con todos sus horrores, y doña Mercedes de Orleans entrega por fin su alma en manos del Supremo Hacedor.

Señores, concluiré mi palabra con la que la Iglesia ha comenzado esta solemnidad lúgubre: *Regem cui omnia vivunt, venite adoremus*. Venid, adoremos al Rey de Reyes, elevemos ante su trono fervientes súplicas en sufragio del alma de nuestra querida Reina, para que por la misericordia de Dios descanse en paz. *Amén*.

SERMÓN SOBRE EL DOLOR DE NUESTRA SEÑORA

EN LA LANZADA DEL COSTADO DE JESUCRISTO. (1)

Unus militum lancea latus ejus
aperuit, et continuo exivit sanguis
et aqua.

Joann., XIX, 34.



¡Oyé, cristianos! ¿nos resta aún algo que presen-
ciar sobre la enlutada cumbre del Calvario?;
¿no hemos observado ya los fúnebres cuanto
prodigiosos realces de ese cuadro sombrío que
á nuestra vista ofrece el crimen horrendo de los Jueces de
Israel? ¡Ah, Señores, y hermanos míos carísimos!; no ha mu-
chas horas que considerábamos los sangrientos misterios del
místico Cordero de Sión; aún parecen reproducirse en nues-
tros oídos los ecos lastimosos de su corazón agonizante: *todo
está consumado*, dijo Cristo al espirar sobre su infamante
patíbulo; todo está consumado, pero es la consumación com-
pleta de su vida y de sus dolores, es la consumación esencial
de la reparación sangrienta del linaje humano. Aún, sin em-
bargo, no están consumados los misterios todos de su humi-
llación; aún queda por realizarse el hecho más ignominioso:

(1) Predicado en la iglesia de Jesús, de Antequera, en el Septena-
rio de Nuestra Señora del Socorro. Año 1866.

Por equivocación de páginas se coloca en este lugar, debiendo ha-
ber sido incluido entre los de la Santísima Virgen.

es á la vez el último testimonio de la crueldad pagana, el postrer borrón que mancha las glorias esplendentes de la ilustre progenie de Jacob, el sagrado emblema de la humana perfidia, que había de consumarse en la deseada plenitud de los siglos; es la herida profunda, que una lanza gentil abre en el pecho exánime del Crucificado. *Unus militum lancea latus ejus aperuit.* ¡Oh, ¡quién pudiera penetrar los grandiosos pensamientos, las sublimes inspiraciones que de sí arroja el costado abierto de mi Salvador! ¡Oh, quién pudiera comprender la plenitud de desconsuelo, los torrentes de aflicción que á tan rudo golpe inundan el costado dolorido de María! ¡Ah!, sí, allí está ese portento de dolor, allí está cual inmoble roca entre el horrisono estruendo de la más furiosa tempestad. Abatida bajo las impresiones de los desastrosos sucesos que acaban de complementarse sobre el sagrado madero; cuando parecía que las fragosas olas del mar de su aflicción comenzaban á entrar en consoladora calma, este nuevo arrebató de barbarie abre más dilatada herida en los senos amorosos de su corazón. Ella contempla además en aquel suceso la pasmosa ingratitud de los hijos mismos del Cristo que, en los desenfrenados arrebatos de sus locas pasiones, habían de dilacerar á su vez el corazón de Jesús, con más violencia que la aguzada lanza del soldado romano. Cristianos, ¿cómo permanecer tranquilos, cuando nuestra Madre se ve agobiada bajo el peso de su profunda aflicción? ¡Oh!, no, ofrezcámosle un tributo de admiración, contemplemos la causa de su dolor: el corazón de Cristo, herido por la maldad del corazón del hombre. *Unus militum...*

Pero ¡oh, gran Dios!, que el corazón del hombre es á su vez herido por la bondad del corazón de Cristo: un misterioso torrente de sangre y de agua que de él sale, abriendo los ojos del cuerpo y dando vista al espíritu de aquel idólatra obcecado, fué la fiel representación del fecundo manantial de luz y de gracia que había de manar perenne en el pecho alanceado del Salvador. En ese torrente de celestiales delicias, reconocen su origen los tiernos consuelos

que pueden mitigar el desamparo de María, la fiel cooperación que exigen de nuestra parte los tesoros de gracia con que nos enriquece nuestro Dios. Cristianos, ¿cómo permanecer indiferentes, cuando de algún modo podemos calmar las penas del corazón de nuestra Madre? ¡Oh!, no contemplemos lo que forma el principio de su consuelo. El corazón del hombre, herido por la bondad del corazón de Cristo: *et continuo exivit sanguis et aqua*. ¡Ah, Señores!; cuando yo os contemplo agrupados en torno de nuestra Madre para acompañarla en los padecimientos de su Hijo; cuando veo que pedís á mis labios os descubran los misterios de dolor que produce en su espíritu el bárbaro alanceamiento del costado Divino, mi corazón se agita y conmueve, y acaso no podré trazaros los rasgos que describen esa negra cuanto horrorosa perspectiva. Pero escuchad dos ideas que naturalmente ofrece la escena que San Juan nos refiere en las palabras citadas de su Evangelio: El corazón de Cristo, transverberado por la maldad del corazón del hombre: *Unus militum lancea latus ejus aperuit*. El corazón del hombre, transverberado por la bondad del corazón de Cristo: *et continuo exivit sanguis et aqua*. Al desenvolver la primera, podréis considerar las tristes enfermedades que profundamente aquejan el corazón del hombre; al descubrir la segunda, podréis admirar los remedios que benigno nos ofrece el corazón de nuestro Dios. Lo diré de una vez: Primero. El corazón de María, transverberado en la humillante y dolorosa transfixión con que la maldad del hombre atraviesa el corazón de Cristo; esto nos exige un tributo de admiración. *Unus militum lancea latus ejus aperuit*. Segundo. El corazón de María, consolado en la gloriosa y saludable transfixión con que la bondad de Cristo atraviesa el corazón del hombre; esto exige de nosotros un tributo de consuelo: *et continuo exivit sanguis et aqua*.

Para desenvolver estas verdades y que puedan grabarse profundamente en nuestro corazón, acudamos al divino auxilio de la gracia; imploremos la protección de nuestra Madre, y en la plenitud de su dolor, recordémosle la plenitud de su gracia. *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Si bien examinamos los tristes hechos que dan por resultado la aflicción de María en este dolor, no podremos menos de observar en monstruosa síntesis las enfermedades que más violentamente agitan el corazón de la humanidad. Sobre la horrenda cumbre del Gólgota aparece el corazón gentil, representado en el soldado romano con todos los caracteres de su orgullosa é ignorante ceguedad; el corazón judaico, representado en los fariseos con todos los caracteres de su hipócrita desenfreno. Ese es, cristianos, nuestro mismo corazón que, ciego y desenfrenado, hiere á su vez con fiereza el cuerpo místico del Redentor. El corazón, pues, del hombre, aflige á María, porque en su orgullo pretende humillar la grandeza de Cristo; porque en el arrebató de su pasión criminal traspasa cruelmente las entrañas de amor de su Madre. Estos son, hermanos míos, los impuros elementos que forman ese triste complejo de maldad con que transverberando al espíritu de María, el corazón del hombre atraviesa impudente el corazón de Jesucristo. *Unus militum lancea latus ejus aperuit.*

Transverberación dolorosa que la lanzada produce en el alma de María, terrible en su realización, terrible en su representación.

I. «Rogaron los judíos á Pilatos—dice el texto Sagrado» — mandase quebrantar las piernas de los crucificados, y »deponer sus cadáveres de la cruz, porque no estuviesen »en ella el día siguiente, que era sábado muy solemne.» ¡Oh, perfidia del corazón farisaico! No es el sentimiento religioso el móvil principal de esa insidiosa pretensión. Los que por religión aborrecen al César, y sin embargo, se proclaman sus súbditos antes de permitir que Jesús sea llamado Rey de los Judíos; los que por religión se reputan inmundos sólo con penetrar en los atrios del Presidente Romano, y sin embargo, no se creen manchados tiñendo sus manos con la sangre de Jesús; los que á la vez que dilatan con

aparente misticismo las filacterías de su hipocresía, atropellan sin rubor la legislación sagrada en el enjuiciamiento y condenación de Jesús, son devorados ahora por el celo de la gloria del Señor.

Ellos contemplaban absortos las escenas de horror y los inexplicables portentos de que era teatro la montaña del Calvario; veían confundidos bajo el peso de su crimen la conmoción horrenda de la naturaleza, el rompimiento inesperado del velo del santuario, los prodigios todos que comenzaban á mover en favor de Jesús el corazón de las turbas; querían ignorar que la víctima sagrada que inmolaban sobre la llama impura de sus pasiones, fuese el mismo Hijo de Dios, y su irritado corazón no estaba aún satisfecho en los deseos insaciables de su venganza. *¿Quid facimus?*, dirían, como ya habían dicho al ver sus milagros en Jerusalén: *¿Qué hacemos?*; este, aun después de muerto, continúa contrariando nuestros proyectos; rodeemos de nuevo el lecho infame de su ignominiosa muerte, oprimámosle aún con la humillación y el escarnio: *Circumveniamus eum, quoniam contrarius est operibus nostris* (1). Es verdad que ya parecían apurados los más refinados inventos de su barbarie para multiplicar las aflicciones de Jesús, que la muerte había sido punto de término á la vehemencia de su dolor; y que, colocado en la Cruz, ostentaba á la faz del mundo la interesante figura de un manso cordero vilmente vulnerado por nuestros pecados, destrozado con fiereza, cual lo viera Isaías (2), por la maldad de nuestras prevaricaciones; pero, ¡oh cristianos!, no importa, aún está por consumarse la prevaricación de los hijos de Israel, aún quieren hacer caer sobre su coronada frente un nuevo diluvio de infamantes oprobios; no pueden ya afligir más su espíritu atribulado, y de nuevo se reúnen, contentándose con humillar su persona Divina, sempiterno obstáculo á la consumación de sus planes de iniquidad. *Circumveniamus...* Ellos contemplan el

(1) Sap., c. II, 12.

(2) LIII, 5.

solemne espectáculo que un grandioso personaje ofrece á los desenfrenados habitantes de la Ciudad Santa; que la heroica Madre del Crucificado, en el exceso de su amargura y en la ostentación admirable de su fortaleza, es objeto de común atención y de universal simpatía, y al observar que los misteriosos fulgores de ese grupo celestial que presentan la Madre y el Hijo irradiando esplendentes en los corazones, descubren más de relieve su obcecación y su perfidia, pretenden llevar á consumación el completo abatimiento del Cristo, la total transfixión del corazón de su Madre. *Circumveniamus...*

¡Ah, hermanos míos, que ya se aceleran! ¡Oh! ¿No los veis?; ya suben alegres, cual manada de carnívoros que se apresta con fiereza á repartir los despojos de la triste víctima de sus furores; una feroz complacencia anima sus corazones incircuncisos. ¡Ah!, son aquellos mismos que, enardecidos de rabia, imploraban con ahinco una injusticia de Pilatos, elevando en tumulto sus voces deicidas al pie de los balcones del Pretorio. Pero como el Cristo ya ha muerto, como ya no es posible quebrantar sus huesos humillados, postrera ignominia con que intentaban poner término á la historia interesante de sus sublimes flaquezas, uno de los soldados abre profunda herida en su corazón sagrado al ímpetu violento de su lanza.

¡Oh, Madre mía! ¡Quién pudiera describir la triste abundancia de los torrentes de aflicción que en tan cruel momento inundaron vuestro espíritu! Sí, cristianos; la lanza que abrió el costado de Cristo, ha dicho el Padre San Bernardo, atravesó con furor igual el alma inmaculada de María: *Lancea qui ipsius latus aperuit animam Virginis pertransivit*. Muerto Cristo, la lanzada del pagano no puede afligir ya su espíritu; pero la Virgen de Nazaret permanece al pie de la Cruz, en la actitud sublime de representar á su Hijo en los sufrimientos; permanece al pie de la Cruz, en sustitución dolorosa de la Víctima crucificada: *Lancea...* Los verdugos, obstinados en su incredulidad y obcecados en su misma malicia, preparan esta última manifestación de

su encono, sólo por manifestar á Jesús en el momento más solemne de su vida, miserable cual un gusano que aun después de muerto se pisa con crueldad indiferente, degradado como un ser ignominioso que serviría de oprobio y vergüenza al mismo oprobio de la plebe; pero ese sello de humillación y de infamia, desciende al alma de María, fiel representante, á la sazón, de todas las grandezas de su Amado: *Lancea*. Los verdugos no encuentran ya recursos para maltratar á Jesús en todo lo que de exterior aparece en su celestial persona, y la lanza orgullosa que penetra hasta el divino corazón, es la encargada de acreditar la crueldad judaica hasta en la más entrañada víscera de Jesucristo, pero ese estigma de barbarie y de desenfreno, es aquel sello glorioso de amor con que el Esposo del cántico quería permanecer grabado en el corazón de su Mística Esposa. *Lancea...* Lo diré de una palabra, Señores: el corazón de María en el momento de la lanzada, es el prodigio de dolor que maravillosamente absorbe todas las humillaciones, todas las amarguras que debieron afligir al corazón de Jesús; centro amoroso donde convergen los encendidos rayos de la obstinación pagana, las emponzoñadas saetas de la crueldad judaica. *Lancea...* Pero ¡ah, hermanos míos!, yo quiero aún fijar vuestra atención en otra serie de tormentos que perfeccionan y complementan el cuadro sombrío de sus aflicciones; yo quiero patentizaros el lleno de sus sufrimientos en las místicas heridas que la maldad de nuestro corazón abre de nuevo en el costado del Redentor; trasunto admirable de la obstinación y crueldad que produjeron estas escenas la primera vez en el Calvario; documento irrefragable de la acerbidad de sus penas por los misterios de su representación.

II. Cristo, á presencia de los judíos en la suprema cumbre del Gólgota, brillaba en gigantesca figura como restaurador benéfico de aquella sociedad decaída, ciega como Longinos, por las voluntarias tinieblas de su obstinación; endurecida como los Fariseos, por el fatal predominio de sus ardorosas pasiones. Señores, ¿quién podrá negarlo? el cristianismo, á presencia de nuestro siglo, continúa caracte-

rizando el interesante papel que su Autor desempeñó un día ante las alarmadas turbas de la sociedad judaica, y nuevos Longinos y modernos Fariseos parodian á la perfección las horrendas catástrofes de aquella tragedia ignominiosa.

¿Qué significa, si no, ese movimiento intelectual que impudente marcha en medio de nosotros mismos contrariando las tendencias de la enseñanza Católica? Yo lo veo, y vosotros no podréis negarme su existencia; la agitación de los entendimientos crece sin cesar; pero su mágico crecimiento es tan sólo la condensación progresiva del error. Alianzas desastrosas entre el talento y la perversidad, hacen sentir sobre nuestro espíritu angustiado nuevas legiones de fastuosos predicantes, que dañan más á la integridad de la fe y á la pureza de las costumbres, que las antiguas plagas en los territorios del afligido Egipto. Estas son las funestas heridas que en nuestros días atraviesan el costado de Cristo, y que siendo las saetas del error y los dardos de la concupiscencia, afligen profundamente á la Madre del santo conocimiento y á la Reina del amor hermoso (1). ¡Oh, cuánto dolor producen en el corazón de Jesús! ¡Oh, cuánta amargura derraman en el corazón de María! Ya el Señor se queja amargamente de ellas, por la voz desconsoladora de un Profeta: *vident vana, et divinant mendacium* (2). «Mentirosos vaticinadores vaticinan en mi nombre, — así hablaba Dios por Ezequiel, — mentirosos vaticinadores vaticinan en mi nombre; yo no los he enviado, ni heles hablado cosa alguna, y ellos tan sólo os profetizan el engaño y la seducción de su corazón: *falsò prophetæ vaticinantur in nomine meo: non missi eos, neque locutus sum ad eos.. fraudulentiam et seductionem cordis.. prophetant vobis.*

Sabios presuntuosos, con los decantados trabajos de su literatura, obra maestra del error; artistas descreídos, con la brillantez de sus fascinadoras producciones, insignes monumentos de la perversión del gusto y del sacrificio del pudor;

(1) Ecc., XIV, v. 22.

(2) Ezeq., c. XIII.

y célebres publicistas, con el arma poderosa de su elocuencia, y la novela con sus encantos, y el periódico con sus atractivos... Cristianos, las potestades de las tinieblas se han conjurado en unidad de sentimientos contra el Señor y su Cristo, creciendo de un modo que pasma, en las tareas tenebrosas de su inmundo apostolado: *Falsò prophetæ vaticinantur in nomine meo*. Ellos son los que producen las funestas heridas, representadas al vivo en las desastrosas escenas que hemos venido á observar en el Calvario. Y ¡cosa admirable!, Señores; semejante á los fariseos, á quienes hemos visto cubrir bajo el lujoso aparato de cumplidores de la ley, la ceguera de su entendimiento y el odio refinado de su corazón, la impiedad de nuestra época dirige á mansalva sus saetas contra Jesús, astutamente enmascarada con el velo de la hipocresía. *Falsò prophetæ vaticinantur in nomine meo*. ¿Quién no ha visto á esos nuevos Apóstoles de la idea, evocar mañosamente los recuerdos de la primitiva pureza del Evangelio, para producir eco en las masas, con el título inmodesto de reformadores? ¿Quién no los ha observado protestando á la faz del mundo que sólo aspiran á eliminar los abusos, amalgamar torpemente algunas verdades del Evangelio con el cieno pestilente de su corrupción? Pero su voz no es la voz del Señor, es tan sólo el furibundo eco de sus concupiscencias; el Señor no los ha enviado, ni les ha conferido el sagrado ministerio de su palabra: *non missi eos... neque locutus sum ad eos*. Por fortuna, Señores, ese ampuloso recurso está ya muy gastado en nuestros días; es el ropaje que ha revestido á todas las herejías, ropaje fascinador, pero sobradamente visto, y en el que reconocemos todos la piel de oveja, de la cual revestido, según el Evangelio, había de hacer sus estragos el lobo furioso de la impiedad; Cristo no los ha enviado, si su misión es contraria á la del Redentor; Cristo no los ha hablado, porque su palabra es contraria á la del Redentor: *non missi eos... neque locutus sum ad eos*.

Sabios á medias, pero perfectamente incrédulos, han forjado sus sistemas á la luz tenebrosa de sus pasiones; han

querido estudiar, según notó el Rey Profeta, sobre su corazón, y no sobre sus inteligencias: *Dixit impius in corde suo* (1); y corriendo fascinados tras las invenciones de sus deseos corrompidos, han formulado sus brillantes programas, han resuelto los problemas del saber bajo el influjo de su pasión egoísta: *Fraudulentiam et seductionem cordis... prophetant vobis*. Han querido no ver los esplendentes rayos que manan de los labios de Jesús, y como la doctrina de éste pone un saludable correctivo á los extravíos de su razón orgullosa y una muralla invencible á las vergonzosas conquistas de sus pasiones, vosotros lo veis, sin que hayáis menester que yo os lo presente con más detallados caracteres. El Cristianismo es herido en su cabeza, porque una conjuración violenta marcha arma al brazo contra el Pontificado de Roma. El Cristianismo es herido en su Sacerdocio, porque los representantes del sagrado Ministerio han llegado á ser en último término el objeto hasta de las mofas populares. El Cristianismo es herido en sus dogmas, porque la indiferencia religiosa va tomando proporciones que alarman. El Cristianismo es herido en su moral, porque el cumplimiento de sus preceptos ha llegado hasta hacerse de mal tono. Pero esas heridas, cristianos, son el renacimiento de las heridas del Paraíso; la verdad se opone á nuestros proyectos de iniquidad, y nos hacemos la ilusión de ignorarla; los preceptos contrarían nuestro desenfreno, y tomamos el recurso de despreciarlos: *fraudentiam et seductionem cordis, prophetant vobis*.

Y entre tanto, cristianos, la voz afligida de María en el Calvario hace un tierno llamamiento á nuestro espíritu, envuelto en las olas de este mar tempestuoso. Ella contempla los horrores de esa guerra sangrienta que el hombre ha declarado al mismo Dios, y Madre de Jesús y Madre del pecador, su corazón está saturado de dolor, y profunda es como la mar la contrición de su ardiente espíritu. Hijos de María, ¿habéis de negar un consuelo á vuestra Madre desampa-

(1) Psalm. XLII, v. 1.

rada? Habéis podido admirar ya sus dolores en el bárbaro alanceamiento del costado sacrosanto; su corazón, transverberado en la humillante y dolorosa transfixión con que la maldad del hombre atraviesa el corazón de Cristo. *Unus militum lancea latus ejus aperuit*. Escuchad aún, y veréis el corazón de María consolado en la gloriosa y saludable transfixión con que la bondad de Cristo atraviesa el corazón del hombre: *et continuo exivit, sanguis et aqua*.

SEGUNDA PARTE.

Si hemos tenido ocasión de admirar los dolores de María, grandes por la maldad que los realiza, grandes por la maldad que representan; si hemos visto ese complejo de maldad, que se realiza y es representado por un ímpetu de ciego orgullo, por un arrebato de pasión criminal, hemos visto la completa antítesis de la bondad que realiza, y por la que se reproducen sus consuelos. Los prodigios de maldad que hemos examinado, son: una ceguedad orgullosa, queriendo consumir la humillación de Jesús; una concupiscencia sin freno, queriendo consumir la aflicción del Redentor; un corazón arrogante y desenfrenado, transverberando el corazón de María. *Unus militum...* Los prodigios de bondad que vamos á contemplar, son: un torrente de luz que brota del corazón de Cristo y cura las llagas de nuestro corazón envanecido; un torrente de gracias que brota del corazón de Cristo y cura las llagas de nuestro corazón apasionado. Tales prodigios, realizados una vez en el Calvario, produjeron hasta cierto punto los consuelos de María, y representando los que habían de realizarse entre nosotros, reproducen y complementan los consuelos de María. Si pues la transverberación dolorosa de la lanzada del hombre produce en el alma de María un dolor terrible en su realización, terrible en su representación, la transverberación gloriosa de la lanzada de Cristo produce en el alma de María un consuelo, grande también en su realización, grande asimismo en su admirable representación: *et continuo exivit sanguis et aqua*.

I. ¡Consolar á María, cuando ni aun comprendemos la plenitud de sus desconsuelos! ¡Oh!, lo habéis visto, mis esfuerzos han sido impotentes para describir la fúnebre perspectiva de sus dolores, y aunque implorásemos las más profundas elucubraciones de la ciencia del siglo, y aunque recorriésemos las más brillantes imágenes de la naturaleza, y aunque expusiésemos con galanas formas las escenas de dolor que ha presenciado la sucesión de los tiempos, aún permanecería indescriptible la divina epopeya del Calvario, y el Padre de los creyentes caminando afligido hacia las cumbres de Moriath (1), y la madre de los Ismaelitas vagando errante en los desiertos de Bersabe (2), y Raquel llorando desde su sepulcro en las llanuras de Rama (3), y la Esposa de Elimelech dirigiendo su voz desconsolada á las mujeres Betlemitas (4), serían no más que pequeñas ráfagas á cuyo fugaz destello no podríamos escudriñar las amarguras de María; y sin embargo, hermanos míos, pareceme escuchar de sus labios aquellas palabras del Profeta: (5) «Á proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, los consuelos divinos han llenado de alegría mi alma.»

Sí, cristianos, herido el corazón de Cristo, estupendos portentos de la bondad divina comienzan su glorificación y los consuelos de su Madre afligida. Una admirable corriente de sangre y de agua que sale de su pecho, para derramarse en el corazón de los mortales, es la incontestable auténtica del amor divino, la lanza gloriosa de su misericordia con el pecador, el manantial fecundo de abundante consolación para nuestra Madre. ¡Ah, Señores!, es aquella herida de la misteriosa piedra de Horeb (6), porque de ella salen raudales inagotables de cristalinas aguas, aguas purísimas que ha hecho brotar la bondad de Dios, para que el verdadero pue-

(1) Genes., XXII.

(2) Genes., XVI.

(3) Jerem., XXXI; Math., II.

(4) Ruth., I.

(5) Ps., XCIII.

(6) Exod., XVII.

blo de Israel purifique las inmundicias del pecado, refrigere los ardores del desierto y apague la sed de su desordenada concupiscencia; la herida del costado de Cristo es la abertura de aquella fuente prodigiosa de David que vió Zacarías (1), destinada á lavar las manchas del pecador, y á mudar su espíritu, con las límpidas vertientes del amor Divino. La herida del costado de Cristo es aquella puerta misteriosa que el Santo Noé fabricara en el costado del arca, puerta de misericordia y de bendición, por donde han de entrar presurosos los que deseen libertarse del nuevo diluvio de la iniquidad. La herida del costado de Cristo...

¡Oh, qué sublime se ostenta Jesús desde el madero santo, traspasando con dardo bondadoso el corazón corrompido de la humanidad! Ha enviado los dardos de su corazón, ha dicho un Profeta, ha enviado saetas de luz refulgente para disipar las tinieblas de sus mismos enemigos: *missit sagittas suas, et dissipavit eos* (2). La sangre y el agua que manan de su pecho son benignos rayos que echan por tierra los proyectos de la iniquidad: *fulgura multiplicavit et conturbavit eos*. El hombre orgulloso pretende humillarlo con la saeta que arroja su ceguedad, y Jesús humillado ensalza al hombre con el rayo esplendente de su luz divina. El hombre criminal quiere traspasarlo con la saeta de su pasión infame, y Jesús traspasado se comunica al hombre con el dulce abrazo de su amor eterno.

¿Lo dudáis? ¡No!; fijad bien vuestra vista en esa escena grandiosa de que aparece lúgubre teatro el escarpado monte de las Calaveras. ¿Visteis á un hombre que, á los impulsos de su corazón pagano, hace caer ese postrimer oprobio sobre el Rey pacífico de la eternidad? Pues vedlo allí, hermanos míos; postrado está ya al pie del trono doloroso; ha sido herido por la sangre del costado, y ya sus ojos pueden admirar la luz del cielo, y ya en su espíritu reflejan los refulgentes rayos de la grandeza divina, que reverberan de

(1) Zachar., XIII, 1.

(2) Ps. XVII, 15.

un modo que pasma en el rostro exánime del Crucificado; y el Señor le ha dirigido dulce saeta y ha disipado las tinieblas de su ceguedad: *missit sagittas suas, et dissipavit eos*. ¿Visteis á un pueblo que en conmoción violenta y en los arrebatos de su exaltada pasión había convertido á Jesús en blanco ignominioso de su barbarie? Pues vedlo allí, conturbado está ya al observar el grande espectáculo que la naturaleza ha ofrecido en la muerte de Jesús; ha sido herido por la sangre del costado; convencido, confiesa con heroísmo la Divinidad del Cristo, y los fariseos se sienten conmovidos en lo más íntimo de sus endurecidas conciencias, y los espectadores todos bajan aterrados á la ciudad maldecida, hiriendo sus pechos y confesando su pecado; el Señor ha multiplicado sobre ellos los rayos de su misericordia y confundido victoriosamente la maldad de su corazón: *fulgura multiplicavit et conturbavit eos*.

«¡Oh, feliz lanza!, — podré yo exclamar con la Iglesia Santa (1), — ¡oh, feliz lanza, que tamaños bienes has traído
» á los mortales, que tan señalados triunfos has añadido
» á las glorias excelsas del Redentor! ¿Quién podrá negar que la realización de estos sucesos templaron las amarguras del corazón de nuestra Madre? Interesada vivamente en las glorias de su Amado, asociada al pensamiento de la eternidad sobre la reparación del linaje humano, no puede contemplar sin algún consuelo las ilustres victorias que Jesús enclavado reporta de sus enemigos, los ópimos frutos que sus padecimientos producen desde luego en el pobre corazón de los mortales. Señores, voy á concluir, desenvolviendo á vuestra consideración el último rasgo de mi pensamiento: la transverberación gloriosa de la lanzada de Cristo, produciendo en el alma de María consuelos inefables por los prodigios de su representación.

II. Tales son todos los que el Cristianismo ha venido desenvolviendo en las diversas épocas de su existencia; ellos han tenido por resultado la iluminación de nuestra oscura-

(1) Offic. de Lancea et Clavis, Aña. ad Benedictus.

cida mente, la medicina de nuestro corazón extraviado; y ni es posible reducir estos portentos á un guarismo determinado, ni es la ocasión oportuna de formar una apología sobre los bienes que ha traído á la sociedad la saludable influencia de la Religión cristiana; es sólo mi intento tocarlos muy de pasada, como realización completa de los que en síntesis gloriosa auguraban los del Calvario; como germen de consuelo para María, que nuestro amor ha de desarrollar en toda su fecundidad. Lo que la sangre del costado verificó en los corazones agrupados en torno de la cruz, ha venido verificando hasta hoy en razón directa de su desarrollo. Constantemente ha sido para las sociedades extraviadas radioso faro que le señalaba el punto de término de sus progresos, norma sublime para que alcanzaran la legítima expansión y el engrandecimiento de sus corazones.

¿No apareció en el mundo cuando éste solo presentaba la imagen de una corrupción asquerosa, por más que quisiesen cubrirla con los bellos sudarios de la ostentación y la opulencia? ¿Y qué hizo? La ciencia y la religión paganas manifestaban su impotencia para realzar la dignidad del hombre; con sus extravagantes combinaciones habían enervado los sentimientos del espíritu y abierto anchuroso campo á la afeminación más degradante y á los placeres más vergonzosos; las legislaciones idólatras, por más que entre ellas se cuenten los códigos verdaderamente admirables de la antigua Roma, si no con sus propios lunares, tropezaban de ordinario con el despotismo de los Príncipes y con el corazón disoluto de las masas, y con tan pobres elementos, sabida es por demás la constitución lamentable de los pueblos anteriores al cristianismo.

Pero ¡ah!, la sangre del costado de Cristo se derrama por todas las naciones, é imposible es decir de una vez cómo limpia la repugnante lepra que había inficionado al mundo entero; se derrama sobre las inteligencias, presenta la idea de Dios en toda su pureza, y la Religión y la ciencia han logrado una base indestructible donde cimentar sus trabajos, un feliz término á donde encaminar sus tendencias: se de-

rrama sobre el corazón, reproduce en toda su pureza la moral del Sinaí, descubriendo las dos grandes ideas de su sanción Divina, y el corazón se ha levantado de su criminal letargo, y se prepara como un gigante para recorrer alegre los senderos de su perfección; se derrama sobre el orden social, y amansa á los Reyes y sujeta á los Pueblos, y suaviza las costumbres. ¿Á qué cansarnos?; ya vió el Rey Profeta (1) esas saetas de amor que, saliendo del pecho de Cristo, habían de herir de muerte á los enemigos del Señor, y hacer que los pueblos humillados á sus plantas abriesen sus ojos á la luz y sus pechos al dulce amor que derrama el corazón atravesado del Salvador: *Sagittæ tuæ acutæ, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis.*

¿Y qué hemos visto también en la diversa sucesión de los siglos? Señores, estas verdades son tan sabidas, que deben convencernos con sólo indicarlas; las puertas tenebrosas del infierno, en lucha continua con la verdad del Evangelio; la disipación de nuestras concupiscencias, en directa oposición con los mandatos del Cristo; pero la sangre del costado ha sido siempre el áncora que afirma la fe, mantenimiento perpetuo de la pureza de las costumbres; aguda saeta que, poniendo en conturbación los ejércitos de la impiedad, congrega á las naciones en derredor de Cristo, para que marchen á su engrandecimiento con la antorcha de su doctrina, para que aspiren á su felicidad con la sublime perfección de sus virtudes: *Sagittæ tuæ acutæ, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis.*

Y hoy mismo, cristianos, cuando la enfermedad moral presenta los síntomas más alarmantes; cuando el eco de la universal conflagración se deja escuchar en todas partes; cuando la impiedad es llevada en triunfo y á sus plantas se arrojan coronas de laurel; cuando la corrupción ha logrado erigirse un solio donde el mundo prosternado le tributa vergonzosas apoteosis, ¿quién sino los dardos que salen del costado de Cristo, podrán combatir y destrozarse esos titanes or-

(1) Ps. XLIV.

gulosos del averno? Sí, la fe de Cristo es la llamada á curar las llagas de nuestra ceguedad, y extirpar por su raíz los males de nuestro endurecimiento. Á sus rayos, la inteligencia del hombre recibe un impulso de incalculable poder, comprende las más grandes verdades que han de producir su ennoblecimiento y su perfección; verdades que, en la esterilidad de su propia energía, jamás logró producir, y manifiesta ostensiblemente que esos alardes de incredulidad con que el mundo se gloría, y que apellida ensanches del pensamiento y adelantos progresivos de la ilustración, no son otra cosa que los funestos ecos de un entendimiento que quiere no ver, porque el corazón que lo mueve sólo aspira á disfrutar. Yo bien sé que esa brillante ráfaga no es la antorcha á cuyo esplendor caminan todas las almas; que esa celestial medicina no obtiene la curación de todos los corazones; por desgracia, nuestro espíritu es un ciego orgulloso que se avergüenza de tomar un guía, es un enfermo obstinado que rehusa aplicarse el remedio. Pero también creo firmemente que esa sangre que Jesús derrama al golpe de la lanza ha de clavarse como aguzada saeta en el corazón de sus enemigos, y que esos colosos de impiedad que nos amedrentan, desengañados de sus ilusiones y oprimidos por las amarguras de sus propios placeres, caerán humildes bajo el dominio de la fe y al bondadoso influjo de la caridad de Cristo. *Sagittæ tuæ acutæ populi, sub te cadent in corda inimicorum regis.*

¡Oh, cristianos!; en nuestras manos está dar un glorioso ensanche á esos gérmenes fecundos de benigna consolación para nuestra Madre; escuchad la voz desconsolada que nos dirige al pie de la Cruz; ella os pide con ansia un consuelo que de algún modo calme las amargas borrascas; el triunfo de la fe, que repare los trastornos de la soberbia; el triunfo del amor, que repare los trastornos de la impiedad: que desechemos esas brillantes teorías con que la ciencia del siglo pretende fascinar nuestras inteligencias; esos corruptores sistemas, que llevan mortal ponzoña á la pureza del corazón; esos funestos ídolos que el mundo adora, y que detie-

nen las comunicaciones amorosas de Jehovah, privando á María de los consuelos que experimenta en los triunfos de la verdad y en las saludables conquistas del amor Divino: *Auferte Deos alienos de medio vestri* (1).

Y no importa que mientras que de nuevo fulguran los rayos sobre la cumbre del Sinaí, que en tanto que los ecos de la misteriosa trompeta anuncian las bondades del Dios de Moisés, los pueblos se prosternen sin pudor ante la vanidad brillante de sus inmundos apetitos; quebrantad vosotros la dorada estatua de la impiedad, y la columna esplendorosa alumbrará vuestros pasos, y la nube del desierto templará los ardores del sol abrasador de vuestras pasiones: *Auferte Deos alienos...*

¿Qué nos detiene? ¿No hemos sondeado ya el piélago inmenso de su dolor? ¿No hemos visto en singular parangón el orgullo humano con pretensiones de abatir la grandeza Divina, y la humildad de Cristo venciendo bondadoso la perfidia de nuestras pasiones? ¡Oh!, vengamos, presentemos á nuestro Dios un tributo de admiración, un tributo de consolación.

Á Vos, Madre mía, á Vos venimos deseosos de tomar parte en vuestras penas, por la cruel herida que sufrió el corazón de vuestro Hijo. Aquí nos tenéis; herir queremos vuestro maternal corazón con la herida del amor filial y de las súplicas más fervorosas; escuchadnos, Madre mía; herid á vuestra vez nuestros corazones con vuestro maternal amor; derramad sobre ellos abundantes misericordias durante los días de esta vida, y después concedednos la gloria en la eterna. Amén.

(1) I Reg., VII.

ERRATAS MÁS NOTABLES.

Página	Línea	Dice	Léase
76	1. ^a	Cristianismo	Arrianismo
"	4	rebajando	rebajaron
132	28	de	de la
142	26	concluye	excluye
146	17	acción	noción
156	16	Y la Colibertadora	Y <i>Io</i> la libertadora
157	nota 3. ^a	San Bern., Serm.	San Bern., Serm. 2. ^o de An.
159	11	Templo	culto
187	7	eterno Padre	Padre
"	9	de su mismo Padre	del mismo
193	1	sobre	sobre no
198	3	levantadas	lavadas
245	29	Es tu	Eres tu
260	26	excéptica	es excéptica.
272	18	de los Ángeles	ni los Ángeles
361	8	este	este Divino Maestro

ÍNDICE

DEL

TOMO PRIMERO.

	Páginas.
Dedicatoria.....	5
Censura.....	6
Prólogo.....	7
Homilía para la primera Dominica de Adviento. <i>Sobre el Juicio final</i>	13
Homilía para la segunda Dominica de Adviento. <i>Sobre la Iglesia, vindicada ante las sectas</i>	29
Homilía para la tercera Dominica de Adviento. <i>Los Sacramentos de la Iglesia y los de las sectas</i>	40
Homilía para la cuarta Dominica de Adviento. <i>Jesucristo, término de las profecías</i>	52
Para la Dominica primera de Adviento. <i>Exposición de la Epístola del día</i>	61
Homilía para la primera Dominica de Cuaresma. <i>Sobre la virilidad de la vida de la Iglesia Católica</i>	70
Homilía para la segunda Dominica de Cuaresma. <i>Sobre la espiritual belleza de la vida de la Iglesia Católica</i>	79
Homilía para la tercera Dominica de Cuaresma. <i>Sobre la fecundidad de la vida de la Iglesia Católica</i>	90
Homilía para la cuarta Dominica de Cuaresma. <i>Sobre la subsistencia y perpetuidad de la vida de la Iglesia Católica</i>	104

Para la Dominica cuarta de Cuaresma. <i>Exposición de la Espístola del día: Sobre la vida voluptuosa y la vida espiritual</i>	115
Homilía para el Viernes de la tercera semana de Cuaresma. <i>La Doctrina Católica, restauradora de los trastornos del libre pensamiento</i>	127
Sermón sobre el misterio de la Santísima Trinidad	138
Sermón sobre la Inmaculada Concepción de María Santísima. <i>Exposición del Salmo: Deus noster refugium</i>	152
Otro sobre el mismo Misterio: <i>Exposición del Salmo: Domine Dominus noster</i>	168
Homilía sobre el Evangelio de la Purificación de Nuestra Señora	180
Sermón sobre la Encarnación del Verbo: <i>Exposición del Salmo: Fundamenta ejus</i>	194
Primer panegírico de Santo Tomás de Aquino. <i>Exposición del cap. IX de Los Proverbios</i>	210
Segundo panegirico de Santo Tomás de Aquino. <i>Exposición del Evangelio: Homo quidam descendebat</i>	223
Panegirico de San Pedro Apóstol. <i>Sobre los caracteres y excelencias del Pontificado</i>	238
Panegírico de Santa Teresa de Jesús	251
Homilía para la fiesta de Todos los Santos. <i>Sobre la medicina que ofrece al corazón la Doctrina Católica</i>	262
Sermón de Misa Nueva. <i>Sobre las excelencias del Sacerdocio Católico</i>	274
Otro sobre el mismo asunto. <i>Paráfrasis del cap. XXIV del Génesis</i>	306
Oración fúnebre del Papa Pío IX.....	324
Otra de la Reina D. ^a Mercedes de Orleans.....	341
Sermón sobre el Dolor de Nuestra Señora en la lanzada del costado de Jesucristo.....	352

Este tomo se halla de venta, en Granada, en la librería de D. José López Guevara, al precio de 6 pesetas.

El tomo segundo está en prensa y estará terminado y puesto á la venta el 15 de Octubre del presente año.

